

Colección Estudios Sociales

Núm. 36

El déficit de natalidad en Europa

La singularidad del caso español

Gøsta Esping-Andersen (coordinador)

Bruno Arpino

Pau Baizán

Daniela Bellani

Teresa Castro-Martín

Mathew J. Creighton

Carlos Eric Delclòs

Marta Domínguez

María José González

Francesca Luppi

Teresa Martín-García

Léa Pessin

Roberta Rutigliano



Obra Social "la Caixa"

OBRA SOCIAL. EL ALMA DE "LA CAIXA".

Colección Estudios Sociales

Núm. 36

El déficit de natalidad en Europa

La singularidad del caso español

Gøsta Esping-Andersen (coordinador)

Bruno Arpino

Pau Baizán

Daniela Bellani

Teresa Castro-Martín

Mathew J. Creighton

Maïke van Damme

Carlos Eric Delclòs

Marta Domínguez

María José González

Francesca Luppi

Teresa Martín-García

Léa Pessin

Roberta Rutigliano



Obra Social "la Caixa"

Edición Obra Social "la Caixa"

Órganos de gobierno de la Obra Social "la Caixa"

COMISIÓN DE OBRAS SOCIALES

Presidente Isidro Fainé Casas

Vicepresidentes Salvador Gabarró Serra, Javier Godó Muntañola

Vocales Montserrat Cabra Martorell, Francesc Homs Ferret, Mario López Martínez, Jordi Roglà de Leuw, Josep Joan Simon Carreras, Justo Bienvenido Novella Martínez

Secretario (no consejero) Alejandro García-Bragado Dalmau

Vicesecretario (no consejero) Óscar Calderón de Oya

Director general Juan María Nin Génova

Director ejecutivo de la Obra Social Jaime Lanaspá Gatnau

PATRONATO DE LA FUNDACIÓN "la Caixa"

Presidente Isidro Fainé Casas

Presidente de honor José Vilarasau Salat

Vicepresidente 1.º Ricardo Fornesa Ribó

Vicepresidentes Salvador Gabarró Serra, Javier Godó Muntañola, Juan María Nin Génova

Patronos Eva Aurín Pardo, Victoria Barber Williams, María Teresa Bassons Boncompte, Montserrat Cabra Martorell, José Francisco de Conrado i Villalonga, Josep-Delfí Guàrdia Canela, Monika Habsburg Lothringen, Francesc Homs Ferret, Xavier Ibarz Alegria, Juan-José López Burniol, Mario López Martínez, María Dolors Llobet María, Estefanía Judit Martín Puente, Miquel Noguera Planas, Justo Bienvenido Novella Martínez, Jordi Portabella Calvete, Ana Robles Gordaliza, Jordi Roglà de Leuw, Josep Joan Simón Carreras, Javier Solana Madariaga, Roberto Tapia Conyer, Josep-Francesc Zaragoza Alba

Director general Jaime Lanaspá Gatnau

Secretario (patrón) Alejandro García-Bragado Dalmau

Vicesecretario (patrón) Óscar Calderón de Oya

Publicación El déficit de natalidad en Europa. La singularidad del caso español

Concepción y producción Obra Social "la Caixa"

Publicación

Autores	Gøsta Esping-Andersen (coordinador) Bruno Arpino Pau Baizán Daniela Bellani Teresa Castro-Martín Mathew J. Creighton Maike van Damme Carlos Eric Delclòs Marta Domínguez María José González Francesca Luppi Teresa Martín-García Léa Pessin Roberta Rutigliano
Traducción	Martín Perazzo, Jordi Palou
Diseño, maquetación e impresión	CEGE

Coordinación de la edición:

© del texto, sus autores

© de la edición, Fundación "la Caixa", 2013

Av. Diagonal, 621 - 08028 Barcelona

ISBN: 978-84-9900-093-0

D.L.: B27266-2013

La responsabilidad de las opiniones emitidas en los documentos de esta colección corresponde exclusivamente a sus autores. La Fundación "la Caixa" no se identifica necesariamente con sus opiniones.

GØSTA ESPING-ANDERSEN es catedrático de la Institución Catalana de Investigación y Estudios Avanzados (ICREA) de la Universitat Pompeu Fabra, donde también dirige la unidad de investigación DemoSoc. Miembro de la British Academy y de la American Academy of Arts and Sciences y doctor honoris causa por la Universidad de Copenhague, sus investigaciones se centran en la demografía de la familia y la estratificación social. Su libro más reciente, *The incomplete revolution*, ha sido publicado por Polity Press.

BRUNO ARPINO es profesor visitante del departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universitat Pompeu Fabra (UPF) y subdirector del Centro de Investigación y Asesoramiento en Metodología de la Encuesta (RECSM, UPF). Doctor en Estadística Aplicada por la Universidad de Florencia (2008), sus investigaciones se centran en la inferencia causal, la estadística social y la demografía social, con un interés especial en el estudio de las relaciones intergeneracionales y la asimilación de los inmigrantes.

PAU BAIZÁN es profesor de la Institución Catalana de Investigación y Estudios Avanzados (ICREA) de la Universitat Pompeu Fabra. Sus investigaciones se centran en la formación de las familias y en las migraciones internacionales, particularmente en el estudio de los factores institucionales y en la investigación comparativa.

DANIELA BELLANI es investigadora posdoctoral en la Universitat Pompeu Fabra. Doctora en Estudios Laborales por la Universidad de Milán (2010), centra sus investigaciones en la familia y los mercados laborales. Forma parte del proyecto del European Research Council (ERC) «Stratified Family Dynamics».

TERESA CASTRO-MARTÍN es doctora en Sociología, por la Universidad de Wisconsin-Madison. Anteriormente trabajó en la División de Población de Naciones Unidas en Nueva York. Actualmente es profesora de investigación en el CSIC. Sus investigaciones se centran en las causas y consecuencias de la baja fecundidad y en los cambios globales de las dinámicas familiares. Participa en el proyecto europeo «Families and Societies».

MATHEW J. CREIGHTON es doctor en Sociología y en Demografía por la Universidad de Pensilvania (2009). Tras una etapa como investigador en la Office of Population Research de la Universidad de Princeton, desde 2010 es profesor del Departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universitat Pompeu Fabra.

MAIKE VAN DAMME es profesora del centro CEPS/INSTEAD de Luxemburgo e investigadora de KU Leuven (Bélgica). Doctora en Sociología por la Universidad de Tilburg (2010), sus investigaciones se centran en las causas y consecuencias socioeconómicas del divorcio, el mercado laboral, la investigación internacional comparada, la pobreza y la desigualdad de géneros.

CARLOS ERIC DELCLÒS es profesor en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Imparte cursos de teoría de las relaciones laborales, estructuras sociales, introducción a la sociología, demografía y poblaciones. Sus investigaciones se centran en las migraciones, las desigualdades de salud, la organización económica y la fecundidad.

MARTA DOMÍNGUEZ es doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y doctora miembro del Instituto Juan March. Su investigación se centra en la sociología de la familia y el género; ha publicado diversos trabajos sobre la formación de las parejas, las características de las parejas no casadas y la división de las tareas domésticas y de cuidado. En la actualidad es profesora del Observatoire Sociologique du Changement (OSC), en Sciences Po (Francia).

MARÍA JOSÉ GONZÁLEZ es doctora en Sociología por el Instituto Universitario Europeo (IUE) de Florencia. Sus áreas de investigación incluyen la sociología de la familia, las desigualdades de género y la infancia. En la actualidad es profesora en la Universitat Pompeu Fabra y participa en el proyecto del Plan Nacional de Investigación «Decisiones de empleo y familia en la transición al primer hijo en Europa».

FRANCESCA LUPPI es investigadora en el proyecto «Subjective Well Being and Fertility» (Swellfer) en Turín (Italia) y estudiante de doctorado en el área de Sociodemografía (DemoSoc) de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Está especializada en métodos de análisis cuantitativo y sus temas de investigación son la formación familiar, el bienestar subjetivo y las políticas familiares y de género.

TERESA MARTÍN-GARCÍA es doctora en Ciencias Políticas y Sociales por el Instituto Universitario Europeo de Florencia (2005) y doctora miembro del Instituto Juan March (2006). Autora de varios trabajos sobre la fecundidad, el proceso de formación de (nuevas) familias en las sociedades avanzadas, el retraso en las transiciones vitales y la interrelación de las trayectorias educativa, laboral y familiar. En la actualidad es investigadora del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC y profesora visitante en la Universitat Pompeu Fabra.

LÉA PESSIN es investigadora en el departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona (UPF). Máster en Ciencias Económicas y Sociales por la Universidad Bocconi de Milán, actualmente prepara su tesis doctoral en la UPF bajo la dirección de Lynn Prince Cooke (Universidad de Bath) y Gøsta Esping-Andersen (UPF). Sus investigaciones se centran en la demografía social, estudios de género e inferencia causal.

ROBERTA RUTIGLIANO tiene un máster en Ciencias Económicas y Sociales por la Universidad Bocconi de Milán y está realizando el doctorado en el departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Sus investigaciones se centran en el estudio de la población, la familia y los intercambios intergeneracionales. Es miembro del proyecto del European Research Council (ERC) «Stratified Family Dynamics».

Índice

Presentación	11
<hr/>	
Introducción	13
El contexto histórico de la fecundidad contemporánea	15
Estructura del estudio	19
<hr/>	
I. Por qué la fecundidad es importante: teoría e investigación empírica	24
1.1. La fecundidad, una cuestión de interés público	24
1.2. Las teorías de la fecundidad	29
1.3. ¿Qué nos dice la investigación empírica?	36
<hr/>	
II. Fecundidad bajo mínimos en España: pocos hijos, a edades tardías y por debajo de las aspiraciones reproductivas	48
2.1. Introducción	48
2.2. La fecundidad por debajo del nivel de reemplazo: de excepción a norma	50
2.3. Evolución reciente de la tasa de fecundidad en España	54
2.4. La importancia creciente de la inmigración en la evolución de la natalidad	66
2.5. La distancia entre los hijos deseados y la fecundidad real	69
2.6. Factores sociales, económicos y relacionales que impulsan o inhiben la fecundidad	73
2.7. Posibles vías para aumentar la fecundidad	85
2.8. Conclusiones	87
<hr/>	
III. Educación, empleo y fecundidad	89
3.1. Introducción	89
3.2. Metaanálisis de las investigaciones previas	93
3.3. Contexto nacional y fecundidad: un modelo jerárquico	99
3.4. Conclusiones	109
<hr/>	
IV. ¿Influye la inestabilidad de la pareja en la fecundidad?	112
4.1. Introducción	112
4.2. Teorías sobre fecundidad y estabilidad conyugal	113
4.3. Evolución del divorcio y la fecundidad en España	116
4.4. Análisis entre estabilidad conyugal y fecundidad en Europa	118

4.5. Diferencias en la estabilidad de parejas de hecho y parejas casadas	120
4.6. El primer hijo	124
4.7. El segundo hijo	125
4.8. El riesgo de divorcio y la probabilidad de tener hijos	127
4.9. Conclusiones	131
<hr/>	
V. La fecundidad y la difusión de los valores de igualdad de género	133
5.1. Introducción	133
5.2. Datos y métodos	137
5.3. Evolución de la igualdad de género	140
5.4. Asociación entre índice de igualdad de género y fecundidad	144
5.5. Conclusiones	148
<hr/>	
VI. Expectativas de los hombres ante la paternidad en España	149
6.1. Introducción	149
6.2. Perspectivas teóricas: padres, paternidad y cuidados paternos	151
6.3. Datos y enfoque analítico	155
6.4. El deseo de los hombres de ser padres y el momento ideal para tener el primer hijo	158
6.5. Los ideales de los hombres sobre la paternidad y sus planes para cuidar a los hijos	161
6.6. Conclusiones	174
<hr/>	
VII. Políticas públicas, valores de género y fecundidad en Europa	177
7.1. Introducción	177
7.2. La fecundidad en el contexto de las políticas públicas	179
7.3. Método, datos y estadísticas descriptivas	186
7.4. Interacción entre educación, igualdad de género y políticas	190
7.5. Conclusiones	195
<hr/>	
Conclusiones	197
<hr/>	
Bibliografía	209
<hr/>	
Índice de tablas y gráficos	234
<hr/>	

Presentación

El bienestar de las sociedades depende, en gran medida, de su capacidad para mantener una tasa de fecundidad que les permita garantizar el reemplazo generacional y el crecimiento económico, y sostener un Estado de bienestar que pueda responder a los retos que plantea una población cada vez más longeva, con unas tasas de dependencia en aumento. Además, tener hijos forma parte de las aspiraciones vitales de una amplia mayoría de la ciudadanía y se asocia, por tanto, a una dimensión importante del bienestar de las personas.

En el último medio siglo se ha producido una caída generalizada de la fecundidad en los países avanzados, directamente relacionada con las importantes transformaciones sociales resultantes de los cambios en los roles familiares y de género. España no es una excepción en esta tendencia y, aunque se suma con retraso al proceso, cuando lo inicia, lo hace a un ritmo vertiginoso. En este contexto, España experimenta un marcado descenso de la natalidad que, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros países, no se ha recuperado. Esta realidad contrasta con lo que ocurre en otras sociedades, como las nórdicas o la francesa, que han alcanzado un equilibrio estable en torno a los dos hijos por mujer.

Con el presente estudio nos hacemos eco de una preocupación creciente por los efectos que las tasas de fecundidad persistentemente bajas pueden tener en el bienestar de sociedades como la española. En este sentido, el profesor Esping-Andersen ha coordinado el trabajo de un destacado grupo de académicos que analizan los distintos factores que explican esta singularidad del caso español, comparándolo, no solo con las realidades de los países nórdicos y los anglosajones, sino también con las más

próximas de otros países mediterráneos. El análisis reconoce el carácter multidimensional del fenómeno y presta atención tanto a las variables educativas como a las características del mercado laboral y al impacto de las políticas públicas, o a las transformaciones en los roles de género y los nuevos modelos de maternidad y paternidad.

Esperamos que este nuevo número de la Colección de Estudios Sociales represente una contribución útil al análisis de los factores desencadenantes del síndrome de fecundidad muy baja, a la vez que aporte datos interesantes para el diseño de políticas orientadas a su recuperación. Además, los hallazgos del presente libro cuestionan la opinión de que las mujeres con mayor formación, profesionales y que buscan relaciones de pareja más igualitarias están irremediablemente condenadas a renunciar a su ideal de familia. Una vez más, el papel de la acción pública y de la acción social se revela decisivo para enfrentar positivamente este desafío de las sociedades contemporáneas.

Jaime Lanaspá Gatnau

Director ejecutivo de la Obra Social
"la Caixa" y director general
de la Fundación "la Caixa"

Barcelona, diciembre 2013

Introducción

Gøsta Esping-Andersen

¿Por qué debemos preocuparnos por la fecundidad, concretamente por el tipo de baja fecundidad persistente y a largo plazo que se da en algunos países como España? Uno de los motivos más citados tiene que ver con el rápido envejecimiento de la población. Se trata, sin duda, de un asunto de interés público que requiere atención inmediata. Desde la perspectiva del bienestar, han surgido otros argumentos según los cuales la fecundidad actual queda muy lejos de los ideales y las preferencias de la ciudadanía en lo que se refiere a tamaño y formación de familia. Esta última idea sirve de guía para los capítulos de este libro.

Pero ¿por qué las tasas de fecundidad son tan bajas en algunas sociedades y en otras no? El capítulo 1 pone de manifiesto que la fecundidad depende de un gran número de factores, si bien no todos ellos tienen la misma importancia. Este estudio, como otros estudios recientes, presta especial atención al impacto que los cambios tienen en los roles familiares y de género. Lo hace desde un enfoque comparativo, con especial atención al síndrome de fecundidad muy baja, sobre todo, en España.

La elección del objetivo no es casual; nos centramos en el impacto del cambio en los roles de género y familiares por motivos teóricos. Los debates que se han ido sucediendo en torno a la transformación social, tanto entre los académicos como en los medios de comunicación, han puesto el énfasis en fuerzas macroscópicas como la globalización, la aparición de la sociedad de la información y el cambio de valores en la posmodernidad, factores todos ellos que podrían ser muy pertinentes para explicar cómo gestionamos nuestros asuntos financieros, cómo nos comunicamos, qué tipos de puestos de trabajo aparecen y desaparecen, o para explicar la

distribución de la renta. No obstante, si hay algún vínculo entre estos y la natalidad, se trataría de algo muy indirecto y, por lo tanto, imposible de precisar. Como se verá en el capítulo 1, la tesis de los valores posmodernos no parece reflejar con exactitud el comportamiento actual en relación con la fecundidad.

Sin embargo, hay dos revoluciones en curso que tienen una influencia incuestionable en el hecho de tener hijos, a saber: la salida de la mujer del hogar y la adopción de nuevas maneras de emparejarse y formar familias. La primera plantea un conjunto de nuevos dilemas y reequilibrios acerca del rol de la maternidad a lo largo de la vida de la mujer. La segunda, sin duda, influirá en las decisiones de hombres y mujeres a la hora de tener hijos, porque introduce nuevas incertidumbres y una mayor fragilidad en la vida familiar. Creemos que la revolución de los roles femeninos resulta más explicativa para comprender la evolución de la fecundidad contemporánea que las transformaciones asociadas a la globalización o el posmodernismo.

Nuestro análisis comparativo del caso español no está motivado por la simple casualidad de que se trata de «nuestro» país. Creemos que España merece un análisis más profundo por dos motivos que la hacen interesante en el plano *teórico*. En primer lugar, porque exhibe un comportamiento que se desvía de otros casos de fecundidad muy baja. He aquí algunos ejemplos:

- El hecho de no tener hijos se da, en términos comparativos, en un porcentaje reducido. De hecho, la incidencia de infecundidad es más baja que en cualquier otro país. La inmensa mayoría de las mujeres españolas tienen hijos, pero muchas tienen solamente uno.
- La postergación de la maternidad es una tendencia universal, impulsada en gran medida por las mujeres profesionales con estudios superiores. No obstante, en España este retraso no tiene nada que ver con la procedencia social. La edad de la mujer en el primer alumbramiento es avanzada tanto en las de alto como de bajo nivel de estudios.
- España ha experimentado un espectacular crecimiento en materia de cohabitación, algo poco frecuente entre los españoles de edad avanzada pero extraordinariamente generalizado entre las generaciones pos-

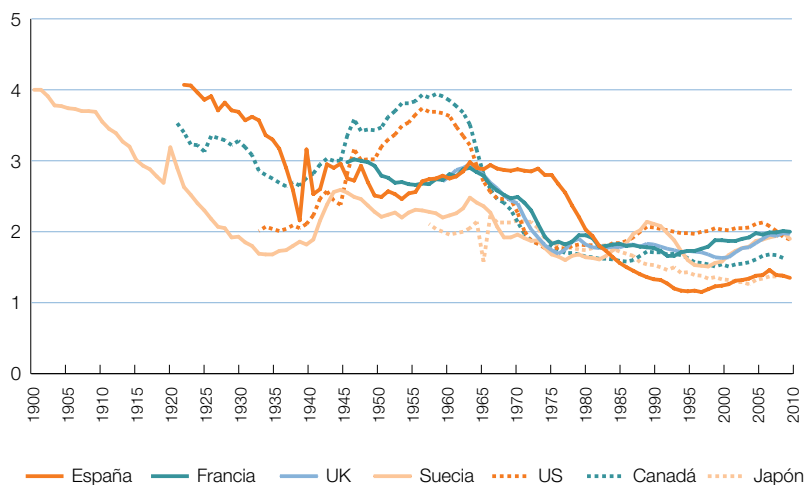
franquistas. Las pruebas sugieren que el estilo de convivencia español se asemeja a la lógica escandinava, es decir, representa un equivalente funcional al matrimonio. Un hecho sorprendente que se desprende de nuestro estudio, como veremos, es que el comportamiento de las parejas de hecho en materia de fecundidad es similar al de las de derecho.

La segunda razón teórica tiene que ver con la tremenda velocidad con la que se produce el cambio social en España, un país que fue el último en llegar a casi todas las dimensiones de la modernización. Sin embargo, una vez que se pone en marcha, la velocidad de transformación de la sociedad es asombrosa: en asuntos como el empleo femenino, el divorcio o las nuevas configuraciones familiares, España ha logrado en una o dos décadas lo que otros países han necesitado medio siglo para conseguirlo. Ello lleva a pensar que la sociedad española habría acumulado un enorme deseo de modernizarse mucho antes de poder hacerlo realidad. Esta tesis se ilustrará más adelante.

El contexto histórico de la fecundidad contemporánea

Los datos sobre natalidad ponen claramente de manifiesto que España es un caso único, marcado por cambios abruptos y vertiginosos. El gráfico 1 muestra las tasas de fecundidad (TFG) comparativas a lo largo del último siglo. En todos los países se observa un patrón similar de declive brusco en los años setenta y ochenta; no obstante, la caída en España es realmente extraordinaria pues parte de una tasa más elevada y desemboca en unas TFG que tocan fondo, todo ello en apenas dos décadas. Pero además, se produce una situación de estancamiento: mientras que muchos países ya han emprendido el camino de la recuperación, esto todavía no ha ocurrido en España, que continúa en un nivel de fecundidad muy bajo. Por supuesto, cabe especular que en cuanto se produzca una genuina recuperación de la tasa de natalidad, el cambio de tendencia de España será, una vez más, extraordinariamente rápido. Por el momento, no tenemos ninguna forma de saberlo, aunque parece que el «déficit del bienestar» del que damos cuenta en el capítulo 1 apoyaría esta hipótesis, ya que la norma de los dos niños tiene mucho peso entre los españoles.

Tendencias en la Tasa de Fecundidad General (TFG), 1900-2011



Fuente: *The Human Fertility Database* (www.humanfertility.org) e institutos nacionales de estadística.

El marcado descenso de la natalidad parece ser consecuencia, en todos los países, de la tendencia al alza en los índices de ocupación y el nivel educativo de la mujer. La tabla 1 muestra las tendencias de la época posfranquista. Los datos sobre enseñanza superior se refieren a ambos sexos, por lo que hay una ligera infrarrepresentación en el índice de éxito femenino.

La tabla 1 refleja la rapidez con la que España ha alcanzado al resto de los países de la OCDE. Hasta la década de los noventa, sufría un gran retraso respecto a muchos países en los índices de enseñanza universitaria y en los de ocupación femenina. De hecho, en 1970 ocupaba el último puesto del *ranking* de la OCDE tanto en enseñanza como en ocupación. En ambos indicadores se ha conseguido recuperar el terreno perdido en las dos últimas décadas. Por supuesto que no se han alcanzado los niveles de éxito académico de los países escandinavos o de los Estados Unidos, pero sí que se han superado ampliamente los de Italia y Alemania.

TABLA 1

Niveles de enseñanza superior y ocupación femenina en la OCDE, 1970-2008

	1970	1990	2008
% población con estudios superiores: España	5	10	29
% población con estudios superiores: media OCDE		18	28
Tasa de ocupación femenina: España	24	32	58
Tasa de ocupación femenina: media OCDE	35	41	57

Fuente: OCDE (2011) *Education at a glance*; OCDE (2002), *Historical statistics, 1970-2000*; base de datos de la OCDE sobre ocupación.

La rápida modernización de los roles de la mujer, como era previsible, se concentra en las generaciones más jóvenes. A modo ilustrativo, la tasa de empleo actual entre las mujeres españolas mayores de 55 años se sitúa en apenas el 35%. En cuanto a las menores de 55 años, el aumento ha sido mayor entre las mujeres casadas y mujeres con hijos. En tan solo una década (1998-2008) la tasa de empleo materna se disparó 20 puntos, del 40 al 60%. Este hecho subraya otra faceta de la revolución femenina *a la española*: el nivel de empleo de las madres apenas difiere del de las mujeres que no lo son.

Si contrastamos estas tendencias con la evolución de la fecundidad, la correspondencia no es tan estrecha como se podría imaginar. A pesar de que el descenso más acusado de la tasa de natalidad en España se produjo entre 1975 y 1985, este período no se caracterizó por la masiva incorporación de la mujer al mundo laboral (ni por una expansión educativa). El verdadero auge en el empleo (y en la enseñanza superior) ocurrió después de 1990, es decir, una vez estabilizada la situación de fecundidad muy baja.

También observamos este fenómeno de rápida transformación cuando analizamos los cambios en la estructura familiar. Este hecho afecta por igual al matrimonio, al divorcio, a la cohabitación y a la maternidad fuera del matrimonio.⁽¹⁾ La tasa bruta de nupcialidad (es decir, el número de matrimonios por 1.000 habitantes) ha disminuido en las últimas décadas en la

(1) Los datos siguientes proceden de la Base de Datos de Familia de la OCDE.

mayoría de los países avanzados. Una vez más el descenso ha sido especialmente acusado en España, que ya ocupa los puestos más bajos de la OCDE con una tasa de 3,8 (la media para la OCDE es de 5,0). Curiosamente, Italia es el país que más se acerca a España, con una tasa de nupcialidad de 4,0. En realidad, desde la década de los setenta la tasa de nupcialidad española se ha reducido a la mitad.

El hecho de que los españoles estén perdiendo la fe en el matrimonio se refleja también en los datos sobre los divorcios. La tasa bruta de divorcios (medida igual que la de nupcialidad) era, en 1970, exactamente cero –lo que no debe sorprender pues durante el régimen franquista el divorcio era ilegal–. En 1990 ya había subido a 1,0 y, en las dos últimas décadas, se ha disparado hasta 2,4; este porcentaje sitúa a España en el grupo de los países europeos con un índice de divorcios alto, al mismo nivel que el Reino Unido y por delante de Francia y Alemania. Además, como veremos en el capítulo 5, en las últimas décadas la cohabitación se ha generalizado en España. Este es uno de los motivos que explican por qué la tasa de nupcialidad ha caído tan vertiginosamente. Una manera de ilustrar este fenómeno es examinar el porcentaje de los hijos nacidos fuera del matrimonio, cifra que se ha triplicado (pasando del 11% al 31%) desde 1995. Con todo, la tasa de nacimientos fuera del matrimonio sigue siendo mucho mayor en los países escandinavos, donde alcanza alrededor de la mitad del total de los nacimientos. Hoy la tasa española es similar a la de Alemania y duplica exactamente la de Italia.

Un aspecto interesante de la cohabitación –mencionado anteriormente– es su «carácter escandinavo». Mientras que en muchos países la cohabitación suele considerarse como una etapa temporal que desemboca en el matrimonio (o en el final de la relación en pareja), en España constituye una alternativa funcional estable. Así lo indican los datos sobre fecundidad: no hay prácticamente ninguna diferencia en la probabilidad de tener un (primer) hijo entre las dos formas de pareja (las cifras de comienzos de la década de 2000 indican que el 28% de las parejas casadas y el 25% de las que cohabitan tienen un hijo). En pocas palabras, España ha llegado tarde a la modernización, pero, una vez alcanzada, las transformaciones no solo han sido revolucionarias sino que han sucedido en un período de tiempo sorprendentemente corto. Casi todos los indicadores –desde el estatus de

la mujer hasta la vida en familia– demuestran que la modernización de España se ha desarrollado durante las dos últimas décadas. Esto vuelve a plantear una incógnita temporal, ya que la súbita caída de la fecundidad fue anterior a estos cambios.

Estructura del estudio

Como se ha señalado, este estudio se centra en analizar las relaciones que se dan entre los cambios en los roles de género, la transformación de las familias y la fecundidad. En los capítulos que siguen abordaremos estas cuestiones desde diversos puntos de vista.

El primer capítulo sitúa el estudio en el contexto más amplio de la investigación sobre la fecundidad. Se ha mencionado que hay dos perspectivas que explican por qué la baja fecundidad continuada es una preocupación de interés público. La primera, porque contribuye a un envejecimiento muy rápido de la población; la segunda, porque es una cuestión de bienestar, en el sentido de que el número de hijos que se tienen queda muy lejos del que los ciudadanos desean realmente. En el capítulo 1 se explica por qué nuestro estudio se centra en esta segunda perspectiva.

Como prelude de los capítulos posteriores, más analíticos y explicativos, el capítulo 2 presenta a los lectores una detallada panorámica de las tendencias en el comportamiento sobre la fecundidad y la formación de familias en las décadas recientes, ofreciendo una visión general de la evolución de la fecundidad en los últimos tiempos. Asimismo, este capítulo se propone contrarrestar, con evidencia empírica, una serie de creencias generalizadas.

Una de estas creencias es la tesis según la cual las tasas de fecundidad se tendrían que recuperar una vez estabilizada la postergación de la maternidad. Si esta tesis fuera correcta, la fecundidad volvería a aumentar. Pero en España, por el momento, esta recuperación no se ha producido. Una segunda creencia es que la fecundidad tendría que aumentar –como lo hizo en Francia y en los países escandinavos– cuando la cohabitación se convirtiera funcionalmente en el equivalente del matrimonio. Sin embargo, en el caso de España resulta sorprendente que las tasas de cohabitación sean efectivamente similares, pero sin que ello haya influido en la tasa de fecundidad general.

De los datos analizados en el capítulo 2 se desprenden algunas características del caso español que lo convierten, en términos comparativos, en un caso ciertamente excepcional. A diferencia de otros países que presentan tasas de fecundidad muy baja, la ausencia de hijos es marginal en España. Las mujeres españolas tienen básicamente un hijo. España, por lo tanto, pertenece al grupo de los países con tasas de fecundidad muy baja, sobre todo, porque pocas mujeres acaban teniendo más de un hijo. Otra característica singular de España es la situación que presenta de postergación de la maternidad. Prácticamente en todos los países la tendencia es que la maternidad tardía se concentra entre las mujeres con mayor nivel educativo, en cambio, en España, las diferencias según el nivel educativo son escasas y la postergación es una característica universal.

El capítulo 3 centra la atención en las diferencias en la fecundidad atribuibles de manera específica a la educación. Aunque los niveles de fecundidad eran tradicionalmente mucho más altos entre las mujeres con menor nivel educativo, en algunos países hemos visto que se ha producido una inversión de esta tendencia, de modo que ahora las mujeres con más educación tienen más hijos. Este es el caso de los países escandinavos; también se ha observado una tendencia similar en América del Norte.

El hecho de que la población con menos nivel educativo tenga más hijos no es de extrañar. La causalidad puede circular en ambos sentidos: por un lado, podemos suponer que las mujeres que quieren dar prioridad a la maternidad dudarán a la hora de invertir demasiado en educación. Por otro lado, el coste de oportunidad económica de la maternidad debería ser mucho más bajo entre la población menos instruida. Pero las diferencias en el nivel de fecundidad entre mujeres de diferentes niveles educativos no han cambiado en España –al menos por ahora–. Por eso resulta tan importante entender la lógica precisa que subyace en la relación entre educación y fecundidad, pues en las últimas décadas el nivel educativo de las mujeres españolas ha aumentado rápidamente, hasta el punto de que ahora suelen dejar atrás a los hombres, sobre todo en los niveles más altos. Una de las conclusiones del capítulo 3 es que el *tipo* de educación probablemente importa mucho más que el *nivel* educativo. Las mujeres con educación superior que también muestran una alta fecundidad tienden a inclinarse por ramas educativas más «femeninas» como magisterio, trabajo social

o ciencias de la salud. Esto sugiere, a su vez, que estas mujeres buscan lo que podemos llamar puestos de trabajo de la *economía blanda*, sobre todo en el sector público –es decir, trabajos que son, comparativamente, más propicios para la maternidad–. Por lo tanto, es posible que la recuperación de la fecundidad en los países escandinavos y la inversión en las tendencias de fecundidad de las mujeres en función de su nivel educativo estén relacionadas con un mercado laboral del Estado de bienestar muy abundante y altamente feminizado.

Las relaciones de pareja se están volviendo más polifacéticas y, al mismo tiempo, más inestables. España se ha alineado rápidamente con esta tendencia internacional. Este es el punto de partida del capítulo 4, que se propone identificar de qué modo el riesgo creciente de divorcio y el aumento de la cohabitación influyen en la fecundidad. Debido a las limitaciones en los datos, en este estudio solo comparamos unos cuantos países europeos, aunque son países que representan perfectamente las variaciones en fecundidad: Noruega (con una fecundidad alta, comparativamente), Alemania y Austria (baja) e Italia y España (dos países mediterráneos con fecundidad muy baja y tradiciones familistas enraizadas). Ya se ha apuntado que las conclusiones del estudio son bastante sorprendentes: se observa que la cohabitación no solo ha aparecido con fuerza en España, sino también que los cohabitantes presentan un comportamiento reproductivo parecido al de las parejas casadas.

El capítulo 5 explora el papel de la igualdad de género en la fecundidad y con este objetivo se analizan los valores relativos a los roles de género. La hipótesis de la que partimos es que solo es probable que surjan los efectos positivos de la fecundidad si se cumplen dos condiciones: primera, el nivel global de valores de igualdad de género en una sociedad determinada tiene que ser alto; segunda, estos valores deben difundirse ampliamente entre la población, entre hombres y mujeres, y en diferentes niveles educativos. Tras comparar las tendencias de estos valores en las dos últimas décadas y en un gran número de países, nuestros análisis indican que, efectivamente, la fecundidad tiene una relación positiva tanto con el nivel como con la difusión de los valores de igualdad de género.

Los primeros capítulos, así como la mayoría de las investigaciones sobre fecundidad, centran la atención de forma casi exclusiva en los dilemas, obstáculos y preferencias asociados a la maternidad. El papel del hombre en todo el proceso de formación de la familia es como el de la proverbial caja negra. El capítulo 6 intenta remediar esta flaqueza ofreciendo un análisis del nuevo modelo de paternidad que está surgiendo. ¿Cuáles son los cambios en la participación del hombre a la hora de tener hijos? ¿Estamos dejando atrás el rol convencional del padre pasivo y distante? Si los padres contemporáneos muestran una participación mucho más activa a la hora de criar los hijos, ¿se generan costes de oportunidad adicionales para la paternidad?

En un estudio anterior, en el que comparamos Dinamarca, España y el Reino Unido, comprobamos que la participación masculina en el cuidado de los hijos, así como en las tareas domésticas en general, es mucho más generalizada de lo que se suele creer (Esping-Andersen *et al.*, 2010). Esto también se ha visto en otros estudios (Sullivan, 2011), a pesar de que las diferencias nacionales son considerables. El marido danés medio contribuye casi la mitad (43%) del tiempo que los padres y madres dedican a las tareas del hogar, mientras que, como cabía esperar, la participación masculina en España continúa siendo más marginal. En todo caso, todos los indicadores apuntan a que los hombres se están adaptando a los nuevos roles de la mujer. A diferencia del resto de los capítulos, el 6 sigue una línea de investigación cualitativa basada en entrevistas en profundidad con parejas españolas.

En los últimos años, los investigadores en el ámbito de la fecundidad han centrado buena parte de su investigación en la influencia de las políticas públicas (McDonald, 2000; Esping-Andersen, 2009; Gauthier y Hatzius, 1997; OCDE, 2002). De hecho, en la última década, la OCDE ha puesto en marcha un programa de investigación a gran escala que analiza la influencia de las políticas sociales favorables a la familia. El capítulo 7 intenta identificar la importancia relativa de las políticas sociales y cómo estas interactúan con las normas de género que prevalecen en las sociedades. Este último capítulo presta especial atención a la posibilidad de que políticas similares puedan tener efectos muy diferentes según el tipo de pareja. Las conclusiones extraídas del análisis coinciden, en gran medida, con los

resultados de otros estudios. En primer lugar, se advierte que las políticas que abordan directamente las dificultades de conciliación entre trabajo y familia –más que las que se dirigen al bienestar de la familia en general– tienen efectos positivos en la fecundidad. Dicho de otro modo, las escuelas infantiles y la reducción del horario laboral parecen tener un efecto beneficioso en la fecundidad, pero no ocurre lo mismo con los programas de prestaciones familiares generales. En segundo lugar, el efecto de estas políticas en la natalidad es, claramente, mucho más positivo entre las parejas con alto nivel educativo.

Esta última conclusión hace referencia, de nuevo, al tema analizado en el capítulo 4: las diferencias en la fecundidad según el nivel educativo. España ha vivido debates muy polémicos relacionados con las políticas familiares durante la última década, y, hasta cierto punto, los gobiernos han ofrecido algún tipo de respuesta. Hemos visto que a escala local se han tomado medidas para ampliar las prestaciones a los niños menores de 3 años. Y el último Gobierno socialista intentó recompensar la natalidad con el «cheque bebé» de 2.500 euros, que fue suprimido posteriormente. Las conclusiones del capítulo 7 apuntan a que el Gobierno se equivocó con su estrategia de recompensas en efectivo y que hubiera sido más eficaz utilizar los recursos financieros para construir más escuelas infantiles. Por último, los resultados del estudio también indican que la reforma de la jornada laboral es uno de los ámbitos que requieren mayor prioridad de actuación.

I. Por qué la fecundidad es importante: teoría e investigación empírica

Gøsta Esping-Andersen

1.1. La fecundidad, una cuestión de interés público

¿Por qué nos debe preocupar la natalidad? ¿La decisión de una pareja sobre los hijos que quieran tener no es una cuestión privada? La respuesta a esta segunda pregunta es, en esencia, no. Desde los inicios de la civilización moderna, la natalidad ha sido una importante cuestión de interés público, aunque la forma en la que la hemos definido ha ido cambiando significativamente a lo largo de la historia moderna.

En la Antigüedad, Platón ya se preocupaba por si los ejércitos atenienses tendrían suficientes efectivos y si serían de un calibre humano lo bastante elevado. Como veremos a continuación, Platón se adelantó algunos milenios a la famosa teoría económica de Gary Becker sobre la cantidad y la calidad de la fecundidad. En la Edad Media, los señores feudales promovían activamente la procreación entre los campesinos para asegurarse mano de obra abundante y barata.

Unos siglos después, la percepción cambia y la natalidad es considerada una amenaza. En 1798 Malthus publica su famoso *Ensayo sobre el principio de la población*: según su teoría del crecimiento de la población, la fecundidad aumentará a consecuencia del crecimiento de la riqueza y los ingresos. Malthus temía que el exceso de población provocara a su vez hambrunas y enfermedades con los desequilibrios consiguientes.

Afortunadamente para la humanidad, la teoría de Malthus ha sido refutada por los acontecimientos. Desde mediados del siglo XIX no se ha mantenido la relación entre la riqueza de una sociedad y la natalidad; al contrario, a medida que las naciones se enriquecen, menguan sus tasas

de fecundidad (Guinnane, 2010; Jones y Tertilt, 2008). También es evidente que los niveles de fecundidad influyen en el crecimiento económico. No obstante, hay una clara respuesta cíclica: las tasas de natalidad cayeron en picado durante la Depresión de los años treinta del siglo pasado, y esto se está repitiendo en la crisis que empezó en 2008.

Con frecuencia se ha querido estimular la natalidad por motivos natalistas, a menudo vinculados a ideales nacionalistas de *grandeur*. Estas ideologías surgieron con mucha fuerza en Francia, en su larga carrera –de alrededor de un siglo– para convertirse en la primera potencia europea. Tampoco es casual que las políticas natalistas fueran igualmente prominentes en la Alemania nazi y otros regímenes fascistas. Aquí encontramos un eco de las ideas de Platón, aunque es evidente que las políticas natalistas no se han limitado a las naciones belicosas sedientas de poder. Fueron un *leitmotiv* político en muchos países después de la Primera Guerra Mundial y también durante los años treinta. Incluso la socialdemócrata Suecia adoptó políticas natalistas en las décadas de entreguerras, en parte porque había perdido mucha población a causa de la emigración anterior a la Primera Guerra, y en parte debido a un marcado descenso de los nacimientos durante los años treinta. De hecho, uno de los análisis científicos pioneros de la caída de la natalidad fue el libro de Gunnar y Alva Myrdal, *Kris y Befolkningsfraagan (La crisis en la cuestión de la población)*, de 1934. Su principal propuesta para promover más nacimientos era reforzar el Estado de bienestar y, especialmente, las políticas de apoyo a la familia. Las políticas natalistas han seguido resurgiendo de cuando en cuando, como ha ocurrido recientemente en la Rusia de Putin.

En cualquier caso la natalidad ha continuado cayendo. Desde la década de los setenta del siglo pasado, prácticamente en todas las sociedades avanzadas las tasas de fecundidad han caído por debajo del nivel de reemplazo. Y en un considerable número de países estamos viendo un fenómeno históricamente insólito, lo que los demógrafos llaman «una tasa de fecundidad muy baja» (*lowest-low fertility*) (Billari y Kohler, 2004; Kohler *et al.*, 2002).

Dejando a un lado los efectos de las migraciones, una sociedad solo puede reemplazar a su población total si el número medio de hijos por mujer supera 2,1. Si esto no ocurre durante períodos prolongados, habrá dos consecuencias problemáticas: la población envejecerá (y esto significa, naturalmente, que un número cada vez menor de jóvenes tendrá que cuidar a un grupo cada vez más numeroso de gente mayor) y la población total se reducirá. Esto no se apreciará a corto o a medio plazo, pero a largo plazo los efectos de un nivel de fecundidad persistentemente bajo pueden ser dramáticos.

Consideremos las previsiones siguientes: si una sociedad puede mantener una tasa de fecundidad de 1,9 hijos por mujer, su población al final de este siglo se habrá reducido aproximadamente en un 15%. Pero si una sociedad se encalla en una tasa inferior, es decir, de menos de 1,4 hijos por mujer por término medio, al final del siglo su población total será apenas el 25% del tamaño actual (McDonald, 2002). España ejemplifica este síndrome de fecundidad muy baja, y, de persistir, en el año 2100 tendrá una población de tan solo 10-15 millones de personas (es preciso recordar que estas previsiones no tienen en cuenta los cambios de población causados por la inmigración o la emigración). Por otro lado, el ritmo del descenso tendrá efectos directos en la ratio de dependencia de las personas mayores. Por ejemplo, en una España de baja fecundidad, en 2050 dicha ratio se disparará al 138%, en comparación con un modesto aumento del 36% en Suecia, que presenta un nivel de fecundidad más elevado.

Estos funestos escenarios han impulsado una nueva serie de argumentos a favor del estímulo de la natalidad: necesitamos una tasa de fecundidad más elevada para aliviar la carga que representará cuidar a los mayores en el futuro, así como para estimular el crecimiento económico. De hecho, la magnitud del fenómeno es sustancial. La OCDE ha estimado que la combinación del envejecimiento y el descenso de la población rebajará el crecimiento del PIB de la UE en 0,7 puntos porcentuales anuales a lo largo de las próximas décadas (Sleebo, 2003). Esto confirma una vez más que vivimos en un mundo gobernado por una lógica que es exactamente la contraria de las previsiones realizadas por Malthus.

La perspectiva del bienestar sobre la fecundidad

Los argumentos expuestos se refieren al nivel macro de los países, además de plantear de un modo u otro a escala de toda la sociedad cuestiones de bienestar que pueden afectar a su prosperidad económica o a la «grandeza» de la nación.

También podemos definir la fecundidad como un asunto de *bienestar* al nivel micro de los individuos y las familias. De hecho, tener hijos es uno de los ingredientes fundamentales en la búsqueda del bienestar y la satisfacción vital, y los datos así lo corroboran. Varios estudios concluyen que los hijos producen un dividendo significativo de felicidad (Aassve *et al.*, 2012; Kohler, 2005). Resulta inexplicable que esta dimensión haya recibido tan escasa atención en los debates sobre políticas públicas. A pesar de ello, fue el tema principal en la defensa que hicieron los Myrdal de políticas activas de apoyo a la familia.

Si examinamos los datos sobre lo que los ciudadanos consideran el número ideal de hijos, nos encontramos ante una serie de hechos sorprendentes. El primero es que tanto hombres como mujeres comparten visiones muy similares sobre el número ideal de hijos. El segundo es la continuidad de las preferencias a lo largo de varias décadas y generaciones. En realidad, parece que la norma de los dos hijos es tan fuerte hoy como lo era en la época de nuestros abuelos. En países tan diversos como Francia, Italia, Suecia y el Reino Unido, el número ideal de hijos (la media oscila entre 2,2 y 2,4) que indican las personas de la generación más reciente (los nacidos después de 1977) es el mismo que preferían las generaciones anteriores a 1947. Ahora bien, en determinados casos –sobre todo Austria y Alemania– las preferencias han disminuido (datos del Eurobarómetro de 2006; véanse también Kohler *et al.*, 2002; Scott y Braun, 2006; Sleenbos, 2003; Testa, 2006).

El tercer dato que llama la atención es que las tasas de fecundidad muy altas (de más de 5 hijos por mujer) que prevalecen hasta el siglo XIX probablemente iban más allá de las preferencias reales de la gente. El análisis que realiza Shorter (1973) de las investigaciones históricas concluye, de hecho, que el modelo probablemente más próximo al ideal era de 2-3 hijos. Guinnane (2010) llega a una conclusión similar. No hay que olvidar

que la mortalidad infantil durante el siglo XIX fue muy elevada. Como observa Livi-Bacci (1986), las grandes mejoras en los métodos anticonceptivos (y la caída de la mortalidad) hacia finales de siglo iban asociadas a una caída significativa del número de nacimientos. ¿Es posible que este *déficit de bienestar* en ese período lo provocara el hecho de tener demasiados hijos?

Los estudios actuales intentan identificar el déficit de bienestar examinando la distancia entre las preferencias y la fecundidad real. Esto suele realizarse comparando los ideales que expresa la gente en cuanto al número de hijos con el índice sintético de fecundidad (ISF). Actualmente hay una serie de países, como el Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Canadá y los países escandinavos, donde el ISF se sitúa en torno a 2,0 hijos por mujer. Aquí el déficit bienestar-fecundidad parece poco relevante, pero en los países estancados en tasas de fecundidad muy bajas (es decir, por debajo de 1,3) la diferencia es enorme.

Los índices sintéticos de fecundidad tal vez no sean la mejor vara de medir, ya que se limitan a recoger el número medio de nacimientos en un año determinado dividido por el número de mujeres en edad fértil. Este cálculo, de hecho, puede inducir a errores considerables si hay un número creciente de mujeres que aplazan la maternidad, un fenómeno bastante común en tiempos recientes. Lo que tal vez deberíamos hacer en lugar de eso es medir el déficit con los datos sobre el número final de hijos para las generaciones de mujeres que ya han sobrepasado la edad fértil (el límite suele situarse en 40-45 años). Para hacernos una idea del déficit de bienestar actual, tendríamos que estudiar el grupo de mujeres nacidas en 1965-1967. En el caso de Suecia, esta cifra (1,95) se acerca bastante al número de hijos preferido. En España, en cambio, hay un déficit de bienestar sustancial, ya que el número final de hijos es 1,6 (Bongaarts y Sobotka, 2012).

Otra forma de medir el déficit de bienestar es centrar la atención en la distribución de mujeres según el número de hijos. Una vez más, es evidente que la preferencia por dos o más hijos es abrumadora. En el conjunto de la UE, los que no desean ningún hijo (4%) o un máximo de uno (10%) son una minoría, frente al grupo de los que querrían tener tres hijos o más, el 26% (Testa, 2006: tabla 5). Desde esta perspectiva observa-

mos de nuevo algunas diferencias de bienestar notables. Para la generación más reciente, el porcentaje de las mujeres que permanecen sin hijos oscila entre el 20% de Italia y aproximadamente el 12% de España y Suecia, es decir, tres o cuatro veces más de lo que podríamos esperar si la realidad reflejara las preferencias expresadas. Y esto también afecta a las que acaban teniendo un hijo. En este aspecto, España presenta una situación bastante atípica: por un lado, la falta de hijos es un fenómeno relativamente moderado, pero, por el otro, presenta un porcentaje insólitamente alto (en torno a un tercio) de mujeres que tienen un hijo (en el capítulo 2 veremos los datos en detalle). Esta particularidad nos indica que el principal déficit de bienestar en España se halla en la dificultad de ir más allá del primer hijo.

Este mismo fenómeno, por cierto, caracterizó la caída en picado de la fecundidad durante la Depresión de los años treinta. Como muestran Jones y Tertilt (2008), el drástico descenso de nacimientos en los Estados Unidos en aquella época se explica por el aumento de la proporción de mujeres que no tuvieron hijos y, sobre todo, por la limitación de muchas familias a un hijo.

Como veremos en los próximos capítulos, las posibles explicaciones son múltiples: las mujeres aplazan la maternidad (aunque esto sucede en todas partes); se enfrentan a dificultades para conciliar la maternidad con sus ambiciones profesionales; las ayudas del Estado de bienestar para las familias es insuficiente y las parejas dudan si tener hijos debido a la incertidumbre económica y social. España ha sufrido unas tasas de paro comparativamente elevadas en las últimas décadas, en particular, entre los jóvenes, también ha experimentado un espectacular aumento de las tasas de divorcio y cohabitación.

1.2. Las teorías de la fecundidad

La investigación de la fecundidad se ha visto muy influida por dos tradiciones teóricas. Una procede del ámbito de la economía y especialmente de las contribuciones de Gary Becker. La otra podríamos denominarla *una versión posmoderna* de la tesis de la segunda transición demográfica.

Teorías económicas

La teoría de la fecundidad de Becker es un modelo de demanda básico aplicado a la toma de decisiones sobre la familia (Becker, 1960; 1981): la demanda de hijos debería aumentar paralelamente a la riqueza y los ingresos porque eso implica que el coste relativo de un hijo adicional disminuye. Tal como lo formulan los economistas, el aumento de la prosperidad relaja la restricción presupuestaria de la familia. Pero dicho efecto positivo puede verse anulado por dos motivos. El primero es que la función de demanda de la familia depende del precio de tener hijos en relación con otros bienes (puede que papá prefiera comprarse un coche nuevo en lugar de tener otro hijo). Y el segundo es que cuando los ingresos de las personas aumentan, también lo hacen los costes de oportunidad asociados al hecho de tener hijos (los niños requieren tiempo). Los costes de oportunidad percibidos tendrían que ser especialmente elevados para las personas con un alto potencial adquisitivo. El resultado es que la demanda ya no se centra tanto en tener hijos.

La decisión de los padres sobre el momento de tener los hijos (lo que los demógrafos llaman el *efecto tempo*) es una variante de esta misma lógica. Como es bien sabido, la curva de ingresos aumenta de forma más marcada durante los primeros años de la vida profesional y después empieza a nivelarse. La curva presenta una pendiente más acusada para los trabajadores altamente especializados. Si nos basamos en el clásico modelo de la «curva edad-salario» de Mincer (1963), podríamos hacer estas predicciones: *a*) las mujeres retrasarán el primer hijo hasta que la pareja haya alcanzado una trayectoria de ingresos estable y previsible; *b*) para una mujer que trabaja, el coste de oportunidad de tener un hijo (y de interrumpir su carrera profesional) será especialmente alto en la fase en que su curva de ingresos haga más pendiente. Esto significa que las mujeres con un elevado potencial de ingresos es más probable que aplacen la maternidad, en comparación con las mujeres con un menor potencial de ingresos (véase también Moffit, 1984).

Según la teoría de Becker, los padres se enfrentan a una importante disyuntiva: el coste de los hijos no solo depende de la cantidad, sino también de su calidad –es decir, la inversión que hacen en sus habilidades, en su salud o en su educación–. La teoría predice que las inversiones de los

padres en los hijos favorecerán la calidad a medida que aumente el rendimiento en educación y conocimientos, otro motivo que aumenta la probabilidad de que la fecundidad disminuya (Becker y Lewis, 1973).

Este marco teórico ha sido muy influyente, sobre todo porque parecía encajar de lleno con las tendencias observadas. Pero volvamos al cambio histórico: hasta la segunda mitad del siglo XIX, el trabajo infantil era muy común. A modo de ejemplo, durante los años treinta del siglo XIX, en el Reino Unido el 25% de los niños entre 10 y 14 años trabajaban a cambio de un salario. A partir de mediados de siglo, a medida que el trabajo infantil se restringía (y se extendía la escolarización obligatoria), para muchas familias los niños pasaron a ser un gasto en lugar de una fuente de ingresos. Este cambio, como pronosticaría Becker, se asoció a una fuerte caída de la fecundidad (Guinnane, 2010; Jones y Tertilt, 2008).

Un siglo después, no hay duda de que el enorme aumento de la tasa de empleo y la educación de las mujeres ha contribuido al descenso de la fecundidad. Observamos que las mujeres con mayor nivel educativo suelen aplazar la natalidad, en comparación con las mujeres menos cualificadas (o las que no se han incorporado al mercado de trabajo), y también son más propensas a tener menos hijos o a no tenerlos. También es evidente que uno de los efectos de la creciente capacidad de generar ingresos de las mujeres es tener menos hijos (Hotz y Miller, 1988; Heckman y Walker, 1990), y que los rendimientos crecientes de la educación en la economía del conocimiento han impulsado un cambio en el tiempo de dedicación de los progenitores y en las inversiones financieras, primando la calidad por encima de la cantidad. Por ejemplo, en las últimas décadas hemos sido testigos de un incremento significativo del tiempo que padres y madres destinan a sus hijos (Esping-Andersen, 2009).

En definitiva, la teoría de Becker pronostica una caída continuada de la fecundidad a largo plazo, en particular, después de la transformación del estatus económico de la mujer. No obstante, aquí es donde la teoría parece quedarse corta. Es más, los cambios en la tasa de fecundidad durante las últimas décadas la contradicen frontalmente. Para empezar, está claro que la correlación entre los niveles de empleo femenino y la tasa de fecundidad se ha invertido. En los años sesenta y setenta era negativa, pero ahora ha pasado a ser positiva (Ahn y Mira, 2002; Myrskylä, Ko-

hler y Billari, 2009; OCDE, 2011). De hecho, los niveles de fecundidad se han recuperado más en los países –como Francia, los países escandinavos o Estados Unidos– donde el empleo femenino es algo habitual. En cambio, el síndrome de fecundidad muy baja tiende a concentrarse en países como Italia o España, con una participación de la mujer en el mercado de trabajo relativamente baja. Por otra parte, como veremos con mayor detalle en el capítulo 4, en algunos países ahora también se produce una inversión de la influencia de la educación en la fecundidad: la fecundidad cae en las mujeres con menor nivel educativo y aumenta entre las que tienen estudios superiores.

Este hecho no cuadra muy bien con la tesis del coste de oportunidad económico. Pero sí encaja en la perspectiva del bienestar, concretamente con el hecho de que los ciudadanos siguen pensando que lo ideal es tener dos hijos. El aumento de nacimientos entre las mujeres con mayor nivel educativo en países como los escandinavos expresa, por lo tanto, que las condiciones en estas sociedades son favorables para la realización de las preferencias de estas mujeres. En el estudio de Datta Gupta y Smith (2002) encontramos una pista del porqué esto es así: las danesas con estudios superiores que priorizan la maternidad tienden a abandonar puestos de trabajo mejor remunerados, en sectores de *economía dura*, a cambio de empleos en el sector público, con sueldos inferiores, al nacer su primer hijo. Esto es posible, naturalmente, gracias a la amplia oferta de puestos de trabajo de *economía blanda* vinculados al Estado de bienestar. No obstante, esta tendencia de reorientación profesional presenta una lógica totalmente distinta de la que habría pronosticado Becker: en el cálculo de coste de oportunidad de esas mujeres, el valor de tener hijos se antepone a la dimensión económica.

Easterlin propuso una teoría económica alternativa a la de Becker (Easterlin, 1966; Easterlin *et al.*, 1980), si bien ambas comparten un punto de partida similar, y es la influencia clave que tienen los ingresos, el modelo de Easterlin subraya también la influencia de las *relatividades*. La idea básica es que las aspiraciones de los ciudadanos se definen en relación con su punto de referencia principal, que básicamente es la generación de sus padres. El objetivo de la generación siguiente es mejorar –o por lo menos igualar– el nivel de vida de los padres. Las generaciones menos pobladas

pueden disfrutar de mejores oportunidades laborales (y obtener más ingresos), por lo que estarán más dispuestas a formar familias y a tener muchos hijos. Esto significa, sin embargo, que la siguiente generación será más numerosa, como pasó con el *boom* de natalidad de la posguerra mundial (el conocido *baby boom*). Los miembros de estas generaciones más concurridas tendrán que competir por los puestos de trabajo y es menos probable que alcancen un nivel de vida que satisfaga sus aspiraciones. Su reacción, por lo tanto, será casarse más tarde y aumentar la participación de las mujeres en el mercado de trabajo; también serán más propensos al divorcio. El efecto neto es una tasa de fecundidad más baja, lo cual explicaría las generaciones posteriores de los años setenta y ochenta, caracterizadas por una repentina caída de la natalidad. A su vez, cuando estas generaciones reducidas se hacen adultas, les pasa como a la generación de sus abuelos: al ser relativamente pocos, se benefician económicamente y mejoran su bienestar en comparación con la generación de sus padres. De modo que ellos también deberían regresar a un modelo familiar más tradicional y tener más hijos.

Resulta interesante observar que el modelo cíclico de fecundidad de Easterlin presenta algunos puntos en común con la teoría de Malthus: la prosperidad hace aumentar la natalidad, y en la generación siguiente hay un efecto bumerán. A primera vista parece que esto explica bastante bien las tendencias observadas durante el último medio siglo, pero continúa siendo un modelo controvertido y la evolución más reciente de las tasas de fecundidad no encajan muy bien en él. Esto es más evidente en los países con una tasa de fecundidad muy baja, como España, donde las generaciones reducidas fruto de la caída de la natalidad no responden a ninguna de las dimensiones clave: su propensión a casarse está en claro descenso, el riesgo de divorcio se dispara y el nivel de fecundidad sigue siendo muy bajo.

La posmodernidad y la segunda transición demográfica

El marco de la transición demográfica distingue dos puntos de inflexión históricos. La *primera* transición se desarrolló a partir del siglo XVIII (Davis, 1945; Chesnais, 1993) y se caracterizó por la caída de las tasas de natalidad, impulsada básicamente por una mortalidad decreciente. Esto se

consiguió gracias a mejoras sustanciales en salud e higiene: agua más limpia, más comida y, posteriormente, la introducción de las vacunas (por ejemplo, contra la viruela).⁽¹⁾ La rápida caída de la mortalidad infantil tuvo el efecto de un crecimiento igualmente rápido de la población. Los ciudadanos respondieron reduciendo la tasa de natalidad. El principal argumento teórico es que los cambios en el nivel de fecundidad de esa época se debían sobre todo a los cambios en la mortalidad.

La *segunda* transición demográfica, según sostienen Laesthaeghe (1995; 1998) y Van de Kaa (1987), llega hacia la segunda mitad del siglo xx. Los rasgos más destacados de esta transición son una caída de la tasa de fecundidad por debajo de los niveles de reemplazo generacional, un aumento de la infecundidad voluntaria, el aplazamiento del matrimonio, la creciente inestabilidad conyugal y la extensión de la cohabitación. Tanto Laesthaeghe (1998) como Van de Kaa (2001) hacen una interpretación teórica posmoderna de la segunda transición, con el argumento de que la caída de las tasas de nupcialidad, la inestabilidad creciente de las relaciones y la reducción del número de hijos representan la difusión de valores que promueven orientaciones y estilos de vida individualistas, la búsqueda de identidad y la realización personal, por encima de los compromisos y los vínculos a largo plazo, la religiosidad o la sumisión a los convencionalismos. Resulta interesante ver cómo la teoría posmoderna de la transición acaba previendo tendencias que parecen un eco de las de Becker: la tendencia sostenida de «menos familia» en general y menos hijos en particular.

Huelga decir que hay críticos tanto de la tesis de la transición demográfica como de su versión posmoderna. Muchos sostienen que ni siquiera es una teoría, sino poco más que una identificación descriptiva de correlaciones: efectivamente, la tasa de fecundidad respondía a la caída de la tasa de mortalidad, pero al mismo tiempo había otros cambios cruciales que podían explicar con la misma verosimilitud el descenso de la natalidad (Guinnane, 2010), por ejemplo, el aumento de la productividad en la agricultura acrecentó los ingresos; la incorporación de las mujeres de

(1) Las mejoras en la salud permitieron que las muertes causadas por enfermedades infecciosas en Reino Unido cayeran del 11‰ al 1‰. Guinnane (2010: 13) señala que hacia 1800 el 30% de todos los niños morían en los primeros años de infancia.

clase baja al mercado de trabajo (expansión de la industria textil) o la urbanización y el coste de la vivienda, que impuso restricciones al tamaño de la familia. Además, como ya hemos mencionado, los beneficios económicos de tener hijos fueron reduciéndose a medida que el trabajo infantil desaparecía y los hijos pasaban a representar un coste neto para los padres (Caldwell, 1982).

Y como también pasaba con la teoría económica de Becker, los recientes cambios demográficos contradicen la teoría de la posmodernidad. En casi todos los indicadores clave de la familia encontramos una inversión del escenario «menos familia». Esto puede apreciarse sobre todo en las mismas sociedades que fueron las precursoras de la transición posmoderna, particularmente en América del Norte y los países escandinavos, donde en las últimas décadas las tasas de fecundidad se han recuperado. En cambio, los países que llegaron más tarde, como Italia, Polonia o España, actualmente son los prototipos de la tendencia «menos familia». Resulta difícil imaginar por qué los suecos abandonaron repentinamente la posmodernidad o, pongamos por caso, por qué los italianos y españoles han pasado a situarse en la vanguardia mundial de los valores posmodernos.⁽²⁾ La validez de la teoría también es cuestionable cuando observamos que en algunos países la tasa de fecundidad y la estabilidad conyugal están aumentando en las clases profesionales con mayor nivel educativo, mientras que disminuyen entre la población con menor nivel educativo. Es difícil concebir por qué los ideales posmodernos arraigan con más fuerza en los estratos sociales inferiores, a la vez que retroceden entre las élites mejor educadas.

Según sostienen Esping-Andersen y Billari (2012), el pronóstico «menos familia» que presentan ambas perspectivas teóricas proviene de un error básico: considerar que la erosión de los matrimonios y del nivel de fecundidad que empieza en los años sesenta marca una fase transitoria y *no* una nueva trayectoria permanente. Su argumento alternativo es que la

(2) En realidad, la noción de *posmodernidad* no tiene ninguna base empírica. Como indican Scott y Braun (2006), estos cambios de valores solamente son demostrables en cuestiones relativas a la sexualidad. No solo las preferencias sobre el número de hijos se han mantenido inalteradas, sino que los datos de las encuestas mundiales sobre los valores nos muestran que únicamente una pequeña minoría de los ciudadanos está de acuerdo con la afirmación: «El matrimonio está pasado de moda». Por ejemplo, en países «avanzados» como Dinamarca, Noruega y los Estados Unidos, los que se manifiestan de acuerdo con dicha proposición apenas alcanzan el 10-15%.

inestabilidad matrimonial y la baja fecundidad son consecuencias de la revolución en los roles de la mujer. Una vez que las instituciones sociales (especialmente el Estado de bienestar y los mercados de trabajo) y las parejas (relaciones más igualitarias) se adapten a las nuevas preferencias vitales de la mujer, deberíamos ver cómo emerge un nuevo modelo de familia más equitativo. Esto, a su vez, tendría que estabilizar los matrimonios y estimular la natalidad (véase también McDonald, 2000).

1.3. ¿Qué nos dice la investigación empírica?

Las principales correlaciones de la fecundidad son bastante diferentes según que centremos la atención en el nivel macro de las sociedades o en el nivel micro del comportamiento individual.

1.3.1. Las correlaciones a nivel macro

Prosperidad y fecundidad

En el debate en curso sobre crecimiento económico y fecundidad, la hipótesis malthusiana ha sido convincentemente refutada. No obstante, hay evidencia sustancial de que existe una correlación cíclica: los períodos de decrecimiento económico se asocian a una fecundidad menor y viceversa.

Si las tasas de natalidad disminuyen debido a la recesión, ello puede responder a dos lógicas muy diferentes. Hay pruebas que demuestran que la caída de la tasa de fecundidad de los Estados Unidos durante la Gran Depresión de los años treinta fue debida a un descenso general y definitivo de las tasas de natalidad (Jones y Tertilt, 2008). Sin embargo este dato no es aplicable a la sociedad contemporánea: la caída de las tasas de fecundidad en los períodos de crisis económica se debe, principalmente, al aplazamiento de la maternidad hasta que las condiciones mejoren (Adsera, 2011; Kohler *et al.*, 2002; Sobotka *et al.*, 2011).

Un estudio de Myrskylä *et al.* (2009) presenta una variante interesante de la relación entre crecimiento económico y natalidad. Aunque confirma la ausencia de correlación entre el PIB y los ISF, demuestra que la clasificación de los países según el índice de desarrollo humano (IDH) sí tiene

una relación significativa con la fecundidad: en los niveles bajo o medio del IDH, la fecundidad tiende a ser baja; una cifra más alta del IDH, en cambio, está relacionada con una tasa de fecundidad mayor. Debemos destacar que esta relación solo es válida en las sociedades avanzadas.

Confianza general

Indicadores como el IDH recogen características de la sociedad que no se limitan a lo estrictamente económico. Uno de los motivos por los que presenta una correlación tan positiva con la tasa de fecundidad podría ser que, implícitamente, también recoge los niveles de confianza general en una sociedad dada. Es curioso que no se haya investigado demasiado esta cuestión, a pesar de que su influencia podría ser considerable, en particular, en sociedades en las que la mayoría de las mujeres trabajan y los padres deben confiar en instituciones externas como las escuelas infantiles. Por otro lado, es razonable esperar que la confianza general tenga una presencia más destacada a medida que las intenciones vinculadas a la fecundidad cambien de una perspectiva más centrada en la cantidad a otra que prime la calidad de los hijos.

Hay estudios que demuestran que los niveles de confianza tienen un efecto positivo en la natalidad, aunque ello depende mucho de qué esferas de confianza estén implicadas. En las sociedades en las que la confianza se limita a las relaciones de familia y la comunidad local, como suele ser el caso de Europa meridional, el efecto es negativo. Livi-Bacci (2001) lo destaca con claridad al afirmar que actualmente el familismo ha pasado a ser contraproducente para la formación de familias: «Donde hay demasiada familia, hay muy pocos bebés».

Según Yamamura y Andrés (2011), un punto de aumento en la confianza general tiene como resultado un aumento del 0,01 en el ISF. España e Italia puntúan bastante bajo en el índice de confianza, mientras que los países nórdicos presentan las máximas puntuaciones. Aquí podemos hacer un pequeño experimento especulativo: si España, que tiene un índice de confianza de 32 (Suecia tiene casi el doble: 60), disfrutara de un entorno de confianza alta como el de Suecia, su ISF superaría con creces el nivel de reemplazo poblacional.

Aassve *et al.* (2012) sostienen un punto de vista similar, pero añaden dos elementos muy importantes. El primero es que sus análisis contribuyen a explicar un enigma básico: ¿por qué en los países nórdicos y anglosajones encontramos elevadas tasas de fecundidad? Y el segundo es que demuestran que los niveles de confianza interactúan con el aumento del nivel educativo de las mujeres: altos niveles de educación femenina implican una mayor fecundidad en los países donde la confianza es generalizada, mientras que en contextos de baja confianza el efecto es exactamente el contrario. Se trata de una conclusión importante, pues nos ayuda a entender algunas de las precondiciones clave que explican por qué la relación entre educación y fecundidad se ha invertido tanto en los países escandinavos como en América del Norte. Es preciso profundizar mucho más en esta línea de investigación y es realmente una lástima no poder hacerlo en el presente estudio.

Cambio de valores

Muy pocas investigaciones se han adentrado en la relación entre la natalidad y el cambio de valores de la posmodernidad, sobre todo porque resulta muy complejo identificar estos cambios. Parece que algunos de estos valores podrían tener un efecto indirecto mediante el aplazamiento de la fecundidad (Liefbroer, 2005; Bernhardt y Goldscheider, 2006).

El Estado de bienestar

El Estado de bienestar es un tercer factor de nivel macro que ha recibido abundante atención. La demostración de la existencia de una correlación entre políticas sociales y fecundidad, sin embargo, no es concluyente. Gauthier y Hatzius (1997) ofrecen uno de los análisis más detallados y encuentran efectos relativamente leves. En el caso de algunas políticas, como los subsidios para los hijos, el efecto es nulo. La relación más beneficiosa proviene de las políticas de conciliación laboral y familiar, como los permisos de maternidad o paternidad y, especialmente, las escuelas infantiles (Castles, 2003; Sleafos, 2003). Del Boca (2002) encuentra un efecto positivo (un aumento de 0,2 puntos en el ISF a partir de un aumento del 10% en la cobertura de escuelas infantiles públicas) en Italia. Se han identificado efectos bastante similares en Noruega (Kravdal, 1996) y

en el resto de los países de la OCDE (Sleebos, 2003: figura 21). El estudio de Sleebos pone de manifiesto la importancia de las escuelas infantiles como factor determinante, ya que explica casi la mitad de toda la varianza transnacional en las tasas de fecundidad. Otros estudios, en cambio, no encuentran ningún efecto significativo. Hank y Kreyenfeld (2002), por ejemplo, concluyen que el impacto en Alemania es nulo. Eso podría explicarse por dos motivos: en primer lugar, comparativamente hay muy pocas escuelas infantiles en Alemania occidental, y en segundo lugar, en Alemania hay presiones normativas insólitamente fuertes para que las madres de los niños de corta edad se queden en casa a cuidarlos.

Aquí podemos realizar otro experimento especulativo. Si tuviésemos que aplicar los tipos de efectos analizados por Del Boca y Kravdal, ¿cuánto aumentaría la tasa de fecundidad en España? Actualmente las escuelas infantiles en España cubren a poco más del 20% de la población de 0-3 años. Si de la noche a la mañana, por decirlo de algún modo, se alcanzasen en España los niveles de Dinamarca (aproximadamente el 80%), aumentaría el ISF español en 1,6 puntos.

Los estudios que centran su atención en el papel del Estado de bienestar hallan efectos más significativos cuando examinan el calendario reproductivo (*tempo*), como hicieron Ermisch (1988) en el Reino Unido y Hoem *et al.* (2001) en Austria. La investigación realizada en Suecia muestra que los permisos de maternidad/paternidad tienen un efecto acelerador, de modo que las mujeres tienden a tener los hijos en rápida sucesión (Andersson *et al.*, 2006; Hoem, 2005).

Con todo, la investigación empírica sobre los efectos del Estado de bienestar no parece ser concluyente, lo que puede parecer engañoso por dos motivos. El primero es que las políticas de apoyo a la familia apenas son exógenas en relación con las demandas y preferencias de los ciudadanos (y de los electores). Por tanto, es más probable que surjan cuando las presiones para la conciliación sean lo suficientemente intensas. Y el segundo, tal como subraya McDonald (2002), es que la recuperación de la tasa de fecundidad solo es probable que ocurra cuando tanto las instituciones como las relaciones de pareja se alineen con el nuevo rol de la mujer.

1.3.2. Las correlaciones a nivel micro

Teniendo en cuenta la influencia del planteamiento de Becker, no es de extrañar que la investigación empírica haya centrado la atención en la relación entre ingresos y fecundidad. Esto implica, pues, que deberíamos analizar cuál es la influencia del capital humano. Una segunda corriente de investigación estudia sobre todo el impacto de otros aspectos de la vida laboral, en particular, el desempleo y la inseguridad laboral. Una tercera línea de investigación, más próxima a la demografía, examina el vínculo entre los cambios de comportamiento en las relaciones de pareja (cohabitación, aplazamiento del matrimonio, aumento del riesgo de divorcio) y la maternidad. Y en los últimos años hemos asistido a una eclosión de estudios que intentan establecer una conexión entre las decisiones relativas a la natalidad y la igualdad de género.

El papel de los ingresos y el capital humano

Tradicionalmente, la investigación sobre la fecundidad daba por descontada la dependencia económica de la mujer y, en consecuencia, centraba el análisis en la educación y los ingresos del hombre como factores explicativos de las decisiones relativas a los hijos (Hotz *et al.*, 1997). Sin embargo, en los trabajos más recientes estas características de los hombres son relativamente irrelevantes. A medida que la mujer se ha incorporado al mercado laboral, las variables importantes han pasado a ser los ingresos, el nivel educativo y la oferta de mano de obra de las mujeres (Sleeboos, 2003; Stier *et al.*, 2001). Los estudios sobre el momento en que las mujeres deciden tener hijos se centran en los costes de oportunidad de las interrupciones laborales causadas por la maternidad. La investigación del fenómeno de la baja fecundidad hace hincapié en la influencia de la inseguridad laboral de la mujer, los riesgos de desempleo y las dificultades para conciliar vida laboral y vida familiar (Adsera, 2004; Kohler *et al.*, 2002; Kreyenfeld, 2010).

La revolución en los roles de la mujer llegó tarde a España, pero una vez en marcha, evolucionó a una velocidad extraordinaria. Un dato revelador es la tasa de empleo de las madres con hijos en edad preescolar, que casi se multiplicó por dos en poco más de una década: del 28% en 1994 al 53% en 2007 (base de datos de la OCDE sobre la familia). Este

porcentaje sitúa a España en un nivel muy similar al de Alemania. Sin embargo, las mujeres españolas se enfrentan a dificultades que las mujeres de muchos otros países desconocen: restricción en la oferta de empleo a tiempo parcial, jornadas laborales muy largas y poco favorables a la conciliación familiar y una elevada incidencia de puestos de trabajo temporales y precarios.

En el esquema propuesto por Becker, si los hijos se consideran un bien normal, la cantidad, en teoría, tendría que aumentar paralelamente a los ingresos. El hecho de que en general esto no ocurra así plantea una incógnita. Gary Becker buscó cuadrar la teoría con la realidad empírica mediante su argumento «cantidad-calidad», es decir, que el cálculo de costes de los padres se desplaza de la cantidad de hijos a la calidad. Esto significa que el efecto de los ingresos de los padres repercute, sobre todo, en cuánto invierten en los conocimientos de los hijos.

Una segunda reformulación define los ingresos como el precio oculto del tiempo. La mayoría de los padres pronto descubren que los hijos exigen mucho tiempo. Esto implica un coste de oportunidad que es especialmente oneroso para los padres con mayores ingresos (Mincer, 1963; Willis, 1973). Los estudios empíricos suelen demostrar el fuerte efecto negativo que tienen los ingresos de las mujeres en el nivel de fecundidad. No obstante, actualmente se está demostrando lo contrario para los salarios de los hombres, aunque el efecto de los ingresos masculinos es bastante reducido, lo que confirma la creciente irrelevancia del estatus económico de los hombres (Heckman y Walker, 1990).

Lógicamente, la educación tiene unos efectos muy similares a los de los ingresos. Las mujeres con un mayor nivel educativo tienen menos hijos y la falta de hijos es más acusada en las mujeres con niveles educativos muy altos (Schultz, 1986). Pero al contrario del efecto de los ingresos, el nivel educativo de los hombres parece que también influye negativamente en la fecundidad (Preston y Sten, 2008).

Un gran número de estudios concluye que el efecto de la educación o de los ingresos queda mitigado por el aplazamiento, primero, de la formación de parejas, y después, de la llegada de los hijos (Joshi, 2002; Lappegaard, 2002; Martin, 2000). La población con más nivel educativo aplaza

el matrimonio u opta por la cohabitación, en ambos casos se reduce la probabilidad de tener el primer hijo (Baizán *et al.*, 2003; 2004). En sintonía con la lógica de Mincer, las mujeres con mayor nivel educativo buscarán minimizar los costes de oportunidad retrasando la maternidad.

A pesar de ello, la relación entre educación y fecundidad se está invirtiendo, como bien lo demuestran los casos de América del Norte y los países escandinavos (Hazan y Hosny, 2011; Kravdal y Rindfuss, 2008; Esping-Andersen, 2009). Esto también está ocurriendo con la variable salarial, ya que últimamente parece que las mujeres con más ingresos, al menos en Escandinavia, pueden renunciar explícitamente a los ingresos en favor de la maternidad (Datta Gupta y Smith, 2002). Por tanto, resulta problemático dar con una explicación clara del coste de oportunidad económico.

La inseguridad

Una posible explicación es la incidencia de la incertidumbre en el mercado laboral. Para empezar, es más probable que las mujeres con mayor nivel educativo se beneficien de más estabilidad laboral y de ingresos, al menos una vez que se hayan situado profesionalmente. Datta Gupta y Smith (2002) recalcan que las profesionales danesas bien situadas buscan explícitamente maximizar la seguridad a la hora de embarcarse en la maternidad, aun cuando esto implique un sacrificio salarial.

Podemos encontrar otra explicación en el perfil de la educación de la mujer. Como han demostrado Martín-García y Baizán (2006), las mujeres que han optado por campos «blandos» (enfermería, docencia, etc.) son más propensas a tener hijos pronto. En algunos países, especialmente los escandinavos, las mujeres tienden a elegir dichos campos; esto puede contribuir a explicar por qué actualmente el nivel educativo presenta una correlación positiva con la natalidad.

En tercer lugar, la inversión de la influencia socioeconómica en la tasa de fecundidad, irónicamente, puede tener que ver con la precariedad creciente entre los hombres. Esta inversión refleja, en parte, una caída de la fecundidad de las mujeres con menor nivel educativo y, en parte, un aumento reciente de la natalidad en las mujeres de estatus más alto. Una explicación

del primer fenómeno gira en torno al deterioro del mercado del matrimonio para las mujeres con menor nivel educativo, ya que los hombres menos cualificados experimentan más riesgo de desempleo y salarios menguantes (McLanahan, 2004). Además, se está demostrando cada vez más que la igualdad de género constituye una condición previa para una mayor fecundidad. Dado que estas prácticas están mucho más extendidas entre la población con mayor nivel educativo, creemos que es una de las causas por las que actualmente las mujeres más educadas tienen más hijos.

Por último, la conclusión de Aassve *et al.* (2012) de que la confianza puede ser una condición previa para una tasa de fecundidad más elevada entre las mujeres con mayor nivel educativo explica también por qué la influencia de la educación en la natalidad se ha invertido en algunos países y en otros no.

Las dificultades en la transición de la etapa formativa al mundo laboral plantean un tipo de inseguridad diferente. Este problema es especialmente grave en el sur de Europa, donde es frecuente que los universitarios tengan que esperar dos o tres años antes de conseguir un trabajo estable. Se entiende pues que se haya realizado abundante investigación en torno a esta cuestión, como Del Boca (2002) en Italia y Noguera *et al.* (2002) en España.

En las sociedades donde la transición de la escuela al trabajo es difícil y prolongada, hay dos factores paralelos que influyen en la formación de la familia: en primer lugar, el desempleo prolongado y la falta de ingresos estables; en segundo lugar, la necesidad de seguir viviendo en casa de los padres. Italia y España son casos extremos de dependencia continuada: más del 50% de los jóvenes entre 20 y 34 años todavía viven con los padres (base de datos de la OCDE sobre la familia). En cambio, esta cifra en Dinamarca es de tan solo el 8%. Sleebos (2003) concluye que ambos factores influyen de modo significativo en el nivel de fecundidad.

Basándonos en las estimaciones de Sleebos, podemos plantear una vez más un experimento especulativo: ¿qué tasa de fecundidad habría en España si los jóvenes fuesen capaces de independizarse al mismo ritmo que los daneses? El cálculo sugiere que el ISF español aumentaría 1,7 puntos aproximadamente.

Las correlaciones demográficas en la familia

La mayoría de las investigaciones que se han realizado sobre la fecundidad han centrado la atención en dos cambios principales en el comportamiento de la familia: el aumento de esquemas no tradicionales como la cohabitación y la inestabilidad creciente en la pareja y el riesgo de divorcio.

Las tasas de nupcialidad han estado descendiendo de forma ininterrumpida a lo largo de las últimas décadas, aunque en algunos países más bruscamente que en otros. En los países escandinavos la tasa de nupcialidad se ha mantenido bastante estable desde 1970 hasta la actualidad, pero el papel de la cohabitación también ha sido significativo, lo que indica que las tasas de nupcialidad de estos países siempre han sido comparativamente más bajas. En otros países la caída ha sido espectacular, como es el caso de España: entre 1970 y 2009 la tasa de nupcialidad ha caído prácticamente a la mitad, pasando de 7,3 a 3,7.⁽³⁾

Mientras tanto, los matrimonios son también cada vez más inestables, como se aprecia en las tasas (brutas) de divorcios durante las mismas décadas. España pasó de una tasa cero en 1970 (cuando el divorcio aún no era legal) a 2,4, cifra que la sitúa en la franja superior de la distribución internacional y por delante de Alemania, Suecia, Noruega y Francia.

El análisis demográfico suele concluir que el retraso a la hora de formar parejas y la cohabitación tienen un efecto negativo sobre el nivel de fecundidad, pero aquí hay que ir con mucho cuidado con los detalles. El aplazamiento de la vida en pareja se da sobre todo entre las capas de población con mayor nivel educativo, pero puede no tener un efecto negativo en la fecundidad si las parejas recuperan el tiempo perdido. En Suecia ocurre exactamente esto, y en el conjunto de los países escandinavos las mujeres con mayor nivel educativo son hoy las más propensas a tener más de dos hijos.

Asimismo es evidente que la lógica de la cohabitación difiere considerablemente de un país a otro. En Francia y los países escandinavos ha surgi-

(3) La tasa bruta de nupcialidad (número de matrimonios por 1.000 personas) en Suecia era de 5,4 en 1970 y 5,2 en 2009. Otros países que han experimentado caídas sustanciales en este período son Alemania, los Países Bajos, Francia y el Reino Unido. Las estadísticas sobre matrimonio y divorcio proceden de la base de datos de la OCDE sobre la familia.

do como un equivalente funcional del matrimonio; en otros países viene a ser una especie de rodaje que puede desembocar –o no– en el matrimonio. Estas diferencias pueden explicar por qué los resultados de la investigación empírica son bastante contradictorios. Por un lado, hay estudios que concluyen que la cohabitación (en comparación con el matrimonio) hace disminuir la natalidad (Brien *et al.*, 1999; Baizán *et al.*, 2003, 2004; Heaton *et al.*, 1999). Por otro lado, vemos que cada vez hay más nacimientos fuera del matrimonio, como ocurre sobre todo en los mismos países en los que la cohabitación se ha institucionalizado. En los países escandinavos, actualmente más de la mitad de todos los hijos primerizos nacen fuera del matrimonio, y en Francia dicha proporción supera el 40%. Las parejas cohabitantes francesas tienen básicamente las mismas probabilidades de tener hijos que las parejas casadas (Toulemond y Testa, 2005). En el resto de Europa los nacimientos de las parejas cohabitantes siguen siendo poco frecuentes (apenas el 9% en Italia).

Sin embargo, en esta dimensión debemos señalar que nuestros análisis (que presentaremos en el capítulo 4) ofrecen un resultado sorprendente: en lo que a hijos *primerizos* se refiere, las parejas cohabitantes españolas tienen un comportamiento mucho más similar al de los escandinavos que al de los holandeses, alemanes o italianos.

El impacto del riesgo creciente de divorcio en la fecundidad es muy difícil de identificar. Los motivos son diversos: en primer lugar, cualquier pareja percibe que la longevidad de su relación es incierta simplemente porque el divorcio es muy frecuente en su comunidad. En cualquier caso, la pareja debe evaluar la durabilidad de su propia relación a la hora de tomar una decisión sobre si quiere hijos o no. Y aquí topamos con la segunda dificultad, porque la incertidumbre sobre la durabilidad puede derivar lógicamente en dos decisiones contrapuestas: unos pueden abstenerse de tener hijos; otros pueden intentar consolidar la relación teniendo un hijo (Lillard y Waite, 1993; Myers, 1997; Rijken y Liefbroer, 2009; para una visión de conjunto, véase Balbo *et al.*, 2012). Rijken y Thomson (2011) ofrecen una respuesta especialmente interesante a esta ambigüedad, al descubrir que la relación entre la inestabilidad de la pareja y los hijos no es lineal. Las mujeres que perciben la relación como ni buena ni mala tienen más probabilidades de tener un hijo como forma de estabilizar la unión.

El papel de la igualdad de género

Si consideramos la «masculinización» de la vida de las mujeres, al menos en lo que a sus trayectorias profesionales se refiere, debería ser bastante obvio que las decisiones clave en relación con la vida de la familia dependerán de unas relaciones de género diferentes. Este razonamiento ya ha pasado a ser fundamental en la investigación sobre la fecundidad. La tesis de McDonald (2000; 2002) de la importancia del género en las decisiones sobre fecundidad ha sido muy influyente en este sentido.

El quid del argumento de McDonald es que la fecundidad baja cuando las relaciones de género no consiguen ajustarse al nuevo rol económico de la mujer. La persistencia de un comportamiento de género tradicional, según esta tesis, es probablemente lo que mejor explica el bajo nivel de fecundidad.

La decisión de tener hijos en el mundo actual requiere una adaptación a los nuevos roles de la mujer tanto en el ámbito público como en el privado. Primero, es preciso promover políticas públicas favorables a la familia que permitan la conciliación de roles. Pero es probable que estas políticas no sean realmente efectivas a menos que al mismo tiempo vayan acompañadas de una relación de igualdad dentro de las parejas. La clave para que esto tenga éxito es la formación de una masa crítica que promueva la difusión de expectativas normativas a favor de acuerdos igualitarios entre géneros (Esping-Andersen y Billari, 2012; véanse también Neyer, Lappegård y Vignoli, 2011; Sleebos, 2003).

Hay una serie de estudios que prestan apoyo empírico a esta afirmación. Se ha demostrado que una contribución más equitativa de los padres a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos tiene una influencia positiva en la fecundidad, sobre todo para las mujeres con estudios superiores (Brodmann, Esping-Andersen y Güell, 2007; Cooke 2004; 2009; Craig y Siminski, 2011; DeLaat y Sevilla Sanz, 2006; Duvander y Andersson, 2003; Myrskylä, Billari y Kohler, 2011; Olah, 2003; Sevilla Sanz, 2010). Todos estos estudios han examinado distintos efectos del comportamiento igualitario en materia de género.

Dado que la formación de una pareja es casi siempre un requisito previo para tener hijos, al menos en la mayoría de Europa, el impacto de la

igualdad de género en principio puede incidir en el comportamiento de los individuos a la hora de formar parejas. En uno de los pocos estudios que examinan esta selección previa, Giménez-Nadal *et al.* (2011) descubren que en aquellos lugares en donde prevalecen normas familiares muy tradicionales, las mujeres muestran menos propensión al matrimonio y eso, a su vez, afecta negativamente al nivel de fecundidad.

Pero la mayoría de los estudios examinan la relación directa entre igualdad de género y nacimientos. Algunos han centrado la atención en la contribución relativa del hombre a las tareas del hogar, y aquí la conclusión principal es que compartir las tareas de cuidado de los hijos es más decisivo que las tareas domésticas (Neyer *et al.*, 2011). Unos cuantos trabajos han estudiado cómo el uso más igualitario de los permisos de maternidad/paternidad tiene influencia en los nacimientos posteriores. En el caso de Suecia, se ha comprobado que este efecto es bastante positivo (Duvander *et al.*, 2010). Un tercer enfoque lo encontramos en el estudio de Neyer *et al.* (2011), que analiza cómo un reparto más equitativo de las tareas en el seno de la pareja tiene influencia sobre las *intenciones* futuras de fecundidad. Estos estudios revelan algunos efectos sustanciales, sobre todo entre las parejas con un hijo. El efecto disminuye en los padres que tienen dos o más hijos. Otra conclusión interesante es que la satisfacción de las mujeres respecto a la división de las tareas del hogar tiene una relación más sólida con las intenciones sobre fecundidad que el reparto real de dichas tareas. Esto apoya plenamente el argumento de Esping-Andersen y Billari (2012) según el cual la *percepción* de la igualdad tiene más probabilidades de ser más decisiva.

Estos mismos autores también ponen de relieve que la relación entre la igualdad de género y la fecundidad debería tener forma de U. Esto significa que tendríamos que encontrar tasas de fecundidad elevadas en dos tipos de equilibrio: en el régimen tradicional del hombre como único generador de ingresos de la familia y en un acuerdo igualitario entre la pareja. La fecundidad tocará fondo, por un lado, cuando la familia tradicional se haya erosionado y, por el otro, mientras no se haya manifestado un nuevo régimen igualitario. De hecho, ya se ha documentado un efecto similar en forma de U para los Estados Unidos (Miller Torr y Short, 2004).

II. Fecundidad bajo mínimos en España: pocos hijos, a edades tardías y por debajo de las aspiraciones reproductivas

Teresa Castro-Martín y Teresa Martín-García

2.1. Introducción

Durante gran parte del siglo xx España mantuvo un nivel de fecundidad de los más elevados de Europa, pero desde mediados de los años setenta ha experimentado una drástica caída de la natalidad. El índice sintético de fecundidad (ISF), que a comienzos de los setenta rondaba los 3 hijos por mujer, en 1981 cayó por debajo del umbral de reemplazo⁽¹⁾ y siguió disminuyendo hasta alcanzar el mínimo histórico de 1,15 en 1998. A partir de entonces se recuperó ligeramente y en 2008 llegó a 1,45. Esta recuperación se truncó con la crisis económica: en 2011, el índice sintético de fecundidad en España era de 1,35 hijos por mujer y ninguna proyección oficial prevé la posibilidad de que en las próximas décadas dicho índice pueda volver al nivel de reemplazo generacional.⁽²⁾

Una tasa de fecundidad por debajo de este umbral y la inquietud por sus consecuencias –envejecimiento de la población, disminución de la población activa y de la población total– no son fenómenos nuevos. Entre 1920 y 1940, en muchos países occidentales la tasa de fecundidad cayó por debajo del nivel de reemplazo (Van Bavel, 2010), lo que despertó temores de que la población disminuyera y popularizó algunas perspectivas catastrofistas (Teitelbaum y Winter, 1985). La natalidad se recuperó notablemente durante el *baby boom* de los años cincuenta y sesenta, pero el actual síndrome de baja fecundidad parece ser mucho más persistente.

(1) El nivel de reemplazo generacional se refiere al nivel de fecundidad necesario para asegurar que las sucesivas generaciones de nacidos sean sustituidas por otras de igual tamaño: 2,1 hijos por mujer. Si se mantuviese esa media, la población se mantendría estable en el tiempo.

(2) Las proyecciones a largo plazo del Instituto Nacional de Estadística y de Eurostat prevén que el índice sintético de fecundidad de España sea de 1,55 en el año 2050.

Dadas las importantes repercusiones que tiene la prolongada duración de una tasa de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo, esta cuestión se ha convertido en un asunto político de primera magnitud. Según el último informe de Naciones Unidas sobre las políticas de población mundiales, hay 47 gobiernos que consideran que el nivel de fecundidad de su país es «demasiado bajo», y el 85% afirman haber aprobado medidas para estimular la natalidad (United Nations, 2010). La Unión Europea también considera la baja fecundidad como un reto fundamental. El libro verde de la Comisión Europea (2005), *Ante los cambios demográficos: una nueva solidaridad entre generaciones*, fue el primer documento exhaustivo de la UE explícitamente preocupado por la sostenibilidad demográfica. En él se reconocía de manera formal la necesidad de abordar las conexiones entre natalidad, empleo y políticas públicas.

¿Es inevitable que la tasa de fecundidad se sitúe por debajo del nivel de reemplazo en las sociedades avanzadas? En la actualidad, la mayoría de los países europeos presentan tasas por debajo de 2,1 hijos por mujer, aunque se observan diferencias importantes. Las tasas más bajas se concentran en los países del sur, este y centro de Europa. Los países del oeste y el norte, que en otro tiempo fueron los precursores del descenso de la fecundidad, son ahora los que presentan las tasas más elevadas: Suecia, Francia, Reino Unido, Irlanda e Islandia se hallan muy cerca del nivel de reemplazo. Más allá de Europa, las variaciones son igualmente destacadas: Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda presentan tasas de fecundidad próximas a 2 hijos por mujer, mientras que en los países ricos de Asia oriental –Japón, Corea del Sur, Singapur y Taiwán– las tasas son similares a las de los países europeos con fecundidad muy baja (Jones, 2011).

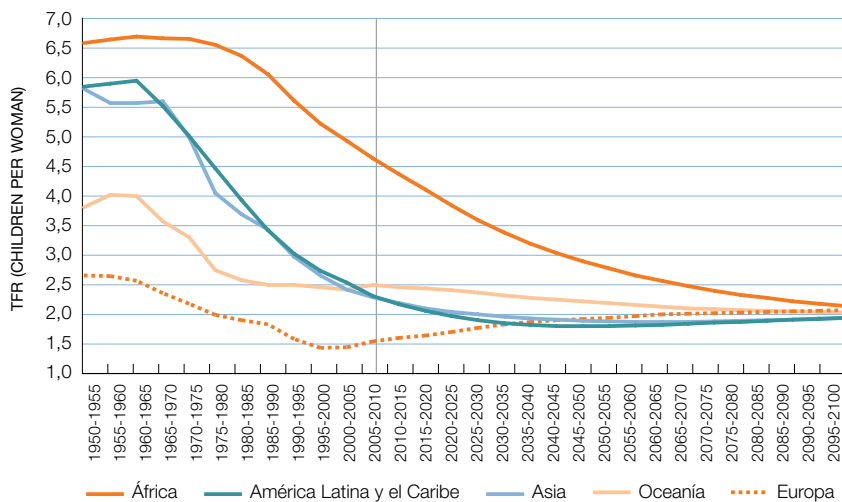
Este capítulo se propone efectuar un repaso de la evolución de la natalidad en España desde una perspectiva comparativa europea. Describiremos la dinámica subyacente a la caída de la tasa de fecundidad y se explorarán los factores demográficos, sociales y económicos que explican esta baja fecundidad, con el objetivo de identificar posibles estrategias para su recuperación.

2.2. La fecundidad por debajo del nivel de reemplazo: de excepción a norma

La fecundidad por debajo del nivel de reemplazo, en otro tiempo un rasgo exclusivo de las sociedades económicamente avanzadas, se está extendiendo rápidamente por todo el mundo (gráfico 2.1). Según la División de Población de Naciones Unidas, en el período 2005-2010 un total de 75 países –que suman casi la mitad de la población mundial– tenían tasas de fecundidad por debajo de 2,1 hijos por mujer.

GRÁFICO 2.1

Índices sintéticos de fecundidad (ISF) pasados y estimaciones de los futuros en las principales regiones del mundo (1950-2110)



Fuente: Naciones Unidas, *World Population Prospects: The 2010 Revision*.

Mientras que en los países desarrollados la tasa de fecundidad alcanzó los bajos niveles actuales tras un largo y progresivo declive, en numerosos países en desarrollo este proceso se produce más tarde, pero de forma mucho más rápida (Bongaarts, 2002). España necesitó más de un siglo para que su índice sintético de fecundidad cayera de los 5 hijos por mujer a finales del siglo XIX hasta los 2 hijos de 1980. En cambio, el ISF de Turquía

ha disminuido de 5 a 2 hijos en apenas cuatro décadas, de 1970 a 2010. En las próximas décadas, se estima que el número de países que pasarán a tener una fecundidad por debajo del nivel de reemplazo prácticamente se duplicará: los 75 países de 2005-2010 serán 136 en 2045-2050. Esto significa que hacia mediados del siglo actual, aproximadamente el 78% de la población mundial vivirá en países con una tasa de fecundidad media inferior a 2,1 hijos por mujer (United Nations, 2011).

La fecundidad por debajo del nivel de reemplazo probablemente será la norma global en las próximas décadas, pero durante los años noventa hubo algunos países que experimentaron mínimos históricos. A principios de esa década, España e Italia fueron los primeros países del mundo en registrar un ISF por debajo de 1,3 hijos por mujer, una cifra que los demógrafos han denominado «fecundidad muy baja» (*lowest-low fertility*) (Kohler, Billari y Ortega, 2002; Billari y Kohler, 2004). A partir de entonces, este fenómeno se ha extendido al resto de Europa del sur, al centro y al este del continente, y también a los países más desarrollados de Asia oriental. Naturalmente, también ha aumentado la preocupación por las repercusiones demográficas de esta baja tasa de fecundidad sin precedentes: en ausencia de migraciones, una tasa de fecundidad persistente de 1,3 implica que la población total se reducirá a la mitad en un plazo de 45 años.

No obstante, desde comienzos de los años 2000, hay algunas señales de recuperación de la tasa de fecundidad en muchos países desarrollados (Myrskylä, Kohler y Billari, 2009). El número de países con una tasa inferior a 1,3 ha disminuido considerablemente, de 21 en 2003 a 4 en 2008 –todos en Asia oriental (Goldstein, Sobotka y Jasilioniene, 2009)–. Simultáneamente, unos cuantos países avanzados como Estados Unidos, Australia, Suecia, Noruega y Francia han alcanzado tasas de fecundidad cercanas al nivel de reemplazo. Esta inversión de la tendencia se explica sobre todo por una ralentización del retraso de la maternidad y la «recuperación» de la fecundidad pospuesta entre las mujeres de más edad (Bongaarts y Sobotka, 2012). Asimismo, el aumento de la inmigración y las políticas sociales de apoyo a las familias pueden haber contribuido a la recuperación (Luci y Thévenon, 2012).

España también experimentó una moderada recuperación de su ISF, que pasó de 1,15 en 1998 a 1,46 en 2008. Como veremos más adelante en este capítulo, son diversos los factores que explican tal aumento: la ralentiza-

ción del retraso del primer hijo, la llegada de inmigrantes jóvenes y con tasas de fecundidad más altas que las de la población nativa, y la difusión de nuevas formas de convivencia familiar entre las generaciones jóvenes.

TABLA 2.1

Índice sintético de fecundidad (ISF) en el año de fecundidad más baja, 2008 y 2011. Selección de países con baja fecundidad

	ISF MÁS BAJO		ISF EN 2008		ISF EN 2011	
	AÑO	ISF	ISF	CAMBIO DESDE EL NIVEL MÁS BAJO	ISF	CAMBIO 2008-2011
Europa occidental						
Austria	2001	1,33	1,41	0,08	1,42	0,01
Francia	1993	1,66	1,99	0,33	2,00	0,01
Alemania	1994	1,24	1,38	0,14	1,36	-0,02
Irlanda	1995	1,84	2,07	0,23	2,05	-0,02
Países Bajos	1983	1,47	1,77	0,30	1,76	-0,01
Suiza	2001	1,38	1,48	0,10	1,52	0,04
Reino Unido	2001	1,63	1,96	0,33	1,98	0,02
Países nórdicos						
Dinamarca	1983	1,38	1,89	0,51	1,75	-0,14
Finlandia	1987	1,59	1,85	0,26	1,83	-0,02
Noruega	1983	1,66	1,96	0,30	1,88	-0,08
Suecia	1999	1,50	1,91	0,41	1,90	0,00
Europa del sur						
Grecia	1999	1,24	1,51	0,27	1,43	-0,08
Italia	1995	1,19	1,42	0,23	1,41	-0,01
Portugal	2007	1,34	1,37	0,04	1,35	-0,02
España	1998	1,16	1,46	0,30	1,36	-0,10
Europa central						
República Checa	1999	1,13	1,50	0,36	1,43	-0,07
Hungría	1999	1,28	1,35	0,07	1,23	-0,12
Polonia	2003	1,22	1,39	0,17	1,30	-0,09
Eslovaquia	2002	1,19	1,32	0,14	1,45	0,13
Eslovenia	2003	1,20	1,53	0,33	1,56	0,03
Europa del este						
Bulgaria	1997	1,09	1,57	0,48	1,51	-0,06
Rumanía	2002	1,25	1,35	0,10	1,25	-0,10

	ISF MÁS BAJO		ISF EN 2008		ISF EN 2011	
	AÑO	ISF	ISF	CAMBIO DESDE EL NIVEL MÁS BAJO	ISF	CAMBIO 2008-2011
Estonia	1998	1,28	1,65	0,37	1,52	-0,13
Letonia	1998	1,11	1,44	0,33	1,34	-0,10
Lituania	2002	1,24	1,47	0,23	1,53	0,06
Rusia	1999	1,16	1,49	0,34	1,56	0,07
Ucrania	2001	1,09	1,46	0,37	1,47	0,01
Asia oriental						
Hong Kong	2003	0,90	1,06	0,16	1,19	0,13
Japón	2005	1,29	1,37	0,08	1,39	0,02
Corea del Sur	2005	1,08	1,19	0,12	1,24	0,05
Singapur	2005	1,26	1,28	0,02	1,20	-0,08
Taiwán	2010	0,90	1,05		1,06	0,01
Otros países con ISF bajo						
Australia	2001	1,73	1,90	0,17	1,89	-0,02
Canadá	2000	1,49	1,68	0,19	1,66	-0,02
Cuba	2006	1,39	1,59	0,20	1,69	0,10
Estados Unidos	1976	1,74	2,09	0,35	1,89	-0,19

Fuente: Eurostat; *Population Reference Bureau, 2012; European Demographic Datasheet, 2012; Goldstein, Sobotka y Jasilioniene, 2009.*

El deterioro de la situación económica mundial a partir de 2008 ha tenido como resultado el estancamiento o la disminución de la tasa de fecundidad en numerosos países (tabla 2.1). En 2011 algunos países de Europa del este como Hungría, Polonia o Rumanía habían regresado a una situación de fecundidad muy baja, y los países del sur del continente les seguían a corta distancia. La crisis económica también ha tenido efectos negativos en los flujos migratorios y la formación de parejas (Sobotka, Skirbekk y Philipov, 2011). En el pasado, los descensos de la tasa de fecundidad durante las recesiones económicas se explicaban sobre todo por el aplazamiento de la maternidad, y posteriormente quedaban compensados por una tasa más elevada en los años de prosperidad. Sin embargo, los efectos de la actual crisis económica podrían ser duraderos, sobre todo en los países más afectados, como los del sur de Europa, que ya partían de un bajo ISF. En España el desempleo alcanzó la cifra récord del 26% a finales de 2012 –y del 46% entre los menores de 25 años– y no hay indicios de que

vaya a disminuir en un horizonte cercano. En este contexto, es difícil imaginar una recuperación significativa de la tasa de fecundidad.

2.3. Evolución reciente de la tasa de fecundidad en España

En 1975 España salía de casi cuatro décadas de dictadura, un período en el que la Iglesia católica controlaba las políticas educativas y de familia y en el que se fomentaban valores familiares basados en relaciones de género asimétricas y un estricto código sexual para las mujeres (Nash, 1991). En esos años el ISF español era de 2,8 hijos por mujer, bastante por encima de la media europea (2,1). Tan solo dos décadas después, sin embargo, la tasa de fecundidad de España era la más baja del mundo. De hecho, en algunas regiones del norte –como Asturias, Cantabria, Galicia o el País Vasco– la tasa cayó por debajo de 1 hijo por mujer durante los años noventa.⁽³⁾

¿Cómo se explica que España, una sociedad que llegó tarde a los procesos históricos de cambio familiar y descenso de la natalidad, pasara a encabezar el grupo de países con una tasa de fecundidad muy baja a comienzos de los años noventa? Para encontrar una respuesta, primero hay que analizar los componentes demográficos de la caída observada de la tasa de fecundidad. En particular, centraremos la atención en el aplazamiento de la maternidad, el número final de hijos por generaciones y la probabilidad de tener un hijo adicional, así como en las preferencias sobre el número de hijos deseados. Cuando los datos lo permitan, exploraremos las diferencias por nivel educativo para ofrecer una panorámica más completa del cambio en las tasas de fecundidad por estratos sociales.

¿Hay menos nacimientos si se aplaza la maternidad?

El descenso de la tasa de fecundidad guarda una estrecha relación con el retraso progresivo de la maternidad. Los métodos anticonceptivos han permitido un mayor control en la decisión de si tener hijos o no y cuándo tenerlos. Los espectaculares avances en la educación de las mujeres y su participación creciente en el mercado laboral han promovido el aplazamiento de la maternidad. Cada vez es más frecuente que tanto las mujeres

(3) El ISF más bajo que se registró fue de 0,8 en Asturias en el período 1994-1999.

como los hombres deseen situarse profesionalmente antes de asumir el rol de padres. Esta tendencia a retrasar la formación de la familia se observa en todas las sociedades avanzadas (Billari, Liefbroer y Philipov, 2006; Mills *et al.*, 2011) y ha sido uno de los factores que más ha contribuido al descenso de la fecundidad (Billari *et al.*, 2007; Sobotka, 2010).

El aplazamiento de la formación de la familia es solo uno de los rasgos que caracterizan la tardía transición de los jóvenes a la vida adulta, tan típica de las sociedades del sur de Europa (Buchmann y Kriesi, 2011). Es un hecho generalizado que los jóvenes tienden a estudiar más años, se incorporan más tarde al mercado laboral, pasan más tiempo buscando pareja, abandonan el hogar de los padres más tarde y se convierten a su vez en padres a una edad más avanzada que en el pasado. Sin embargo, en el sur de Europa, el retraso de todos estos procesos ha sido particularmente intenso (Billari *et al.*, 2002). Los elevados índices de desempleo y las dificultades para encontrar un trabajo estable (Adsera, 2004), la escasez de viviendas asequibles (Holdsworth e Irazoqui, 2002), la falta de políticas de apoyo a los jóvenes y los fuertes lazos familiares intergeneracionales (Reher, 1998; Dalla Zuanna, 2000) son algunos de los factores que explicarían el llamado «síndrome del retraso» (Livi-Bacci, 2001). Este retraso afecta especialmente a transiciones como la de tener hijos, que requieren compromisos a largo plazo.

El aplazamiento de la transición a la paternidad ha sido notable en España: en el período 1980-2011, la edad media de los padres a la hora de tener el primer hijo ha aumentado de 25 a 30,1 años entre las mujeres y de 30,1 a 33,3 años entre los hombres. España, junto con Italia, Alemania y el Reino Unido, se encuentra entre los países en los que las mujeres se convierten en madres a una edad más avanzada (OCDE, 2011).

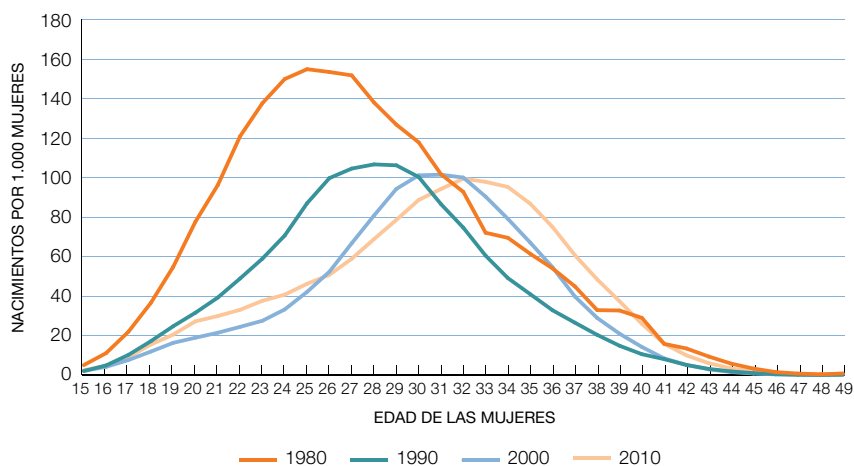
El gráfico 2.2 muestra cómo el calendario de la fecundidad se ha desplazado progresivamente hacia edades cada vez más avanzadas durante las tres últimas décadas. En este período, la maternidad adolescente ha pasado a ser marginal y la tasa de fecundidad de las mujeres menores de 25 años ha caído en picado. La edad en la que se concentran más nacimientos se sitúa en 32-34 años y los nacimientos entre las mujeres mayores de 35 años ahora representan el 18% del total.⁽⁴⁾ Aunque la tasa de fecundidad

(4) El retraso a la hora de tener hijos también es evidente en el caso de los hombres. En 2011, en el 49% del total de los nacimientos los padres tenían más de 35 años.

de las mujeres de más de 40 años sigue siendo baja, la proporción de primeros nacimientos de las madres «tardías» (40+) se ha multiplicado por más de 4: de 0,9% en 1996 ha pasado a 3,9% en 2011.

GRÁFICO 2.2

Tasas específicas de fecundidad por edad en España (1980-2010)



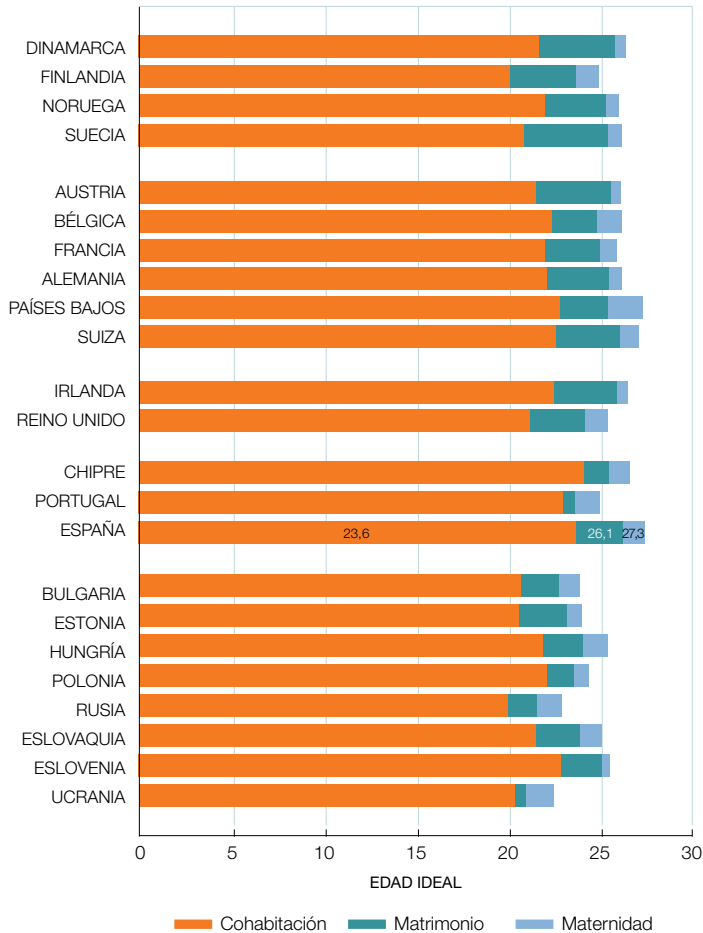
Fuente: INEbase (www.ine.es).

Paralelamente al retraso de la maternidad, en la mayoría de los países se ha dado una progresiva relajación de las normas que regulan el calendario de las transiciones familiares (Liefbroer y Billari, 2010). En el pasado, las normas sociales sobre la edad apropiada de la maternidad constituían una barrera para las mujeres a la hora de tener hijos más allá de la «edad normativa». Actualmente las actitudes respecto al momento adecuado para formar una familia son mucho más flexibles. Un análisis del módulo sobre el calendario vital de la Encuesta Social Europea muestra que la maternidad tardía en España coincide con el aumento de la edad ideal para ser padres (Martín-García y Castro-Martín, 2008). De hecho, la edad ideal para ser madre (27,3 años de media) de las mujeres españolas es la más elevada de toda Europa (gráfico 2.3). Todavía se observa una diferencia sustancial entre la edad ideal y la real para tener el primer hijo. Pero a

medida que las condiciones óptimas para tener hijos (haber completado la educación, un empleo estable, estabilidad de la pareja y vivienda en propiedad) se vuelven cada vez más difíciles de alcanzar, el marco temporal normativo para la formación de la familia también se dilata.

GRÁFICO 2.3

**Edad ideal media para las primeras transiciones familiares de la mujer.
Encuesta Social Europea (2006-2007)**



Fuente: Martín-García y Castro-Martín (2008).

La tendencia al aplazamiento implica que una proporción creciente de mujeres llega a la maternidad a edades en las que, desde un punto de vista biológico, la fertilidad disminuye rápidamente (Leridon, 2008). Algunos estudios subrayan las consecuencias adversas de la maternidad tardía para la salud de la madre y del recién nacido: complicaciones del embarazo, abortos, partos prematuros o bajo peso al nacer son algunos de los problemas potenciales que aumentan exponencialmente con la edad de la madre (Luke y Brown, 2007). En cambio, los estudios sociológicos tienden a hacer hincapié en los aspectos positivos de la maternidad tardía, como mayor estabilidad familiar, mayores recursos económicos de los padres y un perjuicio menor para las trayectorias profesionales tanto de las madres (Miller, 2010) como de los padres (Henwood, Shirani y Kellett, 2011).

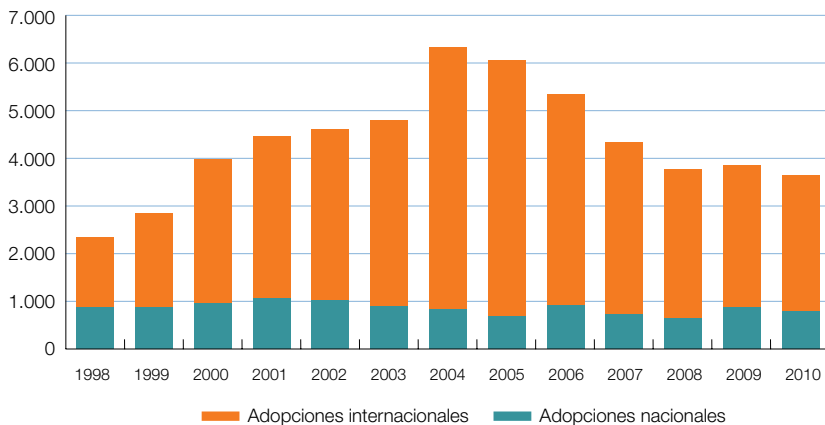
Las técnicas de reproducción asistida (TRA) han contribuido a ampliar significativamente la capacidad reproductora de la mujer, si bien con limitaciones, ya que el índice de éxito de dichas técnicas disminuye mucho con la edad. Desde 1978, cuando nació el primer bebé concebido por fecundación *in vitro*, el uso de las TRA ha aumentado considerablemente. Varios estudios apuntan que la reproducción asistida tiene un efecto reducido pero no insignificante sobre la tasa de fecundidad (Habbema *et al.*, 2009; Sobotka *et al.*, 2008). España, junto con Francia y Alemania, se halla entre los países europeos con mayor utilización de las técnicas de reproducción asistida. Según datos recientes, se calcula que aproximadamente el 3% de todos los niños nacidos en España han sido concebidos gracias a las TRA (De Mouzon *et al.*, 2010). En España, las técnicas de reproducción asistida han estado al alcance de todas las mujeres –independientemente de si están casadas o no– a través del sistema sanitario público desde 1988 (Melo-Martín, 2009). La extensión del uso de las TRA ha contribuido al rápido aumento de partos múltiples: del 2,5% del total de partos en 1996 se ha pasado al 4,1% en 2011.

Las adopciones también han aumentado, en parte por el aplazamiento de la maternidad (y la reducción consiguiente de la fertilidad) y en parte por la expansión de las «familias por elección». La mayoría de las adopciones son de carácter internacional. Estados Unidos, Francia y España son, por orden de importancia, los principales países de destino

(United Nations, 2009). Aunque la adopción sigue siendo relativamente infrecuente (menos del 1% de los nacimientos en cualquier año dado), ha contribuido de forma importante a la creciente diversidad de las formas de familia. En muchos países se ha observado una reciente tendencia a la baja en las adopciones internacionales (Selman, 2012); esto también incluye a España (gráfico 2.4), donde el número de adopciones internacionales ha caído más de la mitad desde el máximo de 2004 (5.541 adopciones) hasta 2011 (2.573), no porque la demanda se haya reducido, sino sobre todo porque los países de origen ponen cada vez más barreras a estas adopciones.

GRÁFICO 2.4

Adopciones nacionales e internacionales en España (1998-2010)



Fuente: Estadística Básica de Medidas de Protección a la Infancia. Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

Volvamos ahora a la pregunta que nos planteábamos al inicio de esta sección: el aplazamiento de la maternidad ¿implica necesariamente una menor fecundidad? A nivel individual, el retraso del primer hijo se asocia a un menor número final de hijos, ya que la fertilidad femenina y masculina disminuye con la edad; a las parejas les quedan menos años para tener los hijos que desean. Asimismo, cuanto más tiempo vivan sin hijos,

mayor es la probabilidad de que revisen a la baja sus intenciones reproductivas debido a la competencia de otros intereses vitales. Sin embargo, a nivel agregado, una elevada edad media al tener el primer hijo no siempre se traduce en una tasa de fecundidad muy baja. En muchos países europeos con tasas de fecundidad comparativamente elevadas, como Francia, los Países Bajos o Suecia, la edad media a la que las mujeres tienen el primer hijo se sitúa alrededor de los 30 años, una edad muy similar a la de España. En la mayoría de los países de Europa del este, en cambio, la edad a la que las mujeres tienen el primer hijo es significativamente menor, pero también lo es la tasa de fecundidad.

La cuestión clave es hasta qué punto el retraso de la maternidad se compensa a edades más avanzadas. El grado de recuperación difiere según los países, y esto es lo que genera importantes diferencias entre sociedades con una fecundidad mayor o menor. Numerosos estudios muestran que el retraso de la maternidad no implica una disminución de la tasa de fecundidad en los países del oeste y del norte de Europa, pero sí tiene ese efecto en los del centro y el sur (Sánchez Barricarte y Fernández Carro, 2007). También hay importantes diferencias en el grado de recuperación según el orden de nacimiento. En la mayoría de los países se observa una intensa recuperación en cuanto a las tasas del primer nacimiento, pero se aprecian diferencias sustanciales en la probabilidad de tener un segundo y especialmente un tercero (Sobotka *et al.*, 2011).

La fecundidad desde una perspectiva longitudinal

Los demógrafos hace tiempo que son conscientes de las distorsiones que el calendario reproductivo provoca en los indicadores de fecundidad –el índice sintético de fecundidad (ISF)– (Ryder, 1964). El aplazamiento, por ejemplo, extiende los nacimientos que se habrían producido en un año a lo largo de un período más dilatado, lo que hace disminuir la tasa de fecundidad en un año concreto, sin modificar el número final de hijos que tenga cada mujer a lo largo de su vida fértil. Una disminución de las tasas de fecundidad, pues, puede reflejar el aplazamiento de la natalidad (*tempo*) así como una reducción del número de hijos que las mujeres tienen a lo largo de la vida (*quantum*). De hecho, una parte de la explica-

ción de las tasas de fecundidad muy bajas observadas en España durante los años noventa tiene que ver con el rápido aumento de la edad a la que las mujeres tenían los hijos.

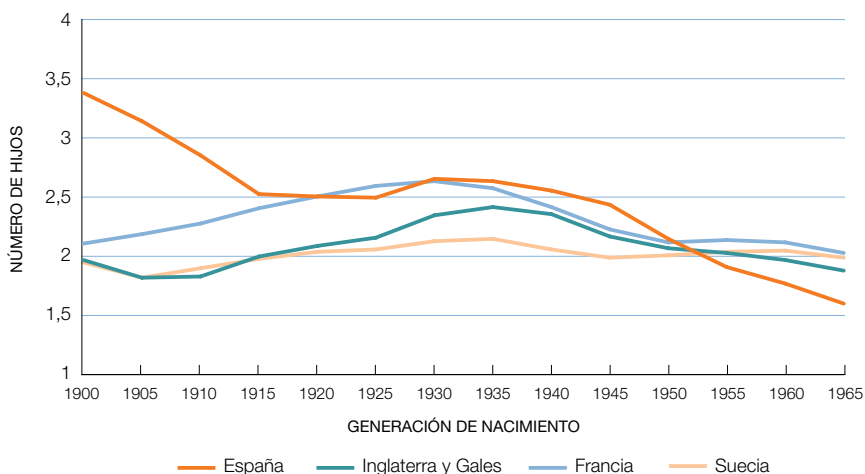
Existen distintos métodos de ajuste para corregir estos sesgos del ISF y proporcionar un indicador de la fecundidad que no se vea distorsionado por los cambios en el calendario reproductivo (Bongaarts y Feeney, 1998; Kohler y Ortega, 2002). Sin embargo, la división de Europa en países con una tasa de fecundidad muy baja y países con una tasa cercana al nivel de reemplazo es similar cuando se utilizan indicadores de fecundidad ajustados y no ajustados por el efecto calendario. En el caso de España, el ISF ajustado se situaba muy por encima del ISF observado en los años noventa y principios de 2000, pero el ISF ajustado de 2008 era de 1,54, muy similar al ISF observado (1,46) (European Demographic Data Sheet, 2012). Por lo tanto, las bajas tasas de fecundidad que se registran actualmente ya no pueden atribuirse al efecto distorsionador del retraso reproductivo.

Ahora bien, es aconsejable examinar también la fecundidad desde una perspectiva longitudinal. El análisis de la fecundidad por generaciones –basado en el número final de hijos nacidos en cohortes sucesivas– no se ve afectado por los cambios en el calendario reproductivo y proporciona una medida precisa de las tendencias en el número de hijos. No obstante, un inconveniente importante es que la descendencia final solo puede observarse en las generaciones que ya hayan completado su ciclo reproductivo. Por lo tanto, los indicadores basados en generaciones proporcionan información sobre la fecundidad con un cierto retraso temporal. El gráfico 2.5 muestra la evolución de la fecundidad para sucesivas generaciones de mujeres que ya han finalizado su ciclo reproductivo. En algunos países, como Suecia, el número de hijos ha sido sorprendentemente estable para todas las generaciones nacidas en el siglo xx. En España, en cambio, mientras que las mujeres nacidas en 1900 tuvieron una media de 3,4 hijos, las nacidas en 1965 –la última generación que había completado su ciclo reproductivo en 2011– tuvieron una media de 1,6 hijos a lo largo de su vida. Aunque no son del todo comparables, tanto las tasas de fecundidad observadas en un período como por generaciones confluyen en una conclusión

similar: España ocupa el furgón de cola de Europa en natalidad. Además, una previsión reciente apunta que el número final de hijos de la generación de españolas nacidas en 1975 seguirá siendo muy bajo (1,40) (Myrskylä, Goldstein y Cheng, 2013).

GRÁFICO 2.5

Número final de hijos, según generación de nacimiento de la madre (1900-1965)



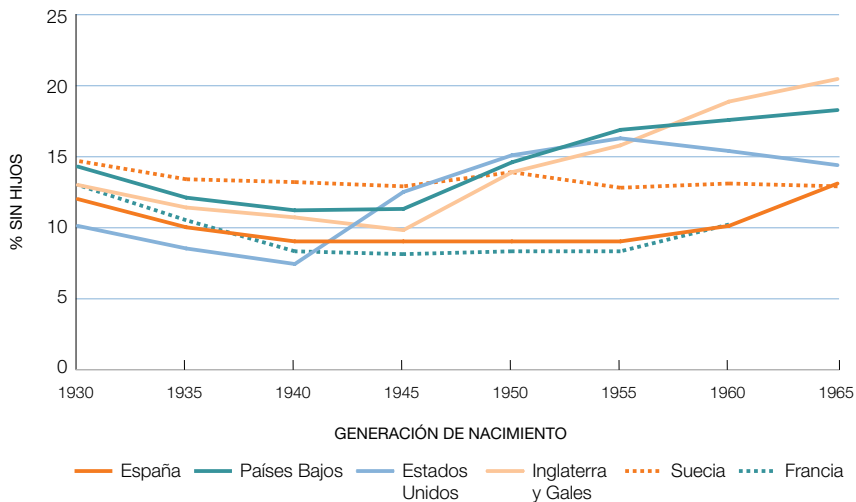
Fuente: INED, Developed countries database (www.ined.fr/en/pop_figures/developed_countries/developed_countries_database).

El descenso del número medio de hijos puede deberse a una proporción creciente de mujeres que no tienen hijos o a una disminución del número de hijos por mujer. En las últimas décadas, el tener o no tener hijos se ha convertido en una opción cada vez más personal (Morgan y Berkowitz King, 2001) y las parejas sin hijos han aumentado considerablemente (González y Jurado-Guerrero, 2006). Para algunas personas, no tener hijos es una elección deliberada, mientras que para otras, el aplazamiento puede tener como resultado no tenerlos, si el momento apropiado nunca llega (Tanturri y Mencarini, 2008).

La variación entre los países europeos en cuanto a la infecundidad es considerable, y no hay una correlación clara entre su frecuencia y el nivel agregado de fecundidad. En algunos países, como Alemania o Austria, existe una estrecha relación entre una elevada proporción de infecundidad definitiva y una baja tasa de fecundidad por generaciones. En otros, sin embargo, dicha relación es débil. En los países del sur y el este de Europa, con tasas de fecundidad muy bajas, la falta de hijos no es un fenómeno generalizado, mientras que en algunos países con tasas de fecundidad moderadamente altas, como es el caso del Reino Unido, alrededor del 20% de las mujeres que han completado el ciclo reproductivo no tienen hijos (Frejka, 2008). El gráfico 2.6 ilustra la divergencia por países en la proporción de mujeres de 45 años sin hijos.

GRÁFICO 2.6

Proporción de mujeres sin hijos a los 45 años, según generación de nacimiento (1930-1965)



Fuente: OECD Family database (www.oecd.org/els/social/family/database).

En España la infecundidad definitiva ha aumentado en las generaciones recientes, pero solo moderadamente. Alrededor del 13% de las mujeres

nacidas en 1965 no han tenido hijos al final de su ciclo reproductivo, en comparación con el 9% de las nacidas en 1940. Aun así, la tasa española se mantiene por debajo del 20% observado en Austria o el Reino Unido, donde la falta de hijos es un fenómeno muy concentrado entre las mujeres de alto nivel educativo.⁽⁵⁾ El hecho de que la fecundidad de España sea muy baja, no se puede atribuir a un creciente rechazo de la maternidad, sino que hay que buscar la explicación en los bajos índices de progresión hacia el segundo hijo e hijos posteriores.

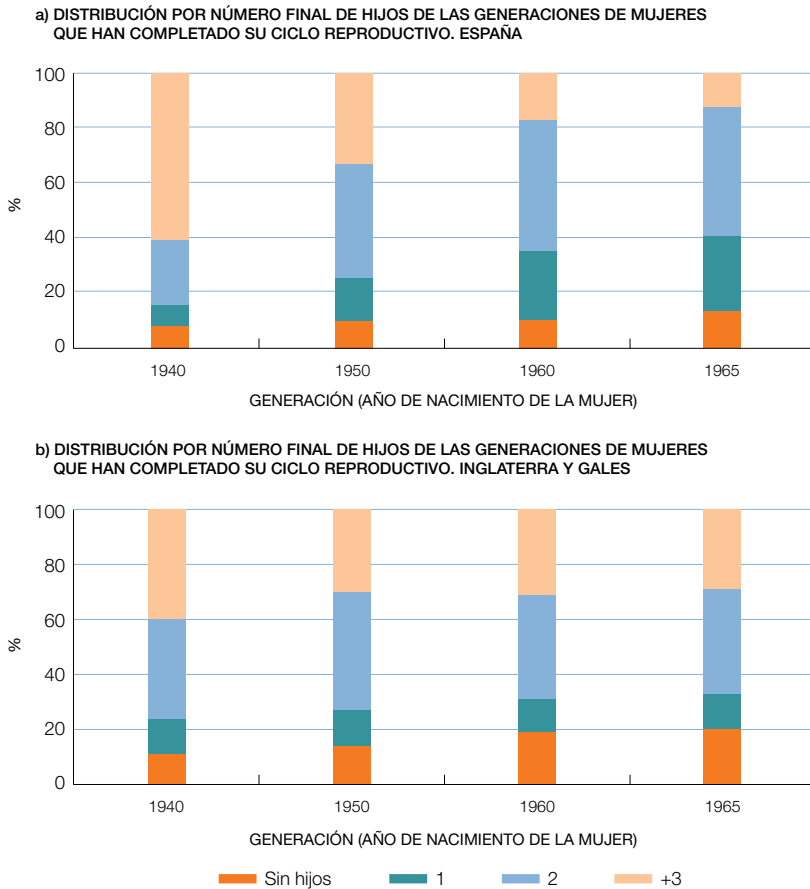
El gráfico 2.7a presenta la distribución por número final de hijos de varias generaciones de españolas que han completado su ciclo reproductivo. La proporción de familias numerosas ha caído en picado: apenas el 12,5% de las mujeres nacidas en 1965 tenía tres o más hijos, comparado con el 60,7% de las mujeres nacidas en 1940. Por otro lado, el porcentaje de las mujeres nacidas en 1965 con un hijo (27,6%) casi cuadruplica el de las nacidas en 1940 (7,4%). Las familias con un hijo –y por lo tanto el número de niños que crecen sin hermanos– ha aumentado mucho más en España que en otros países. En Inglaterra observamos una situación bastante distinta: la proporción de las mujeres que no tienen hijos es relativamente elevada, pero en cambio son pocas las que solo tienen uno (gráfico 2.7b). En este país, la progresión hacia un segundo y un tercer hijo sigue siendo un hecho frecuente.

El gráfico 2.8 presenta las tendencias en la probabilidad de crecimiento de la familia –la proporción de mujeres que pasan a tener un hijo adicional– y confirma los patrones que hemos mencionado más arriba. En España, la progresión de no tener hijos a tener uno se mantiene relativamente alta (el 87% de las mujeres de la generación de 1965), y no ha variado demasiado en las últimas décadas. En cambio, la progresión al segundo y al tercer hijo ha pasado a ser cada vez menos frecuente. Entre las mujeres que tenían un hijo, solo el 68% pasaron a tener el segundo, y entre las que tenían dos, apenas el 21% pasaron a tener el tercero. En países con tasas de fecundidad más elevadas, la transición del primer al segundo

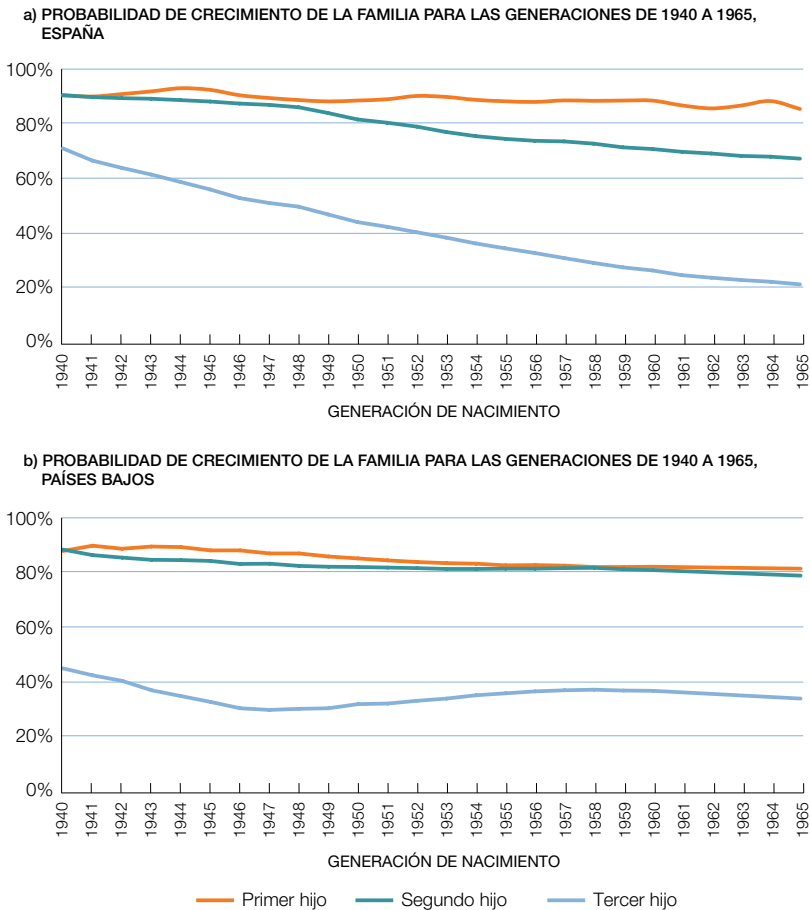
(5) Los niveles actuales de infecundidad definitiva en España tampoco son particularmente elevados en perspectiva histórica. Cerca del 20% de las generaciones de mujeres nacidas en 1910-1920 no tuvieron hijos.

hijo tiende a ser más frecuente. En los Países Bajos, por ejemplo, el 79% de las mujeres nacidas en 1965 que habían tenido un hijo pasaron a tener otro (gráfico 2.8b).

GRÁFICO 2.7



Fuente: España: cálculos de Tomas Sobotka basados en los registros de nacimiento por edad y orden de nacimiento de Eurostat y el INE. Inglaterra y Gales: ONS (www.ons.gov.uk).



Fuente: España: cálculos de Tomas Sobotka. Países Bajos: Human Fertility Database (www.humanfertility.org) y Frejka y Sardon (2007).

2.4. La importancia creciente de la inmigración en la evolución de la natalidad

En los últimos años se ha prestado cada vez más atención a la posibilidad de que los inmigrantes, con una estructura de edad más joven y una tasa de fecundidad más elevada, puedan contribuir a mitigar las tendencias previsibles del envejecimiento y de la reducción de las poblaciones europeas (Lutz y Scherbov, 2002).

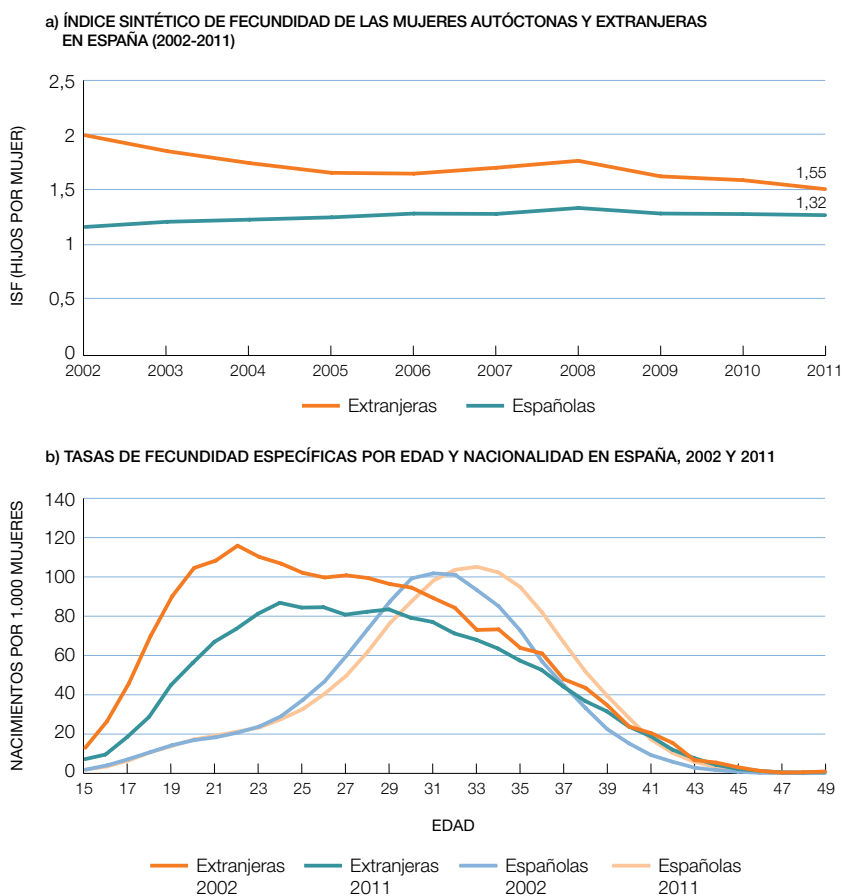
Con una afluencia anual neta de más de 600.000 extranjeros en el período 2000-2008, España se convirtió en uno de los principales países receptores de Europa, hasta el comienzo de la actual crisis económica. La proporción de extranjeros sobre el total de población aumentó rápidamente: si en 1998 era el 1,6%, en 2010 había pasado al 12,2%; actualmente se ha estabilizado. La migración neta es responsable de más del 90% del crecimiento poblacional en España. Al mismo tiempo, tras varias décadas de descenso ininterrumpido, el número anual de nacimientos aumentó pasando de 365.193 en 1998 a 519.779 en 2008. Este aumento se explica sobre todo por la proporción relativamente alta de mujeres inmigrantes en edad fértil. También se constató un aumento significativo del índice sintético de fecundidad, que pasó de 1,15 hijos por mujer en 1998 a 1,46 en 2008, lo que permitió a España superar el umbral de fecundidad muy baja. Pero ¿cuál fue el papel real de la población inmigrante en esta reciente inversión de tendencia en la fecundidad?

Las estadísticas de nacimientos de 2011 indican que aproximadamente uno de cada cuatro recién nacidos en España (el 23,1%) tienen un padre o una madre extranjeros. Sin embargo, varios estudios muestran que el impacto global de la población inmigrante en las tasas de fecundidad, a pesar de no ser insignificante, es bastante modesto (Roig y Castro-Martín, 2007). Castro-Martín y Rosero-Bixby (2011) estimaron que la contribución de los inmigrantes al ISF en 2004-2006 fue del 6,6%. Esta contribución sorprendentemente reducida se debe a que la población extranjera representa una proporción pequeña del total de la población en edad fértil y, por otra parte, a que las tasas de fecundidad de las mujeres extranjeras han experimentado un descenso progresivo.

El gráfico 2.9a muestra que la tasa de fecundidad de las mujeres extranjeras residentes en España disminuyó de 2,05 hijos en 2002 a 1,55 en 2011, una cifra no mucho mayor que la tasa correspondiente a las mujeres autóctonas (1,32). Este descenso puede atribuirse en parte a los cambios que afectan a la composición de la población extranjera: una elevada proporción de inmigrantes recientes proceden de países de Europa del este, con unas tasas de fecundidad muy bajas. Por otro lado, y como también se ha observado en otras sociedades (Andersson, 2004), a medida que aumenta el tiempo de residencia en el país de acogida, la tasa de fecundidad de la población inmigrante tiende a converger con la de la población autóctona.

Aunque la contribución de la población inmigrante al índice sintético de fecundidad de España ha sido modesta, es importante señalar que el hecho de que las mujeres extranjeras tiendan a tener el primer hijo más temprano –la media de edad en 2011 era 27,2 años, en comparación con 30,8 años entre las españolas (gráfico 2.9b)– ha contribuido significativamente a ralentizar el aumento de la edad media de la maternidad.

GRÁFICO 2.9



Fuente: INEbase (www.ine.es).

Hay otro efecto de la inmigración en la fecundidad española que vale la pena mencionar. En España, como en otros países desarrollados, las mujeres inmigrantes han llenado el vacío que había en el sector del cuidado de las personas y se han hecho cargo de los ancianos, los discapacitados y los niños. Aun cuando su contribución directa a la tasa de fecundidad sea modesta, la contribución indirecta es importante. Teniendo en cuenta la escasez de escuelas infantiles en España y la limitada participación de los hombres en las responsabilidades de cuidado, normalmente la conciliación entre la maternidad y la participación de la mujer en el mercado laboral se da gracias a la ayuda no remunerada de los abuelos y a los trabajos de cuidado mal o poco remunerados de los inmigrantes (Tobío, 2001). Por lo tanto, si las tasas de fecundidad hoy en día son muy bajas, lo serían aún más sin la contribución de los inmigrantes al cuidado infantil.

2.5. La distancia entre los hijos deseados y la fecundidad real

Aunque en la mayoría de las sociedades desarrolladas la tasa de fecundidad ha caído por debajo del nivel de reemplazo, el número medio de hijos deseados se ha mantenido estable, alrededor de los dos hijos (Bongaarts, 2001). El ideal de los dos hijos –preferiblemente uno de cada sexo (Mills y Begall, 2010)– prevalece en la mayoría de los países occidentales, incluso en aquellos con una fecundidad muy baja, lo que significa que la natalidad real a menudo se aleja de las preferencias declaradas.

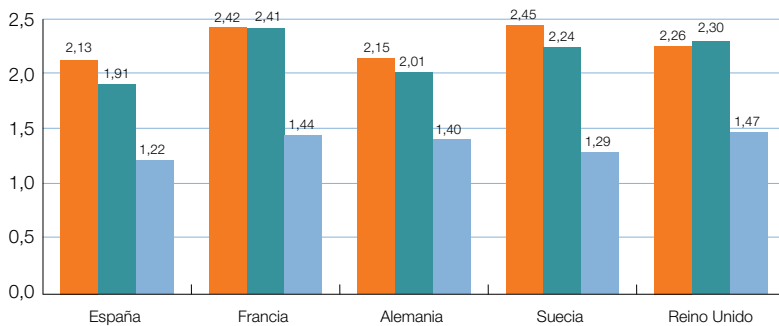
¿Por qué los ciudadanos no logran cumplir sus aspiraciones reproductivas? ¿Cuáles son los obstáculos? La persistente brecha entre la fecundidad deseada y la fecundidad real ha despertado inquietudes por la insatisfacción ciudadana en relación con sus objetivos en materia de procreación, lo cual a su vez da argumentos de peso para la implantación de políticas sociales orientadas a eliminar obstáculos como la inestabilidad de las condiciones laborales o las dificultades en la conciliación de la vida familiar y laboral (OCDE, 2007).

Los datos sobre preferencias reproductivas han recibido críticas desde varios frentes: los encuestados tienden a dar respuestas socialmente deseables, numerosos individuos cambian de opinión sobre los hijos deseados a

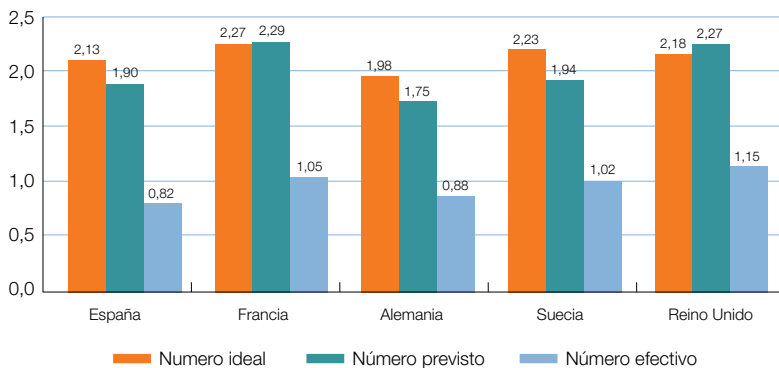
lo largo de la vida, y siempre hay un alto grado de incertidumbre en las intenciones reproductivas (Ní Bhrolcháin y Beaujouan, 2012). A pesar de estos puntos débiles, las preferencias sobre el número de hijos deseado desempeñan un papel crucial en la toma de decisiones sobre esta cuestión y suelen considerarse como un pronóstico influyente de la evolución futura de la natalidad (Philipov, 2009).

GRÁFICO 2.10

a) NÚMERO IDEAL, NÚMERO PREVISTO Y NÚMERO EFECTIVO DE HIJOS (MEDIAS), MUJERES ENTRE 20 Y 49 AÑOS (2011)



b) NÚMERO IDEAL, NÚMERO PREVISTO Y NÚMERO EFECTIVO DE HIJOS (MEDIAS), HOMBRES ENTRE 20 Y 49 AÑOS (2011)



Fuente: Eurobarómetro 75.4 (2011).

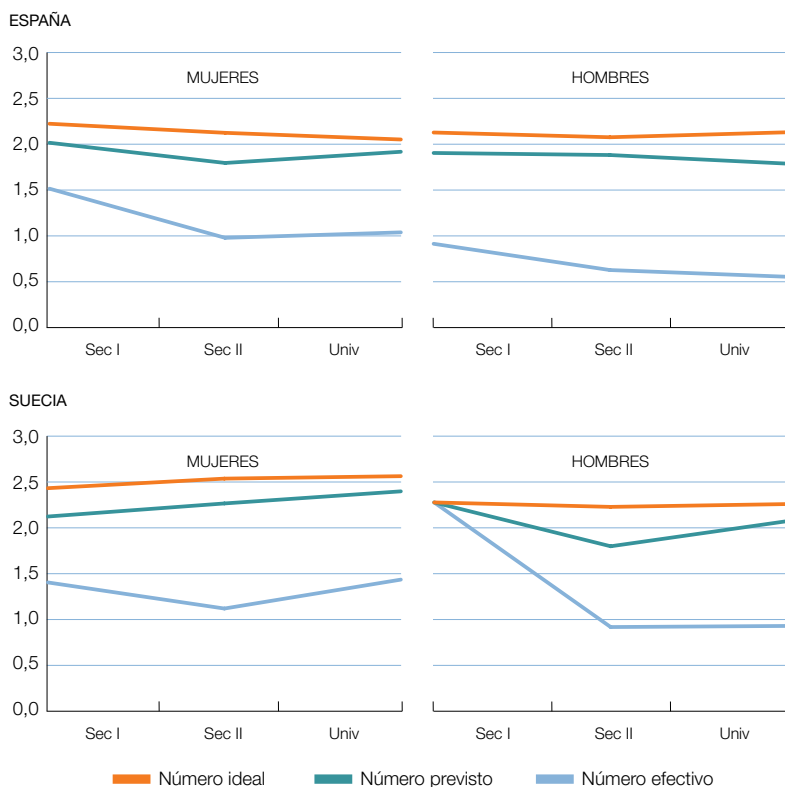
Los datos recientes sobre intenciones reproductivas que recoge el Eurobarómetro 75.4 en 2011 confirman que la norma de los dos hijos está muy consolidada en todos los países europeos (Testa, 2012a). El gráfico 2.10 muestra el número ideal, el número que se tiene intención de tener y el número efectivo de hijos entre las mujeres y los hombres de 20 a 49 años de cinco países europeos. El número ideal expresa el número de hijos que le gustaría tener a una persona, independientemente de si es posible o no. Por consiguiente, es probable que en la respuesta influyan las normas sociales. En todos los países examinados, el número ideal de hijos, tanto para los hombres como para las mujeres, supera los 2 y llega casi a 2,5 hijos entre las mujeres francesas y suecas. El número previsto de hijos, en cambio, tiene en cuenta las diversas limitaciones o restricciones en la vida de una persona. Con la excepción de Francia y el Reino Unido, el número previsto de hijos está por debajo del número ideal, pero aun así se acerca al nivel de reemplazo. El nivel más bajo en el número previsto lo observamos en las mujeres y los hombres españoles (1,9 hijos) y entre los hombres alemanes (1,75 hijos). En todos los países, el número de hijos que se tiene intención de tener supera la tasa de fecundidad observada, medida por el índice sintético de fecundidad. Este es especialmente el caso de España, donde en 2011 la diferencia entre el número previsto (1,9) y el número efectivo de hijos (1,36 según el ISF) era, en promedio, de 0,5 hijos aproximadamente.

La diferencia entre el número deseado de hijos y el número de hijos que se tienen suele ser particularmente elevada entre las mujeres de mayor nivel educativo, que tienden a manifestar un objetivo idéntico al de las mujeres con menor educación, pero al final acaban teniendo menos hijos (Testa, 2012b; Iacovou y Tavares, 2011), aunque esto no es así en todos los países. El gráfico 2.11 muestra, por ejemplo, que en Suecia las mujeres con estudios universitarios se proponen tener más hijos que las que tienen un menor nivel educativo, y los datos empíricos sobre su fecundidad real –a pesar de ser incompletos, puesto que muchas mujeres todavía no han completado su ciclo reproductivo– muestran que las diferencias en las tasas de fecundidad según el nivel educativo son relativamente pequeñas. En España, en cambio, el número deseado de hijos es muy similar entre mujeres de distintos niveles educativos, pero la tasa de fecundidad de las mujeres con estudios universitarios se sitúa bastante por debajo de la

de las mujeres con estudios secundarios (primer ciclo). Según un estudio reciente de Testa (2012b), el efecto de la educación sobre el déficit de fecundidad también presenta diferencias de género: en comparación con las menos educadas, las mujeres con estudios superiores se enfrentan a más dificultades a la hora de hacer realidad sus ideales reproductivos que los hombres con estudios superiores.

GRÁFICO 2.11

Número ideal, número previsto y número efectivo de hijos (medias) según nivel educativo, mujeres y hombres entre 20 y 49 años, España y Suecia (2011)



Fuente: Eurobarómetro 75.4 (2011).

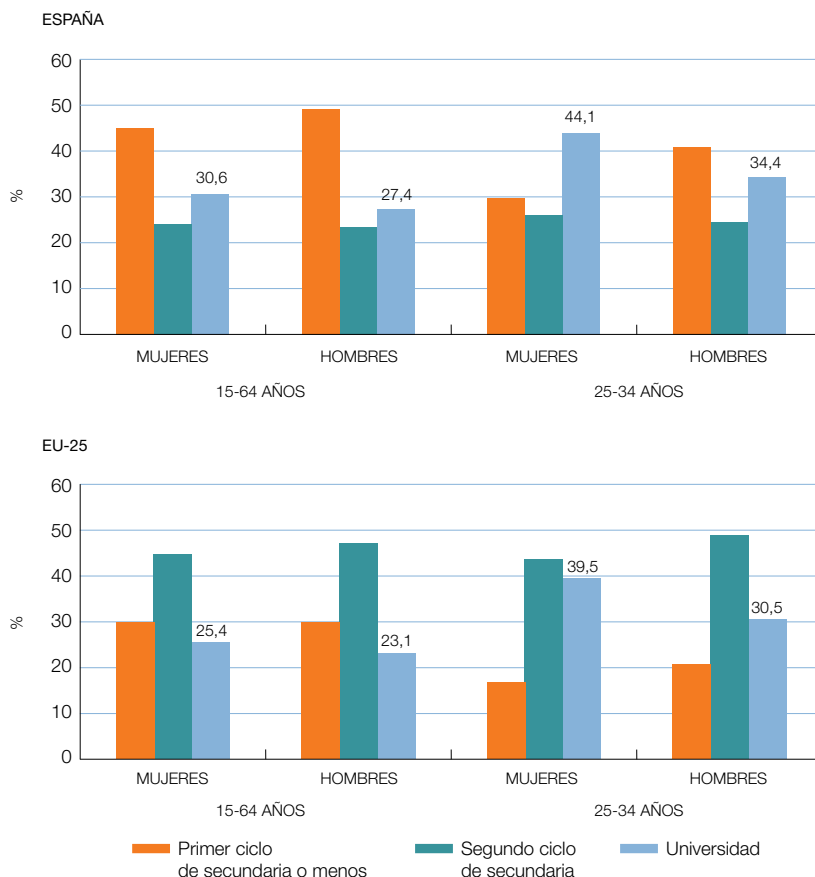
2.6. Factores sociales, económicos y relacionales que impulsan o inhiben la fecundidad

A continuación, examinamos algunos de los principales factores socioeconómicos subyacentes a las tendencias observadas. Centraremos la atención sobre todo en tres factores: la expansión masiva de la educación femenina, el rápido aumento en la incorporación de la mujer al mercado laboral y la naturaleza cambiante de las relaciones de pareja. Hay diferencias de opinión sobre qué causa en última instancia el cambio en la evolución de la fecundidad –factores estructurales o ideológicos–, pero existe un amplio consenso sobre el importante papel que desempeñan las aspiraciones y los logros educativos de la mujer, su compromiso más estrecho con el mercado laboral, y las dinámicas de pareja respecto a la familia y los hijos (Balbo, Billari y Mills, 2013). A pesar de ello, como veremos, los efectos no son lineales ni uniformes en el tiempo y en el espacio.

El nivel educativo de las mujeres y la maternidad: ¿está disminuyendo el efecto negativo de la educación?

El progreso en la educación de las mujeres es uno de los cambios sociales más impresionantes que se ha producido en España en las últimas décadas. Los datos del censo de 2001 muestran que menos del 5% de las mujeres nacidas a finales de los años treinta tuvieron acceso a la educación universitaria. Sin embargo, casi un tercio de las nacidas al inicio de los años setenta fue a la universidad, superando incluso a los hombres en 10 puntos porcentuales. Según datos de Eurostat, en 2011 el porcentaje de mujeres españolas entre 25 y 34 años con título universitario no solo era superior al de hombres (44,1% frente a 34,4%), sino también a la media femenina para ese grupo de edad en la UE-25 (39,5%) (gráfico 2.12). La rápida difusión de la educación universitaria entre las mujeres ha modificado las pautas tradicionales de homogamia/heterogamia en la formación de parejas, ya que las mujeres con mayor nivel educativo buscan parejas con un nivel educativo similar (Esteve *et al.*, 2012). Hay quienes sostienen que la inversión del desequilibrio de género en educación dificulta el emparejamiento y afecta la probabilidad, el calendario y la estabilidad en la formación de parejas, con consecuencias sobre la fecundidad (Van Bavel, 2012).

Distribución de la población de 15-64 años y 25-34 años por nivel educativo. España y UE-25 (2011)



Fuente: Eurostat (<http://epp.eurostat.ec.europa.eu/portal/page/portal/education/data/database>).

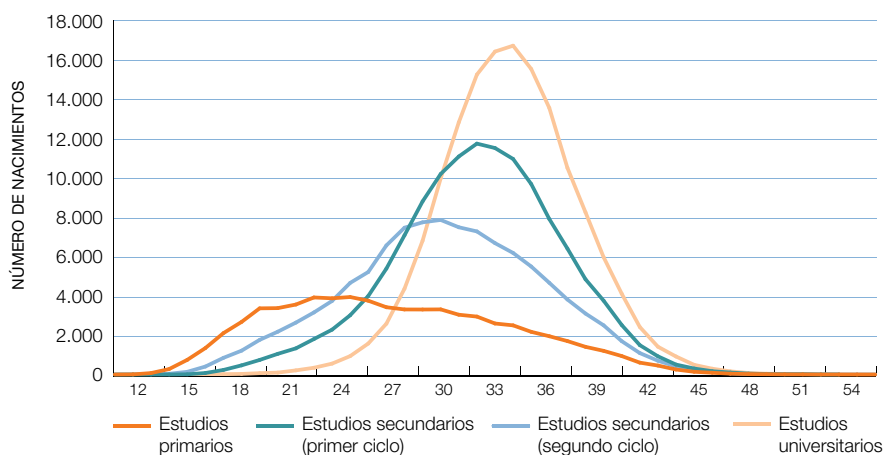
El aplazamiento de la maternidad fue un fenómeno inicialmente encabezado por las mujeres de alto nivel educativo. En la *Nueva economía de la familia*, Becker (1981) sostiene que los costes de oportunidad de la maternidad son más elevados para las mujeres con más educación y mejores perspectivas profesionales ya que las interrupciones de sus trayectorias laborales imponen penas superiores en cuanto a los ingresos y la devaluación del capital humano. No es de extrañar, pues, que las mujeres con

mayor potencial de ingresos encabezaran el retraso de la maternidad (Mills *et al.*, 2011).

Con el tiempo el retraso se ha extendido a todos los estratos sociales, aunque sigue habiendo diferencias importantes en cuanto al momento de ser madres por nivel educativo (Rendall *et al.*, 2010). En España, no obstante, el aplazamiento de la maternidad es generalizado: en 2010 la media de edad a la que tener el primer hijo era 32,9 años para las mujeres con estudios universitarios, 30,8 para las que habían completado el segundo ciclo de estudios secundarios y 28,2 para las que tenían el primer ciclo (gráfico 2.13).

GRÁFICO 2.13

Edad de las mujeres para tener el primer hijo por nivel educativo, España (2010)



Fuente: INEbase (www.ine.es).

Las diferencias sociales en la edad en que las mujeres tienen el primer hijo son más acusadas en los países con regímenes de bienestar «liberales», como el Reino Unido y Estados Unidos. En estos países, las mujeres con estudios universitarios tienen el primer hijo después de los 30 años, mientras que las mujeres con el nivel educativo más bajo son madres a una

edad más temprana y bastante a menudo son madres adolescentes (Sigler-Rushton, 2008). Existe, por lo tanto, un riesgo de polarización social en la formación de la familia. McLanahan (2004) sostiene que el síndrome de la maternidad a edad temprana y de las madres solas entre las mujeres con menor nivel educativo está relacionado con una posición económica cada vez menos ventajosa. En cambio, en Francia y los países nórdicos, las disparidades sociales en la edad de la maternidad son menos acusadas (Rendall *et al.*, 2010).

El efecto de la educación puede observarse no solo en la edad para el primer hijo, sino también en el número total de hijos. Actualmente, la relación entre nivel educativo y número final de hijos es negativa en la mayoría de los países europeos. No obstante, en los países nórdicos parece que este efecto negativo se está debilitando o incluso desapareciendo. Un reciente estudio (Kravdal y Rindfuss, 2008) muestra que las mujeres noruegas con estudios superiores son madres a una edad más avanzada, pero recuperan y tienen más hijos con posterioridad, de modo que la maternidad tardía no tiene un impacto disuasorio en el nacimiento del segundo o el tercer hijo. Andersson *et al.* (2009) también documentan una importante recuperación de los nacimientos en edades avanzadas entre las mujeres con un alto nivel educativo en Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia, de modo que acaban reduciéndose las diferencias en el número final de hijos por grupos de educación. En España, los datos de la Encuesta sobre Fecundidad, Familia y Valores de 2006 indican que el efecto de la educación en el número final de hijos sigue siendo negativo. Las mujeres de 40 a 49 años con estudios universitarios tienen una media de 1,5 hijos, mientras que la media de las mujeres que tienen como mucho estudios secundarios de primer ciclo es de 1,9 hijos.

En los países con menores desigualdades sociales y de género, y un mayor apoyo a las madres trabajadoras, es más frecuente que los efectos de la educación sobre el nivel de fecundidad sean neutros o incluso positivos (Andersson *et al.*, 2009). De hecho, la inversión de este efecto de la educación sobre la fecundidad en los países escandinavos se ha atribuido a las políticas favorables a la familia, por ejemplo, una red universal y de alta calidad de escuelas infantiles (Kravdal y Rindfuss, 2008). En los países donde las mujeres tienen dificultades para alcanzar un buen equilibrio en-

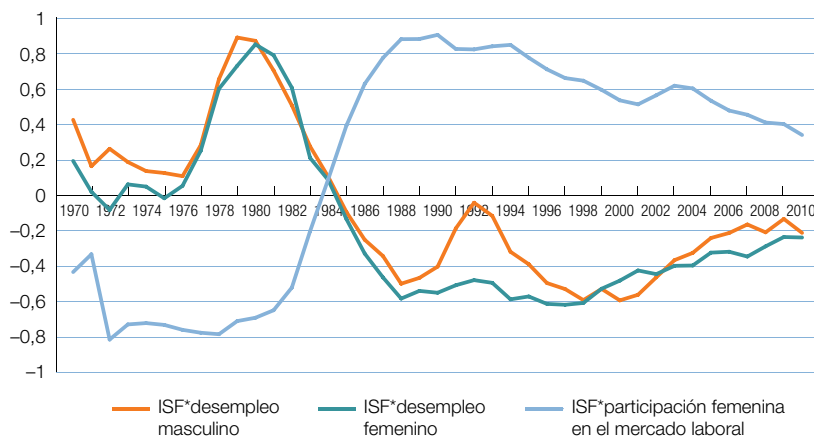
tre trabajo y familia, como los del sur de Europa, las diferencias de fecundidad por nivel educativo son mayores (Solera y Bettio, 2013).

Por otra parte, se ha constatado que el tipo de educación tiene también una influencia en la edad de inicio de la maternidad y en el número total de hijos (Lappegård y Rønsen, 2005; Hoem, Neyer y Andersson, 2006; Van Bavel, 2010). En España, Martín-García y Baizán (2006) demuestran que las disciplinas relacionadas con el cuidado de las personas o que ponen el énfasis en las aptitudes interpersonales –en las que la presencia de las mujeres es mayoritaria– tienen una influencia positiva en el momento elegido para tener el primer hijo, independientemente del nivel educativo. Uno de los factores que podrían contribuir a estos hallazgos son los relativos a la selección. Las mujeres más orientadas a la maternidad suelen elegir itinerarios educativos y puestos de trabajo donde les resulte más factible combinar la vida laboral con la familiar. Pero la dificultad de combinar trabajo e hijos también varía según el tipo de trabajo seleccionado (Mills *et al.*, 2011). Por otra parte, los efectos socializadores de la educación pueden influir a la hora de reforzar o alterar las aspiraciones reproductivas iniciales.

La participación de la mujer en el mercado laboral: ¿obstáculo o requisito previo a la hora de tener hijos?

La incorporación progresiva de la mujer al mercado laboral ha ido acompañada de un descenso continuo de la fecundidad. Una vez más, sin embargo, encontramos importantes inversiones de tendencia tanto a nivel micro como macro. El estudio de Ahn y Mira (2002) concluye que, a nivel macro, la relación tradicionalmente negativa entre participación femenina en el mercado laboral y nivel de fecundidad es positiva desde mediados de los años ochenta (gráfico 2.14). La tendencia es justo la opuesta en relación con el desempleo femenino: la correlación entre países cambia de positiva a negativa. No obstante, individualmente, la asociación entre participación femenina en el mercado laboral y fecundidad es negativa, aunque hay importantes diferencias entre países y cohortes (Matysiak y Vignoli, 2008). El impacto del empleo femenino en la fecundidad es positivo en el norte de Europa (Andersson, 2000), pero es negativo en los países del sur del continente (Baizán, 2005).

Evolución de la correlación entre el ISF y algunos indicadores laborales (1970-2010)



Nota: los países incluidos son Alemania, Francia, Japón, España, Suecia, el Reino Unido y los Estados Unidos.
Fuente: OCDE (www.oecd.org/statistics).

Las aspiraciones profesionales de la mujer y su participación en el mercado de trabajo han cambiado drásticamente en España. A partir de los años ochenta, la participación femenina en el mercado laboral aumenta con rapidez, aunque todavía es inferior a la de muchos países europeos. Actualmente el 52% de las mujeres españolas entre 15 y 64 años trabaja, en comparación con el 60% en Francia, el 65% en el Reino Unido, el 68% en Alemania o el 72% en Suecia (Eurostat, 2013). Sin embargo, los indicadores generales a menudo inducen a error, ya que no tienen en cuenta las grandes diferencias entre cohortes. Las generaciones más jóvenes muestran un índice de participación laboral similar al de los demás países europeos. En 2007, la tasa de empleo femenina en España del grupo entre 25 y 39 años (70%) se situaba muy cerca de la de Alemania (71%), el Reino Unido (72%) o Francia (74%), y por encima de la de Italia (60%) (Naldini y Jurado, 2013). Dicho de otro modo, España está dejando atrás el modelo de familia de «varón sustentador» y protagoniza un cambio muy rápido hacia el modelo de «doble sueldo». Sin embargo, la crisis económica iniciada en 2008 ha tenido como resultado una fuerte caída

de las tasas de ocupación femenina, especialmente entre las mujeres más jóvenes, y esto podría retrasar el cambio hacia el modelo de dos sueldos y dos trabajos (León y Migliavacca, 2013).

El alto nivel de desempleo es un problema endémico en España. La tasa media de paro se situaba en torno al 17% en los años ochenta y al 19% en los noventa; descendió al 10% durante el período 2000-2007 y se ha disparado en los últimos años (18% en 2008-2011, llegando al 26% en 2013). El desempleo ha sido sistemáticamente mucho más elevado entre las mujeres y los jóvenes, lo cual afecta a la formación de las familias. Por ejemplo, en 2011 el 42% de las mujeres y el 41% de los hombres menores de 30 años estaba en paro. El riesgo de desempleo disminuye conforme aumenta el grado de educación, pero aun así el 16% de las mujeres y el 14% de los hombres de 25-39 años con un título universitario no encuentra trabajo. Varios estudios muestran que el hecho de que uno o ambos miembros de una pareja esté en el paro tiene un efecto particularmente intenso en la caída de la fecundidad en España (Baizán, 2005; Gutiérrez-Domènech, 2008; Adsera, 2011).

El mercado laboral español se ha caracterizado durante las últimas décadas por una marcada dualidad entre trabajadores con contratos indefinidos y trabajadores con contratos temporales –generalmente con sueldos bajos, perspectivas laborales poco halagüeñas y redes de seguridad limitadas– (Häusermann y Schwander, 2011). Desde mediados de los años ochenta se han puesto en marcha diversas reformas para flexibilizar el mercado laboral que no han hecho más que profundizar este proceso de dualización de los trabajadores españoles, y que afectan sobre todo a las mujeres y los jóvenes (Polavieja, 2006). En 2011, el 27% de las mujeres y el 24% de los hombres tenían un contrato temporal en España (frente al 15% y el 14% en la UE-25). Entre los jóvenes, España también ocupa una de las primeras posiciones del *ranking* europeo: en 2011, el 34% de los trabajadores españoles menores de 40 años tenían un contrato temporal (frente al 22% en la UE-25). Según algunos autores, la inseguridad laboral y de ingresos es uno de los principales motivos que desalientan la formación de familias en España (De la Rica e Iza, 2005; Vignoli, Drefahl y De Santis, 2012). Uno de los requisitos previos para emanciparse y tener hijos es disfrutar de una estabilidad mínima (González y Jurado-Guerrero, 2006).

Suele considerarse que los empleos a tiempo parcial tienen un efecto positivo sobre la fecundidad, pues facilitan la reincorporación de la mujer al mercado laboral tras el parto. Pero la regulación del trabajo a tiempo parcial varía considerablemente de un país a otro. En España, la incidencia de este tipo de empleos es baja (el 14%⁽⁶⁾ frente al 19% en la UE-25). A diferencia de otros países, como los escandinavos o los Países Bajos, en España el empleo a tiempo parcial no supone una estrategia satisfactoria para conciliar la vida laboral y el cuidado de los hijos. Por un lado, la mayoría de los empleos a tiempo parcial contratan a mujeres poco cualificadas en el sector de servicios con ingresos bajos, condiciones laborales precarias, elevada temporalidad y limitadas oportunidades de promoción (Lapuerta, 2012). Por otro lado, la mayoría de los empleos a tiempo parcial responden más a la demanda del sector de servicios que al deseo de las mujeres de tener una jornada laboral más corta que les permita compatibilizarla con su rol familiar. De hecho, a menudo los trabajadores a tiempo parcial se ven obligados a aceptar un horario laboral fuera de lo habitual, lo que dificulta incluso más la conciliación de vida laboral y vida social y familiar (Ibáñez, 2011). Las investigaciones realizadas muestran que el empleo a tiempo parcial solo tiene un efecto positivo sobre la fecundidad en los países donde la demanda es generalizada y se puede elegir voluntariamente (Ariza, De la Rica y Ugidos, 2005).

Los puestos de trabajo en el sector público constituyen una fuente excepcional de empleo seguro y estable antes y después de la maternidad. En los países con un alto índice de empleo femenino, el empleo en el sector público contribuye en buena medida a ello (Mandel y Semyonov, 2006). Además, el nivel de fecundidad tiende a ser más alto en los países con sectores públicos mayores (Bernhardt, 1993), y las mujeres que trabajan en el sector público suelen tener una fecundidad más elevada que las que trabajan en el sector privado (Adsera, 2011; Esping-Andersen, 2007; Esping-Andersen *et al.*, 2002; Martín-García y Castro-Martín, 2013; Solera y Bettio, 2013). Estas mujeres son también más propensas a seguir trabajando después del nacimiento (Gutiérrez-Domènech, 2008). De igual forma, las mejores condiciones laborales en el sector público alientan a los hombres a reclamar los permisos de paternidad (Geisler y Kreyenfeld,

(6) El 23,4% entre las mujeres y el 5,9% entre los hombres.

2011) y a involucrarse más en las tareas de cuidado de los hijos, lo que a su vez tiene un efecto positivo sobre la fecundidad (Esping-Andersen *et al.*, 2007).

En España hay menos oportunidades laborales en el sector público que en los países nórdicos. El empleo en el sector público representa aproximadamente el 12% del total, por debajo de la media del 15% de la OCDE (OCDE, 2011). En Noruega, Dinamarca o Suecia dicho porcentaje supera con creces el 25%. Las mujeres españolas están más representadas en el sector público que en el conjunto de la economía, pero aun así solo suponen el 54% del total del empleo público, en comparación con el 70% en Noruega (Rønsen y Skrede, 2010).

Ahora bien, algunos estudios indican que a la hora de tener hijos lo importante no es solo tener trabajo o no tenerlo, la duración del contrato o la jornada laboral (Begall y Mills, 2011); hay otros factores que cada vez tienen más peso en la conciliación de la vida familiar con la laboral, como los horarios de trabajo y la flexibilidad horaria, además de características del puesto de trabajo (Drobnič y Guillén Rodríguez, 2011). Un estudio reciente documenta que hay diferencias significativas en la fecundidad de las mujeres según sus opciones profesionales. En España las que trabajan en los sectores sanitario y docente tienen ventajas a la hora de armonizar trabajo y maternidad (Martín-García, 2010). Las condiciones de trabajo y los horarios pueden ser factores particularmente importantes cuando existe un déficit de políticas de apoyo a las madres trabajadoras, como es el caso de España.

En pocas palabras, la investigación empírica demuestra que la creciente participación de la mujer en el mercado laboral no tiene por qué llevar necesariamente a una baja fecundidad. La relación entre empleo y fecundidad se halla en gran medida condicionada por convenios y normativas institucionales, políticas de bienestar, relaciones de género, el funcionamiento del mercado laboral y la organización social del trabajo. Como hemos ido viendo, en España ninguna de estas dimensiones es propicia a la fecundidad.

¿Hasta qué punto los cambios en las familias y las relaciones de pareja afectan negativamente a la fecundidad?

En las últimas décadas, la vida familiar y las dinámicas de pareja han experimentado profundos cambios en todas las sociedades occidentales (Bumpass, 1990; Billari, 2005). Algunas de las transformaciones clave han sido el aumento en la edad de inicio de las uniones conyugales, la importancia decreciente del matrimonio, la difusión de la cohabitación y de relaciones en las que los miembros de la pareja viven separados, el aumento de separaciones y divorcios, y el incremento de segundas uniones y familias reconstituidas (Seltzer, 2000; Kiernan, 2001).

El retroceso de los matrimonios y la inestabilidad creciente de las relaciones de pareja se han vinculado a menudo a una baja tasa de fecundidad. De hecho, tiene sentido pensar que los largos períodos que los jóvenes adultos pasan fuera de una unión conyugal pueden contribuir a que tengan menos hijos o los tengan más tarde, o que la creciente inestabilidad de las parejas impida que tengan el número de hijos al que inicialmente aspiraban. Sin embargo, la relación entre la dinámica de las relaciones de pareja y la fecundidad no está clara. Si analizamos los datos de varios países, los resultados apuntan en la dirección opuesta: actualmente la tasa de fecundidad es más elevada en los países donde los índices de cohabitación, hijos nacidos fuera del matrimonio y separaciones son también más altos (Billari y Kohler, 2004). Aunque algunas de estas asociaciones a nivel macro podrían ser transitorias y espurias, lo que hacen es poner de manifiesto que la importancia decreciente del matrimonio, la expansión de formas de vivir alternativas y la inestabilidad creciente de la vida en pareja no desembocan necesariamente en tasas de fecundidad muy bajas.

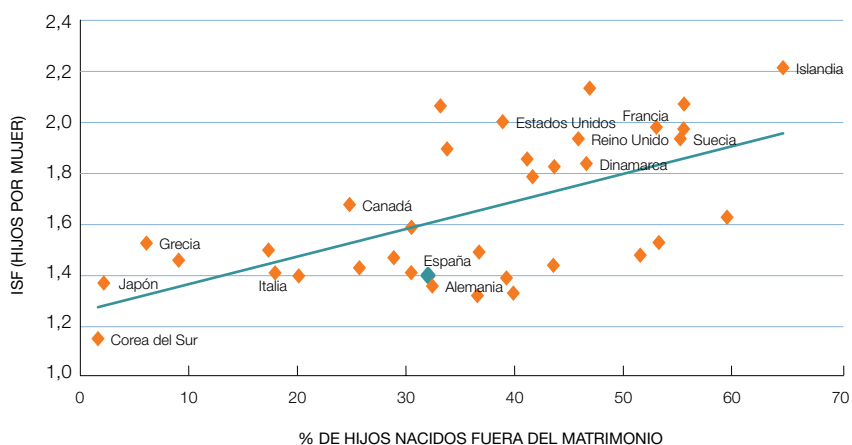
El gráfico 2.15 ilustra la fuerte correlación que existe actualmente a nivel de país entre el índice sintético de fecundidad y la proporción de hijos que nacen fuera del matrimonio. En casi todos los países donde la tasa de fecundidad se acerca al nivel de reemplazo, la proporción de nacimientos fuera del matrimonio oscila entre el 40 y el 50%. La débil relación entre matrimonio y fecundidad está estrechamente vinculada a la rápida extensión de la cohabitación. En casi todos los países europeos, la gran

mayoría de los nacimientos fuera del matrimonio están planificados y corresponden a uniones estables de cohabitación.

España llegó tarde al proceso global de cambio familiar. A finales del siglo xx, era el país de Europa en el que las parejas se casaban más tarde. Inicialmente, el declive del matrimonio no se vio compensado por un aumento paralelo de la cohabitación, como había sido la norma en la mayoría de los países europeos. Por consiguiente, el porcentaje de mujeres españolas entre 20 y 34 años (es decir, en las edades más fértiles) que aún no habían formado su primera unión conyugal se encontraba entre los más altos de Europa en el año 2001: el 62% (Castro-Martín *et al.*, 2008).

GRÁFICO 2.15

Correlación entre el porcentaje de hijos nacidos fuera del matrimonio y el índice sintético de fecundidad, países de la OCDE, 2009



Fuente: OECD Family Database (www.oecd.org/social/family/database).

Pero como veremos en el capítulo 4, los cambios han sido muy rápidos. La cohabitación se ha convertido en una opción de emparejamiento cada vez más común: a los 35 años, la primera unión conyugal del 39% de las mujeres nacidas en los años setenta había empezado en régimen de coha-

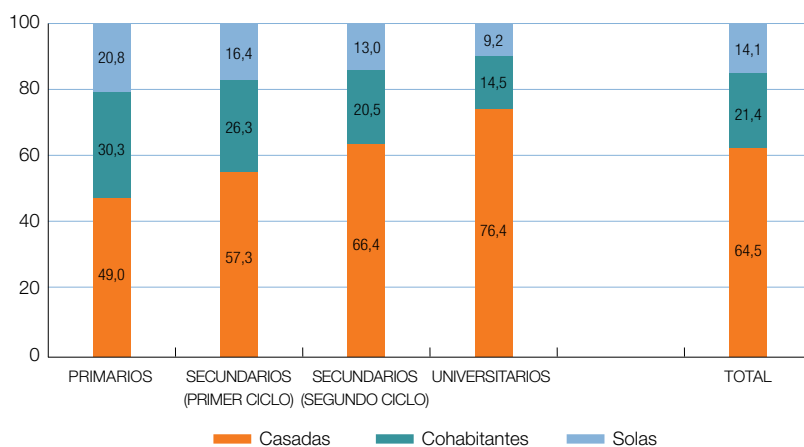
bitación, en comparación con el 17% de las mujeres nacidas en los años sesenta y el 6% de las nacidas en los cincuenta (Domínguez-Folgueras y Castro-Martín, 2013). Este estudio también muestra que, si bien las mujeres con estudios universitarios eran las claras precursoras de la cohabitación a mediados de los años noventa, las diferencias por nivel educativo ya no son estadísticamente significativas. El efecto decreciente de la educación puede interpretarse como un indicador de la difusión de la cohabitación en todos los estratos sociales. Como veremos también en el capítulo 4, las parejas de hecho en España son bastante estables.

Algunos estudios recientes muestran que la probabilidad de ruptura conyugal, tradicionalmente baja en España, ha aumentado sustancialmente entre los matrimonios recientes (Bernardi y Martínez-Pastor, 2011). El aumento de las separaciones podría repercutir en la expansión de la cohabitación, ya que muchas personas divorciadas que se emparejan de nuevo optan por cohabitar en lugar de volverse a casar (Wu y Schimmele, 2005).

Sin embargo, la transformación más sorprendente que ha vivido España en el ámbito de la familia tiene que ver con el contexto de pareja en el que se tienen hijos (Castro-Martín, 2010). El porcentaje de nacimientos fuera del matrimonio pasó del 4% en 1980 al 11% en 1995, y desde entonces el aumento ha sido muy rápido, llegando hasta el 37% en 2011. Dicho aumento se explica sobre todo por los hijos de parejas que cohabitan, una pauta común en muchos otros países (Raley, 2001) (gráfico 2.16). En 2011, la natalidad entre las familias cohabitantes representaba el 23% de todos los nacimientos. Este dato es similar al documentado por Manlove *et al.* (2010) para los Estados Unidos e indica que la cohabitación en España se ha convertido en un contexto socialmente aceptado para tener y criar hijos.

GRÁFICO 2.16

Porcentaje de nacimientos de madres casadas, cohabitantes y solas según el nivel educativo de la madre, España (2010)



Fuente: INE, microdatos de nacimientos.

2.7. Posibles vías para aumentar la fecundidad

Hemos observado que existe una amplia variación en los niveles de fecundidad de las sociedades avanzadas. En 2010, el índice sintético de fecundidad iba del 1,17 de Letonia al 2,2 de Islandia en Europa, y del 1,23 de Corea del Sur al 3,03 de Israel entre los países de la OCDE. Como nos recuerdan los demógrafos, las consecuencias a medio y largo plazo de una tasa de fecundidad por debajo de 1,3 son radicalmente diferentes de las que pueda tener una tasa que esté por encima de 1,7. Esta última, con moderados niveles de inmigración, puede garantizar la estabilidad de la población. En el primer caso, sin embargo, para contrarrestar un rápido envejecimiento y la reducción de la población, la única alternativa es que los flujos inmigratorios sean masivos y sostenidos.

La división norte-sur en materia de fecundidad que prevaleció en Europa durante buena parte de los siglos XIX y XX se ha invertido desde los años noventa (Castles, 2003), de modo que el mapa actual de la fecundidad muestra una configuración regional completamente nueva. Los países eu-

ropeos del norte y el oeste, que habían sido los precursores de la primera y la segunda transiciones demográficas, ahora presentan tasas de fecundidad próximas al nivel de reemplazo. Sin embargo, los países del sur y el este de Europa, que habían llegado con retraso a ambas transiciones demográficas, presentan tasas de fecundidad muy bajas. Son varios los factores sociales, económicos e institucionales que pueden explicar esta nueva configuración regional. La natalidad tiende a ser más elevada en aquellas sociedades donde los hijos son percibidos como un bien privado y público al mismo tiempo, donde los costes y el cuidado de los niños son compartidos entre la familia y el Estado, y donde la igualdad de género contribuye a hacer posible la conciliación de la vida laboral con la familiar. Sin embargo, desde una perspectiva de políticas sociales, podemos distinguir dos grandes grupos de países con fecundidad comparativamente elevada (Sobotka, 2004).

El primer grupo está formado por los países escandinavos, Francia y otros países, como los Países Bajos, que ofrecen una fuerte protección laboral para las madres trabajadoras, prestaciones relativamente generosas para los hijos, cuidados infantiles subvencionados y políticas sociales universales que promueven la igualdad de género y ayudan a las familias en las que ambos padres trabajan a alcanzar un equilibrio entre trabajo y familia (Oláh y Bernhardt, 2008). En estos países, las diferencias en fecundidad y vida familiar entre los distintos estratos sociales tienden a ser relativamente pequeñas (Toulemon, Pailhé y Rossier, 2008; Andersson *et al.*, 2009).

En un segundo grupo –compuesto por Irlanda, el Reino Unido y los Estados Unidos– encontramos también tasas de fecundidad comparativamente altas. En estos países, tanto la regulación del mercado laboral como las políticas familiares –que tienden a dirigirse a los más necesitados– son escasas (McDonald y Moyle, 2010). A pesar de que el apoyo público a las familias y a los hijos es débil, la tasa de fecundidad se mantiene relativamente alta, en parte porque los grupos sociales desfavorecidos tienden a tener hijos a edades tempranas –a menudo sin haberlos planificado–, y en parte porque la población inmigrante y algunos grupos étnicos mantienen tasas de fecundidad relativamente elevadas (Sigle-Rushton, 2008). Como consecuencia de estas pautas diferenciadas, existe una creciente polarización social en torno a la edad de la maternidad, el número total de hijos y el contexto familiar. Las mujeres con mayor nivel educativo tienden a no

tener hijos o a tener pocos, y las mujeres con menor nivel educativo tienden a tenerlos antes –a menudo fuera del matrimonio– y en mayor cantidad (Kiernan *et al.*, 2011). En este contexto, una fecundidad elevada está vinculada a un alto nivel de desigualdad social. A su vez, el comportamiento reproductivo y conyugal contribuye a perpetuar las desigualdades sociales existentes.

En pocas palabras, la experiencia de numerosos países avanzados indica que la modernización económica, la educación de la mujer y su participación más activa en el mercado laboral no desembocan necesariamente en una fecundidad muy baja. Sin embargo, parece que hay dos vías para que las tasas de fecundidad sean moderadamente elevadas: el modelo nórdico, basado en el apoyo público a la familia de doble sueldo y políticas favorables a la familia que faciliten la conciliación de trabajo y vida familiar para madres y padres, y el modelo anglosajón, basado en la persistencia de nichos de alta fecundidad.

2.8. Conclusiones

Resumiendo los estudios demográficos recientes y presentando nuevas evidencias empíricas, hemos intentado disipar varias ideas falsas sobre la baja fecundidad que son bastante comunes, en particular, la idea de que una tasa de fecundidad muy baja es el resultado inevitable del desarrollo económico, de la incorporación masiva de la mujer a la enseñanza superior y al mercado laboral, y del retroceso continuado del matrimonio. Los datos empíricos revelan que esto no es así. Diversas sociedades avanzadas con una población femenina educada y económicamente activa y con débiles vínculos entre matrimonio y reproducción han logrado mantener un nivel de fecundidad próximo al reemplazo. En cambio, la tasa de fecundidad en España se ha mantenido por debajo de 1,5 hijos por mujer durante más de dos décadas, aunque el número deseado de hijos se sitúa en torno a 2 por término medio. El aumento moderado que se registró a principios del nuevo siglo no solo fue modesto sino también transitorio.

Hemos identificado tres obstáculos clave que impiden la satisfacción de las preferencias sobre el número de hijos. En primer lugar, destaca la importancia de las condiciones a nivel macro relacionadas con las estructu-

ras y oportunidades del mercado laboral. Dado que la estabilidad laboral se ha convertido en un requisito previo para la formación de una familia, la elevada tasa de desempleo entre los jóvenes y la precariedad de muchos de los que trabajan son claramente obstáculos de primer orden que inhiben la procreación.

En segundo lugar, el marco institucional y político también importa. En España el apoyo público a mujeres y hombres para que puedan conciliar la vida laboral y las responsabilidades familiares nunca ha sido una prioridad. La mayoría de las políticas no han ido más allá de compromisos abstractos, abundante retórica e intervenciones poco sistemáticas. La crisis económica actual, con el desempleo y la inseguridad laboral en aumento y la implantación de programas de austeridad, dificulta aún más la posibilidad de que en un futuro inmediato se incremente el apoyo a las familias.

Por último, son cada vez más los estudios que establecen una correlación sólida entre (des)igualdad de género y tasa de fecundidad (Esping-Anderesen, 2009; McDonald, 2000; Goldscheider, 2000; Neyer, Lappegård y Vignoli, 2011). El cambio en las relaciones de género ha sido asimétrico, ya que la vida de la mujer ha cambiado mucho más que la del hombre. Además, la transformación ha avanzado a una velocidad superior en algunas esferas, como la educación y el empleo, que en otras, como las prácticas familiares o la adaptación del Estado de bienestar (England, 2010). No hay que olvidar que las (des)igualdades de género son relevantes en las decisiones reproductivas.

¿Cómo evolucionará la tasa de fecundidad en España? Si no se abordan con éxito los problemas de la precariedad laboral, las desigualdades de género y los desequilibrios trabajo-familia, el pronóstico es simple: la tasa de fecundidad muy baja se mantendrá indefinidamente. Solo si los costes y el cuidado de los hijos son compartidos entre la familia y el Estado, y también equitativamente entre ambos progenitores, es probable que la diferencia entre el número de hijos deseados y reales vaya reduciéndose (Folbre, 2008). Pero mientras tanto, la pregunta clave que planteaban England y Folbre (1999), «¿quién debe pagar por los hijos?» –tanto en tiempo como en dinero– continúa sin respuesta.

III. Educación, empleo y fecundidad

Daniela Bellani y Gøsta Esping-Andersen

3.1. Introducción

Un mayor nivel educativo puede ejercer una doble influencia en la fecundidad: además de promover el retraso del primer nacimiento (efecto *tempo*), también hace probable que en conjunto se tengan menos hijos (efecto *quantum*). Los estudios que se centran en el primer fenómeno suelen concluir que hay un claro efecto de aplazamiento (Rindfuss *et al.*, 1996; Martin, 2000; Lappegaard y Rønsen, 2005). Lo mismo ocurre en el caso de España (Noguera *et al.*, 2002), aunque los datos más recientes indican que las españolas con un menor nivel educativo también retrasan cada vez más la entrada en la maternidad (véase el capítulo 1).

El aplazamiento del primer hijo, naturalmente, acorta el período fértil de la vida de una mujer. Aun así, hay dos motivos por los que el efecto del aplazamiento sobre la cantidad total de hijos no está claro. El primero es que quienes comienzan a tener hijos más tarde pueden «ponerse al día» acelerando los nacimientos posteriores. Esta práctica, de hecho, es muy común en los países escandinavos. El segundo es que la influencia causal del nivel educativo puede ser espuria o bien depender de la situación laboral de la mujer. Algunos estudios centrados en el ámbito educativo, por ejemplo, demuestran que las mujeres que tienen muy claro que quieren tener hijos eligen especializaciones y trayectorias profesionales más favorables a la maternidad (Lappegaard y Rønsen, 2005; Martín-García y Baizán, 2006).

El efecto de la educación en el número total de hijos guarda relación con los mayores costes de oportunidad económica a los que deben hacer frente las mujeres con mayor nivel educativo en el momento en que se ven

obligadas a interrumpir sus carreras profesionales. No obstante, la investigación histórica plantea ciertas dudas sobre esta explicación. Jones y Tertilt (2008) al examinar las tasas de fecundidad de los Estados Unidos desde principios del siglo XIX observaron que el efecto (negativo) de la educación sobre la fecundidad se ha mantenido básicamente estable durante más de un siglo, a pesar de que el empleo femenino ha sido un fenómeno marginal durante buena parte de ese período.

En conjunto, la evidencia que existe respecto a esta cuestión es bastante ambigua. Si bien los datos indican que las mujeres con un mayor nivel educativo tienen menos hijos (Skirbekk, 2008), los estudios que analizan las generaciones femeninas más recientes no encuentran una correlación clara y, en algunos casos, sugieren que el efecto de la educación podría haberse invertido (Kravdal y Rindfuss, 2008; Mencarini y Tanturri, 2006; Mills *et al.*, 2008; Sobotka, 2004). En todo caso, como hemos visto en el capítulo 1, no hay diferencias apreciables por estratos educativos en cuanto a las preferencias de las mujeres sobre los hijos que querrían tener.

A lo largo de la mayor parte de la historia moderna, el nivel educativo de las mujeres ha estado muy por detrás del alcanzado por los hombres. En la actualidad, esta situación se ha revertido en la mayoría de los países avanzados. Desde la década de los ochenta, el número de mujeres con estudios superiores ha superado al de los hombres (Unesco, 2010).⁽¹⁾ En el gráfico 3.1 se presenta el porcentaje de mujeres entre los alumnos matriculados en estudios superiores en distintos países europeos en los años 1971, 1992 y 2010. Podemos observar que en el año 2010 las mujeres constituyen una mayoría dentro de la educación superior en todos los países, con los nórdicos al frente.

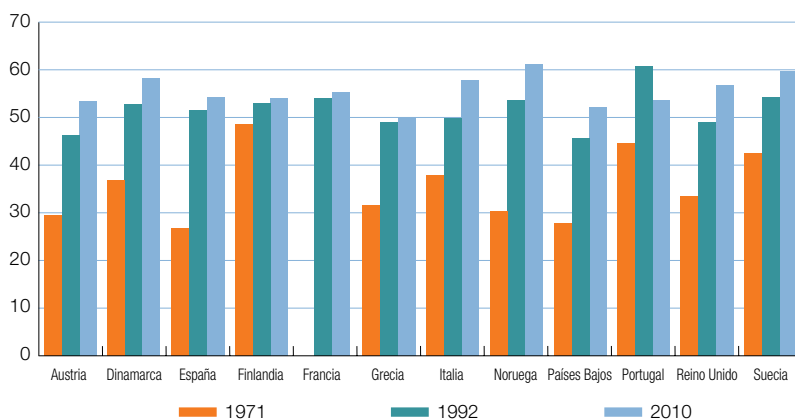
Las mujeres también han superado a los hombres en los índices de finalización de estudios. Con todo, siguen existiendo enormes diferencias de género en la elección de disciplinas.⁽²⁾

(1) Global Education Digest, Unesco 2010.

(2) Las mujeres y los hombres siguen estudiando disciplinas diferentes, con ello se perpetúa la segregación de género por campos de estudio (Mills *et al.*, 2012).

GRÁFICO 3.1

Porcentaje del total de alumnos matriculados en estudios superiores (CINE 5-6) correspondiente a mujeres, 1971, 1992 y 2010



Nota: los datos para Francia en 1971 no están disponibles.
Fuente: UNESCO.

A continuación exploraremos la relación cambiante entre el nivel educativo y la fecundidad. El primer paso será realizar un metaanálisis para sistematizar el gran número de estudios que, centrándose en diversos países europeos y diferentes períodos del último siglo, han indagado en ello.

En segundo lugar, se examinarán las interacciones micro-macro con el fin de analizar cómo las consecuencias de la educación a nivel micro afectan a la intención de tener otro hijo en varios escenarios a nivel macro. En este sentido, el presente capítulo representa una contribución adicional al análisis de la relación entre educación y fecundidad, al introducir medidas empíricas de factores institucionales que pueden influir en los niveles de fecundidad.

En la primera parte del capítulo pondremos a prueba la validez de una hipotética relación en forma de U entre el nivel educativo y la tasa de fecundidad a nivel agregado en distintos países. Con el fin de investigar esta cuestión, se realiza de entrada un repaso bibliográfico estructurado sobre la evidencia empírica que existe en torno a ello. Paralelamente, se analizan los datos de la Encuesta Social Europea 2004-2005 (ESE, 2.^a ola) junto con

los de la Encuesta Mundial de Valores (1981-2008) para explorar de qué manera el nivel educativo influye en la fecundidad.⁽³⁾ Posteriormente, se presentarán y discutirán los resultados del análisis (el mencionado metaanálisis). En este tema, la adopción de una perspectiva comparada es sumamente importante, ya que los estudios existentes sugieren que los países de Europa son muy heterogéneos en cuanto a las tendencias de fecundidad.

A modo de adelanto de nuestras conclusiones, lo que observamos es una inversión del efecto de la educación en el nivel de fecundidad precisamente en los países que no solo han sido pioneros en la transición demográfica, sino también en la transformación de los roles económicos de la mujer.

La incógnita, en este contexto, es: ¿por qué en algunos países (los escandinavos) se está dando un aumento de la fecundidad entre las mujeres con estudios superiores y una disminución entre las de menor nivel educativo, mientras que en otros países (los del sur de Europa) no? Un gran número de estudios indican que las políticas laborales y de bienestar –particularmente las medidas de apoyo a las madres trabajadoras– desempeñan un papel primordial en este sentido. Los avances más recientes en la investigación de la fecundidad demuestran que la propensión de las mujeres a tener hijos no depende tanto de la capacidad adquisitiva de sus parejas como de las percepciones del propio coste de oportunidad. Los permisos de maternidad y los servicios de atención a la infancia pueden, por lo tanto, ejercer una influencia decisiva sobre la intención de tener hijos. Del mismo modo, las características del mercado laboral que contribuyen a facilitar la conciliación entre empleo y vida familiar pueden ayudar a reducir los costes de oportunidad de la maternidad.

Para ver de qué manera los factores mencionados afectan a la tasa de fecundidad, sobre todo entre las mujeres con mayor nivel educativo, se analizará la intención de tener otro hijo teniendo en cuenta aspectos como la posibilidad de trabajar a tiempo parcial, la disponibilidad de puestos de trabajo en el sector público y la incidencia de los contratos temporales. Partiendo de los datos de la Encuesta Social Europea de 2004-2005, se

(3) Estos datos presentan algunas restricciones: las muestras son relativamente pequeñas, la información sobre el nivel educativo no es muy precisa y no podemos seguir la evolución de los encuestados en el tiempo.

examinará la conexión entre el nivel educativo y las intenciones reproductivas en distintos escenarios del mercado laboral. Así, se mostrará que las políticas laborales favorables a la familia pueden incidir en la intención de tener otro hijo. En los países con una proporción elevada de puestos de trabajo en el sector público, la intención de tener hijos es significativamente mayor entre las mujeres con estudios superiores.

3.2. Metaanálisis de las investigaciones previas

Son numerosos los estudios que han analizado la relación entre el nivel educativo y la fecundidad, pero casi todos se han centrado en un solo país y en un período de tiempo determinado, por lo que las conclusiones en cuanto a patrones y tendencias en este ámbito no son muy firmes. Una vía para descifrar el rompecabezas es recurrir al metaanálisis, un instrumento que proporciona un modo claro y sistemático de comparar, sintetizar y armonizar la evidencia empírica obtenida en diferentes estudios previos.

Para llevar a cabo el metaanálisis se ha recopilado una amplia muestra de contribuciones científicas centradas en examinar la relación entre educación y fecundidad. A continuación se ha elaborado una base de datos con resultados comparables en el tiempo y entre países, de cuyo análisis se desprende muy claramente que el signo de la relación entre el nivel educativo y la probabilidad de tener un segundo hijo ha cambiado en las últimas décadas.

3.2.1. Diseño de la investigación

El primer paso ha sido identificar estudios (a partir de revistas científicas, libros, documentos de trabajo e informes internacionales) que analicen explícitamente la relación entre educación y fecundidad en Europa occidental a lo largo del siglo pasado. Hemos centrado nuestra atención en investigaciones en las que las variables clave reciben el siguiente modo:

- El nivel educativo de la mujer se mide como una variable dicotómica (con CINE 1-2 frente a CINE 5-6) o como una variable categórica (con CINE 1-2, CINE 3-4 y CINE 5-6).

- Los datos sobre fecundidad se miden como dos variables dicotómicas: tener o no tener un segundo hijo, y tener hijos o no tenerlos (esta última es simétrica respecto a la variable tener como mínimo un hijo o no tenerlo).

Los estudios pertinentes se identificaron a través de tres webs (Web of Knowledge, Google Scholar y Google), introduciendo en las bases de datos una serie de palabras claves: «educación», «educación superior», «nivel educativo» (y similares), en combinación con «no tener hijos» o «infecundidad», «transición al primer (segundo/tercer) hijo», «tener el primer (segundo/tercer) hijo», «procreación», «fecundidad», «maternidad», «*quantum*», «hermanos», «paridad» o «número medio de hijos», «aumento del número de hijos», «probabilidad de tener un hijo más», «orden de nacimiento» y similares, en tres lenguas diferentes: inglés, italiano y español. Asimismo, se realizó un seguimiento de todos los estudios de interés citados en los artículos que se ajustaban a nuestros criterios de búsqueda. En total se recopilamos más de 90 contribuciones. No obstante, buena parte de estos estudios no se pudieron incluir en el metaanálisis porque no se ajustaban a nuestros criterios de selección –las estimaciones no estaban disponibles de forma separada para cada sexo; las cohortes de edad consideradas eran demasiado amplias (más de 10 años); los resultados disponibles no eran comparables debido a diferentes cálculos de nuestras variables clave (por ejemplo, en algunos estudios el nivel educativo se trataba como una variable continua); o se incluían mujeres menores de 38 años –. En cambio, se tuvieron en cuenta los resultados descriptivos de los países occidentales que forman parte de la Encuesta Mundial de Valores y la Encuesta Social Europea.

Por último, elaboramos una base de datos compuesta de 113 estimaciones (correspondientes exclusivamente a mujeres) distribuidas del siguiente modo: 47 coeficientes se refieren a la probabilidad de tener un segundo hijo y 66 a la probabilidad de no tener ningún hijo.⁽⁴⁾

En lo concerniente a los estudios centrados en el segundo hijo, dos coeficientes corresponden a las cohortes de nacimiento de 1935 a 1939, doce a las de 1940 a 1944, cinco a las de 1945 a 1949, seis a las de 1955 a 1959,

(4) No todos los estudios seleccionados tenían como objetivo analizar el efecto del nivel educativo de las mujeres sobre su fecundidad; algunos incluían el nivel educativo como variable de control.

diecinueve a las de 1960 a 1964, catorce a las de 1965 a 1969 y once a las generaciones nacidas entre 1970 y los años ochenta. Respecto a los estudios sobre la infecundidad, tres estimaciones corresponden a las cohortes de nacimiento de 1935 a 1939, dos a las de 1940 a 1944, nueve a las de 1945 a 1949, diez a las de 1950 a 1954, once a las de 1955 a 1959, seis a las de 1960 a 1964, dos a las de 1965 a 1969 y dos a las generaciones nacidas en los años setenta y ochenta. En la tabla 3.1 se presenta la distribución por países; en la bibliografía se especifican todas las referencias utilizadas en el metaanálisis.

TABLA 3.1

Composición del metaanálisis: número de coeficientes recogidos

	SIN HIJOS	SEGUNDO HIJO
Países nórdicos		
Dinamarca	3	1
Noruega	15	15
Suecia	9	3
Finlandia	6	5
Países continentales		
Países Bajos	4	3
Alemania occidental	2	3
Francia	8	3
Países mediterráneos		
Italia	5	6
Grecia	1	–
España	4	4
Países liberales		
Reino Unido	4	4
Total	66	47

Fuente: elaboración propia.

Se estandarizaron todos los coeficientes recogidos⁽⁵⁾ transformándolos en cocientes de razones de probabilidad (*odds ratios*); es decir, en el riesgo relativo de tener un segundo hijo o de no tener ningún hijo, comparando a las mujeres de nivel educativo elevado con las de nivel educativo bajo (siendo esta última la categoría de referencia).⁽⁶⁾ La base de datos generada contiene la información de cada contribución en el siguiente orden: autor(es), título, país, cohortes de nacimiento de las mujeres, fuente de datos, muestra, metodología, variables de control y coeficientes de interés.

Con el fin de identificar la asociación entre educación y fecundidad en el tiempo, realizamos una estimación con una función lineal y otra con una función cuadrática. Esta última encaja mejor con la hipótesis en forma de U relativa a la probabilidad de tener un segundo hijo (y con la hipótesis en forma de U invertida en lo que se refiere a no tener hijos).⁽⁷⁾

3.2.2. Cambios en el efecto de la educación sobre los niveles de fecundidad en países europeos: una visión de conjunto

En esta sección se presenta la magnitud de los efectos analizados. Si comenzamos por la probabilidad de no tener hijos, observamos en el eje vertical del gráfico 3.2 el cociente de razones de probabilidad (*odds ratio*) de no tener ningún hijo para las mujeres con un nivel educativo alto en relación con las de bajo nivel educativo (como ilustración, un valor de 2 significa que las mujeres de un nivel educativo elevado tienen el doble de probabilidad de no tener hijos que las de un nivel educativo bajo). El ajuste lineal del modelo presentado en el gráfico 3.2 indica que no ha habido ningún cambio sustancial en la asociación entre el nivel educativo y el no tener hijos a lo largo del siglo pasado.

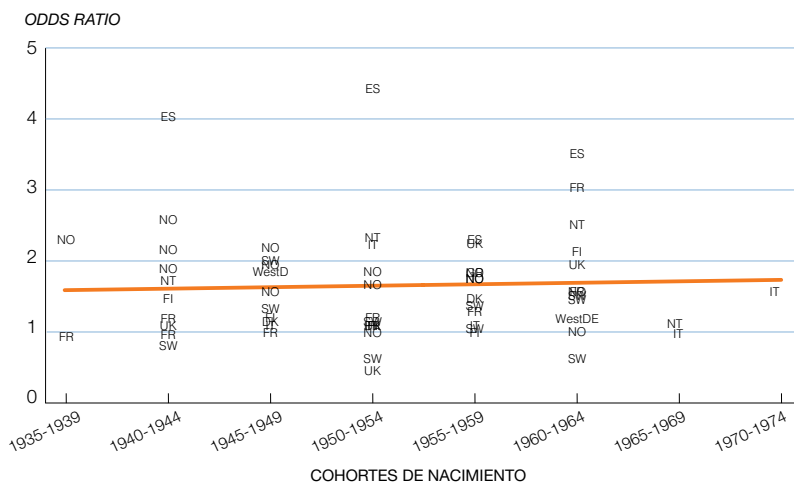
(5) En la mayoría de los casos, son el resultado de un análisis de regresión.

(6) Muchos estudios recogían más de dos categorías educativas; nosotros solamente consideramos dos: sin estudios secundarios y con estudios universitarios.

(7) En nuestro análisis no tenemos en cuenta las variables explicativas utilizadas en los estudios originales.

GRÁFICO 3.2

Probabilidad de no tener hijos, todos los países, cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974



Nota: para el significado de las siglas de los países, véase la tabla 3.2.
Fuente: elaboración propia.

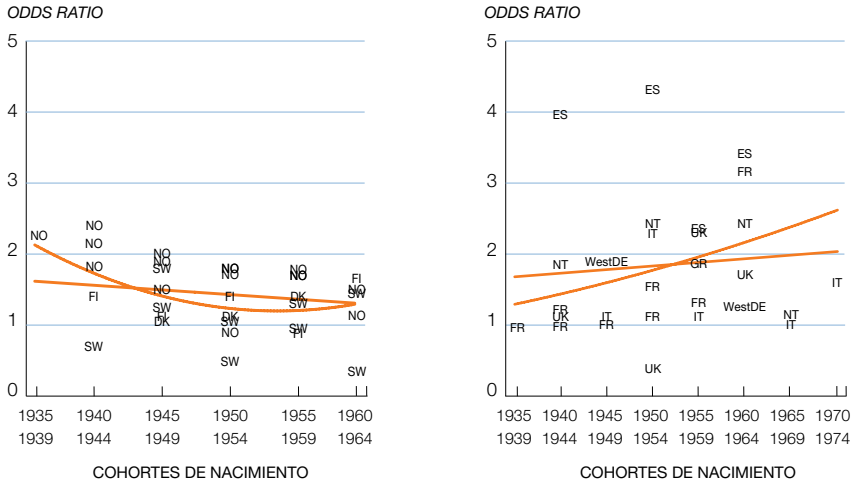
No obstante, cuando consideramos los países nórdicos por separado, observamos una pauta distinta. La ausencia de cambio en los efectos reflejada en el gráfico 3.2 parece ser el resultado de dos escenarios diferentes. En los países nórdicos se aprecia que el efecto positivo del nivel educativo sobre la falta de hijos está disminuyendo a lo largo del tiempo, mientras que en los demás países europeos esta asociación está aumentando (gráfico 3.3).

Dicho de otro modo, el efecto del nivel educativo sobre la probabilidad de no tener hijos se está desvaneciendo en los países escandinavos, a la vez que se está reforzando en el resto de Europa.

En el gráfico 3.4 se presenta la asociación entre el nivel educativo y la probabilidad de tener un segundo hijo. En este caso, la relación tampoco es inequívoca. Cuando separamos los países nórdicos de los demás, observamos una vez más que la asociación ligeramente positiva que se aprecia en conjunto se debe a dos relaciones opuestas.

GRÁFICO 3.3

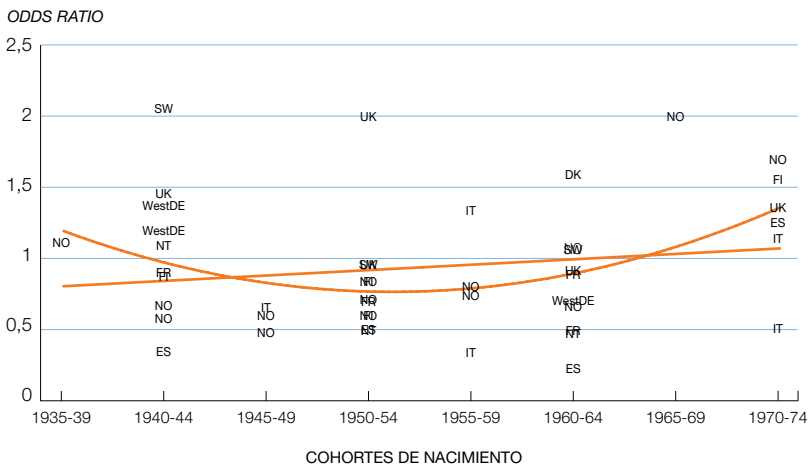
Probabilidad de no tener hijos, países nórdicos (a) y otros países europeos (b), cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974



Nota: para el significado de las siglas de los países, véase la tabla 3.2.
Fuente: elaboración propia.

GRÁFICO 3.4

Probabilidad de tener un segundo hijo, todos los países, cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974

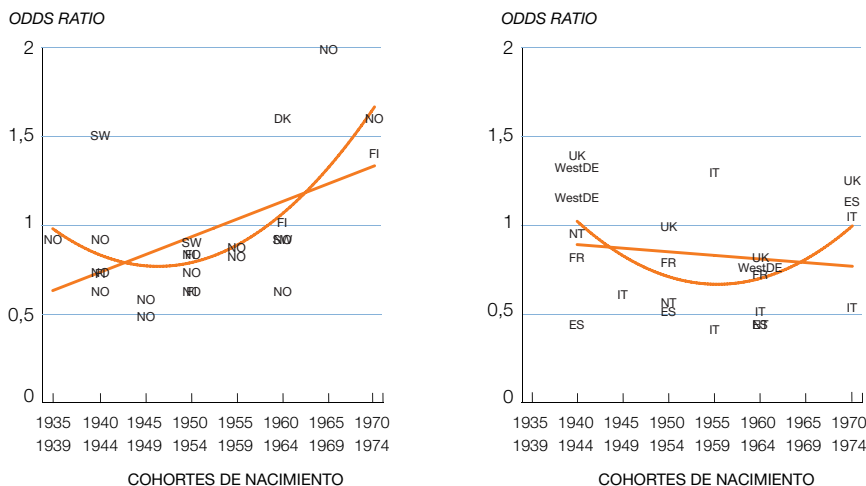


Nota: para el significado de las siglas de los países, véase la tabla 3.2.
Fuente: elaboración propia.

En particular, el ajuste con una función cuadrática presentado en el gráfico 3.5a (países nórdicos) revela que se ha producido un cambio de una asociación educación-fecundidad negativa para las generaciones nacidas a partir de los años treinta a una asociación positiva para las nacidas a partir de los años cincuenta. En otros países europeos (gráfico 3.5b), el efecto del nivel educativo sobre la fecundidad parece que, en general, es (ligera-mente) negativo.

GRÁFICO 3.5

Probabilidad de tener un segundo hijo, países nórdicos (a) y otros países europeos (b), cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974



Nota: para el significado de las siglas de los países, véase la tabla 3.2.
Fuente: elaboración propia.

3.3. Contexto nacional y fecundidad: un modelo jerárquico

El marco institucional determina la asociación entre el nivel educativo de las mujeres y la fecundidad. Las políticas laborales desempeñan un papel importante al respecto: algunas pueden agravar la llamada «doble jornada» de la mujer; mientras que otras, en cambio, pueden contribuir a la conciliación de la vida familiar y laboral. En nuestro análisis partimos del

supuesto de que los efectos de estas políticas variarían en función del nivel educativo de las mujeres.

En otras palabras, la heterogeneidad entre países que observábamos en la sección anterior al analizar la relación entre educación y fecundidad podría estar vinculada a factores del nivel macro, como la disponibilidad de empleos a tiempo parcial, la incidencia del empleo en el sector público y la proliferación de puestos de trabajo temporales. Como se explicará más adelante, un puesto de trabajo en el sector público suele ofrecer una mayor seguridad y flexibilidad a las mujeres que un puesto de trabajo a tiempo parcial. En cambio, el aumento de la contratación temporal puede percibirse como un impedimento para la maternidad.

En la siguiente sección, intentaremos buscar una respuesta a dos preguntas: ¿ejerce la disponibilidad de empleos a tiempo parcial o en el sector público una influencia positiva en las intenciones reproductivas? ¿De qué manera varían estos efectos según el nivel educativo?

Basándonos en la segunda ola de la Encuesta Social Europea, llevamos a cabo un análisis multinivel en el que se tienen en cuenta tanto las variables individuales como las nacionales. De este análisis se desprende que las condiciones a nivel macro ejercen una influencia positiva sobre la fecundidad. Más concretamente, observamos que la probabilidad de tener más de un hijo aumenta en los países en los que existen abundantes oportunidades de empleo en el sector público, un fácil acceso a trabajos a tiempo parcial y bajos niveles de inseguridad laboral. El efecto de la disponibilidad de puestos de trabajo en el sector público es particularmente evidente en el caso de las mujeres con un mayor nivel educativo.

Los contratos temporales

Estudios anteriores han demostrado que la inseguridad laboral implica una disminución de la tasa de fecundidad. Los contratos temporales tienen costes ocultos que pueden afectar negativamente a la fecundidad (sobre el caso español, véase Bonet *et al.*, 2013 y Adsera, 2006; sobre Italia, Modena *et al.*, 2011). En primer lugar, el hecho de tener un hijo cuando se está trabajando con un contrato temporal puede ser interpretado como

una señal de compromiso débil por el empleador, lo que a su vez puede reducir las posibilidades de conseguir un contrato indefinido. En segundo lugar, los contratos temporales normalmente no ofrecen el grado de estabilidad económica que se requiere cuando se hacen planes para tener hijos (Baizán, 2005).

La incidencia de los contratos temporales varía considerablemente entre los países. Como se observa en la tabla 3.2, en el año 2005 el 37,4% de las mujeres españolas de 15 a 45 años ocupadas tenía un contrato temporal (sin que se aprecien diferencias significativas por nivel educativo). En cambio, este porcentaje era de apenas el 3% en Irlanda. Estas enormes diferencias podrían tener un impacto importante en el comportamiento reproductivo, en particular, entre las mujeres con un mayor nivel educativo, ya que, tras haber invertido mucho en su educación, tienen más probabilidades de enfrentarse a un grave conflicto entre trabajo y familia si su situación laboral es precaria.

El empleo a tiempo parcial

El empleo a tiempo parcial puede constituir una estrategia viable para conciliar las responsabilidades familiares con las aspiraciones profesionales (Schmitt, 2012). Sin embargo, la oferta de empleo a tiempo parcial varía mucho de un país a otro: es notablemente escasa en los países mediterráneos, en Eslovaquia y en Hungría (menos del 5%), mientras que en los países escandinavos y de Europa occidental es más generalizada (tabla 3.2). En los Países Bajos, el trabajo a tiempo parcial representa cerca del 42% del empleo femenino entre las mujeres de 15 a 45 años. En el grupo de países en los que esta modalidad de trabajo es frecuente, los contratos a tiempo parcial están regulados por generosos derechos de reincorporación y una amplia protección jurídica. Por el contrario, en los países en los que es poco común, las mujeres se ven obligadas a elegir entre quedarse en casa o un empleo a tiempo completo, esta última opción difícilmente es compatible con la maternidad. De hecho, en los países donde el acceso al empleo a tiempo parcial está generalizado, es más probable que las madres permanezcan en el mercado laboral después de tener hijos (Del Boca *et al.*, 2005).

El empleo en el sector público

Normalmente, el empleo en el sector público ofrece mejores condiciones para conciliar la maternidad con el trabajo (Martín García y Castro-Martín, 2013). Los trabajadores públicos están mejor protegidos contra el desempleo y tienden a tener horarios más flexibles, así como menos presiones a la hora de acogerse a permisos por maternidad o paternidad largos (Rønsen y Skrede, 2010). Asimismo, en el sector público hay, por lo general, menos discriminación salarial (Cavalli, 2012).

Las variaciones existentes entre los distintos países en materia de empleo público son considerables (tabla 3.2). Los países nórdicos destacan no solamente por el tamaño relativo de su sector público, sino también por la notable presencia femenina en dicho sector (que se observa para todos los niveles educativos).

TABLA 3.2

Empleo público, empleo a tiempo parcial y empleo temporal (en porcentaje) (2005)

	INCIDENCIA DEL EMPLEO PÚBLICO	INCIDENCIA DEL EMPLEO A TIEMPO PARCIAL	INCIDENCIA DEL EMPLEO TEMPORAL
AT (Austria)	13,7	12,1	6,5
BE (Bélgica)	30,6	17,2	10,4
CH (Suiza)	18,6	29,0	7,0
CZ (República Checa)	25,0	26,0	8,1
DE (Alemania)	15,6	12,0	15,6
DK (Dinamarca)	49,1	17,3	12,0
EE (Estonia)	32,5	5,7	3,1
ES (España)	19,3	11,1	37,4
FI (Finlandia)	39,7	10,0	19,5
FR (Francia)	30,0	16,2	15,9
GB (Reino Unido)	24,6	16,4	5,3
GR (Grecia)	23,9	4,6	14,0
HU (Hungria)	36,3	2,5	8,8
IE (Irlanda)	21,9	14,5	3,0
IS (Islandia)	–	19,7	8,7

	INCIDENCIA DEL EMPLEO PÚBLICO	INCIDENCIA DEL EMPLEO A TIEMPO PARCIAL	INCIDENCIA DEL EMPLEO TEMPORAL
LU (Luxemburgo)	13,6	10,2	5,9
NL (Países Bajos)	24,4	41,6	14,2
NO (Noruega)	37,7	26,2	11,7
PL (Polonia)	37,7	7,7	30,7
PT (Portugal)	–	10,6	27,5
SE (Suecia)	48,0	17,1	18,2
SI (Eslovenia)	39,0	7,5	22,8
SK (Eslovaquia)	27,9	1,7	5,0
TR (Turquía)	11,9	6,5	8,8
UA (Ucrania)	26,4	–	–

Fuentes: microdatos de la Encuesta de Población Activa de la UE, ILO Laborstat, OCDE, Eurostat, UNECE (Comisión Económica de las Naciones Unidas para Europa).

3.3.1. Hipótesis

Dado que los empleos a tiempo parcial y en el sector público contribuyen a reducir el conflicto entre trabajo y familia, el hecho de que su oferta sea abundante debería ejercer una influencia positiva sobre la tasa de fecundidad. Por el contrario, dado que los contratos temporales intensifican los conflictos entre trabajo y familia, una prevalencia relativamente elevada de estos debería tener un efecto negativo en la fecundidad.

Teniendo en cuenta que las mujeres con un mayor nivel educativo, por lo general, tienen lazos más firmes con el mercado laboral, las políticas de apoyo a la familia podrían tener un mayor impacto positivo para este grupo. Por este motivo, suponemos que si abundan los puestos de trabajo en el sector público, el coste de oportunidad de tener más hijos será menor, especialmente para las mujeres con un nivel educativo más elevado.

Por consiguiente, nuestra hipótesis principal es la siguiente: *Las políticas laborales favorables a la familia ejercerán una influencia positiva en la intención de tener más de un hijo.* Asimismo, también planteamos la siguiente hipótesis: *Las mujeres con un nivel educativo elevado acusarán especialmente el impacto de las políticas laborales favorables a la familia.*

3.3.2. Datos, variables y metodología

Nuestros análisis empíricos están basados en la segunda ola de la Encuesta Social Europea (ESE, 2004-2005). La ESE es una encuesta social bianual que mide los valores y el comportamiento de los ciudadanos europeos, así como de qué manera estos cambian con el tiempo. El cuestionario correspondiente a cada ola contiene un módulo básico, siempre idéntico, además de módulos rotatorios adicionales. El módulo básico realiza un seguimiento de la continuidad y los cambios relativos a una serie de variables socioeconómicas, políticas y demográficas. La segunda ola de la ESE resulta útil para nuestro objetivo porque contiene información sobre la familia, el trabajo y el bienestar, incluyendo una pregunta específica sobre el equilibrio entre trabajo y familia, así como preguntas generales sobre la familia y las opciones de fecundidad.

Nuestra selección incluye todos los países encuestados. Hemos restringido los análisis a una submuestra de mujeres con edades comprendidas entre los 18 y los 41 años con al menos un hijo pero menos de tres, así como a una submuestra de hombres cuyas parejas se ajustan a dichas características (n=6.448).

Para poner a prueba nuestras hipótesis hemos realizado una estimación a partir de un modelo multinivel. La base de datos de la ESE tiene una estructura jerárquica compuesta por dos niveles: las unidades del nivel 1 son individuos que forman parte de las unidades del nivel 2; estas últimas son los países. Las técnicas de análisis multinivel que empleamos resultan adecuadas para una estructura jerárquica de datos y presentan además numerosas ventajas en comparación con el análisis de regresión estándar. En particular, permiten explorar la heterogeneidad que existe entre distintos países respecto a la probabilidad de la intención de tener otro hijo e investigar hasta qué punto esta variación se explica por factores contextuales.

La variable dependiente es la intención por parte del encuestado de tener otro hijo en los próximos tres años (frente a la intención de no tenerlo). La pregunta exacta formulada en el cuestionario es la siguiente: «¿Planea usted tener un hijo en los próximos tres años?». Los encuestados podían escoger entre cuatro respuestas: «seguro que sí», «probablemente sí», «probablemente no», «seguro que no»; o bien podían no responder o responder

que no lo sabían. Hemos creado dos categorías fusionando las dos primeras respuestas y las dos siguientes;⁽⁸⁾ es decir, nuestra variable dependiente asume el valor 1 si las parejas que ya tienen un hijo tienen la intención de tener otro o si las parejas con dos hijos tienen la intención de tener el tercero, y el valor 0 si las parejas con un hijo o las parejas con dos hijos no tienen la intención de tener otro más.⁽⁹⁾

En el primer conjunto de modelos (1 y 2) incluimos como variables explicativas las características sociodemográficas de las mujeres: la edad, la edad al cuadrado, si tienen uno o dos hijos, la religiosidad, la edad del hijo más joven, el sexo de la persona encuestada, la matriculación en centros de enseñanza y los años de escolarización. En los modelos 3 y 4 incluimos medidas de nivel 2: la regulación del mercado laboral, el porcentaje de las mujeres con contrato temporal, el porcentaje de las mujeres empleadas en el sector público y el porcentaje de las mujeres con empleo a tiempo parcial. Estos factores resultan claves para identificar hasta qué punto la regulación del mercado laboral puede disminuir o aumentar el coste de oportunidad potencial de un nuevo nacimiento. Las variables mencionadas se han medido empleando otras fuentes (microdatos de la Encuesta de Población Activa de la UE, así como estadísticas laborales de la OIT, la OCDE, Eurostat y UNECE) e incluyendo solamente a mujeres con edades comprendidas entre los 15 y los 45 años. Para algunos países, los datos sobre el porcentaje de las mujeres que trabajan en el sector público no están disponibles. En estos casos, hemos asignado los valores correspondientes al porcentaje total del empleo público. Se ha excluido a Islandia, Portugal y Ucrania del análisis debido a la falta de datos sobre uno o varios de los indicadores relacionados con el mercado laboral.

Al estar los individuos clasificados por países, hemos estimado un modelo de regresión con dos niveles. Como la variable dependiente es binaria, hemos recurrido a una regresión logística multinivel.

(8) En la submuestra seleccionada, ninguno de los encuestados optó por no responder o por responder que no lo sabía. Los valores perdidos representan el 8,4% de nuestra submuestra.

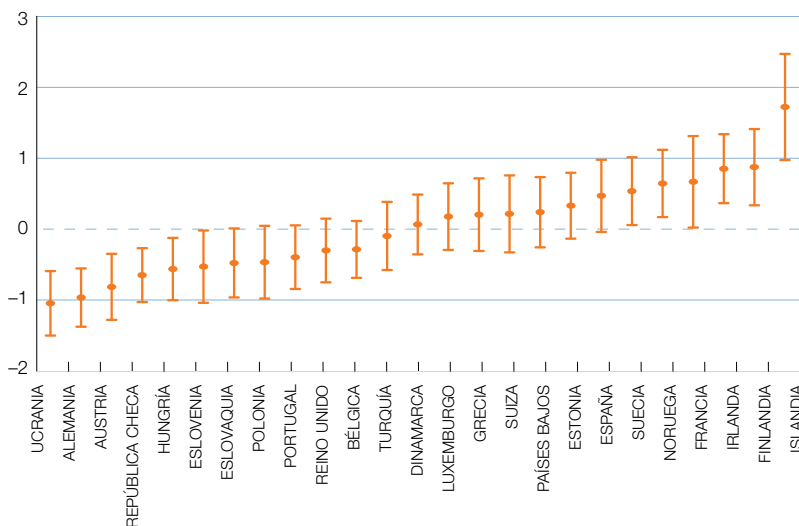
(9) Al igual que hacen Vitali *et al.* (2009) y Mills *et al.* (2008), efectuamos un único análisis para las parejas que tienen uno o dos hijos.

3.3.3. Resultados

El gráfico 3.6 presenta los resultados del modelo multinivel con la estimación correspondiente a las intenciones de fecundidad, mostrando el efecto de la educación en los diversos países con un intervalo de confianza del 95%. Podemos observar que en la parte superior derecha del gráfico aparecen los países nórdicos (con la excepción de Dinamarca) junto a Francia e Irlanda. En estos casos, el intervalo de confianza no cruza la línea del cero, lo que implica una probabilidad más alta de planificar un nuevo nacimiento durante los próximos tres años. Como cabía prever, las intenciones reproductivas son menores en Alemania y Austria. Los países mediterráneos no muestran una tendencia clara.

GRÁFICO 3.6

El efecto de la educación varía según los países



Nota: para el significado de las siglas de los países, véase la tabla 3.2.
Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la ESE.

Estos resultados reflejan los «efectos nacionales» y no tienen en cuenta las variables explicativas a nivel individual. Para examinar de qué manera in-

fluye el contexto nacional en los distintos grupos de mujeres, primero agregamos las siguientes variables individuales a nuestro modelo: edad de la mujer, edad al cuadrado, número de hijos (uno o dos), religiosidad, edad del hijo más joven, sexo del encuestado que responde a la pregunta sobre la intención de tener otro hijo y nivel educativo. Los resultados se presentan en forma de cociente de razones de probabilidad (*odds ratios*), en el modelo 1 de la tabla 3.2.

Como frecuentemente se ha constatado, vemos que la religiosidad está asociada de manera positiva a las intenciones reproductivas. Lo mismo sucede con la edad de la mujer, cuando se introduce en el modelo en su forma lineal. Sin embargo, la edad al cuadrado, el hecho de tener ya dos hijos y la edad del hijo menor reducen la probabilidad relativa de desear un nuevo hijo.

El modelo 2 de la tabla 3.2 incorpora además los años de educación de la madre, como una variable continua y centrada alrededor de la media. Podemos observar que el efecto es positivo y significativo, lo que indica que las mujeres con un mayor nivel educativo presentan una mayor probabilidad de desear otro hijo.

En el modelo 3 se han añadido las tres medidas de empleo definidas a nivel de país: el porcentaje de las mujeres entre 15 y 45 años con contratos temporales, el porcentaje de las mujeres entre 15 y 45 años con empleo en el sector público y el porcentaje de las mujeres entre 15 y 45 años que trabajan a tiempo parcial. La proporción de las mujeres con empleo a tiempo parcial muestra una asociación positiva y significativa con las intenciones reproductivas. Los dos indicadores laborales restantes siguen la dirección causal que habíamos planteado como hipótesis: la variable de contratos temporales presenta un efecto negativo, mientras que el impacto del empleo en el sector público es positivo, pero los coeficientes no son estadísticamente significativos.

TABLA 3.3

Resultados del análisis multinivel

	MODELO 1	MODELO 2	MODELO 3	MODELO 4
Edad	2,175*** (0,159)	2,064*** (0,152)	1,999*** (0,154)	1,996*** (0,154)
Edad al cuadrado	0,986*** (0,001)	0,987*** (0,001)	0,987*** (0,001)	0,987*** (0,001)
Dos hijos (frente a uno)	0,149*** (0,011)	0,155*** (0,012)	0,152*** (0,012)	0,152*** (0,011)
Creencia religiosa	1,264*** (0,102)	1,281*** (0,103)	1,280*** (0,108)	1,265*** (0,107)
Edad del hijo más joven	0,883*** (0,008)	0,896*** (0,009)	0,891*** (0,008)	0,893*** (0,008)
Sexo del encuestado sobre las intenciones de tener otro hijo	0,842 (0,059)**	0,828 (0,059)**	0,846 (0,063)**	0,844 (0,063)**
Todavía estudia	1,028 (0,183)	0,959 (0,172)	0,857 (0,161)	0,850 (0,160)
Años de educación (centrados)		1,080*** (0,013)	1,080*** (0,014)	1,005 (0,038)
Porcentaje del empleo público (centrado)			1,788 (1,367)	0,058 (4,102)
Porcentaje de los contratos temporales (centrado)			0,672 (0,613)	5,791 (10,88)
Porcentaje del empleo a tiempo parcial (centrado)			5,297** (4,283)	0,207 (0,412)
Interacción porcentaje de ocupación pública * Años de educación				1,292 (0,156)**
Interacción porcentaje de los contratos temporales * Años de educación				0,853 (0,107)
Interacción porcentaje del empleo a tiempo parcial * Años de educación				1,281* (0,180)
Constante	0,000 (0,000)	0,001 (0,001)	0,002 (0,002)	0,001 (0,001)
Varianza del país	0,470 (0,082)	0,437 (0,072)	0,308 (0,061)	0,308 (0,061)
N	6448	6339	5785	5785
Países	25	25	22	22

Fuente: elaboración propia, datos de la ESE, microdatos de la EPA-UE, OIT Laborstat, OCDE, Eurostat, UNECE.

El modelo 4 incluye la interacción entre los años de educación y las variables relativas al mercado laboral. En este caso, se observa que una incidencia (relativamente) alta de empleo público aumenta de forma significativa las intenciones reproductivas de las mujeres con mayor nivel educativo. Si analizamos la interacción entre el porcentaje de las mujeres empleadas a tiempo parcial y los años de educación, comprobamos que la generalización de los contratos a tiempo parcial influye positivamente en las intenciones reproductivas de las mujeres con un mayor nivel educativo. Resulta sorprendente, en cambio, que la interacción de la incidencia del empleo temporal con el nivel educativo de las mujeres no sea significativa.

En conclusión, las condiciones que rigen en los mercados laborales ejercen una influencia importante en las intenciones reproductivas de las mujeres, tanto de modo general como específicamente entre las que tienen un mayor nivel educativo. Los países con políticas laborales más favorables a la familia también parecen presentar mayores probabilidades de tener una tasa de fecundidad comparativamente elevada.

3.4. Conclusiones

En general, en demografía nunca se ha cuestionado la asociación negativa entre el nivel educativo de las mujeres y la tasa de fecundidad. Ha sido una gran sorpresa, por lo tanto, constatar que esta tendencia se ha invertido, tanto en los países escandinavos como en otras sociedades. De hecho, este resultado produce cierta perplejidad, ya que los motivos por los que deberíamos presuponer una correlación negativa son evidentes: las mujeres con un mayor nivel educativo tienden a tener hijos más tarde y eso significa que su ciclo fértil se acorta. Si bien es cierto que pueden recuperar el tiempo perdido, las mujeres con un nivel educativo alto también se enfrentan a costes de oportunidad mucho más elevados a la hora de tener hijos, en particular cuando se plantean tener un segundo o tercer hijo.

En este capítulo hemos vuelto a examinar este fenómeno con atención. El primer paso que hemos realizado es un metaanálisis basado en la evidencia econométrica existente. Hemos encontrado que los países de la Europa mediterránea y continental siguen exhibiendo el patrón clásico: las mujeres con un mayor nivel educativo tienen una menor probabilidad de tener

un segundo hijo y una mayor probabilidad de no tener hijos en comparación con las mujeres con un menor nivel educativo. Sin embargo, nuestros análisis también parecen confirmar que en los países nórdicos se ha producido una inversión (parcial) del efecto de la educación sobre la tasa de fecundidad, pues en estos contextos las mujeres con mayor nivel educativo parecen ser más propensas a tener un segundo hijo y tener menos probabilidades de permanecer sin hijos que las de menor nivel educativo. Resulta interesante comprobar que estos países (junto con Francia) no solo son aquellos en los que las mujeres con un nivel educativo elevado tienen mayores probabilidades de tener un hijo más, sino también sociedades cuyo índice sintético de fecundidad tiende a ser relativamente alto.

Esta coincidencia sugiere que las decisiones reproductivas de las mujeres con mayor nivel educativo pueden resultar cruciales para el nivel de fecundidad global de un país. De hecho, debido a la expansión tan formidable que ha experimentado la educación femenina en las últimas décadas, las mujeres con título universitario representan entre las generaciones más jóvenes aproximadamente un tercio de la población femenina total.

Con el fin de profundizar en la investigación de este fenómeno, hemos explorado mecanismos socioeconómicos claves relacionados con el vínculo entre la educación y la fecundidad, centrandó especialmente la atención en tres aspectos de los mercados laborales que deberían ejercer una influencia importante en la capacidad de la mujer para conciliar la maternidad con su trayectoria profesional: el acceso al empleo a tiempo parcial, la incidencia de los contratos temporales y la disponibilidad de puestos de trabajo en el sector público.

Nuestros resultados indican que una elevada incidencia del empleo a tiempo parcial se asocia positiva y significativamente a la intención de tener más hijos.

La disponibilidad de puestos de trabajo en el sector público parece ser un factor clave que favorece la maternidad entre las mujeres con un mayor nivel educativo. En los países en los que existe un sector público amplio, como los escandinavos, las mujeres con mayor nivel educativo presentan una mayor probabilidad de querer otro hijo. El sector público suele ofrecer jornadas laborales más cortas, horarios más flexibles y una mayor to-

lerancia hacia los permisos de maternidad o paternidad largos que el sector privado en general y que los sectores con una fuerte competencia masculina en particular (Rønsen y Skrede, 2010).

Somos conscientes de que este estudio presenta limitaciones importantes. En primer lugar, no hemos tenido en consideración el papel de la educación de la pareja masculina. Una idea muy arraigada es que los hombres con mayor nivel educativo son mucho más propensos a participar activamente en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos, lo que debería contribuir a promover la conciliación laboral y familiar. Lo mismo podría decirse de las políticas sociales en general y las escuelas infantiles en particular, una cuestión que se explorará en el capítulo 7.

Otra limitación de esta investigación es que no ha explorado el comportamiento reproductivo de las mujeres con un nivel educativo bajo. De hecho, hay indicios de que las mujeres con un bajo nivel educativo están reduciendo su nivel de fecundidad. En los Estados Unidos, hay datos que apuntan a un fuerte descenso de los hombres «casaderos» con menor nivel educativo, especialmente entre la comunidad negra (Wilson, 1987). Es posible que los países europeos se encuentren ante una tendencia similar, teniendo en cuenta el empeoramiento del estatus económico de los hombres con un menor nivel de formación. A pesar de ello, nuestro análisis subraya la pertinencia de la reforma del mercado laboral si se pretende mejorar significativamente la tasa de fecundidad.

IV. ¿Influye la inestabilidad de la pareja en la fecundidad?

Mathew Creighton, Gøsta Esping-Andersen, Roberta Rutigliano y Maïke van Damme

4.1. Introducción

Como hemos visto en el capítulo 1, son dos los marcos teóricos que han predominado en la investigación sobre el cambio familiar: el enfoque económico neoclásico de Gary Becker y la tesis de la segunda transición demográfica. Por motivos muy distintos, ambos marcos teóricos prevén que la convergencia entre mujeres y hombres en materia de empleo y trayectorias profesionales aumentará la inestabilidad de las parejas, debilitará los compromisos conyugales y desembocará en una caída de la fecundidad.

La evidencia empírica parece avalar estos argumentos, aunque solo hasta cierto punto. En las últimas décadas, algunos países han experimentado un giro radical en la relación entre estabilidad conyugal y fecundidad. Estos países son precisamente aquellos donde hay mayor igualdad de género respecto al nivel de ingresos y tasa de empleo. Este cambio en el signo de la relación nos sugiere que debemos replantear los enfoques teóricos sobre las tendencias a largo plazo.

En cualquier caso, hay algo evidente: la formación de uniones y el comportamiento reproductivo están estrechamente relacionados. Lo que no es tan evidente es la naturaleza de esta relación. ¿El incremento de divorcios implica necesariamente un descenso de nacimientos? ¿Repercute el aumento de la cohabitación no matrimonial en la baja fecundidad?

Estas preguntas han inspirado una gran cantidad de investigaciones empíricas, pero aun así no tenemos conclusiones definitivas. El principal problema radica en la dificultad de establecer conexiones causales inequívocas. Como veremos más adelante, la suposición lógica es que las parejas

estables deberían ser más propensas a tener hijos. Pero también es posible el razonamiento inverso: el desencanto en la pareja puede propiciar la decisión de tener hijos para apuntalar la relación.

En esta misma línea, las nuevas formas de vida en pareja –como la cohabitación– pueden influir o no en la fecundidad, según el papel que ejerzan en el sistema familiar. ¿Es la cohabitación equivalente al matrimonio o refleja más bien las dudas de la pareja a la hora de comprometerse? En el primer caso, no debería haber diferencias significativas en la fecundidad de parejas casadas y parejas de hecho. En el segundo caso, podríamos suponer que las parejas de hecho no tendrán hijos, al menos, hasta que decidan formalizar su unión en un matrimonio.

Como en la mayoría de los capítulos de este libro, prestaremos especial atención al caso de España, aunque en un marco comparativo internacional. Durante las últimas décadas, España ha exhibido una combinación bastante excepcional de dinámicas familiares. Desde los años setenta, ha experimentado uno de los descensos más espectaculares de la tasa de fecundidad en el contexto europeo. Asimismo, desde que se legalizó el divorcio en 1981, la tasa de divorcios ha experimentado un extraordinario aumento. España ya no representa el modelo convencional que giraba en torno al matrimonio; la cohabitación ha ampliado considerablemente el abanico de opciones de vida en pareja. Aunque estamos lejos de un modelo en el que predominen las uniones de hecho, como sucede en algunos países del norte de Europa, la tendencia ascendente de la cohabitación apunta a una diversidad creciente de las opciones aceptables de vivir en pareja y formar una familia.

4.2. Teorías sobre fecundidad y estabilidad conyugal

Las teorías que postulan un vínculo entre la estabilidad de las relaciones de pareja y la fecundidad se pueden agrupar, en líneas generales, en dos grandes perspectivas. La primera perspectiva considera la (in)estabilidad de la relación conyugal como un factor determinante del comportamiento reproductivo. Dicho de otro modo, las relaciones estables influyen en la decisión de tener hijos. Es preciso destacar, sin embargo, que el efecto puede ser positivo o negativo; todo depende de si la intención es estabilizar la

relación o terminarla. La segunda perspectiva defiende una causalidad inversa: la decisión de tener hijos afecta a la estabilidad posterior de la relación. Esto quiere decir que el nacimiento de un hijo proporciona una mayor estabilidad a la pareja, independientemente de si la decisión de procrear está relacionada con la visión que tienen los miembros de la pareja de su relación.

Tanto una perspectiva como la otra cuentan con apoyo empírico. Los datos del Eurobarómetro parecen corroborar el primer planteamiento (es decir, que la estabilidad favorece la fecundidad), ya que muestran sistemáticamente que la estabilidad de la relación es un factor crucial en la decisión de procrear (Comisión Europea, 1997; Malpas y Lambert 1993; Testa 2006). Un estudio sobre la calidad de las relaciones conyugales y la intención de tener el primer hijo en Alemania (Berninger *et al.*, 2011) llega a conclusiones similares. Con anterioridad, Thornton (1978) descubrió que en los Estados Unidos la discordia conyugal inhibe la reproducción. Asimismo, las parejas estables tienden a tener un mayor número de hijos en Francia (Thomson *et al.*, 2012) y en los Países Bajos (Rijken y Thomson, 2011), y un riesgo mayor de ruptura de la relación reduce la probabilidad de tener hijos en Estados Unidos (Lillard y Waite, 1993; Myers, 1997), Italia y España (Coppola y Cesare, 2008).

A comienzos de los años noventa surgió una tesis contrapuesta basada en la teoría de la elección racional, con el argumento de que la inestabilidad en la pareja podría desembocar en una tasa de fecundidad más elevada. El razonamiento clave es que tener hijos puede ser una estrategia para reducir la incertidumbre en una relación (Friedman *et al.*, 1994). Aunque la lógica es persuasiva –ya que puede explicar la fecundidad más elevada de las parejas que pasan por circunstancias sociales y económicas adversas–, su articulación original era puramente teórica, y los pocos datos disponibles no proporcionan suficiente apoyo empírico a esta tesis (Myers, 1997).

La segunda perspectiva (la fecundidad afecta a la estabilidad) se acerca a la tesis de que las parejas tienen hijos con la idea de reducir la incertidumbre. El argumento central es que el hecho de tener hijos, al ser algo irreversible y compartido, refuerza los vínculos de la relación. Según

Lillard y Waite (1993), tener un hijo indica un compromiso a largo plazo y aumenta la satisfacción conyugal, favoreciendo la estabilidad. El cálculo económico desempeña un papel importante en este planteamiento: los progenitores, independientemente de si están casados o cohabitan, deberán afrontar costes más elevados si rompen su relación en comparación con las parejas que no tienen hijos. Existen varios estudios empíricos que apoyan este argumento: en los Estados Unidos, la estabilidad de la relación está positivamente asociada al nacimiento del primer o segundo hijo (Waite y Lillard, 1991); las investigaciones realizadas en Italia y España también concluyen que los hijos reducen el riesgo de disolución de las uniones (Coppola y Cesare, 2008).

En definitiva, no hay consenso sobre cuál de estos argumentos causales se ajusta mejor a la realidad. Los estudios empíricos apoyan ambas perspectivas (es decir, que la estabilidad favorece los nacimientos y que los nacimientos favorecen la estabilidad). Por ejemplo, el estudio de Coppola y Cesare (2008) sobre Italia y España concluye que una mayor probabilidad de ruptura de la pareja disminuye la fecundidad y que los hijos aumentan la estabilidad de las parejas.

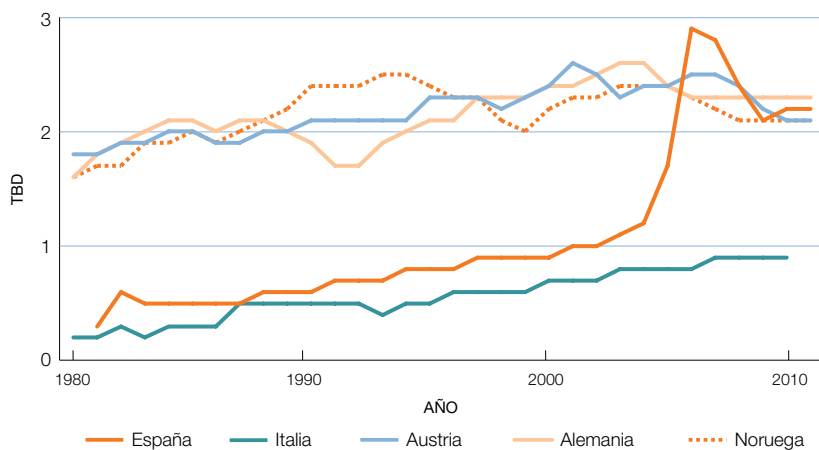
Esta ambigüedad tiene repercusiones importantes: si la primera perspectiva es correcta –es decir, que un cambio en la estabilidad de las uniones precede a un cambio en la fecundidad–, los esfuerzos por influir en las tendencias de fecundidad deberían centrarse en la calidad de las relaciones. Kneip y Bauer (2007) se hacen eco de este razonamiento al concluir que «los cambios en las pautas de divorcio han contribuido al descenso de la fecundidad en Europa». Sin embargo, si la segunda perspectiva es acertada –es decir, si la fecundidad afecta a la estabilidad–, entonces las tendencias observadas en la formación de las parejas y en la estabilidad de las relaciones serían, en parte, el resultado de cambios en el comportamiento reproductivo. Desde esta perspectiva, sería un error intentar comprender la fecundidad a partir de las tendencias en la estabilidad de las relaciones. A la hora de diseñar políticas, sería mejor examinar otros factores, como las normas reproductivas, en lugar de atribuir un rol causal a los tipos de unión emergentes (como la cohabitación) o a las tasas crecientes de divorcio.

4.3. Evolución del divorcio y la fecundidad en España

En las últimas décadas, España ha experimentado tendencias bien definidas en lo que se refiere a las tasas de divorcio y fecundidad. La tasa bruta de divorcios (TBD) muestra una trayectoria ascendente continuada.⁽¹⁾ En 1990, España e Italia no se diferenciaban mucho a escala internacional, con una TBD baja, típica del modelo familiar mediterráneo. En 2010, la TBD de España era bastante superior a la de Italia⁽²⁾ –debido sobre todo a un rápido aumento a partir del año 2000– y se situaba entre Austria y Alemania. Respecto a los niveles de divorcio, por lo tanto, España se ha alejado claramente del modelo del sur de Europa y parece estar convergiendo con Europa del norte (gráfico 4.1).

GRÁFICO 4.1

Evolución de la tasa bruta de divorcios (TBD) (1990-2010)



Fuente: Eurostat.

(1) La TBD mide el número de divorcios por cada 1.000 parejas casadas.

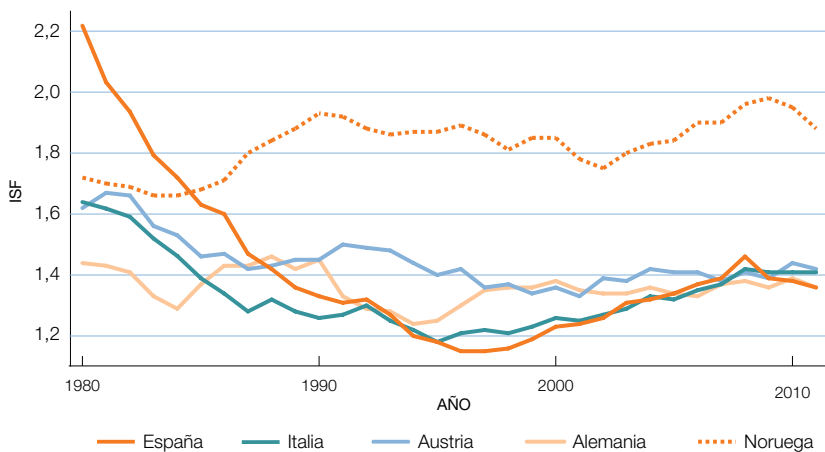
(2) La gran distancia entre ambos países podría explicarse por las diferencias en sus respectivas leyes de divorcio. En 2005, una reforma de la ley en España suprimió la obligatoriedad de la separación antes del divorcio formal.

Como hemos visto en capítulos anteriores, España ha experimentado una de las caídas más rápidas y súbitas en la tasa de fecundidad, que tocó fondo hacia finales de los años noventa. No obstante, en la primera década de este siglo se produjo una recuperación significativa. A diferencia del divorcio, aquí encontramos trayectorias similares para España e Italia: ambos países presentan un índice sintético de fecundidad (ISF) muy bajo a nivel internacional ($\sim 1,2$) y en 2010 se han «recuperado» hasta alcanzar un ISF ligeramente más elevado, en torno a 1,4 (gráfico 4.2).

Vistas en conjunto, estas tendencias plantean más preguntas que respuestas, sobre todo en el caso español. Si España se distancia claramente del patrón de Italia en cuanto a divorcios, ¿por qué no se distancia también en materia de fecundidad? Dicho de otro modo: ¿por qué la tasa de divorcios de España es tan similar a la de sus vecinos europeos y, en cambio, la tasa de fecundidad es tan diferente? Los tres objetivos específicos que se propone abordar este capítulo girarán en torno a aclarar estos interrogantes.

GRÁFICO 4.2

Evolución del índice sintético de fecundidad (ISF) (1990-2010)



Fuente: Banco Mundial.

4.4. Objetivos de la investigación

Con el fin de examinar el vínculo entre estabilidad conyugal y fecundidad, el primer paso consiste en explorar las tendencias recientes en la estabilidad de las parejas en España, Alemania, Noruega, Austria e Italia. Distinguimos entre parejas casadas y cohabitantes y planteamos las siguientes preguntas: ¿Es mayor la probabilidad de separación entre las parejas de hecho que entre las parejas casadas? ¿Difieren las pautas observadas en España de las observadas en Escandinavia (Noruega), Europa continental (Alemania y Austria) y el sur del continente (Italia)?

El segundo paso consiste en evaluar las diferencias en materia de fecundidad entre las parejas casadas y las parejas de hecho, sobre la base de esta misma comparación entre países. El análisis considera separadamente el nacimiento del primer hijo y del segundo hijo para plantear las siguientes preguntas: ¿tienen las parejas de hecho menos probabilidades de tener un primer o segundo hijo que las parejas casadas? y ¿es similar el patrón observado en España al de los demás países europeos?

El tercer y último paso consiste en analizar los vínculos entre la propensión al divorcio y la fecundidad. En lugar de considerar los dos indicadores como mutuamente independientes, nos proponemos considerarlos conjuntamente. La pregunta es clara y sencilla: las parejas que presentan un mayor riesgo de separarse ¿tienen más o menos probabilidades de tener hijos?

Datos y métodos

En estos análisis utilizamos dos conjuntos de datos diferentes: para Alemania, Italia, Austria y Noruega usamos la Encuesta de Generaciones y Género (*Generations and Gender Survey* o GGS) 2007/2008; para España, analizamos la Encuesta de Fecundidad y Familia (*Fertility and Family Survey* o FFS) de 2006. La encuesta GGS centra la atención en la fecundidad, la relación de pareja, la transición a la vida adulta y la actividad económica. Contiene información retrospectiva que permite realizar análisis intergeneracionales y longitudinales. Aunque la GGS incluye datos de 19 países, hemos decidido limitar nuestras comparaciones a Europa

occidental. Algunos países se han tenido que excluir porque no contaban con información completa sobre trayectorias conyugales y reproductivas. La encuesta FFS contiene información retrospectiva sobre fecundidad y familia; es la mejor fuente de datos sobre las tendencias recientes de la fecundidad en España.

Por motivos de comparabilidad y siguiendo el principio de parsimonia, hemos seleccionado solamente a las mujeres que formaron una unión después de los 21 años y antes de los 46 (el final del período reproductivo de la mujer). Descartamos las uniones formadas a edades inferiores porque podrían ser muy inestables e introducir un sesgo en los resultados. Limitamos los análisis a la primera relación y excluimos las parejas formadas por personas que ya habían formado alguna pareja anteriormente (que también han demostrado ser menos estables). Todas las parejas que pasan de la cohabitación al matrimonio (con la misma pareja) se consideran casadas.⁽³⁾ Restringimos el período de análisis de 1980 a 2007-2008 (2006 para España). Aunque este intervalo de tiempo es relativamente breve, abarca el período central donde se produce la caída y la recuperación de la tasa de fecundidad, así como el rápido ascenso de la cohabitación.

Llevamos a cabo dos tipos de análisis para investigar la conexión entre la estabilidad conyugal y la fecundidad. En primer lugar, con las curvas de supervivencia de Kaplan-Meier, exploramos las diferencias entre países en la estabilidad de las parejas, comparando las uniones matrimoniales y cohabitantes, y posteriormente examinamos las diferencias en su comportamiento reproductivo (transiciones al primer y al segundo hijo). En segundo lugar, analizamos la relación entre la inestabilidad de las parejas y la fecundidad con modelos multivariantes de análisis de eventos con tiempo discreto. En estos modelos efectuamos una estimación de la relación entre las separaciones (nuestra medida de la inestabilidad de la pareja) y la probabilidad de tener el primer y el segundo hijo. Nos centramos en el momento de la concepción en lugar de en el del nacimiento del hijo, por dos razones: algunas parejas pueden decidir tener un hijo antes de vivir juntos y, por otro lado, hay parejas que pueden acabar separándose en el período

(3) Se han realizado otros análisis que consideraban a los cohabitantes prematrimoniales como un grupo aparte. A pesar de ello, ni sus curvas de supervivencia ni la prueba de rango logarítmico muestran diferencias significativas en comparación con las parejas casadas, de modo que las hemos fusionado en un solo grupo.

de nueve meses entre la concepción y el parto. Dicho de otro modo, centramos la atención en la *decisión* de tener un hijo más que en el momento real en el que nace.

4.5. Diferencias en la estabilidad de parejas de hecho y parejas casadas

Durante el período 1980-2006, el 17% de las mujeres españolas habían cohabitado en algún momento, muy por debajo del 43% de Austria y Noruega. Recientemente la cohabitación ha experimentado un importante aumento en España, en la actualidad representa más del 15% de todas las uniones. Para una visión general, véase el gráfico 4.3.

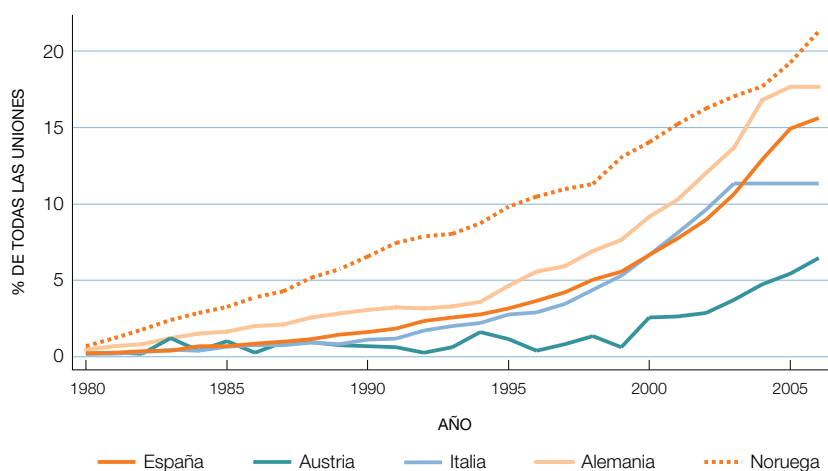
Al interpretar la fecundidad de las parejas de hecho, debemos tener en cuenta las diferencias nacionales en el significado de la cohabitación y la selección de los cohabitantes. En Noruega, la cohabitación se ha institucionalizado y en la práctica no se diferencia del matrimonio. Esto implica que no hay una selección social evidente que determine quién cohabita. Kiernan (2002) sostiene que la cohabitación en los países mediterráneos aún se encuentra en una fase inicial y que, por consiguiente, las parejas que cohabitan probablemente pertenecen a una reducida vanguardia. En esta fase inicial, según Kiernan, no es muy probable que las parejas que cohabitan tengan hijos. Como veremos más adelante, el argumento de Kiernan no parece ser válido para España, ya que, en primer lugar, la cohabitación es bastante estable y, en segundo lugar, está asociada a una fecundidad relativamente elevada, al menos en cuanto a los primeros hijos. De hecho, parece que la cohabitación española está convergiendo con el matrimonio.

Por lo que respecta a los hijos, observamos un número ligeramente mayor de concepciones en España que en otros países: el 60% de las parejas tenían al menos un hijo y el 44% al menos dos. La edad media de la muestra española es de 33 años y la duración media de las uniones es de 7,8 años. En el 7% de los casos hubo una separación, un porcentaje inferior al de Alemania, Austria o Noruega (donde la tasa de separaciones fue del 18%, el 26% y el 30%, respectivamente).

Examinamos, en primer lugar, las diferencias en la inestabilidad de las parejas casadas y cohabitantes, basándonos en las estimaciones de las curvas de supervivencia de Kaplan-Meier.⁽⁴⁾ Seguimos a las parejas durante un período máximo de 15 años (medidos en meses). Dejamos de observar a las mujeres cuando llegan a los 45 años, ya que después de esa edad prácticamente no se observan casos de un primer o un segundo hijo.

GRÁFICO 4.3

Comparación de las tendencias en cohabitación (como porcentaje del total de las uniones) (1980-2005)



(4) Como en algunos países el período analizado se ha caracterizado por importantes cambios sociales y económicos, de entrada lo hemos dividido en dos: de 1980 a 1990 y a partir de 1990. Aplicamos un modelo para cada período y una prueba de rango logarítmico para evaluar si existen diferencias significativas en el riesgo estimado dentro de cada país y para cada tipo de relación (cohabitantes frente a casados). Para las parejas casadas y en todos los países, encontramos que no existen diferencias significativas entre ambos períodos. La única excepción es Italia, que muestra un descenso más rápido de la curva de supervivencia tras 1990. Sin embargo, Italia es un caso peculiar en Europa en lo que se refiere a divorcios. Una posible explicación del valor del rango logarítmico de Italia es la reforma de la ley del divorcio que se aprobó en 1987, que redujo el plazo de los procedimientos para divorciarse de cinco a tres años. Esta reforma puede haber causado un repentino aumento de los divorcios, que se reflejaría en la rápida caída de la curva Kaplan-Meier inmediatamente después de 1990. Para las parejas de hecho, la tendencia de divorcios no difiere entre ambos períodos en Austria, Noruega y España, mientras que sí lo hace en Alemania e Italia (los valores de la prueba de rango logarítmico son significativos). Si soslayamos el caso de Italia, donde la incidencia de la cohabitación es muy baja, encontramos una gran diferencia entre 1980 y 1990 para las parejas de hecho alemanas (valor de rango logarítmico 24,16***). Es razonable pensar que esto es una consecuencia de la reunificación de Alemania. En 1990 las culturas del este y el oeste empezaron a mezclarse, y eso pudo dar lugar a un efecto de contagio en cuanto a la difusión de los hábitos de cohabitación entre las parejas. A pesar de esta discontinuidad en Alemania, decidimos examinar los dos períodos conjuntamente para todos los países.

El gráfico 4.4 muestra que en todos los países el matrimonio es claramente más estable que la cohabitación, aunque en Italia y España las diferencias entre ambos tipos de unión son menos acentuadas. Entre las parejas de hecho hay una cierta convergencia en Alemania, Austria y Noruega: transcurridos 15 años (180 meses), casi el 65% de las uniones se han disuelto. En Noruega la cohabitación está muy generalizada pero también es bastante inestable.

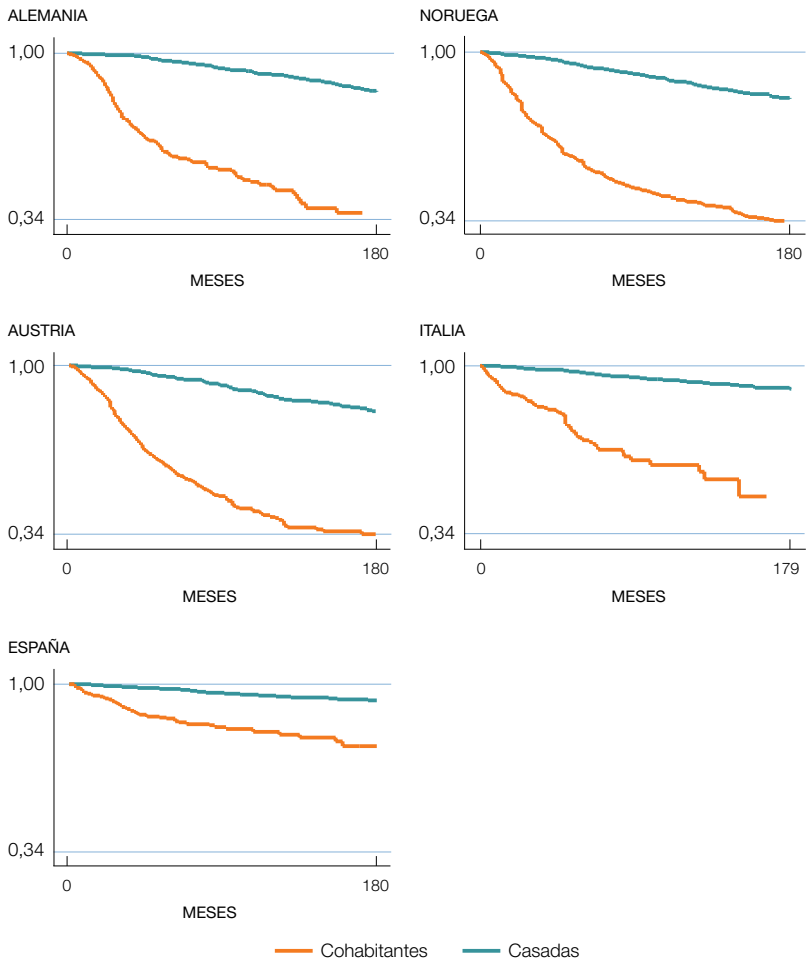
En este primer grupo de países, observamos un descenso continuado de parejas intactas que empieza inmediatamente después del tercer año de la relación. En Italia y España se observa más estabilidad; después de 15 años *solo* el 24% (España) y el 50% (Italia) de las parejas de hecho se habían separado. Además, teniendo en cuenta la merma de la muestra en la última parte de la curva, encontramos tasas de separación incluso más bajas (después de 100 meses, el 40% de las parejas de hecho italianas y el 18% de las españolas se habían separado). Para las parejas italianas, el riesgo es mayor entre el segundo y el tercer año y, una vez más, en torno al quinto año. La curva de supervivencia para España es gradual hasta el décimo año. Es llamativo que España destaque en términos de estabilidad entre las parejas de hecho. Una prueba de rango logarítmico lo confirma: Italia y España son significativamente diferentes (21,6***).

En comparación, los matrimonios son claramente mucho más estables. Aquí encontramos dos grupos diferenciados de países: el primero lo forman Alemania, Noruega y Austria, con tasas de divorcio que rondan el 15-18%, y en el segundo encontramos a España e Italia, con tasas muy inferiores (8-9%) (gráfico 4.4).⁽⁵⁾

(5) Las pruebas de rango logarítmico nos indican que, en cuanto a la cohabitación, España e Italia difieren sistemáticamente de los demás países. Austria es diferente de Italia y España, pero converge con Alemania y Noruega. Finalmente, Austria y Noruega no muestran una diferencia significativa en el riesgo de divorcio. Para las parejas casadas, no encontramos diferencias sustanciales entre los países. En conclusión, el matrimonio es claramente más estable que la cohabitación, con la excepción de España, donde los dos tipos de unión parecen ser bastante estables.

GRÁFICO 4.4

Curvas de supervivencia Kaplan-Meier para las parejas casadas y cohabitantes (divorcio/separación)

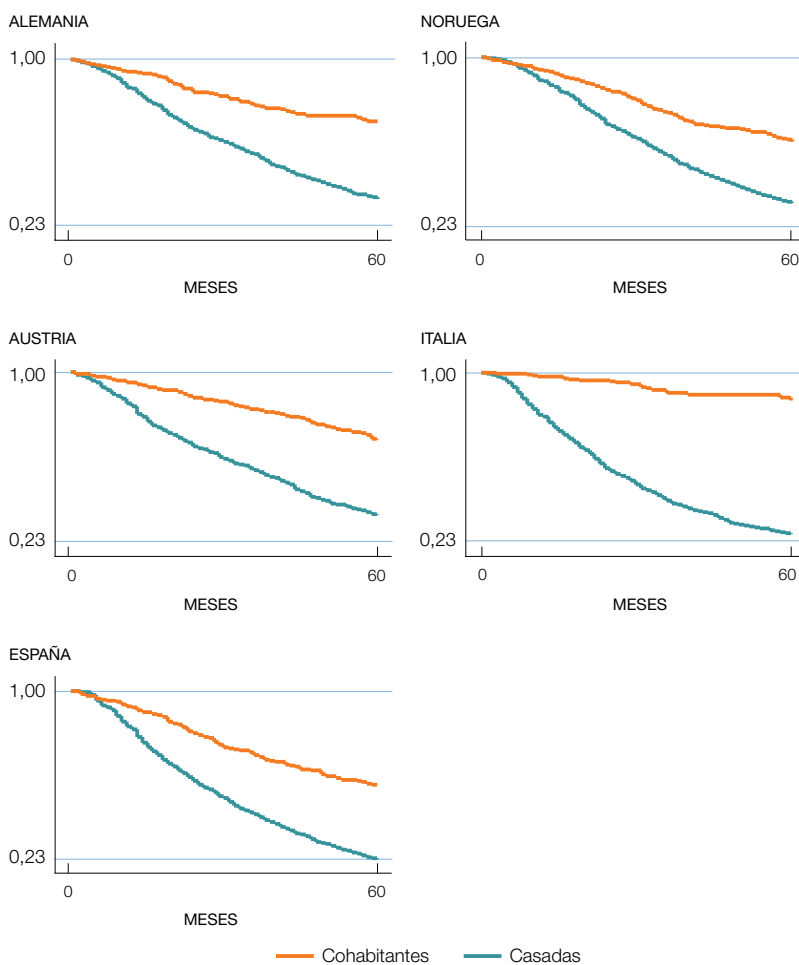


4.6. El primer hijo

Efectuamos un seguimiento de las parejas durante los primeros 5 años de relación. Incluimos también a las parejas que empezaron a convivir después del embarazo. El gráfico 4.5 centra la atención en la probabilidad de tener el primer hijo.

GRÁFICO 4.5

Transición al primer hijo. Curvas de supervivencia Kaplan-Meier para las parejas sin hijos



Las parejas que cohabitan en España y en Noruega siguen una trayectoria muy similar en cuanto al primer hijo. Al final del quinto año, casi el 40% de las mujeres habían sido madres en ambos países. Alemania y Austria también muestran un patrón similar: hacia el final del período de 60 meses, aproximadamente el 30% de las mujeres de ambos países habían tenido su primer hijo. En Italia, en cambio, las mujeres que cohabitan presentan tasas de fecundidad excepcionalmente bajas: el 87% de las mujeres continúan sin tener hijos cinco años después de vivir en pareja. Una característica común a todos los países es el claro descenso de las mujeres sin hijos tras 20 meses de vivir en pareja. Como nuestro «reloj» empieza 8 meses antes del parto, eso significa que un gran número de parejas conciben su primer hijo aproximadamente un año después del inicio de la cohabitación. Una vez más, aquí observamos que España se desvía claramente de su vecino mediterráneo y en cambio converge con Noruega.

En cuanto a las parejas casadas, observamos probabilidades bastante más elevadas de tener hijos en todos los países. Italia y España muestran tasas de fecundidad comparativamente más altas entre las parejas casadas: al final del quinto año, alrededor del 77% de las mujeres casadas se han convertido en madres. La probabilidad de tener el primer hijo es especialmente alta en el segundo año de matrimonio. Alemania, Noruega y Austria presentan dinámicas similares: el 65% de las mujeres casadas han tenido su primer hijo en el período de 5 años, con el mayor nivel de fecundidad en torno al primer año.⁽⁶⁾

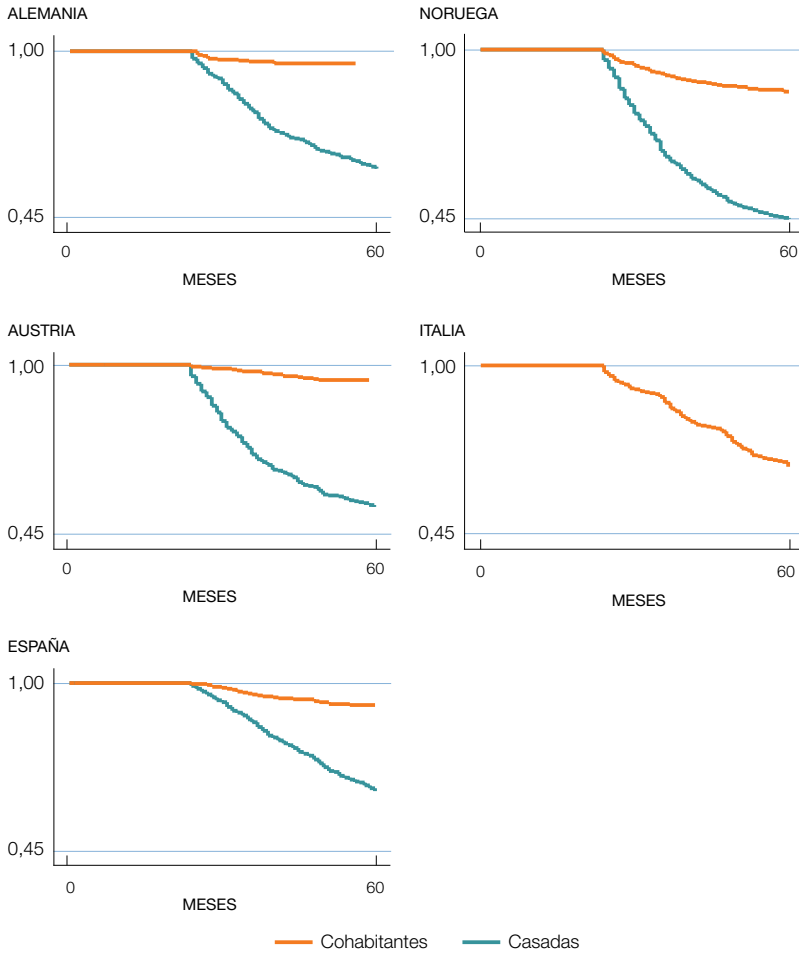
4.7. El segundo hijo

El análisis que realizamos del segundo hijo implica un cambio de calendario. Ahora examinamos a las parejas 24 meses después de la primera concepción y hacemos un seguimiento durante 5 años. Como viene siendo práctica habitual en estas investigaciones, definimos un período infértil de 24 meses. El evento de interés es si nace o no un segundo hijo (gráfico 4.6).

(6) Una vez más, para determinar si las diferencias que encontramos son significativas, llevamos a cabo pruebas de rango logarítmico. Para las parejas de hecho, advertimos diferencias significativas entre los países. Alemania y Austria presentan perfiles similares, y España y Noruega también (rango logarítmico = 10,22; $p = 0,22$). Sobre las parejas casadas, Italia y España son significativamente diferentes de los demás países. España es similar a Noruega respecto a las parejas que cohabitan, pero forma parte del mismo grupo que Italia en cuanto a las parejas casadas.

GRÁFICO 4.6.

Transición al segundo hijo. Curvas de supervivencia Kaplan-Meier para las parejas con un hijo



Al examinar el segundo hijo encontramos una pauta muy diferente. Comenzamos una vez más con las parejas que cohabitan. Lo primero que observamos es que las parejas noruegas tienen una probabilidad mucho mayor (16%) de tener un segundo hijo que las parejas de cualquiera de los otros países examinados. Los gráficos sugieren que la transición al segundo hijo se realiza a un ritmo bastante constante. Para los demás países, la

pauta es muy similar: muy pocas mujeres que cohabitan (el 4%, aproximadamente) tienen un segundo hijo.

La probabilidad de tener un segundo hijo es evidentemente mucho mayor entre las parejas casadas. Aquí, una vez más, Noruega destaca con tasas de fecundidad mucho más elevadas: aproximadamente el 55% de las mujeres tienen un segundo hijo en un período de 5 años desde la concepción del primer hijo. Austria y Alemania ocupan una posición intermedia: el 46% y el 49%, respectivamente, de las mujeres casadas de estos países tienen un segundo hijo en 5 años desde la concepción del segundo hijo. España e Italia se comportan de un modo muy similar en este caso y ambas presentan una tasa de fecundidad muy baja; apenas un tercio de las mujeres casadas tienen un segundo hijo.⁽⁷⁾

4.8. El riesgo de divorcio y la probabilidad de tener hijos

Con el fin de identificar el grado de estabilidad en las relaciones, utilizamos una técnica estadística que predice el riesgo de divorcio de las parejas. Estimamos un modelo de análisis de eventos con tiempo discreto, en el que predecimos el riesgo de separación o divorcio en función de una serie de variables que sabemos asociadas a dicho riesgo gracias a estudios anteriores. Hemos seleccionado estas variables basándonos en dos revisiones del estado de la cuestión, uno centrado en los años ochenta (White, 1990) y otro en los años noventa y 2000 (Lyngstad y Jalovaara, 2010). Hemos estandarizado la medida del riesgo de divorcio pronosticada (para cada país) y la hemos utilizado como variable independiente en los modelos que estiman las probabilidades de tener hijos. Por motivos de identificación, es importante incluir algunas variables en el modelo de separación que no estén asociadas a la probabilidad de tener hijos. A este respecto, hemos incluido la experiencia de un divorcio de los padres antes de los 18 años de edad y la tasa de divorcios (que varía en el tiempo) en el país. Otras variables importantes, como la clase social, la religiosidad y la homogamia de edad no se han podido incluir porque no disponemos de esta información para los cónyuges.

(7) Para las parejas que cohabitan observamos diferencias significativas entre los países. España, que era similar a Noruega en el primer hijo, ahora presenta una fuerte desviación (rango logarítmico = 19,66***). Aun así, esto no significa que España se ajuste a la «lógica mediterránea»; sorprendentemente, los datos de España son ahora muy similares a los de Alemania y Austria. Para las parejas casadas, también advertimos diferencias significativas entre los países.

Concepción del primer hijo

Empezamos con una estimación de la probabilidad de tener el primer hijo. En la tabla 4.1 observamos que la inestabilidad de la pareja tiene una influencia global negativa en la fecundidad; no obstante, este efecto solo es estadísticamente significativo en España. El incremento de una desviación estándar en el riesgo de separación estimado reduce la probabilidad de tener un primer hijo en un 20% aproximadamente. En el caso de España, representamos la relación entre el riesgo de separación y el nacimiento del primer hijo para cada edad en el panel izquierdo del gráfico 4.7. Seguimos a las mujeres entre 22 y 45 años para analizar la probabilidad de que conciban un primer hijo. La probabilidad anual varía entre 0,008 y 0,016. Las mujeres que se enfrentan a un riesgo de divorcio menor tienen sistemáticamente más probabilidades de tener un hijo a cualquier edad que las mujeres cuyas relaciones implican un riesgo mayor de separarse. También observamos que esta probabilidad disminuye proporcionalmente a medida que las mujeres se van haciendo mayores.

TABLA 4.1

Probabilidad de tener el primer hijo. Análisis de eventos en tiempo discreto

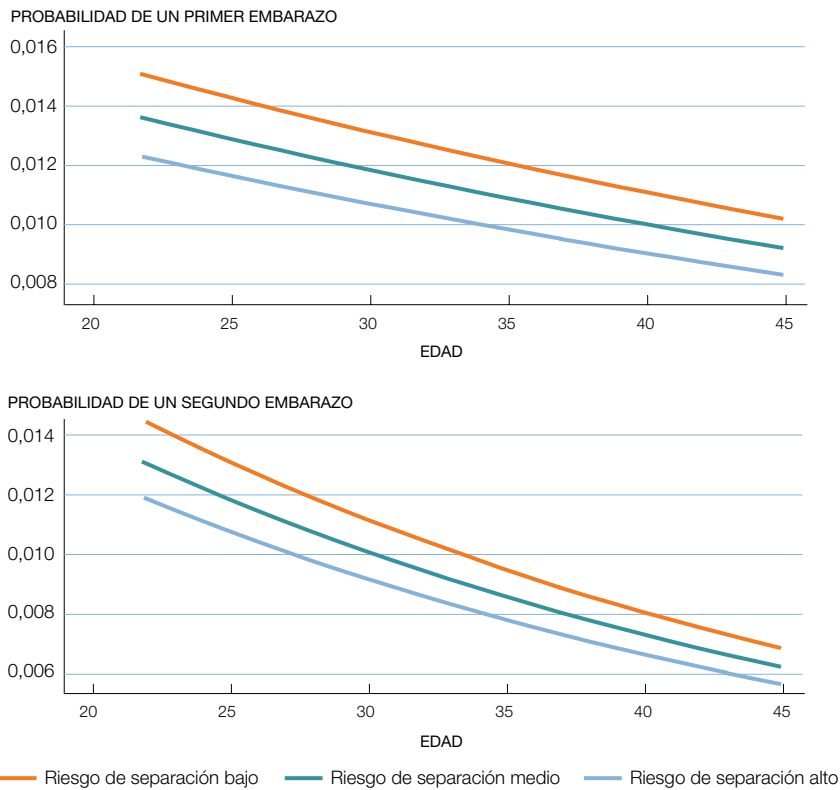
	ESPAÑA	ITALIA	ALEMANIA	AUSTRIA	NORUEGA
Riesgo de divorcio estimado	-0,211***	-0,061	-0,017	-0,050	-0,024
Cohabitanes	-0,470***		-0,813***	-0,805***	-0,817***
Duración de la unión	-0,008***	-0,011***	-0,007***	-0,006***	-0,005***
Edad (varía en el tiempo)	-0,017*	-0,009	-0,010	-0,003	-0,024**
χ^2 (df)	310,710*** (13)	192,184*** (12)	225,195*** (14)	316,281*** (14)	276,917*** (14)
Pseudo- R^2	0,023	0,021	0,030	0,047	0,023
N de mujeres-meses	81.542	53.714	55.039	55.906	82.209
N de mujeres	2.082	1.695	1.095	1.150	1.776
N de eventos	1.347	988	697	616	1.133

Nota: los modelos controlan, de acuerdo con la situación laboral de la mujer en el momento de la entrevista, su nivel educativo, si ha nacido en el país, el grado de urbanización del lugar de residencia y el número de hermanos.

Una vez más, observamos que las mujeres que cohabitan tienen menos probabilidades de tener hijos en los cinco países. En España, por ejemplo, la probabilidad de tener el primer hijo de las mujeres que cohabitan es un 37% inferior a la de las mujeres casadas. Esta asociación es incluso más pronunciada en los otros cuatro países.

GRÁFICO 4.7

Probabilidades de tener el primer y el segundo hijo en función de la edad en España



Nota: probabilidad de un primer y un segundo embarazo para las mujeres (de 22 a 45 años) según el riesgo de separación (bajo = $-0,50$ desviación estándar; medio; alto = $0,50$ desviación estándar), según los modelos de las tablas 4.1 y 4.2, FFS 2006, España, 1980-2006. Estimación para mujeres con empleo a tiempo completo, con un nivel educativo medio, autóctonas, que viven en la capital y con padres no divorciados cuando tenían 18 años.

Nuestros análisis también tienen en cuenta la duración de la unión y la edad de las mujeres. En sintonía con otros estudios, hemos comprobado que la probabilidad de tener un hijo disminuye en función de la duración de la relación. A modo de ilustración, el incremento de un año de relación está asociado a una disminución del 9% en la probabilidad de tener el primer hijo. Además, como era de esperar, las mujeres de mayor edad tienen menos probabilidades de concebir su primer hijo que las mujeres más jóvenes; un incremento de un año de edad está asociado a un 2% de disminución en la probabilidad de embarazo. Por lo tanto, una mujer de 45 años tiene una probabilidad de tener su primer hijo un 32% inferior a la de una mujer de 22 años.

Concepción del segundo hijo

Si examinamos los segundos nacimientos en la tabla 4.2, observamos que los efectos del riesgo de divorcio sobre la probabilidad de tener un segundo hijo son ahora más débiles. En España, un incremento de una desviación estándar en la escala de riesgo de separación supone una reducción del 18% en la probabilidad de tener un segundo hijo. El efecto es menor que en el caso del primer hijo, como se puede apreciar en el gráfico 4.7 (panel derecho): las líneas que representan a las mujeres con diferentes riesgos de divorcio están mucho más próximas entre sí que en el caso del primer hijo.

La tabla 4.2 pone de manifiesto diferencias notables entre los distintos países. En España y Austria, encontramos el efecto negativo del riesgo de divorcio sobre los segundos hijos que habíamos previsto. Pero en Italia y Alemania se da el efecto contrario: la inestabilidad de la pareja tiene un efecto positivo en la fecundidad. Este efecto apoyaría la tesis de que las parejas tienen hijos como una forma de afianzar una relación inestable. La razón de que sea así en el caso del segundo hijo pero no del primero no es obvia a simple vista. Una posible explicación puede tener que ver sencillamente con la duración de las relaciones: a medida que el tiempo transcurre, el riesgo de divorcio aumenta (al menos hasta cierto punto). Una segunda explicación podría ser que las parejas perciben la necesidad de que

el primer hijo tenga un hermano. Aun así, el hecho de que esta lógica sirva para Italia y Alemania pero no para los demás países es desconcertante.

TABLA 4.2

Probabilidad de tener el segundo hijo según modelos de eventos en tiempo discreto

	ESPAÑA	ITALIA	ALEMANIA	AUSTRIA	NORUEGA
Riesgo de divorcio estimado	-0,198*	0,111*	0,214*	-0,346*	-0,061
Cohabitanes	-0,001		-0,692***	-0,279	-0,317*
Duración de la unión	-0,005***	-0,003**	-0,007***	-0,004**	-0,001
Edad (varía en el tiempo)	-0,032***	-0,029**	-0,052***	-0,067***	-0,061***
Constante	-3.493***	-4.189***	-3.693***	-2.892***	-2.363***
<i>Chi</i> ² (df)	139,034*** (13)	99,261*** (11)	281,142*** (14)	209,817*** (13)	158,088*** (14)
<i>Pseudo-R</i> ²	0,012	0,011	0,043	0,035	0,014
<i>N de mujeres-meses</i>	102.222	84.276	59.798	43.754	64.538
<i>N de mujeres</i>	1.667	1.377	976	914	1.505
<i>N de eventos</i>	993	814	581	565	1.100

Nota: los modelos controlan la situación laboral de la mujer en el momento de la entrevista, el nivel educativo, si han nacido en el país, el grado de urbanización del entorno residencial y el tamaño de la familia. Solo se toman en consideración las mujeres que tienen la probabilidad de tener un segundo hijo en un momento dado.

También constatamos que las parejas que cohabitan en Alemania y Noruega son menos propensas a concebir un segundo hijo que las parejas casadas, pero en España y Austria no hay diferencias significativas. Asimismo, como en el modelo anterior, la duración de la relación y la edad de la mujer siguen estando negativamente asociadas con la concepción de un segundo hijo.

4.9. Conclusiones

Este capítulo presenta varios resultados que coinciden, en buena medida, con estudios realizados con anterioridad. Sin embargo, otros resultados revelan aspectos sorprendentes de la vida familiar en España.

Empezamos resumiendo los resultados que coinciden con los de los estudios previos. En primer lugar, y como era de esperar, las parejas que presentan un mayor riesgo de divorcio tienen menos probabilidades de llegar a ser padres. Este efecto es evidente para el primer hijo, pero para el segundo hijo parecen operar lógicas diferentes según el país. En Austria y España se confirma la relación prevista: cuanto mayor es el riesgo de divorcio, menor es la probabilidad de tener un segundo hijo. Sin embargo, en Alemania e Italia, por motivos que no somos capaces de explicar, un mayor riesgo de divorcio aumenta la probabilidad de tener un segundo hijo. Esto podría reflejar una estrategia orientada a estabilizar relaciones frágiles a través de los hijos, como sostienen algunas hipótesis teóricas. Pero la razón por la cual esto es así en algunos países y no en otros sigue siendo una incógnita. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que la medición que efectuamos del riesgo de divorcio es indirecta, basada en predicciones y no en observaciones verificables, por lo tanto, debemos interpretar los resultados con cautela.

En los estudios sobre demografía y comportamiento de la familia, España suele ser clasificada como una sociedad que encaja perfectamente en el grupo mediterráneo, con un elevado índice de familismo, relaciones de género bastante tradicionales y, naturalmente, una tasa de fecundidad muy baja. De hecho, como bien expresó Livi-Bacci (2001), estos países parecen haber caído en un síndrome en el que el exceso de familia resulta contraproducente para la natalidad. Nuestro estudio, en cambio, pone de manifiesto que España se desvía significativamente del supuesto modelo mediterráneo. En España, la cohabitación es una institución relativamente nueva, pero hemos constatado que las parejas españolas que cohabitan tienden a ser muy estables. Además, su comportamiento en relación con el primer hijo se asemeja mucho más al modelo escandinavo, representado aquí por Noruega. Sin embargo, cuando analizamos los datos sobre el segundo hijo, esta convergencia con el modelo escandinavo ya no se da y España, una vez más, vuelve a encajar en el modelo mediterráneo.

V. La fecundidad y la difusión de los valores de igualdad de género

Bruno Arpino, Gøsta Esping-Andersen y Léa Pessin

5.1. Introducción

Como hemos visto en el capítulo 1, «menos familia» ha sido la tendencia general en el último medio siglo. Todos los países desarrollados han experimentado un descenso de los matrimonios, acompañado de un aumento de los divorcios y de la cohabitación, y las tasas de fecundidad han caído a niveles históricamente bajos. Aunque los países nórdicos y anglosajones han experimentado una recuperación de dichas tasas en las últimas décadas, no ha sido así en los países mediterráneos y de Europa del este, donde persiste una situación de fecundidad muy baja, es decir, de menos de 1,3 hijos por mujer (Kohler *et al.*, 2002; Billari y Kohler, 2004). A la hora de explicar las diferencias en las tendencias de la fecundidad entre los distintos países, conviene centrar la atención en algunos factores a nivel macro, en particular los factores estructurales, las instituciones y los cambios de valores.

Algunos estudios se centran sobre todo en las condiciones macroeconómicas. Como Balbo *et al.* (2013) indican, no hay una asociación clara entre el PIB y el índice sintético de fecundidad (ISF), pero si utilizamos un indicador más amplio de bienestar y desarrollo socioeconómico, como es el Índice de Desarrollo Humano (IDH), la situación cambia considerablemente. Myrskylä *et al.* (2009) documentan un fenómeno interesante: para la gran mayoría de los países, la relación entre el IDH y el ISF se invierte (de negativa a positiva) a medida que los países alcanzan niveles de IDH muy elevados. Otros estudios han analizado algunas dimensiones económicas específicas, especialmente el impacto del desempleo y de la tasa de empleo femenino. El efecto negativo del desempleo en la tasa de fecundi-

dad es inequívoco y sistemático (por ejemplo, Örsal y Goldstein, 2010). Sin embargo, del mismo modo que el IDH, la participación de la mujer en el mercado laboral muestra una relación en forma de U con la tasa de fecundidad; es decir, encontramos un nivel de fecundidad elevado en países que presentan tasas muy altas o muy bajas de empleo femenino (Ahn y Mira, 2002; Luci y Thevenon, 2010).

Las diferencias institucionales y las características del Estado de bienestar en particular también parecen incidir en las tasas de fecundidad. Una cuestión clave aquí es hasta qué punto las políticas laborales y familiares facilitan la conciliación entre maternidad y trabajo y, más en general, hasta qué punto las políticas contribuyen a «desfamiliarizar» las responsabilidades de bienestar (Esping-Andersen, 2009; Sleebos, 2003). En líneas generales, los países del sur y del este de Europa presentan los niveles más bajos de *desfamiliarización* y Dinamarca el más alto (Saraceno, 2010).

Este capítulo se centra en el impacto del cambio de valores en la evolución de la fecundidad. Como hemos visto en el primer capítulo, la mayoría de las explicaciones basadas en los valores han optado por una interpretación posmoderna y argumentan que el individualismo creciente y la priorización de los ideales de realización personal tienen como resultado un debilitamiento del compromiso con la familia (Lesthaeghe, 1995). Sin embargo, esta tesis no cuenta con demasiado apoyo empírico y en realidad se contrapone a las tendencias más recientes de «más familia» observadas en algunos países.

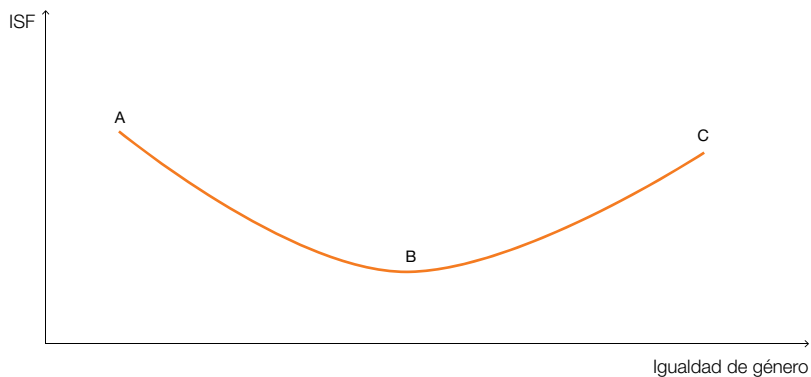
Aquí queremos centrarnos en el impacto de los valores de la igualdad de género. En un estudio anterior, Arpino y Tavares (2013) concluyeron que los aumentos más notables de la fecundidad en Europa se han dado en los países donde han coincidido, por un lado, un aumento del individualismo en las relaciones y en la autonomía individual y, por otro lado, una disminución del individualismo con respecto a los niños. Sus resultados confirman la teoría de McDonald (2004) según la cual la igualdad de género en las instituciones sociales (es decir, en la educación formal y el mercado laboral) y en las relaciones de pareja es una condición necesaria para que aumente la tasa de fecundidad. Cuando solamente prevalece la primera, es probable que la fecundidad permanezca baja. En esta misma línea,

Myrskylä *et al.* (2011) muestran que la igualdad de género⁽¹⁾ es una condición necesaria para que se produzca una relación positiva entre la tasa de fecundidad y los altos niveles de desarrollo económico. Estos resultados son coherentes con la idea de que las sociedades pueden alcanzar un mejor equilibrio en materia de fecundidad una vez que consiguen conciliar eficazmente la maternidad con la participación de la mujer en el mercado laboral.

Mientras que otros trabajos anteriores se han centrado en la relación entre igualdad de género y fecundidad a escala nacional o individual, lo que aquí nos interesa es investigar si la tasa de fecundidad está relacionada con la difusión de los valores igualitarios de género dentro de los países. Como ilustra el gráfico 5.1, anticipamos que la tasa de fecundidad será más baja allí donde la familia tradicional se esté debilitando y aún no haya aparecido con fuerza un nuevo modelo igualitario. Sin embargo, una vez que se haya completado esa transición, anticipamos una recuperación de las tasas de fecundidad (Aassve *et al.*, 2012; Esping-Andersen y Billari, 2012).

GRÁFICO 5.1

Fecundidad e igualdad de género



(1) En Myrskylä *et al.* (2009), la igualdad de género se mide recurriendo al Índice Mundial de la Brecha de Género, un indicador de la (des)igualdad de género estructural.

El primer paso, pues, es poner a prueba esta hipótesis. Pero agregamos una segunda hipótesis, según la cual no solo importan los valores igualitarios de género a nivel global, sino también cómo están distribuidos esos valores entre los distintos grupos sociales (según el nivel educativo) y entre hombres y mujeres. La idea es que niveles similares de valores igualitarios de género pueden tener una relevancia diferente (y, por lo tanto, un impacto diferente en la fecundidad) según la dispersión que presenten entre los grupos. Si, por ejemplo, el cambio de actitudes hacia la igualdad de género se ve impulsado sobre todo por las mujeres, esto podría provocar fuertes tensiones entre sexos que, a su vez, desembocarían probablemente en una disminución de la tasa de fecundidad.

Por otra parte, también es pertinente analizar los valores de género según el nivel educativo, puesto que la educación se ha convertido en un factor clave en los mercados matrimoniales (Blossfeld y Timm, 2003; Schwarz y Mare, 2005). Los datos indican que actualmente las mujeres están alcanzando niveles educativos superiores a los de los hombres en los países desarrollados (Esteve *et al.*, 2012). Como consecuencia de ello, las mujeres con estudios superiores pueden tener dificultades para encontrar parejas con un nivel educativo similar. Si la educación está relacionada positivamente con los valores igualitarios de género, las mujeres con estudios superiores podrían preferir no casarse, o si se casan con hombres con un menor nivel educativo, podría aumentar la proporción de parejas con diferentes valores de género.

Nuestro argumento central es que no solo existe una relación no lineal entre los valores igualitarios de género y el nivel de fecundidad —la relación sería positiva o negativa dependiendo de la etapa en la que se encuentre el país en la transición de un modelo tradicional a otro igualitario—, sino que el grado de armonía entre los valores de género de hombres y mujeres, y entre los valores de género de distintos estratos educativos, puede reforzar o atenuar esta relación.

En la sección siguiente exploraremos primero si los valores de la igualdad de género han ido convergiendo a lo largo del tiempo en varias sociedades avanzadas y cómo han evolucionado las diferencias por sexo y nivel educativo. En segundo lugar, analizaremos de qué forma las diferentes diná-

micas de los valores igualitarios de género, en cuanto a niveles y dispersión entre los grupos, están asociadas a los niveles de fecundidad.

5.2. Datos y métodos

Nuestro análisis se basa en datos de la Encuesta Mundial de Valores y el Estudio Europeo de Valores. Se trata de encuestas transversales repetidas que se llevan a cabo aproximadamente cada 10 años (5 años en algunos países). La primera ola se realizó en 1981 y la última en 2008/2009. Los países participantes, así como partes del cuestionario, han cambiado con el paso de los años. Nos centramos en los países desarrollados y excluimos la primera ola porque no tiene información completa sobre nuestro indicador de igualdad de género. Con el objetivo de obtener un conjunto de datos equilibrado, usamos información de 27 países para tres olas: 1990-1993, 1999-2000 y 2006-2009 (véase la tabla 5.1).

TABLA 5.1

Valores del índice de igualdad de género, índice de disparidad por sexo, índice de disparidad educativa e ISF

PAÍSES	ABR.	OLA 1990-1993				OLA 1999-2000				OLA 2006-2009			
		ÍNDICE DE GÉNERO	BRECHA DE GÉNERO	BRECHA EDUCATIVA	ISF	ÍNDICE DE GÉNERO	BRECHA DE GÉNERO	BRECHA EDUCATIVA	ISF	ÍNDICE DE GÉNERO	BRECHA DE GÉNERO	BRECHA EDUCATIVA	ISF
Alemania Occidental	DW	68,14	0,25	0,27	1,43	63,18	0,06	0,28	1,42	63,41	0,16	0,16	1,37
Alemania Oriental	DE	65,61	0,19	0,15	1,36	59,70	0,20	0,12	1,17	72,17	0,27	0,03	1,40
Austria	AT	50,76	0,14	0,37	1,47	64,39	0,07	0,27	1,36	73,30	0,14	0,15	1,39
Bélgica	BE	59,13	0,05	0,27	1,59	78,50	0,03	0,19	1,63	86,79	-0,01	0,12	1,85
Bulgaria	BG	50,39	0,26	0,01	1,79	52,56	0,24	0,15	1,20	63,17	0,10	0,29	1,49
Canadá	CA	79,40	0,04	0,14	1,77	84,66	0,03	0,19	1,50	85,19	0,04	0,09	1,60
Dinamarca	DK	94,16	-0,03	0,07	1,66	93,51	0,06	0,03	1,74	97,57	0,00	0,03	1,86
Eslovaquia	SK	43,47	0,03	0,27	2,02	58,25	0,24	0,27	1,33	58,51	0,11	0,14	1,33
Eslovenia	SI	67,68	0,15	0,19	1,36	72,31	0,13	0,43	1,23	88,68	0,07	0,13	1,48
España	ES	70,04	0,13	0,15	1,33	71,32	0,13	0,17	1,19	81,78	0,19	0,06	1,42
Estados Unidos	US	77,91	0,05	0,11	2,05	84,25	0,06	0,17	2,02	71,24	0,20	0,11	2,09

PAÍSES	ABR.	OLA 1990-1993				OLA 1999-2000				OLA 2006-2009			
		ÍNDICE DE GÉNERO	BRECHA DE GÉNERO	BRECHA EDUCATIVA	ISF	ÍNDICE DE GÉNERO	BRECHA DE GÉNERO	BRECHA EDUCATIVA	ISF	ÍNDICE DE GÉNERO	BRECHA DE GÉNERO	BRECHA EDUCATIVA	ISF
Estonia	EE	50,71	0,01	0,09	2,01	76,47	0,16	0,26	1,33	74,51	0,16	0,20	1,63
Finlandia	FI	71,62	0,06	0,03	1,76	88,47	0,13	0,13	1,73	89,26	0,13	0,06	1,86
Francia	FR	65,07	0,03	0,27	1,77	72,99	0,04	0,24	1,83	92,23	-0,04	0,08	2,00
Reino Unido	GB	71,87	0,02	0,08	1,82	74,06	0,09	0,24	1,68	86,93	0,03	0,06	1,95
Hungría	HU	60,39	-0,02	0,32	1,82	73,76	0,11	0,22	1,31	86,02	0,08	0,20	1,33
Irlanda	IE	69,43	0,07	0,25	2,10	84,46	0,06	0,13	1,91	75,86	0,20	0,13	2,06
Islandia	IS	93,06	0,04	0,05	2,23	95,14	0,05	0,07	2,04	98,02	-0,00	0,01	2,19
Italia	IT	55,92	0,17	0,27	1,27	67,42	0,07	0,33	1,23	75,79	0,09	0,20	1,41
Letonia	LV	51,86	0,11	0,09	1,98	74,51	0,06	0,25	1,16	72,75	0,20	0,16	1,39
Lituania	LT	25,96	0,09	0,00	1,99	68,28	0,28	0,18	1,44	63,93	0,36	0,31	1,46
Países Bajos	NL	78,00	0,02	0,16	1,59	89,53	0,01	0,20	1,67	94,38	0,02	0,13	1,76
Polonia	PL	39,02	0,12	0,27	2,06	52,53	0,18	0,23	1,39	66,36	0,12	0,17	1,37
Portugal	PT	62,52	0,09	0,22	1,44	68,96	0,07	0,24	1,51	69,48	0,16	0,17	1,34
República Checa	CZ	48,81	-0,02	0,15	1,82	72,59	0,07	0,20	1,14	60,62	0,21	0,18	1,48
Rumanía	RO	46,53	0,17	0,24	1,46	52,83	0,17	0,35	1,31	56,45	0,01	0,20	1,34
Suecia	SE	91,10	0,03	0,14	2,09	94,88	0,08	-0,02	1,51	97,19	0,03	0,32	1,94

Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Mundial de Valores, el Estudio Europeo de Valores, indicadores del Banco Mundial y Human Fertility Database.

Nos centramos en una de las dimensiones de la igualdad de género: las actitudes hacia el papel de la mujer en el mercado laboral. El objetivo es captar el contexto normativo en relación con los roles esperados de hombres y mujeres. Los valores tradicionales en los roles de género están representados por el modelo del varón sustentador; las ideas igualitarias implican que hombres y mujeres tienen el mismo derecho a participar en el mercado laboral.

Siguiendo trabajos anteriores realizados por Azmat *et al.* (2004) y Fortin (2005), nuestro indicador de la igualdad de género se basa en la siguiente pregunta: «¿Está usted de acuerdo o en desacuerdo con la siguiente afirmación? Cuando escasean los puestos de trabajo, los hombres deberían tener más derecho que las mujeres a un puesto de trabajo». Hay tres res-

puestas posibles: 1 «de acuerdo»; 2 «en desacuerdo» y 3 «ni de acuerdo ni en desacuerdo». Hemos recodificado la variable en una respuesta binaria: 0 es «de acuerdo» o «ni de acuerdo ni en desacuerdo» y 1 «en desacuerdo». De esta manera, consideramos que los individuos que responden «1» mantienen valores no discriminatorios respecto a las mujeres trabajadoras. Limitamos la muestra a los encuestados entre 14 y 50 años. El motivo de esta limitación es centrarnos en las personas que con más probabilidad se estén planteando decisiones relativas a la fecundidad. De ahora en adelante, nos referiremos a esta medida como índice de *igualdad de género*.⁽²⁾

El índice de *igualdad de género* mide el porcentaje de personas encuestadas con valores igualitarios por países y olas de la encuesta. Puesto que nuestra variable es binaria, el porcentaje es también una medida de dispersión o concentración: cuanto más se aproxime a 0 o a 1, más similares son los valores dentro de un país en cualquier momento dado. Pero si los valores son diferentes de 0 y 1, un mismo nivel de igualdad de género en dos países puede ocultar diferentes pautas de distribución entre grupos. Por consiguiente, para analizar mejor la difusión de los valores, también calculamos el porcentaje de encuestados con valores igualitarios por sexo y computamos la diferencia para obtener el indicador de *disparidad entre sexos*.

El índice de *disparidad entre sexos* refleja si los valores de género se han extendido de modo similar entre hombres y mujeres. Asimismo, a partir del porcentaje de encuestados con valores igualitarios según el nivel educativo,⁽³⁾ calculamos la diferencia entre el nivel educativo más alto y el más bajo. Podemos interpretar el índice de *disparidad educativa* como una medida de difusión de los valores de género entre estratos educativos.

Con el fin de controlar las diferencias de composición, hemos sustituido el porcentaje real de encuestados con valores igualitarios por sexo/ola y educación/ola por las probabilidades pronosticadas de tener valores igualitarios, empleando un modelo probit. Para la disparidad entre sexos controla-

(2) Hemos decidido emplear una pregunta en lugar de una batería de preguntas, ya que esta es la única pregunta disponible (en tres olas de la encuesta y una amplia muestra de países) que mide claramente la opinión sobre los roles de género en el mercado laboral.

(3) La variable educación contiene información sobre la edad a la que la persona encuestada completa su educación. Recodificamos esta variable en una variable de tres categorías: baja (hasta los 16 años), media (entre 17 y 20 años), alta (más de 21 años).

mos la edad y el nivel educativo, y para la disparidad educativa incluimos la edad y el sexo. Empleamos las estimaciones de estos modelos para obtener medidas de igualdad de género específicas para cada ola y país, que no estén sesgadas por diferencias en las distribuciones de sexo, edad y educación. Nos referiremos a los niveles y las disparidades resultantes como «ajustados».

Para medir el nivel de fecundidad de cada país y para cada ola, usamos el índice sintético de fecundidad (ISF).⁽⁴⁾ Como el ISF está sujeto a importantes fluctuaciones anuales, calculamos la media de tres años del ISF en torno al año de la encuesta correspondiente en lugar del valor anual individual.⁽⁵⁾ Hemos tomado los ISF de los indicadores mundiales del Banco Mundial⁽⁶⁾ para todos los países excepto Alemania occidental y oriental, para las cuales usamos los datos de *Human Fertility Database*.

5.3. Evolución de la igualdad de género

Empezamos comparando los niveles y las dinámicas de la igualdad de género en los países considerados durante el período 1990-2009. El gráfico 5.2 muestra el promedio (de varias olas) del índice de igualdad de género por países. Como cabría esperar, los países nórdicos son los más igualitarios, con valores medios por encima del 80%, seguidos por los anglosajones y algunos países de Europa continental. Justo por debajo de esos países, encontramos a España, que ocupa una posición relativamente alta (74%). Otros países del sur de Europa muestran valores mucho más bajos, y en la parte inferior de la distribución encontramos a la mayoría de los países de Europa del este, con valores medios por debajo del 60%.

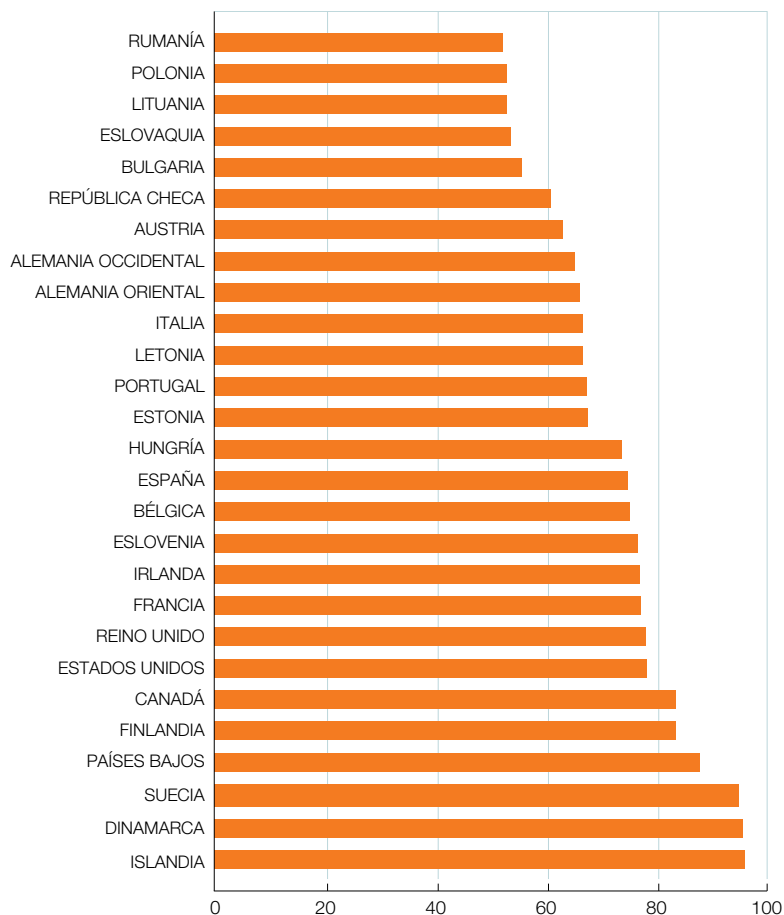
(4) El ISF expresa el número de hijos que tendría una mujer hipotética al final de su vida fecunda, si durante la misma su comportamiento correspondiese, en cada edad, con el que refleja la serie de tasas específicas de fecundidad por edad observadas en un año natural.

(5) Por ejemplo, en la primera ola la encuesta de Austria se realizó en 1990, de modo que hemos utilizado la media de los ISF para los años 1989, 1990 y 1991.

(6) Los datos de los ISF provienen de los indicadores del Banco Mundial a través del módulo STATA *wbopendata* (Azevedo, 2011).

GRÁFICO 5.2

Nivel medio del índice de la igualdad de género por país



Los países seleccionados representan diferentes patrones de evolución en los valores de género a lo largo del período considerado. No solo varían los niveles de igualdad de género entre países, sino también la modalidad de transición hacia un modelo igualitario. En Suecia, los valores igualitarios ya estaban ampliamente difundidos en el año 1990 (90%), con el hecho añadido de que la difusión entre hombres y mujeres era prácticamen-

te igual. Junto con Islandia y Dinamarca, la transición hacia una sociedad igualitaria puede considerarse más o menos completa. En Canadá tampoco hay una disparidad significativa entre sexos, y el nivel de igualdad de género no ha cambiado demasiado con el tiempo, ya que parece haberse estancado en torno al 80%. Como sugiere el caso canadiense, algunos países pueden no llegar a completar nunca la «revolución de los roles de género», tal vez a causa de la presencia de minorías que se aferran con persistencia al tradicionalismo.

Los Países Bajos constituyen un segundo escenario. Partiendo de un nivel muy inferior al de Suecia, alcanzan en la tercera ola un grado de igualitarismo similar. Resulta interesante comprobar que los valores de género se han extendido de un modo muy similar entre mujeres y hombres (la diferencia siempre está próxima a 0). En Francia y Bélgica se observa una dinámica muy similar, aunque Bélgica muestra un valor medio más bajo para el índice de igualdad en la tercera ola.

En 1990, Finlandia muestra un nivel medio más bajo que el de los demás países nórdicos. En los últimos 20 años, el índice de igualdad de género ha aumentado, pero mucho más entre las mujeres (alcanzando el 94%, una media similar a la de Suecia), y por lo tanto la disparidad entre sexos ha pasado de casi el 0% al 13%. En Estonia este proceso ha sido similar, aunque aquí el nivel medio se mantiene más bajo.

Bulgaria, Rumanía y Eslovenia se caracterizan por una pauta inversa: en estos países, inicialmente las mujeres estaban por delante en el índice de igualdad de género, pero los hombres las alcanzaron en 2008. No obstante, dichos países se caracterizan todavía por niveles medios muy bajos de igualdad de género en comparación con los países nórdicos y centroeuropeos. En 2008 los países mediterráneos presentaban niveles intermedios de igualdad de género, encabezados por España, donde especialmente en la última década se ha llevado a cabo un proceso de difusión sostenido de los valores de igualdad de género, con las mujeres al frente.

Evolución de la igualdad de género por nivel educativo

Los resultados ponen de manifiesto que las diferencias por nivel educativo suelen ser estadísticamente significativas cuando comparamos los gru-

pos con estudios superiores con los de nivel educativo más bajo, mientras que si contrastamos otros grupos, en general no es así. La tabla 5.1 muestra que en numerosos países la disparidad educativa es mayor que la disparidad entre sexos, sobre todo en la primera ola. Algunos países en esta primera ola presentaban una disparidad educativa de más de 25 puntos porcentuales (Austria, Bélgica, Hungría, Francia, Italia, Polonia, Eslovaquia, Alemania occidental). Aunque esa disparidad se ha reducido considerablemente en muchos países, en la última ola todavía se observan importantes diferencias entre el nivel educativo más alto y el más bajo. De hecho, la disparidad educativa en todos estos países permanece por encima de los 10 puntos porcentuales, y en el caso de Italia llega a los 22 puntos. Es curioso comprobar que existe un pequeño grupo de países (Bulgaria, Estonia y Lituania) que han experimentado un aumento de la disparidad educativa. La tabla 5.1 muestra que en la primera ola los valores de género de dichos países estaban distribuidos de forma homogénea entre los diversos grupos educativos. A partir de ahí, los valores igualitarios de género se extienden sobre todo entre el grupo con mayor nivel educativo, y en la tercera ola estos países muestran un índice de disparidad educativa que oscila entre 20 y 32 puntos porcentuales (las diferencias son estadísticamente significativas).

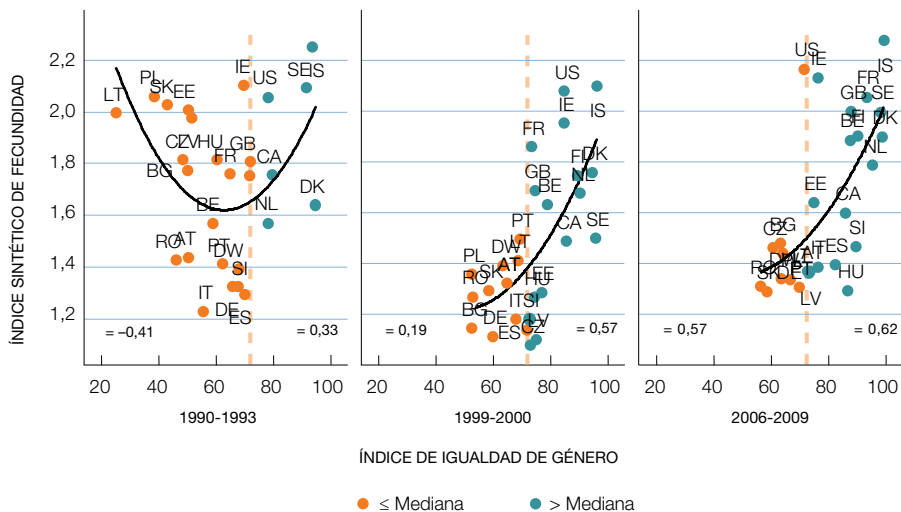
Bulgaria es un caso muy interesante porque ha experimentado tendencias opuestas en las disparidades por sexo y por nivel educativo: se ha producido una convergencia de valores de género entre hombres y mujeres, pero solo los individuos con educación secundaria y superior han experimentado un aumento de valores igualitarios. En España ha sucedido exactamente lo contrario: la disparidad entre sexos ha aumentado, mientras que la disparidad educativa ha disminuido. Por consiguiente, en Bulgaria podemos suponer que la heterogamia educativa irá asociada a valores de género divergentes en la pareja, mientras que este no es el caso de España. Otros países muestran un índice de disparidad educativa relativamente estable. Este es el caso, por ejemplo, de los Países Bajos, donde los valores igualitarios de género están extendidos de manera casi uniforme en todos los estratos educativos.

5.4. Asociación entre índice de igualdad de género y fecundidad

En esta sección evaluamos la asociación entre el índice sintético de fecundidad (ISF) y los niveles y las disparidades en los valores de género. En el gráfico 5.3 se representa el ISF y el índice de igualdad de género para cada país por olas. Pueden identificarse así varias tendencias de fecundidad: como señalaron Myrskylä *et al.* (2009), los países nórdicos y anglosajones experimentaron un aumento de la fecundidad entre 2000 y 2010; los países mediterráneos y de Europa continental (exceptuando Francia) permanecieron en niveles muy bajos de fecundidad, y a partir de los años noventa los países exsoviéticos experimentaron una repentina caída de la fecundidad. Al mismo tiempo, observamos que todos los países se han desplazado hacia la derecha en el eje de las *x*, lo que significa que ha habido un cambio general en el ámbito de los valores hacia una mayor igualdad de género.

GRÁFICO 5.3

Índice sintético de la fecundidad e índice de la igualdad de género en tres olas de la encuesta



Estimamos una regresión parabólica para evaluar si la hipótesis de una relación en forma de U entre el ISF y los valores de género es válida. En la primera ola parece que es así. A medida que nos desplazamos de los países con los niveles más bajos de igualdad de género a los países más cercanos a la mediana (calculada para el conjunto de datos y representada por la línea discontinua vertical) observamos, en promedio, una reducción del ISF. Esto se ve reflejado en el coeficiente de correlación negativa (-0,41) que obtenemos de la submuestra de países con valores de índice de igualdad de género por debajo de la mediana. Para los países que se aproximan más al nuevo equilibrio de igualdad de género, los niveles crecientes de igualdad se asocian a niveles crecientes en el ISF (correlación = +0,33).

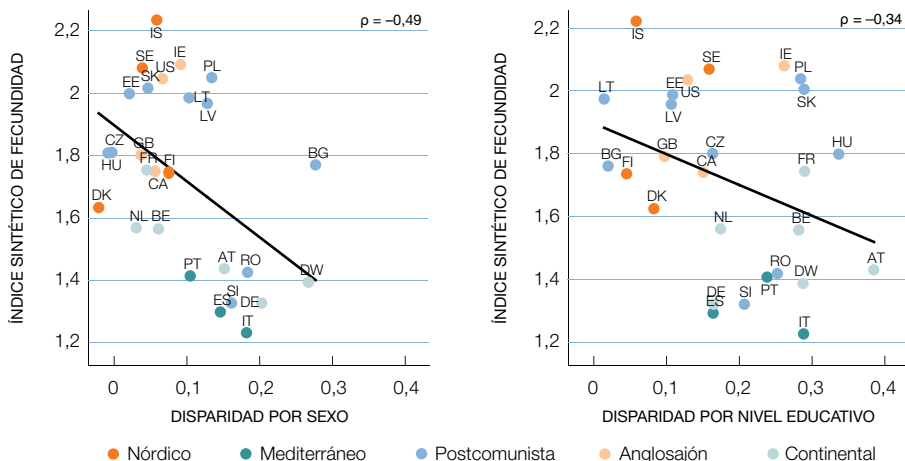
En la primera ola, España ocupa una posición intermedia respecto a la igualdad de género (el nivel de España se sitúa muy cerca de la mediana), mientras que su ISF es uno de los más bajos. En la segunda y tercera olas, la relación parabólica entre ISF y los valores de género se confirma, pero no podemos observar la pendiente descendiente de la parábola porque todos los países han aumentado sus niveles de igualdad de género. Podemos ver que, para los países que están por encima de la mediana, la igualdad de género creciente mantiene una fuerte asociación con el ISF, con correlaciones en torno a 0,6. España sigue esta tendencia, ya que aumentan tanto los niveles de igualdad de género como el ISF.

En los gráficos 5.4, 5.5 y 5.6 examinamos si las disparidades de igualdad de género por sexo y educación están correlacionadas con el ISF. En todas las olas, estas disparidades están asociadas negativamente al ISF: en los países donde los valores de igualdad de género son más homogéneos entre mujeres y hombres y entre grupos educativos, encontramos tasas de fecundidad más elevadas. Es interesante comprobar que, en la primera ola, la correlación entre la disparidad por sexo y el ISF era superior a la correlación entre la disparidad educativa y el ISF. Sin embargo, en las olas más recientes, ambas disparidades están asociadas de forma similar con el ISF. Cabe destacar que los valores de las disparidades son independientes del nivel general de igualdad de género en cualquier país. Por

ejemplo, en el gráfico 5.4 vemos que, en la primera ola, España, Finlandia y el Reino Unido muestran niveles de igualdad de género muy similares (aproximadamente del 70%, es decir, cerca de la mediana general), pero España muestra disparidades mucho mayores por sexo y nivel educativo. Este rasgo podría contribuir a explicar las diferencias en los ISF de países con niveles similares de igualdad de género. La conclusión es que para que la tasa de fecundidad aumente no solamente es importante el nivel global de igualitarismo de género, sino también el hecho de que estos valores sean compartidos por hombres y mujeres.

GRÁFICO 5.4

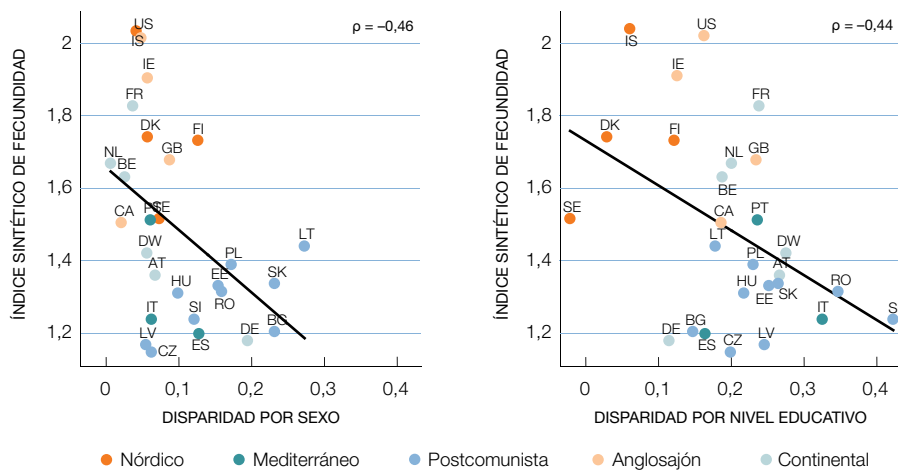
Índice sintético de fecundidad y disparidades en los valores de género por sexo y nivel educativo en la ola 1990-1993



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Mundial de Valores, el Estudio Europeo de Valores, indicadores del Banco Mundial y *Human Fertility Database*.

GRÁFICO 5.5

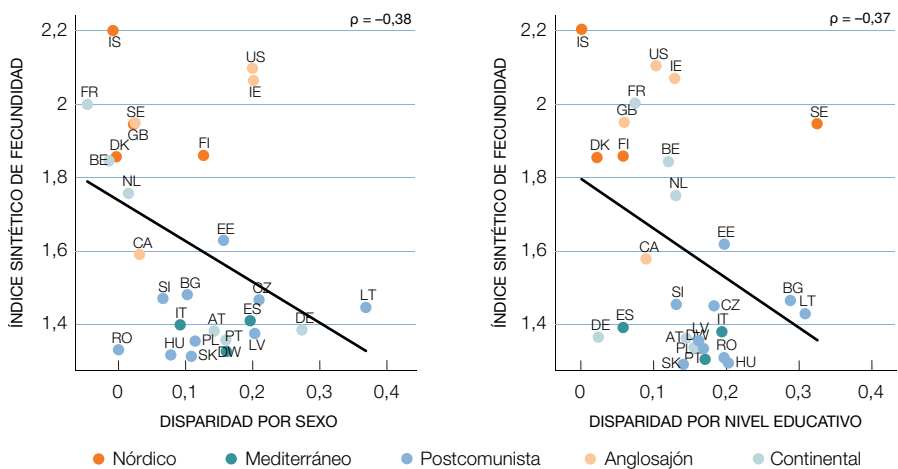
Índice sintético de fecundidad y disparidades en los valores de género por sexo y nivel educativo en la ola 1999-2000



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Mundial de Valores, el Estudio Europeo de Valores, indicadores del Banco Mundial y *Human Fertility Database*.

GRÁFICO 5.6

Índice sintético de fecundidad y disparidades en los valores de género por sexo y nivel educativo en la ola 2006-2009



Fuente: elaboración propia a partir de la Encuesta Mundial de Valores, el Estudio Europeo de Valores, indicadores del Banco Mundial y *Human Fertility Database*.

5.5. Conclusiones

En este capítulo hemos adoptado un enfoque sencillo sobre la cuestión de si la igualdad de género influye o no en la tasa de fecundidad. En vez de centrarnos en el comportamiento individual o en las instituciones, hemos optado por examinar cómo la difusión de los valores de igualdad de género influye en el nivel de fecundidad, comparando varios países en el tiempo. Naturalmente, no podemos suponer que los valores por sí solos puedan explicar completamente los cambios en las tasas de fecundidad o las variaciones entre países. Nuestro análisis no incluye otros factores explicativos, tales como el nivel de desarrollo, la participación de la mujer en el mercado laboral o las políticas de apoyo a la familia. Aun así, nuestro estudio presta apoyo empírico a las hipótesis que habíamos planteado.

En primer lugar, los datos confirman la hipótesis de una relación en forma de U entre los valores de igualdad de género y el ISF. Cuando los países comienzan la transición que los aleja del modelo tradicional de familia del varón sustentador, la difusión de los valores de igualdad de género presenta una asociación negativa con la fecundidad. Más adelante, cuando este proceso está más avanzado y los nuevos valores igualitarios pasan a ser predominantes en la sociedad, se registra un cambio hacia un impacto positivo. España parece haber seguido esta dinámica en la última década: observamos una difusión sostenida de los valores de igualdad de género, con las mujeres encabezando la tendencia, y observamos también cómo dicha difusión se ha visto acompañada de un aumento –aunque modesto– de la tasa de fecundidad.

En segundo lugar, los resultados del análisis parecen indicar que una disparidad importante en los valores de igualdad de género, tanto si está motivada por la educación como por el sexo, hace disminuir la tasa de fecundidad. Dicho de otro modo, parece más probable que la fecundidad experimente una fuerte recuperación donde y cuando la difusión de los valores sea homogénea. En el caso de España, hemos observado que la disparidad por sexos ha aumentado porque la adopción de los valores igualitarios entre los hombres se ha quedado atrás respecto a la de las mujeres. Al mismo tiempo, la disparidad por niveles educativos ha disminuido. Por consiguiente, no podemos prever una divergencia de valores importante entre los miembros de una pareja con diferente nivel educativo.

VI. Expectativas de los hombres ante la paternidad en España

M. José González, Marta Domínguez y Francesca Luppi

6.1. Introducción

La mayoría de las investigaciones sobre la fecundidad se centran fundamentalmente en las mujeres. Como hemos visto en el capítulo 1, son varios los argumentos que compiten para explicar por qué la tasa de fecundidad de las mujeres ha caído de forma tan llamativa en los últimos años. Una explicación es que la aparición de los valores posmaterialistas implica que se otorgue mayor prioridad a la autonomía individual y a la realización personal (Lesthaeghe, 1995; Van de Kaa, 1987, 1988). Otra destaca la importancia creciente que asume la calidad de las relaciones frente a la maternidad (Oppenheimer, 1988). Un tercer punto de vista sostiene que las mujeres se enfrentan a costes de oportunidad crecientes a la hora de tener hijos debido a la mayor inversión que han hecho en capital humano y a su compromiso con el mercado laboral (Becker, 1993); esto, a su vez, es probable que desemboque en el retraso de la maternidad o incluso en la renuncia a tener hijos (Blossfeld *et al.*, 2005). Otra explicación asocia la caída de la fecundidad con la creciente incertidumbre económica entre las mujeres con mayor nivel educativo (Kreyenfeld, 2010), mientras que otra argumentación sugiere que la fecundidad disminuye cuando se produce un desequilibrio entre las aspiraciones de igualdad de la mujer y la persistencia de desigualdades de género en la familia y en las instituciones públicas (McDonald, 2000). Por último, una explicación adicional sostiene que el declive de la fecundidad se debe a las dificultades de las mujeres para encontrar buenos candidatos en el «mercado matrimonial» debido al empeoramiento de las condiciones laborales de los hombres (Oppenheimer, 1988).

Las investigaciones sobre la fecundidad, sin embargo, tienden a pasar por alto a los hombres, como si sus opiniones, expectativas, incertidumbres o deseos no tuviesen ninguna influencia en las decisiones de la pareja a la hora de tener hijos (Kravdal y Rindfuss, 2008). A menudo se da por sentado que las preferencias de los hombres apenas cambian con el tiempo y que el creciente coste que suponen los hijos, así como los nuevos roles de género, no influyen en su manera de afrontar la paternidad. Pero todas estas suposiciones ya no son válidas hoy. Cada vez es más evidente que en las sociedades occidentales se está extendiendo una *nueva paternidad* consistente en padres más comprometidos y que cuidan más y mejor a sus hijos, en tanto que la imagen del padre pasivo o distante emocionalmente –a menudo asociada al modelo tradicional del varón sustentador– está desapareciendo gradualmente (Clarke y Roberts, 2002; Hobson y Morgan, 2002). Esta nueva paternidad tiene una gran relevancia social, ya que un padre comprometido con el cuidado de sus hijos es un factor altamente beneficioso tanto para construir relaciones más estrechas como para estimular resultados positivos en los hijos en cuanto a competencias cognitivas y estereotipos de género (Marsiglio *et al.*, 2000).

Este capítulo pretende llenar un vacío en la investigación actual explorando el papel del hombre en las decisiones relativas a la paternidad y en la manera en que construye su ideal para ser un «buen padre». El estudio cualitativo se basa en una muestra de 68 hombres que esperan ser padres por vez primera (su pareja estaba embarazada en el momento de la entrevista) y viven en parejas de «doble sueldo» (ambos trabajan) en España en 2011.⁽¹⁾ En este capítulo se recurre a las narraciones de los hombres para identificar la importancia de los hijos en su vida, el significado de «ser un buen padre» y sus expectativas acerca de la participación en el cuidado del hijo y los ajustes laborales que serán necesarios con la nueva paternidad. En algunos de los análisis también se toman en consideración los valores y las características de sus parejas. Finalmente, este análisis pretende contribuir a mejorar la comprensión de las circunstancias que atañen a los hombres a la hora de decidir y planificar nuevos modelos de paternidad, y

(1) Esta investigación ha recibido el apoyo del Ministerio de Ciencia e Innovación (proyecto CSO2010-17811), el Instituto de la Mujer (referencia 43/09) y el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

aportar nuevos datos a las investigaciones sobre el retraso y la caída de la fecundidad en España.

6.2. Perspectivas teóricas: padres, paternidad y cuidados paternos

Ser padre adquiere diferentes significados dependiendo del punto de vista cultural. Como sostienen Hobson y Morgan (2002), uno de los significados del término *paternidad* es la «codificación cultural de los hombres como padres», lo cual incluye los derechos, los deberes, las responsabilidades y el estatus asociados a la paternidad, al igual que las nociones de lo que representa ser padres «buenos» y «malos» (Hobson y Morgan, 2002; Lupton y Barclay, 1997). Relacionados con la paternidad, los *cuidados paternos* son «el conjunto de prácticas que llevan a cabo los padres, equivalente al cuidado maternal o bien de ambos progenitores» (Quesnel-Vallee y Morgan, 2003). Sin embargo, en buena parte de la literatura científica contemporánea, los dos conceptos –paternidad y *cuidados paternos*– se utilizan indistintamente para incluir todos los roles, actividades, deberes y responsabilidades que se espera de los padres en relación con la crianza de los hijos (Tanfer y Mott, 1997). En su análisis sobre la definición de las dimensiones vinculadas al concepto de «padre», Gregory y Milner (2004) desarrollan la idea de un «régimen de paternidad» que incluye los derechos y las obligaciones específicas que el Estado, la familia, las políticas de empleo y de tiempo (jornadas laborales) confieren a los padres (Gregory y Milner, 2005). Según estos autores, la familia y las políticas de empleo son las dimensiones que más se han estudiado. En países como el Reino Unido, por ejemplo, existe una amplia literatura que analiza las tensiones entre los derechos de los padres (especialmente después de una separación) y el discurso normativo de la paternidad *comprometida o nueva* paternidad (Collier y Sheldon, 2008; Featherstone, 2009; Smart y Neale, 1999).

Los significados de la nueva paternidad

La mayoría de las investigaciones centradas en la masculinidad en las décadas recientes han subrayado y desarrollado el concepto de un *nuevo padre* o la *paternidad activa* para referirse a la construcción social y psicoló-

gica de la identidad del hombre en las sociedades occidentales desde los años setenta (Lupton y Barclay, 1997; Henwood y Procter, 2003; Connel, 1995; Nentwich, 2008; Deave y Johnson, 2008; Gillis, 2000). La aparición de este concepto está vinculada al declive del modelo del varón sustentador. La vida laboral y familiar de hombres y mujeres ha ido convergiendo progresivamente (Collier, 1999; McDowell, 1997), y los cambios sociales –como las tasas crecientes de divorcio y la reestructuración de las familias– han contribuido decisivamente a ello. La «nueva paternidad participativa» se define por contraste con el «tradicional padre ausente» (Finn y Henwood, 2009). En particular, las investigaciones han enfatizado el compromiso emocional de los hombres en el cuidado de los hijos y el deseo de compartirlo con su pareja, así como el deseo de compartir las tareas del hogar y la vida de familia en general (Craig 2006; Lupton y Barclay, 1997; O’Brien, 2005). Al mismo tiempo, el rol de «paternidad marginalizada» se identifica como una fuente de sufrimiento entre los hombres que quisieran ejercer un rol paternal más activo (Gillis, 2000).

A pesar de la creciente atención que recibe entre los académicos el estudio de la *nueva paternidad*, todavía no se ha llegado a una definición consensuada del concepto. Algunos estudios, en su mayoría cualitativos, centran la atención en este aspecto. Diferentes autores, por ejemplo, utilizan entrevistas semiestructuradas antes y después del parto para estudiar la paternidad y presentan una compleja trama de conceptos y comportamientos con el fin de identificar el retrato ideal y real de los padres primerizos (Deave y Johnson, 2008; Anderson, 1996; Lupton y Barclay, 1999; Hall, 1994). Estos estudios se centran en la gran discrepancia que existe entre la paternidad ideal y su concreción posterior. Como sostienen Cowan y Cowan (1992), la paternidad tiende a ser más un proceso que un estatus. Así, lo que los hombres definen como «la paternidad ideal» puede estar muy lejos de los comportamientos reales. El marco de relaciones (con la pareja, los compañeros, familiares, amigos) y el contexto en el que actúan (mercado laboral, políticas sociales y familiares, roles culturales, etc.) moldean al final las posibilidades de su puesta en práctica.

Recientemente están apareciendo medidas para favorecer nuevos modelos de paternidad, que se enmarcan en el contexto general de las políticas para la igualdad de géneros. En particular, la necesidad de alentar la participa-

ción paternal se ha visto motivada por la «inadecuación del rol» masculino ante la caída de las tasas de natalidad, así como los riesgos crecientes de divorcio y separación. Esta perspectiva reconoce la centralidad del rol del hombre en las decisiones de la pareja a la hora de tener hijos. Por ejemplo, ha quedado bien demostrado que la decisión de tener un hijo la toman conjuntamente los dos miembros de la pareja (Morgan, 1985; Thomson *et al.*, 1990; Thomson y Hoem, 1998), y que el desacuerdo entre ambos en esta materia es probable que desemboque en el retraso de la paternidad/maternidad (Miller, Severy y Pasta, 2004). Al mismo tiempo, el rol histórico de la mujer como la «cuidadora natural» significa que las intenciones del hombre han tendido tradicionalmente a acomodarse a las preferencias de su pareja, más que a la inversa (Rindfuss *et al.*, 1988). Miller, Severy y Pasta (2004), por ejemplo, muestran que las mujeres consideran sus deseos de maternidad más importantes que los de los hombres, mientras que estos creen que sus intenciones sobre cuándo tener los hijos pesan igual que las de sus parejas. Esta incongruencia en las percepciones puede ser el resultado de un proceso de reestructuración de los roles de la familia que todavía no ha concluido.

Compensaciones y costes de oportunidad de la paternidad para los hombres

La conciliación de trabajo y familia requiere todavía un difícil equilibrio para la identidad y el bienestar de la mujer. Esto queda ilustrado por el hecho de que en las parejas más igualitarias en las que ambos trabajan, las mujeres se sienten más inclinadas a retrasar la maternidad que los hombres (Rosina y Testa, 2009). Aun así, la idea de que los hijos tienen un coste de oportunidad también para los hombres aparece claramente en los estudios sobre la nueva paternidad, en particular, en los estudios referidos a las parejas en las que ambos son profesionales. La «nueva paternidad» parece estar más relacionada con el modo en que el hombre intenta afrontar la identidad dual de ser trabajador (sustentador) y padre a la vez, ya que los dos roles le exigen tiempo (Henwood y Procter, 2003). De hecho, vemos que el tiempo dedicado a los hijos ha aumentado de manera sustantiva en las últimas décadas tanto para las madres como para los padres (Sayer, Bianchi y Robinson, 2004). Gregg y Washbrook (2003), por ejemplo, señalan la importancia creciente del tiempo global dedicado a los hi-

jos por el padre y la madre, y muestran cómo los padres –en parejas en las que ambos trabajan– compensan la reducción de la presencia maternal aumentando su aportación.

A pesar de ello, como sostiene O'Brien (2005), «la implicación de los padres es un equilibrio entre dinero, tiempo y cuidado». Las preferencias sobre los roles familiares de los padres guardan una relación muy estrecha con el contexto económico y social. En los países con una economía débil es típico que los hombres muestren una mayor preferencia por jornadas laborales prolongadas, mientras que en los países con economías más fuertes es más común el deseo de disfrutar de mayor flexibilidad horaria o de trabajos a tiempo parcial (Stier y Lewin-Epstein, 2003). Al mismo tiempo, el problema de la «disponibilidad de horas» afecta tanto al deseo de ser padre como a los ideales de la paternidad (Daly, 1996). Especialmente en los contextos donde las políticas favorables a la familia son inexistentes o se revelan incapaces de prestar apoyo a los padres, los hombres manifiestan más propensión a recortar horas de ocio que de trabajo (Sayer, Bianchi y Robinson, 2004). Las estrategias más comunes de las mujeres para responder a las necesidades familiares son los empleos a tiempo parcial, o bien salir del mercado laboral. La calidad y la naturaleza del tiempo que los padres dedican a los hijos también han cambiado. Tradicionalmente, los padres participaban más en las actividades de juego (Pleck, 1997), pero Sayer, Bianchi y Robinson (2004) señalan que el aumento en la participación de los padres en el cuidado de los hijos incluye todos los aspectos (cuidado físico, educación, juegos, etcétera). En general, se observa un cambio normativo; los hombres no solo deben ser «buenos trabajadores» y «buenos padres», sino también «buenos maridos». Esto se plantea claramente cuando examinamos el conflicto sobre el tiempo y los recursos que un hombre puede o debe dedicar a cada rol. Mientras que para los hombres «ser un buen padre» implica sacar tiempo y recursos del ocio, para algunas mujeres ser un «buen marido» implica un reparto equitativo de la dedicación a los hijos; de lo contrario, se resiente su satisfacción conyugal (Kalmuss, Davidson y Cushman, 1992).

Cuidar a los hijos es mucho más gratificante emocionalmente que dedicarse a las tareas domésticas (Oakley, 1974). Así, ante el dilema de «ser un buen padre y un buen marido» y renunciar al tiempo de ocio, suele ganar

la reducción de la participación masculina en las rutinarias tareas del hogar. Valga señalar que la percepción de injusticia en el reparto de responsabilidades de cuidado y trabajo doméstico no es exclusiva de las mujeres. Según Milkie *et al.* (2002), el hecho de que los padres no cuiden adecuadamente a los hijos es una fuente de estrés para las madres, pero un aumento indeseado del trabajo remunerado también puede ser una fuente de estrés para los padres que quieren implicarse. Estos padres, además, sufren cuando las mujeres mantienen el rol tradicional de cuidadoras únicas. Esta especie de «monopolio maternal» sobre los hijos (Allen y Hawkins, 1999) pone de manifiesto hasta qué punto el equilibrio de géneros puede implicar un complejo juego de poder.

Cabe decir que una paternidad participativa está vinculada al entorno social y cultural. De hecho, la paternidad activa tendría que estar positivamente relacionada con las políticas de apoyo a la familia, al igual que con el cambio de las normas de género. La investigación sobre la paternidad debe tener en cuenta claramente estos factores. Este capítulo se propone llenar algunos de los vacíos que tenemos en lo que se refiere a la investigación sobre los padres españoles.

6.3. Datos y enfoque analítico

Los datos de este estudio provienen del proyecto de investigación cualitativa internacional «TransParent» sobre la transición a la paternidad. Incluye 136 entrevistas individuales en profundidad (entrevistas por separado a los dos miembros de la pareja) y 68 entrevistas conjuntas (a los dos miembros al mismo tiempo) realizadas en cuatro ciudades (Barcelona, Madrid, Pamplona y Sevilla) en 2011. En este capítulo nos basamos sobre todo en la muestra de hombres. El proyecto «TransParent» escogió a las parejas sobre la base de dos criterios principales: ser de «doble sueldo» (los dos miembros de la pareja trabajan o están buscando trabajo) y estar esperando el primer hijo. La definición de parejas de «doble sueldo» se acabó flexibilizando para incluir a individuos desempleados con el fin de adaptar el diseño de la muestra a la crisis económica actual (el desempleo había pasado del 9% en 2005 al 20% en 2011). La mayoría de las parejas fueron contactadas durante las clases de preparación para el parto.

Asimismo, la muestra incluye a individuos de diferentes estratos socioeconómicos (tabla 6.1). No obstante, cabe señalar que la muestra no es representativa de la población española, además presenta ciertos rasgos, por ejemplo, hay una mayor representación de parejas mayores. En 2010 la edad media a la que las mujeres españolas tenían el primer hijo era de 31 años (INE),⁽²⁾ mientras que esta media en nuestra muestra es de 34. El nivel educativo también está ligeramente sesgado porque la población con menos educación se encuentra infrarrepresentada.

Sin embargo, el objetivo de este tipo de investigación cualitativa no es asegurar la representatividad estadística de la muestra sino contar con la visión de parejas de distintos niveles educativos y entornos económicos, ya que estos factores influyen en el comportamiento, las expectativas y los valores de género (Coltrane, 2000). La muestra nos permite explorar cómo ven la paternidad hombres con diferentes experiencias laborales y niveles educativos. Las entrevistas individuales estaban semiestructuradas y solicitaban información sobre los planes laborales de cada miembro de la pareja inmediatamente después de la llegada del hijo; se preguntaba si siempre habían querido tener un hijo y en qué circunstancias se plantearon la idea de tenerlo; cómo se preparaban para la llegada del niño, sus referencias para reflexionar sobre la maternidad/paternidad (amigos y familiares), los planes ideales para cuidar al bebé y equilibrar las responsabilidades laborales y familiares, y, por último, los planes que tenían en relación con el uso de los permisos.⁽³⁾ La muestra también tiene algunos inconvenientes: por ejemplo, nos falta información sobre hombres que viven en pareja y prefieren no tener hijos o todavía no han dado el paso de ser padres. Estos casos podrían ayudarnos a entender los motivos del aplazamiento de los hijos o el rechazo a tenerlos. Aun así, la muestra contiene una buena representación de hombres por grupos de edad (el más joven

(2) Los principales indicadores demográficos del Instituto Nacional de Estadística (INE) están disponibles en línea en www.ine.es.

(3) Según el sistema español de permisos, las madres tienen derecho a un *permiso de maternidad* de 16 semanas, de las cuales 10 pueden tomárselas antes del parto o transferirlas al padre. Los padres tienen derecho a 15 días de *permiso de paternidad* si son empleados o 13 días si son autónomos. Ambos permisos, el de la madre y el del padre, garantizan el sueldo íntegro y pueden tomarse simultáneamente o no (el permiso del padre se puede tomar cuando acaba el de la madre). Los dos padres también tienen derecho a *permisos no remunerados* para cuidar a los hijos (con la excepción de los autónomos) por una duración máxima de 3 años desde el nacimiento. Finalmente, padres y madres tienen derecho a *permisos a tiempo parcial* (también conocidos como «jornada laboral reducida») para cuidar a los hijos, con la reducción salarial correspondiente.

tiene 27 años y el mayor, 46; 12 de los 68 hombres que esperan el primer hijo tienen 40 años o más) e incluye una buena representación de las personas que han retrasado la decisión de ser padres.

TABLA 6.1

Características principales de la muestra: individuos (hombres y mujeres) en parejas de doble sueldo que esperan el primer hijo

	INDIVIDUOS	PORCENTAJE
Ciudad		
Barcelona	34	25
Madrid	42	31
Pamplona	42	31
Sevilla	18	13
Total	136	100
Media de edad		
Hombres	36	
Mujeres	34	
Nivel educativo		
Educación obligatoria incompleta	5	4
Educación secundaria (primer ciclo)	8	6
Educación secundaria (segundo ciclo)	36	26
Educación superior (3 años)	27	20
Educación superior (5 años)	54	40
Doctorado o posgrado	6	4
Total	136	100
Relación con el mercado laboral		
Funcionarios	9	7
Con contrato indefinido	75	55
Con contrato indefinido y autónomos	3	2
Autónomos	11	8
Con contrato temporal	19	14
Trabajadores irregulares (sin contrato laboral)	1	1
Desempleados	18	13
Total	136	100

Nota: las entrevistas se realizaron entre noviembre de 2010 y julio de 2011.

6.4. El deseo de los hombres de ser padres y el momento ideal para tener el primer hijo

Ante la erosión del modelo del varón sustentador, la independencia creciente de la mujer y la mayor participación de los padres en la crianza de los hijos, la percepción del hombre sobre el coste de los hijos y el momento apropiado para tener el primero puede haber cambiado. En esta sección empezamos explorando el papel del hombre en la decisión de tener un hijo y qué momento consideran el adecuado para ser padres. Como vemos en la tabla 6.2, se configuran cuatro grupos según quien toma la decisión y quien siente inicialmente un mayor deseo de tener un hijo.

TABLA 6.2

Descripción de la muestra: miembros de parejas con doble sueldo que esperan el primer hijo, según quien ha tomado la iniciativa en la decisión

	NÚMERO DE PAREJAS		EDAD MEDIA DE LA MUJER	EDAD MEDIA DEL HOMBRE
El hombre tomó la iniciativa de tener el primer hijo	16	24%	35	34
Ella insistió, él accedió	16	24%	33	35
Los dos estaban de acuerdo en tener el hijo	27	40%	34	37
No estaban buscando que ella se quedara embarazada	7	10%	36	37

Nota: dos parejas no proporcionaron información explícita.

En el primer grupo, en el que *el hombre tomó la iniciativa de tener el primer hijo*, los hombres habían estado aplazando la decisión incluso cuando llevaban largo tiempo deseando tener hijos. Muchos simplemente tardaron en encontrar a la «persona adecuada» y en alcanzar la estabilidad emocional y profesional necesaria. Algunos de estos hombres ven a los hijos como el resultado natural de la pareja. La decisión de convertirse en padres parece estar estrechamente relacionada con el reloj biológico. Algunos afirman ser «muy niños» y otros incluso siguen con interés los programas televisivos sobre la crianza de los hijos. Suelen proceder de familias numerosas y guardan buenos recuerdos de su propia infancia. Algunos

también mencionan que la mayoría de la gente que les rodea está teniendo hijos, lo cual es una prueba más de que ya ha llegado la hora de que ellos también se lancen. En algunos casos, el deseo de tener hijos es muy intenso y afirman que es un proyecto muy importante en la vida de la pareja o que una pareja sin hijos no está realizada. Un argumento recurrente para aplazar la paternidad en este grupo es la idea de que sus parejas no estaban preparadas porque querían esperar a tener un empleo estable o alcanzar determinados objetivos profesionales.

En el segundo grupo, *ella insistió, él accedió*, predominan los hombres que se resisten a asumir las responsabilidades de la paternidad. Para un pequeño número de este grupo, la paternidad no es un elemento esencial de sus vidas; es algo de lo que podrían haber prescindido fácilmente o no era una prioridad en el momento en que sus parejas se lo sugirieron. Estos hombres aceptan la inminente paternidad como algo inevitable básicamente porque no pueden privar a su pareja de la maternidad. Un hombre, por ejemplo, menciona que en un momento dado él y su pareja asumieron el riesgo de no usar anticonceptivos. Otro dijo que el embarazo simplemente llegó y que lo aceptaron, y otros hacen referencia al reloj biológico de la pareja como el motivo de la decisión. Muchos de estos hombres pasan de los 40 y habían decidido que no tendrían hijos. Otro argumento mencionado con frecuencia es que los hombres nunca están preparados para asumir, al menos por iniciativa propia, una responsabilidad tan importante como la paternidad, que se percibe como demasiado costosa para su estilo de vida y, sobre todo, para su tiempo de ocio. Según afirman, han podido disfrutar de la vida en pareja con entera libertad, pero pronto tendrán que cambiar la mayoría de sus rutinas. Estos hombres no solo están asustados ante la paternidad, sino que también tienen la impresión de que no están tan preparados para ser padres como lo están las mujeres para ser madres. Otros hombres, resignados con la idea de que tarde o temprano tendrían hijos, discutieron explícitamente esta cuestión con su pareja y les pidieron esperar hasta que la situación laboral de ambos mejorase o se estabilizaran económicamente.

El tercer grupo consta de parejas en las que *los dos estaban de acuerdo en tener el hijo*. Para este grupo un tema recurrente es haber pasado una lista de condiciones previas antes de ser padres, como la situación laboral de

ambos o, en menor medida, el hecho de haber encontrado a «la persona adecuada» (muchos miembros de este grupo rondan los 40 años). A menudo habían decidido explícitamente aplazar el tema del hijo hasta consolidarse profesionalmente, ya que la mayoría de parejas sigue el modelo de doble sueldo, en parte como respuesta a la creciente incertidumbre económica (Abril *et al.*, 2012). Si no alcanzan este objetivo, los hombres en particular se angustian. Otro motivo que dan para tener el hijo es que la pareja ha pasado mucho tiempo sin hijos y ya ha llegado el momento oportuno para ser padres. Algunos hombres confesaron que habían dudado de si llegarían a tener hijos o no. Varias parejas también comentan que se sentían un poco «raros» porque tenían la impresión de que todos tenían hijos menos ellos. Fernando recordaba así las dificultades que pasaron para que su pareja se quedara embarazada:

(1) *FERNANDO: Sí, sí, casi todos los amigos, yo tengo treinta y ocho años y soy, digamos, el pequeño de mis amigos; casi todos tienen niños y siempre ha sido una cosa que a mí me ha gustado mucho, ¿no? Quizá ya hemos pasado un poco la etapa esa, pues ya hace mucho tiempo que llevamos rondando esto. Esto va a traernos un poco de paz.*

ENTREVISTADORA: ¿Sí?

FERNANDO: Sí, después de tanto tiempo nos va a venir muy bien.

[Fernando: 38 años, estudios secundarios. Fátima: 34 años, estudios universitarios.]

Finalmente, el último grupo –el más reducido– lo forman parejas que *no estaban buscando que ella se quedara embarazada*. Resulta interesante comprobar que son bastante maduros y tienen un buen nivel educativo. En algunos casos dicen que el embarazo fue inesperado, ya que habían abandonado la idea de tener hijos tras una serie de abortos espontáneos. En estos casos, la paternidad era un proyecto importante que no había sido posible realizar anteriormente.

En resumen, la muestra presenta una gran heterogeneidad en las intenciones de los hombres y el calendario deseado para la paternidad. Hay hombres que alientan o frenan a sus parejas para efectuar la transición a la paternidad; hay hombres que tienen miedo y otros que sienten un intenso

deseo de ser padres. La cuestión importante aquí es aclarar hasta qué punto la iniciativa del hombre en las decisiones sobre tener hijos está relacionada con los distintos ideales de paternidad. ¿Debemos deducir que los padres que toman la iniciativa son también los más propensos a desarrollar una «paternidad comprometida»? ¿O que las parejas que planifican conjuntamente la transición al primer hijo compartirán las tareas de cuidado de forma más igualitaria? En la siguiente sección intentaremos encontrar algunas respuestas.

6.5. Los ideales de los hombres sobre la paternidad y sus planes para cuidar a los hijos

La sección anterior ponía de relieve una heterogeneidad significativa en los deseos de los hombres de ser padres, en el valor asignado a los hijos con el fin de tener una relación satisfactoria y en el momento apropiado para tenerlos. El resultado es que en el proceso decisorio subyacente no tan solo se manifiestan las preferencias de la mujer, sino que se produce una toma de decisiones conjunta, en la que cada miembro de la pareja considera las opciones y las limitaciones del otro, y, como apuntan Miller, Severy y Pasta (2004), los desacuerdos también influyen en el calendario del primer hijo. No obstante, contrariamente a nuestras expectativas, no hallamos una inclinación dominante hacia un rol paterno más activo entre los hombres que han tomado la iniciativa de tener el primer hijo, sino que aparecen numerosos ideales diferentes en torno a la paternidad. Para algunos hombres, el trabajo tiene mucha importancia y apenas prevén ajustes menores en su vida laboral –si es que hacen alguno–; simplemente les atrae la idea de tener niños. Para estos hombres, tal como lo expresa Townsend (2002), la paternidad es un componente más de un «paquete» culturalmente determinado con cuatro elementos interrelacionados: casarse, tener hijos, tener un puesto de trabajo fijo y una casa en propiedad. También encontramos a hombres que se proponen participar muy activamente en el cuidado del hijo pero resulta que están en el paro (trabajadores manuales), para quienes su rol de cuidadores está condicionado por las perspectivas laborales futuras; hombres con una débil orientación laboral que preferirían pasar todas las horas del día con la criatura, especialmente

en el primer año, si fuera posible, y también un grupo minoritario de hombres que se proponen involucrarse a fondo en el cuidado del hijo: hombres también con una débil orientación hacia el trabajo y hombres con una fuerte vinculación al trabajo, bien situados, para quienes la atención al hijo no tiene por qué afectar negativamente sus perspectivas laborales.

En esta sección trataremos el compromiso que los hombres prevén adquirir a la hora de cuidar al hijo y la estrategia para conciliar esta actividad con el trabajo remunerado. Los planes ideales serán un reflejo del significado de la paternidad para estos hombres. En particular, exploramos qué entienden por ser un «buen padre», hasta qué punto los hombres prevén participar en el cuidado del hijo durante los primeros años y los costes de oportunidad que implican estas decisiones, así como hasta qué punto son partidarios del equilibrio de géneros a la hora de cuidar al hijo. Por *prever* nos referimos a los ajustes que los futuros padres hacen para poner en práctica sus ideas. Como se ha mencionado anteriormente, presuponemos que los hombres más favorables a una «paternidad activa» anticipan la necesidad de realizar ajustes en su vida laboral y son más proclives a asumir un reparto equitativo del tiempo dedicado al cuidado del hijo.

La realidad es que la mayoría de los hombres de la muestra decían que estaban entusiasmados –aunque unos cuantos también reconocían que estaban aterrorizados– ante la inminencia de la paternidad y manifestaban explícitamente el deseo de ser «padres participativos». Muy pocos se sentían cómodos con el modelo del padre ausente que se pasa el día trabajando para sacar adelante a la familia, si bien unos pocos lo justificaban como un sacrificio por la familia. Por ejemplo, este es el caso de Andrés, un trabajador altamente cualificado y muy bien situado profesionalmente en su sector, con una jornada laboral larga y casado con una mujer también muy cualificada pero con un débil compromiso con el mercado laboral debido a la crisis económica. Él tenía muy claro que lo primero es el trabajo. Su mujer se ocuparía de todas las tareas relacionadas con el hijo, de modo que él pudiera continuar invirtiendo en su trayectoria profesional, lo que consideraba económicamente beneficioso para la familia a largo plazo:

(2) *ANDRÉS: Hay gente que hace eso, quizá en mi [empresa]; desde luego hay gente con esos perfiles, como habrá en muchos ministerios y en muchas*

otras empresas. Yo, sinceramente, creo que si tienes la ambición necesaria para pegar un sprint profesional ahora, que luego te permita un desahogo, soy de la opinión de que se debería hacer y también soy de la opinión de que si la mujer se siente más cómoda en casa y con trabajos más flexibles y menos demandantes... Soy totalmente pro familia, es decir, que no es por ser machista tampoco, porque al final uno de los dos tiene que estar más en unas tareas que el otro. Tengo unos amigos en que es lo contrario.[...] No, pero claro, a mí me encantaría, dentro de diez años, poder tener una situación laboral que me permita disfrutar de mis hijos. Yo sé que hasta dentro de diez años no va a ocurrir porque voy a tener que trabajar mucho, pero espero poder [hacerlo].

[Andrés: 36 años. Ana: 31 años. Ambos con estudios universitarios.]

Andrés constituye un ejemplo del grupo de padres para los cuales la necesidad de centrarse en la familia es un proyecto a largo plazo. Para ellos, alcanzar la posición social deseada es muy importante. Estos hombres no consideran la paternidad como un coste de oportunidad en sus trayectorias profesionales; al contrario, pretenden incluso entregarse más al trabajo para poder sacar adelante la familia. Esto no significa que no sean conscientes de las necesidades de los niños en cuanto a tiempo y atención, pero saben que estas necesidades serán satisfechas sobre todo por las madres y por ayuda externa. Estos hombres comparten la idea de que trabajar intensamente en el presente les permitirá disfrutar más de la familia en el futuro. En estos casos, no se menciona ninguna negociación con la pareja; la necesidad de centrarse en el trabajo se presenta como algo inevitable, derivado de la profesión que han elegido, o bien relacionado con una inversión que beneficiará a la familia a largo plazo y que sus parejas «comprenden».

Sin embargo, el «padre ausente» que refleja el caso que acabamos de ver es poco común en las entrevistas realizadas. Un discurso recurrente es el deseo del hombre de escapar del tradicional modelo de familia del varón sustentador. Los hombres comparan sus ideales de paternidad con los de sus padres y suelen marcar distancias respecto a lo que posiblemente era el modelo de un padre autoritario y a menudo ausente, frente al cual adoptan una postura favorable a un modelo más participativo. Así, mencionan la necesidad de mejorar sus «aptitudes paternas» en aquellas fa-

cetas en las que se sintieron decepcionados por sus propios padres como, por ejemplo, prestar más atención al rendimiento escolar o pasar más tiempo juntos.

A pesar del rechazo del modelo del padre ausente, muchos hombres ven difícil encontrar tiempo para estar con el hijo. Evocan repetidamente la imagen del padre que llega a casa justo a tiempo para bañar al niño y acostarlo, y muchos se identifican con esta imagen –más o menos resignados–. Idealmente, a la mayoría de los padres les gustaría dedicar más tiempo a los hijos y llegar a casa antes, pero no creen que eso sea posible. A menudo lo justifican por las condiciones del mercado laboral o por las características específicas de su puesto de trabajo. Inevitablemente, para que los hombres puedan mantener su horario laboral, muchas mujeres tendrán que modificar el suyo. Esto, a su vez, significa que las madres asumirán el rol de cuidadoras principales, como se refleja en este caso:

(3) *ENTREVISTADORA: ¿Crees que los dos haréis algún tipo de adaptación? Tú te has planteado eso que me comentabas antes de intentar estar en una posición con más margen de maniobra, ¿no?*

UBERTO: A ver, yo creo que esta posición probablemente me permita, por las mañanas, llevar al bebé a la guardería o al sitio que sea preciso, y por la tarde entiendo que me permitirá también salir algo antes para poder dedicarle esos tiempos de baño, de cena y de dormir.

[Uberto: 34 años. Úrsula: 30 años. Ambos con estudios universitarios.]

La mayoría de los hombres entrevistados dicen que les gustaría estar «implicados», aunque no tenían muy claro qué quiere decir eso exactamente en la práctica; en realidad, las interpretaciones eran bien diferentes. Un hombre partidario de compartir las responsabilidades, por ejemplo, creía que «implicarse» significaba compartir su tiempo libre equitativamente una vez que su mujer tuviese un trabajo a tiempo completo. De hecho, pensaba coger el permiso de paternidad de 15 días, mientras que su pareja tenía previsto coger las 16 semanas de maternidad, seguidas de un permiso de maternidad que le permitiese trabajar a tiempo parcial durante un año. A él, un permiso tan largo le parecía económicamente inviable, aunque los ingresos de ambos eran similares. En esta pareja, los valores tradicionales de género desempeñaban un papel clave a la hora de planificar la

futura paternidad, como lo refleja la diferencia de significados que otorgaban a ser un «buen padre» o una «buena madre». La mujer consideraba normal que fuese ella quien redujera su jornada laboral, aunque eso pudiese perjudicar sus perspectivas profesionales:

(4) *ENTREVISTADORA: ¿Y habéis valorado lo de la jornada reducida, que lo haga ella por el tema económico, o hay alguna otra razón?*

DELIA: Pues no, la verdad es que no nos planteamos el porqué, ya dimos por supuesto que iba a ser yo. Creo que también un poco por, no sé, porque en mi trabajo quien tiene la jornada reducida son las mujeres. [...] Pero claro, yo sé que hasta que mi marido llegue a casa la que va a estar con el bebé soy yo, porque soy yo la que sigue teniendo la jornada reducida. También soy yo la que va a cobrar menos, lo que repercute en el gasto de la casa, que es común, pero claro, soy yo la que a lo mejor tengo más limitada mi carrera profesional también, pero ya sé todo, todo lo que conlleva, y entonces, claro, elijo, y elijo estar con mi hijo.

[Delia: 32 años. Daniel: 29 años. Ambos con estudios universitarios.]

Para la madre, la paternidad activa significaba establecer un vínculo estrecho con el hijo, y ello consistía en la necesidad de pasar «suficiente tiempo» con la criatura. Para el padre, significaba disfrutar de tiempo con el hijo y procurar no perderse nada del proceso de crianza. Sus visiones implicaban compromisos distintos en relación con la dedicación temporal, al igual que ideas diferentes sobre el propio tiempo. Además, la mujer defendía una especie de monopolio en el cuidado del hijo durante el primer año (Allen y Hawkins, 1999) y se consideraba a sí misma como la cuidadora legítima:

(5) *DELIA: Sí, suele ser la madre la que reduce su jornada. Yo creo que hay gente que puede pensar que es machista, la sociedad, pero creo que el vínculo con la madre, personalmente, siempre es más..., sobre todo al principio, creo que es muy importante, ¿no?, que la madre esté presente en ese primer año o primer y segundo años. Hay gente que lo calificaría de machista y que el hombre debería tener más papel, pero no sé, yo no sé realmente qué horarios tienen los demás. A lo mejor se dividen; lo que tengo pensado hacer con mi marido es dividir la tarea: él que lo lleve por la mañana y yo lo recojo por la tarde, y así el contacto con el padre y con la madre es el mismo, ¿no?, por lo menos.*

[Delia: 32 años. Daniel: 29 años. Ambos con estudios universitarios.]

Como contrapunto al monopolio maternal en el cuidado de los hijos, algunos padres son conscientes de la necesidad de romper con los roles tradicionales. Esto lo expresan los hombres que anticipan con realismo los cambios que tendrán que hacer en su vida cotidiana para adaptarse a la crianza de los hijos y alcanzar un estatus de paternidad realmente compartida. Para ellos, ser padres activos y presentes significa compartir una parte del control que la madre tiene sobre los hijos, tanto en términos de educación como de cariño, tal como lo expresan ellos mismos:

(6) CARLOS: *Claro, no, no; doy por sentado que esto va a ser así algún día, o sea, muchos días te apoyas en Luisa o Luisa se apoyará en mí. Yo tengo una ilusión brutal por conectar con mi hija, al mismo nivel que Luisa, tengo esa necesidad. Para mí es muy importante esta niña, por nada en especial, porque me hace una ilusión terrible y porque es un pedazo de emoción. Yo quiero estar con ella, quiero ser parte activa. No quiero que mi trabajo me reste horas de niña, y en la medida en que pueda lo voy a intentar hacer y si para esto necesito estar aquí, y con el teléfono, pues voy a estar.*

[Carlos: 38 años. Luisa: 37 años. Ambos con estudios secundarios (segundo ciclo).]

(7) ÁNGEL: *Pues me gustaría que fuera mucho más compensado de poder, por ejemplo, cosas como prepararle el baño, sino poder estar para darle la merienda y hacer los deberes o ser el que va al parque, que vas a un parque y es patético, hay un hombre por diez mil mujeres. [...] O el que lo recoge, esos pequeños placeres, que para mí es el día a día, y que yo no he tenido esa figura y no quiero que haya ese vacío, ¿no? Quizá no tiene por qué crearse, pero como yo lo he vivido así, por lo tanto, es una cosa que no quiero.*

[Ángel: 37 años, estudios secundarios (segundo ciclo). Verónica: 31 años, estudios universitarios.]

Hay un grupo de hombres que consideran la familia como una prioridad y que han decidido adoptar un rol activo en el cuidado del hijo. Son conscientes de que su horario de trabajo puede obstaculizar –en la mayoría de los casos– una participación activa, lo que les lleva a replantearse la relación que tienen con su trabajo. Estos padres recurren a diversas estrategias para modificar su implicación en el mercado de trabajo a corto plazo: reducir la jornada laboral, rechazar las horas extras, cambiar de turno, trabajar por

cuenta propia para tener más flexibilidad o, incluso, aplazar la búsqueda de trabajo en el caso de estar desempleados. Estos argumentos son más comunes entre los hombres con una débil orientación laboral o que están decepcionados con las posibilidades que les ofrece actualmente el mercado laboral. La decisión de tener un hijo los ha impulsado a reevaluar sus preferencias y, en algunos casos, a afrontar costes de oportunidad significativos. Este es el caso, por ejemplo, de Jorge, que habló con su jefe sobre sus condiciones laborales antes de que su pareja se quedara embarazada y fue despedido en cuanto la empresa supo de su intención de tener hijos:

(8) JORGE: Sí, nosotros acordamos, después de un largo período de vacaciones, que después de agosto del año pasado, al acabar las vacaciones nos pondríamos a buscar el crío. Entonces, en septiembre tuve una charla con mi jefe para... bueno, se lo comenté. Es una persona normal, no sé, un jefe normal y corriente, y bueno, yo le comenté que estábamos intentando tener un hijo y que necesitaba saber cómo estaría la cosa. Pues a la semana siguiente me echaron, y en dos semanas ya estábamos embarazados, si hubiera sido por mí, no nos hubiéramos quedado embarazados el mismo día, todo igual pero con el trabajo, pero eso no dependía de mí y yo sé que ella estaba muy ilusionada, tenía muchas ganas. Cuando me despidieron hubo un segundo en que se me pasó por la cabeza el decirle: «De momento, lo dejamos», pero en seguida entendí que no, evidentemente, porque ella se moría de ganas de quedarse embarazada, y bueno, también quiero que sea feliz, si es lo que ella ya había esperado casi un año.

[Jorge: 31 años. Natalia: 32 años. Ambos con estudios secundarios (segundo ciclo).]

Al examinar a este grupo con detenimiento, comprobamos que los que están dispuestos a asumir un rol de padre más activo tienen una situación laboral (y los ingresos) similar o inferior a la de sus parejas. Estos hombres no consideran que el trabajo remunerado sea algo de la máxima importancia, en algunos casos porque se han encontrado en un entorno laboral inesperado (es decir, en el paro o trabajando en un sector que no habían previsto), o porque tienen trabajos poco convencionales en el sector público o simplemente con un horario laboral flexible. También es frecuente que estos hombres valoren la importancia del trabajo de su pareja.

Algunos hombres, por ejemplo, expresan claramente que el trabajo ha dejado de ser el eje central de su vida y que prefieren ser los cuidadores principales del bebé durante el primer año en lugar de pagar a alguien para que se ocupe de su hijo. Uno de los hombres describe el trabajo remunerado como un mero instrumento para poder desarrollar otras actividades. Otro (un funcionario) considera que su puesto de trabajo es un callejón sin salida y no cree que una reducción de su jornada laboral sea perjudicial para sus ambiciones profesionales, que dependen únicamente de si aprueba unas oposiciones. En otro caso, el hombre tiene la intención de coger una parte del permiso de maternidad y pasar a ser el cuidador principal del niño, de modo que su mujer pueda concentrarse en el trabajo, pues tiene un puesto muy exigente. No obstante, este tipo de discursos no se limita a los padres con empleos poco atractivos. Por ejemplo, Romero, que trabaja en el sector público y tiene un alto nivel educativo, como su pareja, llega tarde a la paternidad (tiene 44 años) y percibe su trabajo como algo instrumental; prevé hacer cambios importantes en su vida laboral, como coger los 15 días de permiso de paternidad, juntarlos con las vacaciones anuales y después reducir la jornada en un tercio durante el primer año. También se queja de no tener el mismo estatus que las madres; la comadrona le desaconsejó asistir al curso preparatorio del parto:

(9) ENTREVISTADORA: *Aparte de acudir a los cursillos de preparación al parto.*

ROMERO: *A la primera y a la última clase, que no nos ha dejado Antonia ir a más.*

ENTREVISTADORA: *¿No os ha dejado ir a más clases?*

ROMERO: *No, no, a los chicos no. Sí, fuimos a la primera y nos dijo, ya sabes cómo es Antonia: «Bueno, a los chicos ya no os quiero ver más hasta el último día» (ríen los dos), nos quedamos todos así como diciendo: «Bueno, pues no sé» (ríe), si es así, pues bueno. Preparándome, intento ayudarla, aunque la verdad es que la ayudo muy poco con el tema de las respiraciones, por lo menos para la respiración para el parto.*

[Romero: 44 años. Olga: 37 años. Ambos con estudios universitarios.]

Una vez más, la intención de los hombres de ser el cuidador principal no está necesariamente relacionada con el miembro de la pareja que tomó la iniciativa de tener el hijo. Esto lo ilustra Federico (empleado del sector público), que al comienzo se sintió muy inseguro y demasiado inmaduro para ser padre, pero que ahora se está preparando a conciencia para ser un padre participativo. Se queja de las dificultades para encontrar buenos modelos de este rol de paternidad en los medios de comunicación.⁽⁴⁾ Está casado con una mujer de alto nivel educativo y valores muy orientados al trabajo; en cambio, él no le da tanta importancia a sus ambiciones profesionales. Disfruta de un horario privilegiado (trabaja de 8 a 3) y prevé pasar todas las tardes con su hija. Para él, la satisfacción como padre significa hacer todo lo relacionado con el cuidado de su hija:

(10) FEDERICO: Qué cuidados, hombre, yo creo que para sentirme realizado como padre me gustaría participar en todos los cuidados que necesite, o sea, desde cambiarle un pañal hasta bañarla, hasta salir con ella al parque, ir con ella al médico si puedo. A mí me gustaría implicarme, me gustaría poder implicarme en todo lo que ella necesite, y de modo egoísta, quiero decir porque es que al final es un poco tu hija y me gusta participar en todo, pero en cuanto a horas (resopla), no sé, no sé cuánto puede necesitar.

[...] Hemos pasado del tema, pero solo es el mundo de las madres, nosotros estamos ahí para después ayudar y yo no quiero ayudar, yo quiero ser padre.

[...] Sí, estoy muy enfadado con las revistas, son todas «Ser padres hoy», que por lo menos te ponen en el título, pero todas van encaminadas solo a la madre, menos un artículo o dos que he leído. Solo es cómo reacciona la madre, cómo se siente la madre, cómo no sé qué, cómo tienes que hacer que el padre se sienta y el padre es como si no existiera.

[Federico: 30 años, estudios secundarios (segundo ciclo). Fabiola: 30 años, estudios universitarios.]

En todo caso, son una minoría los hombres que realmente prevén una paternidad compartida. Y pocos los padres dispuestos a reducir la jornada

(4) En Francia y el Reino Unido se han llevado a cabo estudios que también han identificado esta queja general sobre la manera en que las guías para los futuros padres presentan a los padres (hombres) como progenitores y cuidadores, en un rol claramente secundario respecto a las madres, y al mismo tiempo enfatizan la carencia natural de los hombres en habilidades paternas, lo que les sitúa en un «territorio desconocido» (Gregory y Milner, 2011).

laboral durante los primeros meses después del parto, de modo que dan por hecho que la madre será la cuidadora principal. En muchos casos, esto está relacionado con la lactancia. Las mujeres se identifican culturalmente como el pilar que nutre y cuida a los hijos, y los padres se suman a este esfuerzo mediante su colaboración. Muchos expresan dilemas con respecto a pedir o no los 15 días de permiso. Saben que tienen derecho a ello, pero piensan que a sus jefes o las empresas donde trabajan no les gustará. Describen su decisión como «atrevida» o que supone una cierta desviación respecto a normas no escritas. Al mencionar este dilema, están reconociendo los posibles costes de oportunidad asociados a su puesto de trabajo o trayectoria profesional. En algunos casos, los hombres deciden no tomarse los 15 días de permiso; esta decisión a veces se justifica por el miedo a las consecuencias que pueda tener, de modo que estos hombres tienen una clara percepción de los costes de oportunidad. Pero a menudo la justificación está más relacionada con la percepción de los futuros padres de ser insustituibles en el trabajo. En estos casos hay un estrecho lazo entre la identidad de género del individuo y la actividad económica. Esta situación no tan solo se da entre hombres con trabajos altamente especializados, sino también entre los que ocupan puestos de categorías inferiores. Tal es el caso, por ejemplo, de Samuel. Altamente cualificado y muy orientado al trabajo –que le va muy bien–, casado con una mujer igualmente cualificada, menciona explícitamente la necesidad de invertir «tiempo de calidad» en su hija, aunque su pareja se manifestaba muy escéptica respecto a su supuesta participación. Su conversación refleja desacuerdo sobre las prioridades y la percepción del tiempo que requiere hacerse cargo adecuadamente de su hija:

(11) SAMUEL: Pues yo creo que tendremos un modelo en el que tendremos que utilizar o contratar a una persona interna aquí en casa, que nos ayude en todas las labores domésticas o que nos haga todas las labores domésticas e intentar, bueno, pues concentrar la jornada de trabajo en llegar antes, no significativamente antes, pero sí a lo mejor antes, ¿no? También intentar tener más flexibilidad en algún momento con la niña para poder trabajar desde la casa si todo sigue como hasta ahora, y bueno, pues el tiempo libre dedicarlo mucho a la niña.

[...] Claro, yo creo que cuanto más se le dedique, mejor, eso sin duda, pero partiendo de la base de que cuanto más tiempo se le dedique, mejor es para la

niña y para la relación. También hay que ver la calidad del tiempo que se dedica, entonces procuraré dedicar más tiempo y que el tiempo que le dedique tenga calidad, pues procuraré que la calidad sea básicamente estar en los momentos importantes o en los momentos más fundamentales estar muy pendiente.

ENTREVISTADORA: Con lo cual tú ni siquiera te planteas la reducción de jornada; ¿no es algo posible o ni siquiera te lo planteas?

SAMUEL: No.

SARA: Ni siquiera te lo planteas.

SAMUEL: Es que no me lo puedo plantear, cari (resopla), es que, tsch, es que ya lo sabes.

SARA: Ya, pero...

SAMUEL: Es que trabajar por cuenta propia tiene esas circunstancias, entonces no, no veo factible trabajar, o sea, tener una reducción de jornada. Veo posible lo que te comentaba, tener una flexibilidad o poder venir más días a trabajar desde casa cuando sea necesario, etcétera, eso sí, y si hace falta cogermé una tarde o un día entero para ver a la niña, me lo cojo, ¿sabes?, pero no veo factible pedirme una reducción de jornada oficial.

SARA: Porque tampoco la cumplirías, o sea que...

SAMUEL: Sería muy, muy complicado.

[Samuel: 38 años. Sara: 37 años. Ambos con estudios universitarios.]

Los futuros padres manifiestan una actitud ambivalente ante los cambios que la paternidad causará en sus vidas. En general, los padres se imaginan la vida con un niño o una niña de mayor edad, con quienes mantendrán un alto grado de interacción. Tienen ideas más o menos definidas sobre lo que les gustaría hacer con su hijo a estas edades, sobre todo haciéndole participar en sus actividades de ocio favoritas. Para los padres que no asumen un rol activo entre semana, las actividades de ocio en los fines de semana son especialmente importantes. Sin embargo, cuando se les pide que expresen sus ideas sobre la vida cotidiana con un bebé, algunos dicen que tener niños significa perder libertad, limitar su capacidad de tener tiempo para ellos. Estos hombres sostienen que han aplazado tener hijos porque querían dedicar tiempo a otras actividades, incluidas las de ocio.

(12) *BERNARDO: Si en el fondo lo tenía claro, pero bueno, había un poco de pereza, lo que le pasa a todo el mundo, ¿no? Si piensas: «No, tendré que dejar de viajar, el fin de semana pues no podré salir...», pues bueno, ya lo he hecho durante muchos años y tampoco pasa nada por hacer otra cosa.*

[Bernardo: 33 años, estudios universitarios. Beatriz: 28 años, estudios secundarios (segundo ciclo).]

En otros casos los hombres no mencionan actividades específicas, pero comentan que tener hijos supone un cambio de vida, pasar de una etapa centrada en el ocio y en pasarlo bien a otra más centrada en la familia. Así, aunque no hayan previsto explícitamente los cambios que se producirán en sus vidas, creen que tener un hijo alterará sus pautas de ocio. Esto lo ilustra bastante bien Gerardo:

(13) *GERARDO: Sí, sí, yo sí lo he tenido claro. Creo que la vida va por etapas, vas cumpliendo años, tengo 32 años y ya se me ha pasado un poco la etapa de salir, de disfrutar tanto; bueno, de disfrutar no, de cambiar, y ahora pues eso, me hace ilusión tener hijos...*

[Gerardo: 32 años. Gabriela: 27 años. Ambos con estudios secundarios (segundo ciclo).]

Los hombres intentan compensar esta pérdida de tiempo de ocio negociando con sus parejas o anticipando acuerdos, de modo que uno pueda tener tiempo para sus actividades mientras el otro cuida al niño. Sus reflexiones sobre la necesidad de estos pactos ponen de manifiesto que los futuros padres son conscientes de los cambios que habrá en su tiempo de ocio.

En pocas palabras, la mayoría de los hombres hablan de su futura paternidad como algo emocionante y gratificante. Su idea de la paternidad a menudo se basa en sus propias experiencias y en las de sus amigos o familiares. Así, los futuros padres esperan transmitir los valores positivos aprendidos en su propia familia y mejorar lo que consideran carencias, como la falta de tiempo pasado con el padre o la reproducción de estilos de paternidad y maternidad anticuados. Encontramos evidencias de una paternidad activa en nuestra muestra, pero probablemente más en la teoría que en la práctica real. Aunque pocos de los hombres entrevistados coincidían con el estereotipo de la figura del varón sustentador, emocio-

nalmente distante, muy pocos desafiaban los roles tradicionales anticipando, por ejemplo, importantes ajustes laborales.

¿Por qué tan pocos hombres prevén una paternidad activa? Más allá de la persistencia de los roles de género tradicionales, está claro que las restricciones institucionales constituyen una barrera para los modelos familiares alternativos. En primer lugar, los limitados derechos de los padres (equilibrio trabajo-familia) reconocidos por el marco institucional nacional son parcialmente responsables de la lentitud de los cambios entre los futuros padres. En nuestra muestra, por ejemplo, algunos de los hombres tenían dudas sobre si realmente tenían derecho a los 15 días de permiso de paternidad, mientras que entre las mujeres las 16 semanas de permiso de maternidad se dan por descontadas, lo cual es sintomático de la cultura laboral tradicional. Además, el diseño del sistema español de permisos (16 semanas para la madre, 2 para el padre) institucionaliza desde el comienzo mismo los desequilibrios de género en la atención a los hijos y dificulta nuevas prácticas de paternidad/maternidad (Lapuerta, Baizán y González, 2011); un patrón que después se ve reforzado por el monopolio maternal en el cuidado de los hijos que adoptan algunas madres, en especial durante el primer año.

En segundo lugar, la actual crisis económica y la inseguridad laboral consiguiente limitan el poder de negociación de los padres en sus puestos de trabajo, debido a que temen represalias por parte de la empresa (si, por ejemplo, piden un permiso de reducción de jornada por paternidad) y se ven obligados a aceptar las condiciones laborales para no perder el empleo. Los futuros padres a menudo comentan que una jornada laboral de 7 a 3 es un ideal difícil –cuando no imposible– de conseguir; un año de permiso de paternidad se percibe como una utopía, y hechos como poder dejar y recoger al hijo o a la hija en la escuela infantil o incluso pasar juntos –la pareja y el bebé– todas las tardes se consideran privilegios. La mayoría de los hombres desempleados prevén una paternidad activa y, en algunos casos, la situación inesperada del paro se interpreta como una oportunidad única para estar más tiempo con el hijo.

Las futuras madres se enfrentan a limitaciones e incertidumbres similares o incluso peores en el mercado laboral, pero a diferencia de sus compañeros no pueden ocultar su maternidad inminente en el trabajo, de modo

que adoptan prioridades o estrategias diferentes para poder cuidar al hijo durante el primer año.

Las diferencias en la participación a la hora de cuidar al hijo entre los padres primerizos tienen diversas consecuencias para su relación de pareja y también para la relación con el niño o la niña. Tanaka y Waldfogel (2007), por ejemplo, examinaron la influencia de las políticas de tiempo, permisos de paternidad y jornadas laborales en la participación de los padres en el cuidado de los hijos a través de los datos de la primera ola del *Millennium Cohort Study* (un proyecto de investigación multidisciplinario que sigue las vidas de unos 19.000 niños nacidos en el Reino Unido en 2000-2001). El estudio concluye que el uso del permiso de paternidad y la reducción de la jornada laboral durante los primeros años se relacionó con una mayor participación de los padres en la crianza de los hijos. Según este estudio, compartir la paternidad/maternidad no solo fomenta la igualdad de género tanto en la pareja como en el mercado laboral –puesto que transmite la señal de que ambos progenitores están igualmente comprometidos con el cuidado–, sino que refuerza la relación entre padres e hijos.

6.6. Conclusiones

En los países occidentales está surgiendo un nuevo modelo de paternidad, y es probable que esto afecte a la decisión de tener hijos. De acuerdo con nuestra muestra, independientemente de quién toma la iniciativa de tener el primer hijo, los hombres anticipan estrategias muy diferentes para cuidar al hijo que tendrán atendiendo a los valores de género, el entorno laboral (la jornada), las perspectivas laborales (la centralidad del empleo) y la situación laboral de su pareja. Las condiciones laborales y las rigideces del mercado de trabajo tienen un papel muy importante en las decisiones de los padres, pero estas limitaciones a menudo se consideran como un rasgo de género: si bien las mujeres están sujetas a las mismas rigideces, están más preparadas para reducir la jornada laboral, aunque dicha reducción pueda perjudicar su carrera profesional. Hay algunas excepciones a esta norma, puesto que algunos hombres están dispuestos a involucrarse más en las tareas de paternidad para que sus parejas puedan centrarse en su trabajo, invirtiendo así los roles tradicionales.

El rechazo, al menos idealmente, del modelo de varón sustentador como forma anticuada y negativa de ser padre ha quedado arraigado en los recuerdos de infancia de algunos de los encuestados. De hecho, suelen manifestar una visión crítica de la rígida división del trabajo basada en el género que tenían sus padres y que en muchos casos comportaba un padre ausente y una madre de dedicación plena con la que establecían una relación más estrecha. No obstante, como ya hemos mencionado, esta propensión a una paternidad activa normalmente no pasa de ser un ideal, al menos, en las percepciones de los futuros padres. La mayoría de los hombres parecen estar entusiasmados con la llegada del primer hijo y afirman que quieren estar implicados, pero esto se interpreta de formas muy distintas.

Muchos hombres están resignados a hacer de «padres de fin de semana», una situación que justifican mayoritariamente por su situación laboral. Aunque los hombres defienden la igualdad a la hora de cuidar y criar al hijo, a menudo sucede que las mujeres tienen previsto realizar ajustes difíciles en su trabajo durante el primer año para poder estar el máximo tiempo posible con su hijo, mientras que los hombres solamente prevén hacer ajustes moderados, como intentar llegar a casa antes o tal vez coger un poco de tiempo o algún día libre cuando sea preciso. Hay múltiples razones que explican por qué hombres y mujeres otorgan significados distintos a la idea de una paternidad/maternidad compartida. Las mujeres sienten que tienen más derecho a ausentarse temporalmente del trabajo, ya que esto se percibe como normal, sobre todo debido a la lactancia. En consecuencia, muchos hombres sienten que tienen derecho a proseguir con las mismas rutinas laborales después del parto y solo admiten pequeños ajustes en la organización de su jornada laboral.

El resultado es que el esfuerzo de estos hombres para involucrarse en el cuidado de los hijos parece menor comparado con los ajustes que realizan las mujeres; no obstante, representa un gran cambio respecto al padre convencional. El esfuerzo que requiere ser un padre participativo a menudo se mide en comparación con los estándares muy bajos en su familia de origen. Por consiguiente, aunque pasen muy poco tiempo con el hijo, eso puede percibirse como un cambio significativo. Las mujeres, en cambio, afrontan estándares muy altos en relación con la maternidad, si los medimos por sus experiencias con sus propias madres. Para ellas, el hecho de

ser la cuidadora principal en los primeros meses después del parto –gracias a los cuatro meses de permiso de maternidad, las horas de reducción de jornada por lactancia y el mes adicional de vacaciones– a menudo se percibe como «el paquete mínimo».

En resumen, y según nuestra muestra, la paternidad/maternidad compartida parece ser todavía más una ilusión que una realidad, al menos en los primeros años de vida del niño; aun así, hemos encontrado un pequeño grupo de padres que prevén invertir los roles tradicionales y ser activos a la hora de cuidar al hijo. La consecuencia principal de los planes futuros de cuidado e implicación de padres y madres es que se agraven las desigualdades de género en las parejas. Las actitudes a favor de una paternidad más participativa han ganado popularidad, pero el contexto institucional y las dificultades derivadas de la actual crisis económica dificultan la mayor parte de los intentos para que las prácticas sean más innovadoras e igualitarias. Aunque los padres muestran cierta buena disposición a cambiar, todo indica que la mayoría no podrá pasar mucho tiempo con su hijo durante el primer año y, sin duda, encontrará justificaciones basadas en las diferencias biológicas, como la lactancia, para la adopción de una división tradicional de roles en las actividades laborales y de atención al bebé.

La crisis económica, a pesar de todos sus aspectos negativos, también introduce algunos elementos positivos en la construcción de la paternidad, ya que algunos hombres buscan otras fuentes de realización fuera del mercado de trabajo y evitan entornos laborales poco favorables para priorizar el bienestar y cuidado del hijo en el núcleo familiar. En conclusión, las políticas de familia no solo deberían velar por mejorar la conciliación del empleo con el cuidado, sino que deberían fomentar la implicación de los padres en el cuidado de los hijos. Esto requiere en gran medida abordar la cultura laboral tradicional y las normas de género que actualmente otorgan diferentes derechos, deberes, responsabilidades y estatus a la paternidad y a la maternidad.

VII. Políticas públicas, valores de género y fecundidad en Europa

Pau Baizán, Bruno Arpino y Carlos Eric Delclòs

7.1. Introducción

En el capítulo 1 hemos repasado el abundante debate que ha generado el cambio de una correlación negativa a otra positiva entre el empleo femenino y la tasa de fecundidad. Una explicación ampliamente compartida de dicho cambio es que las sociedades con elevados niveles de empleo femenino también han introducido medidas que contribuyen a conciliar la maternidad con la vida laboral (Bernhard, 1993; Brewster y Rindfuss, 2000).

Las investigaciones han destacado dos dimensiones: la organización del trabajo y la disponibilidad de servicios de atención a la infancia, en particular, la oferta de escuelas infantiles de 0 a 3 años. Las relaciones de género también son cruciales, ya que influyen en el grado en que se acepta socialmente que las madres con niños pequeños trabajen y que los padres participen en el cuidado de los hijos y en las tareas domésticas (Lewis, 1998; Hakim, 2000; Gershuny, 2000). El debate sobre la conciliación trabajo-familia quizá se ha fijado demasiado en los roles de la mujer y ha descuidado los del hombre.

En este capítulo analizaremos los efectos que las instituciones y las políticas públicas tienen en la fecundidad. Existen numerosos estudios sobre los efectos de los cambios en las políticas familiares en la fecundidad (como reseña Gauthier, 2007), y los resultados son más bien ambiguos. Considerados todos los factores, solo se ha confirmado una relación positiva, aunque débil, en el comportamiento reproductivo y una serie de políticas. Una primera contribución del presente capítulo consiste en ampliar el contexto institucional y político examinado, considerando varias dimen-

siones de la intervención pública relacionadas con los servicios de atención a la infancia, las condiciones del mercado laboral, las transferencias de renta y el sistema tributario.

También tomamos en consideración la influencia de los valores de género, por dos motivos. Primero, la dinámica de la igualdad de género puede asociarse a los cambios de políticas y, segundo, ambos elementos pueden interactuar entre sí. Bonoli (2008) sostiene que en una sociedad tradicional no puede esperarse que las políticas favorables a la familia tengan un impacto positivo en la tasa de fecundidad. Por consiguiente, lo que examinaremos es si los efectos de dichas políticas difieren según el grado de igualdad de género existente en la sociedad.

Una segunda contribución de este capítulo es el empleo de datos a nivel individual para examinar cómo los efectos de las políticas varían según las características individuales. Creemos que este puede ser especialmente el caso de las diferencias según el nivel educativo. Algunas políticas (por ejemplo, los permisos de paternidad/maternidad o la disponibilidad de escuelas infantiles de 0-3 años) promueven la igualdad de género al reducir los costes de oportunidad asociados al hecho de tener hijos. Otras políticas, como las prestaciones por hijo, solo contribuyen a reducir los costes directos de los hijos.

Al examinar los efectos sobre la tasa de fecundidad según el nivel educativo de las mujeres intentamos conciliar los resultados de los estudios a nivel macro, que muestran una relación positiva entre participación en el mercado laboral y fecundidad, con los resultados de los estudios a nivel micro, que suelen encontrar una relación negativa entre ambas (Brewster y Rindfuss, 2000; Ahn y Mira, 2002).

Los cambios a nivel macro generalmente han sido atribuidos a cambios institucionales y de políticas públicas, mientras que a nivel micro la fecundidad suele estar inversamente relacionada con la educación. En algunos países como Suecia, sin embargo, las mujeres con mayor nivel educativo presentan tasas de fecundidad superiores –o como mínimo no inferiores– a las de menor nivel de estudios (Andersson, 2000), una tendencia que podría estar extendiéndose a otros países (Kravdal y Rindfuss, 2008; Shang y Weingberg, 2013).

7.2. La fecundidad en el contexto de las políticas públicas

Los análisis comparativos a nivel macro basados en datos agregados apuntan a una correlación positiva entre el índice sintético de fecundidad (ISF) y el gasto público en políticas de apoyo a la familia y disponibilidad de servicios de cuidado infantil (por ejemplo, Finch y Bradshaw, 2003; Bonoli 2008). Pero en otros estudios los efectos son débiles o incluso contradictorios (Castles, 2003; Gauthier, 2007; Hoem, 2008).

Los estudios que emplean datos a nivel micro también llegan a conclusiones desiguales. Rindfuss *et al.* (2007) concluyen que las escuelas infantiles de 0 a 3 años tienen un efecto positivo sobre el momento en que se tiene el primer hijo en Noruega; Baizán (2009) muestra que en España la disponibilidad de plazas en dichas escuelas tiene un efecto importante tanto para el primer hijo como para los sucesivos. No obstante, un estudio de Rønsen (2004) concluye que el impacto de los costes de las escuelas infantiles y su disponibilidad no es estadísticamente significativo. Aassve *et al.* (2006) sostienen que las prestaciones por hijo también tienen un efecto en el calendario de nacimientos, pero no hallan un efecto claro sobre los niveles generales de fecundidad. Kalwij (2010) analiza el impacto en la fecundidad de los cambios en el gasto público destinado a prestaciones familiares, permisos de maternidad y paternidad, y subvenciones para el cuidado de los niños. Según este análisis, los efectos de las prestaciones familiares no son significativos, pero los permisos de maternidad/paternidad y las escuelas infantiles contribuyen a que las mujeres tengan los hijos antes y que tengan más. En su trabajo, Gauthier (2007) pone de relieve que en la mayoría de estos estudios, cuando se encuentra algún efecto significativo de las políticas públicas sobre la tasa de fecundidad, este está relacionado con el momento en que se tienen los hijos, y que los efectos suelen ser reducidos. En cambio, especialmente en el caso de las prestaciones en efectivo, los efectos son más intensos a partir del segundo hijo.

Esta diversidad de resultados es debida, en parte, a problemas metodológicos (véase Neyer y Andersson, 2008). Algunos autores subrayan la posibilidad de que las políticas sean endógenas a la fecundidad, en el sentido de que la implantación de cualquier política dada puede ser una respuesta a una tendencia real o anticipada en el comportamiento reproductivo

(Hoem, 2008). Por ejemplo, aunque es común suponer que las escuelas infantiles públicas influyen en la natalidad, también podría suceder que en las sociedades con mayores tasas de fecundidad las presiones para ampliar la red de escuelas infantiles fueran más intensas. Como también podría ser que los políticos estuvieran respondiendo a la caída de la fecundidad con la aprobación de medidas natalistas.

Los cambios de políticas en el tiempo y las variaciones entre países también reflejan otros fenómenos subyacentes, tales como una adaptación a los cambios en las relaciones de género. Esping-Andersen y Billari (2012) describen la revolución en las relaciones de género como un proceso de difusión de nuevas normas. Cuando la igualdad de género pasa a ser dominante, podemos prever una recuperación de la tasa de fecundidad. El factor desencadenante es el aumento del nivel educativo de la mujer. Algunas características institucionales de las sociedades (como el nivel de confianza existente en las relaciones sociales o el grado de estratificación social) pueden acelerar u obstaculizar dicho proceso.

McDonald (2004) justifica los niveles muy bajos de fecundidad que se dan en numerosas sociedades avanzadas como el resultado de las diferencias en el grado de igualdad de género existente en las distintas instituciones sociales. Su argumento es que, para que la fecundidad aumente, es preciso que la igualdad de género esté presente tanto en el seno de las familias (lo que implica mayor igualdad de género en las tareas domésticas y el cuidado de los niños) como en otras instituciones sociales, incluyendo la educación y el mercado de trabajo, entre otras. De lo contrario, los costes de la fecundidad recaen desproporcionadamente en la mujer. Arpino y Tavares (2013) ofrecen evidencia empírica de que en las sociedades en las que la igualdad de género solo se ha extendido con éxito en las instituciones orientadas al individuo (educación y mercado de trabajo) la tasa de fecundidad tenderá a permanecer baja.

Siguiendo esta línea, Myrskylä *et al.* (2011) demuestran que la igualdad de género es una condición necesaria para que la relación entre fecundidad y desarrollo elevado cambie de sentido (de negativa a positiva). Esto es coherente con la idea de que algunos países avanzan hacia un nuevo equilibrio, porque han superado, progresivamente, los límites que el aumento de

la participación de la mujer en el mercado laboral parecía imponer a la tasa de fecundidad.

Durante esta transición en los roles de género, los gobiernos han implementado políticas que promueven la igualdad de género, facilitando que los progenitores (especialmente las madres, hasta ahora) puedan combinar las responsabilidades familiares con las laborales. A su vez, esto ayuda a que las parejas puedan tener el número de hijos que quieran y en el momento que deseen (Thévenon y Luci, 2012). La evolución de las normas de género parece estar estrechamente relacionada con las variaciones en el contexto institucional de apoyo a los padres y madres trabajadores (Anxo *et al.*, 2007): por ejemplo, los países con una mayor cobertura de escuelas infantiles tienden a presentar mayores índices de participación de las madres en el mercado laboral, así como roles de género menos rígidos. Hay que subrayar el papel de las instituciones sociales, no solo en la creación de nuevas estructuras de oportunidad que faciliten las decisiones relacionadas con la formación de familias, sino también por su influencia considerable en los valores familiares. Las estructuras sociales y los valores se influyen mutuamente a lo largo del tiempo (Bowles, 1998; Jakee y Sun, 2001).

Las políticas de familia, las normas de género y las condiciones del mercado laboral están interrelacionadas, y esto se ha de tener en cuenta al estudiar la relación entre políticas públicas y fecundidad. No es de extrañar, pues, que los estudios realizados en el pasado lleguen a resultados contradictorios. Las variaciones en los regímenes de bienestar (Esping-Anderesen, 1999; 2009) conllevan diferencias en la manera como las distintas sociedades organizan la provisión del cuidado de los niños y otras personas dependientes. En líneas generales, los países del sur y el este de Europa presentan los niveles más bajos de *desfamiliarización* (es decir, el grado en que las familias se ven descargadas de responsabilidades de cuidado), mientras que Dinamarca presenta el nivel más alto (Saraceno, 2010). Aunque nos centremos exclusivamente en las políticas familiares, cada país adopta «paquetes» muy distintos. Centrar la atención en un único aspecto de dichas políticas puede inducir a error. Thévenon (2011) recurre al análisis de los componentes principales para identificar grupos de países con paquetes de políticas familiares más o menos comparables.

Pascall y Lewis (2004) identifican cinco componentes –trabajo remunerado, trabajo no remunerado de atención a las personas, ingresos, organización del tiempo y poder de decisión– con los cuales hay que construir las políticas de igualdad de género. Los «regímenes de cuidado» identificados por Bettio y Plantenga (2004) se solapan parcialmente con la tipología de regímenes de bienestar propuesta por Esping-Andersen (1990).

Los Estados de bienestar varían considerablemente por lo que respecta al ritmo de introducción de políticas, tales como los permisos de maternidad y paternidad, las escuelas infantiles públicas, los servicios a los mayores y las prestaciones a las familias. Según Pfau-Effinger, las diferencias nacionales en políticas familiares pueden explicarse mayoritariamente por el hecho de que en cada Estado se solapan dos tipos de políticas sociales. Por un lado, están las políticas dirigidas a las relaciones de género y la familia y, por el otro, las relativas a la seguridad social. Ambas toman formas distintas en los Estados de bienestar de Europa occidental (Pfau-Effinger, 2004). Esta autora propone cinco modelos ideales de familia: el modelo de economía de familia en el que ambos trabajan en el negocio familiar; el modelo de varón sustentador y ama de casa; el modelo en el que la mujer trabaja a tiempo parcial dependiente del varón sustentador; el modelo de dos sustentadores económicos que contratan el cuidado fuera, y el modelo de dos sustentadores económicos donde se comparte el trabajo doméstico y el cuidado (Pfau-Effinger, 2004). Crompton (1999) añade un modelo de dos sustentadores que recurren a cuidados privados, que parece ser el dominante en los Estados Unidos. Las costumbres pre-valetientes en cada sociedad respecto a los roles y el poder asignados a cada género tienden a estar relacionadas con los paquetes de políticas públicas de bienestar (Gornick y Meyers, 2003).

En algunos países estos modelos se han modificado sustancialmente en la última década. Alemania ha ampliado bastante la oferta de escuelas infantiles de 0 a 3 años y ha puesto en práctica una nueva política de permisos de maternidad y paternidad que incorpora un período más breve de ausencia del trabajo para las mujeres y el estímulo del cuidado de los hijos por parte del padre. Dichas medidas constituyen una ruptura con las prácticas del pasado, como los horarios escolares de media jornada y un sistema fiscal orientado a favorecer la división de roles de género (varón sustentador y

mujer ama de casa) (Bujard, 2011). En España, algunas comunidades autónomas también han aumentado significativamente la disponibilidad de escuelas infantiles y se ha introducido un (breve) permiso de paternidad.

Los cambios de políticas y el despliegue de la transición de género

En las décadas recientes, por consiguiente, las sociedades se han movido en la dirección de una mayor igualdad de género. Las variaciones entre países son sustanciales, pero es posible resumir las tendencias globales de las políticas públicas en cuatro etapas, empezando por la situación de los años sesenta, en que el modelo del varón sustentador era dominante en todos los países. En la primera etapa de la transición de género, las mujeres se incorporan al mercado de trabajo, pero aún no se produce ninguna adaptación institucional para favorecer la participación de la mujer en el mundo laboral. A menudo esta situación se traducía en la «doble jornada» que, a su vez, repercutía en la tasa de fecundidad.

En la segunda etapa hay algunas adaptaciones institucionales a los nuevos roles asumidos por la mujer, como la promoción de los trabajos a tiempo parcial, la introducción de permisos de maternidad y la expansión de las escuelas infantiles en los años anteriores a la escolaridad obligatoria. En esta etapa, los roles de los hombres solo cambian de forma marginal (Kan, Sullivan y Gershuny, 2011).

En la tercera etapa, la adaptación institucional empieza a centrarse en los roles del hombre, incluyendo la promoción de los permisos de paternidad o la adaptación del entorno laboral al creciente rol cuidador del hombre, por ejemplo, mediante jornadas laborales más cortas o mayor flexibilidad horaria. Los hombres asumen cada vez más responsabilidades tanto en el cuidado de los hijos como en las tareas del hogar, y su participación en el mercado laboral empieza a cambiar, por ejemplo, aumenta el uso de los permisos de paternidad.

La cuarta etapa se caracterizaría por un modelo plenamente igualitario, en el que tanto hombres como mujeres trabajan y son cuidadores en grados similares (el modelo de «doble sueldo/dos cuidadores»). Naturalmente, no existe ninguna sociedad que haya alcanzado esta etapa. Las tasas crecientes de empleo femenino han reducido las diferencias de género en la

participación laboral, aunque las diferencias de género persisten en áreas como las interrupciones de la carrera profesional, la discriminación laboral, los horarios laborales y los salarios.

En realidad, las cuatro etapas se solapan parcialmente, y es probable que el ritmo de los cambios tenga una particular importancia para la evolución de la fecundidad. Si los cambios llegan tarde pero se desarrollan con mucha rapidez, como ha sucedido en España, el resultado es una tasa de fecundidad muy baja. Si las instituciones empiezan a adaptarse a los cambios con suficiente antelación, como ha ocurrido en los países escandinavos, resulta más fácil mantener una tasa de fecundidad más elevada.

Las diferencias según los regímenes de bienestar también reflejan variaciones en el modo en que los países han experimentado la transición de género. Los regímenes liberales y socialdemócratas han promovido el empleo a tiempo parcial y los cuidados infantiles externos (cuidadores ajenos a la familia); en los países más familistas, en cambio, se observa más resistencia a los cambios (menor flexibilidad del mercado laboral, menor disponibilidad de escuelas infantiles, etcétera). Algunos países, sobre todo Francia y Bélgica, se hallan en una posición intermedia y cuentan con servicios de cuidados infantiles bien desarrollados.

El impacto diferencial de las políticas

Podemos prever que el efecto de las políticas de igualdad de género dependerá del grado de receptividad normativa. Por ejemplo, está ampliamente documentado que las parejas con mayor nivel educativo están mejor dispuestas a la igualdad de género (Coltrane, 2000; Hook, 2010). Las mujeres con menor nivel de estudios no solo se enfrentan a costes de oportunidad menores en caso de interrumpir sus carreras laborales, sino que también es más probable que se hallen en situación de precariedad laboral, de modo que los roles de género convencionales puedan parecerles más atractivos.

Por consiguiente, podríamos prever que en los Estados de bienestar con una sólida orientación a la igualdad de género, el diferencial de fecundidad entre las mujeres con mayor y menor nivel educativo debería ser más reducido o inexistente. En concreto, planteamos las siguientes hipótesis:

- a) La disponibilidad de plazas en escuelas para niños de 0 a 3 años debería tener un efecto positivo más fuerte en la fecundidad de las mujeres con mayor nivel educativo que en las de menor nivel de instrucción, ya que su compromiso con el mercado laboral es mayor y tienen que afrontar costes de oportunidad más elevados por la maternidad.
- b) Los permisos de maternidad bien remunerados tienen un efecto positivo sobre la fecundidad, especialmente para las mujeres con mayor nivel educativo. Si cobran un porcentaje más alto del sueldo (por ejemplo, el 100% en lugar del 80%), significa que disminuye el coste de oportunidad de tener hijos y por lo tanto eso puede tener un efecto positivo sobre la fecundidad (Gauthier y Hatzius, 1997). Dicho efecto se prevé que sea más significativo para las mujeres con un mayor nivel educativo, ya que deben afrontar costes de oportunidad también mayores.
- c) Las políticas que promueven la participación del hombre en los cuidados de los hijos y en las tareas domésticas tienen un efecto positivo sobre la fecundidad de las parejas con mayor nivel educativo. Si la jornada laboral habitual de los hombres es muy larga, eso puede suponer una barrera para su participación en las tareas del hogar y como cuidadores. Por lo tanto, podemos prever que un número elevado de horas de trabajo remunerado afecte negativamente a la fecundidad.
- d) La disponibilidad de empleos a tiempo parcial facilita la conciliación y, por consiguiente, debería tener un efecto positivo sobre la fecundidad. En las primeras etapas de la transición de género, una gran parte de las mujeres pueden preferir esta opción (Hakim, 2000). No obstante, los empleos a tiempo parcial también favorecen un modelo de especialización de género, en el que las mujeres son las cuidadoras principales y aportan ingresos secundarios o complementarios, lo que puede no resultar muy atractivo para las mujeres con mayor nivel educativo. Además, las características de los empleos a tiempo parcial difieren considerablemente de un país a otro. En el sur de Europa a menudo están asociados a condiciones laborales precarias, mientras que en los países nórdicos y los Países Bajos pueden constituir buenas oportunidades profesionales que potencialmente permiten aumentar la fecundidad de las mujeres con mayor nivel educativo. Dichos efectos contradictorios dificultan el pronóstico del impacto de esta variable.

e) Las deducciones fiscales y las prestaciones por hijo pueden diseñarse de modo que no desincentiven la participación de la mujer en el mercado laboral (Gustavsson y Stafford 1994). No obstante, a menudo reflejan la lógica del modelo convencional del varón sustentador (Orloff, 2002). En general, podemos pronosticar que este tipo de políticas tendrán un mayor impacto positivo en los niveles de fecundidad de las mujeres con menor nivel educativo.

7.3. Método, datos y estadísticas descriptivas

Realizamos el análisis utilizando los datos longitudinales de la EU-SILC (Encuesta de Condiciones de Vida de la UE) para los años 2004 a 2009, en 16 países del oeste y el sur de Europa sobre los que también disponemos de información contextual. En cuanto al universo objeto de estudio, restringimos el análisis a mujeres entre 36 y 44 años, con una muestra de 69.213 mujeres (el número de mujeres por país oscila entre 2.326 y 13.871). La variable dependiente empleada en todos los análisis es el número total de hijos propios que viven en el mismo hogar que la madre en el momento de la entrevista, ya que esta variable aproxima el número de hijos tenidos por las mujeres al final de su vida fecunda (descendencia final).

Variables independientes

Las variables explicativas incluyen, en primer lugar, la edad de la persona encuestada en el momento de la encuesta y el nivel educativo alcanzado. Hemos codificado la educación en tres categorías: hasta educación secundaria (incompleta), secundaria completa o estudios postsecundarios no universitarios (categoría de referencia) y estudios universitarios.

Hemos complementado los datos a nivel micro con datos a nivel de país sobre políticas, condiciones del mercado laboral y valores. Incluimos datos sobre prestaciones familiares, permisos de maternidad y escolaridad de niños hasta los tres años. Los datos para los dos primeros indicadores los obtenemos de la *Comparative Family Policy Database* (véase Gauthier, 2011 para los detalles sobre los indicadores y las fuentes de los datos), mientras que los datos sobre la proporción de niños menores de tres años matriculados en escuelas o servicios de atención a la infancia (jardines de

infancia, escuelas infantiles) proceden de Eurostat, que agrega los datos de nivel micro de EU-SILC. Para la mayoría de los indicadores existen datos disponibles hasta los años recientes. Usamos información contextual que refleja la situación a mediados de los años noventa (1992-1998), cuando, de promedio, las mujeres de nuestra muestra tuvieron los hijos. Si no hay datos disponibles para dicho período, tomamos los datos disponibles más antiguos. En cualquier caso, las variaciones en el tiempo en los indicadores específicos de los países son muy limitadas.

En cuanto a las prestaciones familiares, los indicadores incluidos son los siguientes:

- *Prestaciones familiares mensuales* en dólares USA (ajustados para que reflejen paridad en el poder adquisitivo, PPA) para el segundo hijo. También realizamos pruebas con las prestaciones para el primer y el tercer hijo, pero los resultados fueron muy similares a los obtenidos para el segundo hijo.
- Valor de las *transferencias fiscales y de prestaciones* en dólares USA (ajustados a la PPA) para una familia de dos hijos (familias de dos hijos, dos progenitores, un único sueldo).

Resulta difícil medir los permisos de maternidad de manera homogénea. Existen importantes variaciones entre países en relación con la duración total, el nivel de compensación económica y los requisitos para disfrutar de un permiso de maternidad (Ray *et al.*, 2010; Wall, 2007). Saraceno y Keck (2009) observan que algunos países como Francia ofrecen permisos muy largos y generosos (véase también la tabla 7.1). Otros, como España, ofrecen permisos bastante largos pero la compensación por los ingresos tiene una duración limitada. Y otros, como es el caso de Grecia, ofrecen permisos comparativamente cortos. Por otra parte, mientras que casi todos los países desarrollados garantizan permisos de maternidad, hay algunos países que también ofrecen diversos tipos de excedencias laborales para cuidar a los hijos, es decir, permisos opcionales que pueden cogerse después del período cubierto por el permiso básico de maternidad y que, normalmente, no son exclusivos de las madres. De modo similar a Gornick y Meyers (2003), nuestro indicador tiene en cuenta estos diversos ti-

pos de permisos, su duración y el nivel de compensación. Concretamente, consideramos:

- La suma de las semanas de los permisos de *maternidad y excedencias para el cuidado de los hijos*, ponderada por el nivel de prestaciones en efectivo pagadas durante cada tipo de permiso. De acuerdo con Gauthier (2011), lo medimos como el porcentaje de los salarios femeninos en el sector manufacturero. El indicador puede interpretarse como el equivalente total de las semanas de permiso con una compensación del 100% de los ingresos medios de la mujer.

Para medir la disponibilidad de escuelas infantiles de 0 a 3 años, habríamos preferido tener datos sobre la provisión de plazas en dichas escuelas, pero es difícil acceder a este tipo de datos. Por lo que nuestro indicador es:

- El porcentaje de los *niños menores de 3 años matriculados en escuelas infantiles* en 2005. A pesar de que dicho indicador presenta algunas limitaciones (para más detalles, véase Saraceno y Keck, 2009), su uso está muy extendido en este tipo de investigaciones.

Para recoger las condiciones del mercado laboral, incluimos dos indicadores:

- El número estándar de *horas de trabajo por semana entre los hombres*, referidas al año 2000. El porcentaje de *mujeres empleadas a tiempo parcial*, correspondiente al año 2000.

Por último, para medir la difusión de los valores de igualdad de género utilizamos (como en el capítulo 5) datos de la Encuesta Mundial de Valores y el Estudio Europeo de Valores. Incluimos datos de la ola más antigua para la que nuestro indicador está disponible (1999). Nuestra medida de igualdad de género se basa en una pregunta de esta encuesta, exactamente como en el capítulo 5: «Cuando los puestos de trabajo escasean, los hombres deberían tener más derecho que las mujeres a un puesto de trabajo». El cuestionario ofrece tres respuestas posibles: 1 «de acuerdo», 2 «en desacuerdo» y 3 «ni de acuerdo ni en desacuerdo». Recodificamos la variable en una respuesta binaria: 0 es «de acuerdo» o «ni de acuerdo ni en desacuerdo» y 1 «en desacuerdo», y calculamos los porcentajes a nivel de país. De ahora en adelante, nos referiremos a esta medida como el indicador de igualdad de género.

La tabla 7.1 muestra los valores de las variables independientes a nivel macro descritas más arriba y el nivel medio del índice sintético de fecundidad (ISF) para el período 1992-1998. Los países están ordenados por nivel decreciente de ISF (promedio).

TABLA 7.1

ISF e indicadores macro por país

PAÍS	ISF	SUBSIDIOS FAMILIARES	TRANSFERENCIAS FISCALES Y DE PRESTACIONES	SEMANAS DE PERMISO PONDERADAS	MATRÍCULA EN LAS ESCUELAS INFANTILES	JORNADA LABORAL DE LOS HOMBRES	% DE MUJERES EMPLEADAS A TIEMPO PARCIAL	VALORES DE IGUALDAD DE GÉNERO
Irlanda	1,91	32,89	2.357,33	9,80	20,00	41,56	32,77	74,50
Noruega	1,86	100,22	3.498,30	41,19	33,00	37,99	33,37	84,85
Finlandia	1,79	100,01	2.513,59	79,01	27,00	40,09	14,27	87,07
Suecia	1,77	74,14	1.753,46	49,95	53,00	39,11	20,29	94,95
Dinamarca	1,76	65,05	3.902,45	32,23	73,00	38,53	21,60	91,60
Reino Unido	1,74	54,51	2.044,02	7,79	29,00	42,79	38,73	73,17
Francia	1,71	110,93	2.424,82	76,17	32,00	38,92	24,02	72,65
Luxemburgo	1,70	150,89	6.274,37	42,00	22,00	40,83	28,19	73,80
Bélgica	1,59	128,72	5.934,14	24,17	42,00	40,85	34,29	68,55
Países Bajos	1,57	79,50	2.974,99	15,43	40,00	36,43	59,09	81,10
Portugal	1,47	21,21	918,31	13,53	30,00	41,26	8,59	68,40
Austria	1,44	98,54	3.674,28	49,64	4,00	40,62	27,11	61,85
Grecia	1,33	14,56	2.049,72	7,79	7,00	44,99	10,60	80,10
Alemania	1,30	79,57	4.676,07	39,71	16,00	40,60	35,55	73,03
Italia	1,24	79,61	2.223,06	25,00	25,00	41,36	24,59	65,00
España	1,21	24,55	1.152,96	14,86	39,00	41,82	16,56	75,90
Media	1,59	75,93	3.023,24	33,02	31,15	40,65	25,53	75,27

Nota: para el ISF, los subsidios familiares, las transferencias fiscales y de prestaciones y las semanas de permiso ponderadas, recogemos el valor medio para el período 1992-1998. Para las demás variables, los datos se refieren a un año específico (lo más próximo posible a 1998): 2000 para las matrículas en escuelas infantiles, 2005 para la jornada laboral de los hombres y el porcentaje de mujeres empleadas a tiempo parcial, y 1999 para los valores de igualdad de género.

Vemos que los países tienden a agruparse; los del norte de Europa, con los niveles de fecundidad más elevados, puntúan más alto en todos los ámbitos relacionados con las políticas y, en particular, en plazas en escuelas infantiles de 0-3 años y valores de igualdad de género. Otros países se caracterizan por valores elevados en un único indicador. Por ejemplo, Luxemburgo y Bélgica se caracterizan por generosas transferencias y subsidios

familiares, mientras que los Países Bajos presentan el mayor porcentaje de mujeres empleadas a tiempo parcial.

En el extremo inferior de la distribución de los ISF se sitúan los países del sur de Europa, junto con Austria y Alemania. Se caracterizan por bajos niveles de igualdad de género y contextos desfavorables en materia de políticas y mercado laboral. Un caso curioso es el de Italia, que muestra niveles relativamente elevados de gasto público en subsidios familiares, pero bajos niveles de inscripción en escuelas infantiles, largas jornadas laborales, bajos índices de empleo a tiempo parcial y también una baja puntuación en el índice de igualdad de género. España presenta resultados bajos en todos los indicadores de prestaciones familiares y mercado laboral, pero tiene una puntuación relativamente alta en lo que se refiere a inscripción en escuelas infantiles.

Método

Dado que nuestra variable dependiente es una variable discreta (número de hijos), utilizamos el modelo de regresión de Poisson (Cameron y Trivedi, 1998) para estimar la relación entre las variables contextuales y la fecundidad.⁽¹⁾ Utilizamos modelos de efectos aleatorios multinivel para tener en cuenta la no independencia de las observaciones de individuos que residen en un mismo país.

7.4. Interacción entre educación, igualdad de género y políticas

La tabla 7.2 presenta los resultados de los modelos Poisson multinivel que prevén el número de hijos tenidos por una mujer a los 36-44 años. Los modelos 1 a 8 muestran los efectos principales de diversas variables contextuales, consideradas una por una, teniendo en cuenta además los efectos de la edad y el nivel educativo de la mujer. Se observa que el efecto de la educación es negativo, puesto que las mujeres con mayor nivel educativo tienen menos hijos. La varianza estimada del efecto aleatorio a nivel de país (última fila de la tabla 7.2) es estadísticamente significativa en todos

(1) Utilizamos la prueba de Vuong para comprobar que la presencia de ceros no sesga el resultado. Como la prueba fue refutada para cada especificación de modelo considerada, optamos por el modelo de Poisson.

los modelos, lo que indica que existe una variación sustancial entre países en el número medio de hijos.

TABLA 7.2

Resultados de los modelos de regresión que estiman el número final de hijos (efectos principales de las variables)

MODELO	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)
Nivel educativo								
Bajo	0,094***	0,094***	0,094***	0,094***	0,094***	0,094***	0,094***	0,094***
Medio (ref.)								
Alto	-0,041***	-0,041***	-0,041***	-0,040***	-0,041***	-0,040***	-0,041***	-0,041***
Subsidios familiares								
		-0,002**						
Transferencias fiscales y de prestaciones								
			-0,000**					
Semanas de permiso ponderadas								
				0,002				
Inscripción en escuelas infantiles								
					0,003			
Jornada laboral de los hombres								
						-0,029*		
Porcentaje de las mujeres empleadas a tiempo parcial								
							0,002	
Valores de igualdad de género								
								0,009***
Constante	-3,163***	-3,143***	-3,137***	-3,218***	-3,244***	-2,003***	-3,208***	-3,879***
Var (país)	0,013***	0,009***	0,008***	0,012***	0,011***	0,010***	0,012***	0,006***

Nota: + p<0,10 * p<0,05 ** p<0,01 *** p<0,001.

También se observa un efecto negativo de la variable «subsidiarios familiares para el segundo hijo» sobre el número final de hijos. Esto también es así en los subsidios familiares para el primer y tercer hijo (no se muestran estos resultados). Por consiguiente, los subsidios familiares contribuyen a reducir la fecundidad. Sin embargo, este efecto negativo no es igual para todas las mujeres. Cuando combinamos el subsidio familiar para el segundo hijo

y el nivel educativo de la madre observamos que el efecto difiere según la educación: dicho efecto es negativo para todos los grupos educativos, pero para las mujeres con menor nivel educativo es más débil (tabla 7.3, modelo 1).⁽²⁾ Se obtiene un resultado similar utilizando las transferencias fiscales y de prestaciones (tabla 7.2, modelo 3, y tabla 7.3, modelo 2) y los subsidios dirigidos a los hijos segundo y tercero (no mostrados).

TABLA 7.3

Resultados de los modelos de regresión que estiman el número final de hijos y muestran los efectos de interacción de la educación con las variables contextuales

MODELO	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
Nivel educativo							
Bajo	0,07658***	0,07428***	0,12642***	0,12251***	-0,69959***	0,16258***	0,41312***
Medio							
Alto	-0,03248***	-0,03146***	-0,04858***	-0,10117***	0,31254*	-0,03429+	-0,25994***
Subsidios familiares							
Bajos	0,00038***						
Altos	-0,00070***						
Transferencias fiscales y de prestaciones							
		-0,00007**					
Bajas		0,00001***					
Altas		-0,00003***					
Semanas de permiso ponderadas							
			0,00182				
Bajas			-0,00115**				
Altas			0,00023				
Inscripción en escuelas infantiles							
				0,00229			
Baja				-0,00096+			
Alta				0,00179***			
Jornada laboral de los hombres							
					-0,03064*		
Baja					0,01937***		
Alta					-0,00876*		

(2) Estos coeficientes de interacción se calculan sin incluir otras variables contextuales en el modelo.

MODELO	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
Porcentaje de las mujeres empleadas a tiempo parcial						0,00249	
Bajo						-0,00273***	
Alto						-0,00021	
Valores de igualdad de género							0,00935***
Bajos							-0,00435***
Altos							0,00278***
Constante	-3,14042***	-3,13490***	-3,22441***	-3,23331***	-1,92308***	-3,23168***	-3,87877***
Var (país)	0,00847***	0,00793***	0,01202***	0,01146***	0,01016***	0,01344***	0,00466***

Nota: + p<0,10 * p<0,05 ** p<0,01 *** p<0,001.

El efecto de los permisos no es significativo en la tabla 7.2 (modelo 4), pero cuando se considera la interacción con la educación (tabla 7.3, modelo 3), de acuerdo con lo esperado, el efecto de los permisos aumenta paralelamente al nivel educativo de la mujer; es decir, cuanto mayor es el nivel educativo, mayor es el efecto de los permisos.

El patrón observado para la proporción de niños matriculados en escuelas infantiles es similar. El modelo 4 de la tabla 7.3 muestra que el efecto de las escuelas infantiles de 0-3 años es en conjunto positivo para todos los niveles educativos. Sin embargo, este efecto es mayor según aumenta el nivel educativo de la mujer.

El efecto global de la jornada laboral de los hombres es coherente con nuestras expectativas. Las jornadas largas tienen un claro impacto negativo en el número de hijos (tabla 7.2, modelo 6). Aunque las jornadas laborales más largas de los hombres afectan negativamente a la fecundidad para todos los grupos educativos, el efecto es muy considerable en las mujeres con educación superior (tabla 7.3, modelo 5).

El grado de acceso de las mujeres a empleos a tiempo parcial no parece que tenga ningún efecto importante en general. Una vez más, sin embargo, el efecto difiere según los niveles educativos: es negativo solo para las mujeres con un nivel educativo bajo.

¿Y cuál es la influencia de las normas de igualdad de género en la población? Como veíamos también en el capítulo 5, cuanto más extendidos estén los valores favorables a la igualdad de género en un país, mayor será su tasa de fecundidad (tabla 7.2, modelo 8). Una vez más, el efecto varía considerablemente según el nivel educativo (tabla 7.3, modelo 7). El efecto de los valores de igualdad de género es positivo para todos los grupos educativos, pero es aún más positivo para las mujeres con mayor nivel educativo. Las personas más instruidas son las que tienen menores probabilidades de adherirse a un modelo familiar tradicional y las que obtienen mayores beneficios de la difusión de los valores favorables a la igualdad de género.

Por último, habíamos pronosticado que las políticas de conciliación tendrían un mayor efecto cuanto más igualitaria fuera una sociedad en materia de género. La tabla 7.4 muestra que las únicas interacciones significativas entre los valores de igualdad de género y las variables relativas a las políticas se encuentran en los subsidios familiares. Para niveles de igualdad de género bajos, el efecto de los subsidios familiares es positivo. A medida que la igualdad de género aumenta, su efecto disminuye y, en las sociedades igualitarias, pasa a ser negativo.

TABLA 7.4

Resultados de los modelos de regresión que estiman el número final de hijos y muestran los efectos de interacción de los valores de género con las variables contextuales

MODELO	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
Nivel educativo						
Bajo	0,09475***	0,09443***	0,09448***	0,09439***	0,09445***	0,09474***
Medio (ref.)						
Alto	-0,04061***	-0,04074***	-0,04060***	-0,04060***	-0,04061***	-0,04060***
Subsidios familiares	0,10838**					
Valores de igualdad de género						
Sf * valores	-0,00757***	0,00780***	0,00804**	0,00997*	-0,05168	0,01400*
Transferencias fiscales y de prestaciones		0,00059				

MODELO	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
Tfp * valores		-0,00001+				
Semanas de permiso ponderadas			0,00078			
Spp * valores			0,00000			
Inscripción en escuelas infantiles				-0,00148		
lei * valores				0,00001		
Jornada laboral de los hombres					-0,13330	
Jlh * valores					0,00149	
Porcentaje de las mujeres empleadas a tiempo parcial						0,01698
Etp * valores						-0,00019
Constante	-3,70347***	-3,73411***	-3,86800***	-3,90222***	1,57039	-4,30871***
Var (país)	0,00306**	0,00432***	0,00590***	0,00359**	0,00616***	0,00550***

Nota: + p<0,10 * p<0,05 ** p<0,01 *** p<0,001.

7.5. Conclusiones

¿Qué impacto tienen las políticas públicas en la fecundidad? En comparación con la mayoría de los análisis, hemos centrado nuestra atención en las políticas de un modo más global, incluyendo no solo indicadores de políticas familiares (tales como subsidios o disponibilidad de servicios a la infancia), sino también indicadores relativos al mercado de trabajo. Además, hemos evitado enfocar el conflicto trabajo-familia como una cuestión exclusivamente femenina. Por otra parte, también hemos tenido en cuenta la influencia de las normas de género. Las normas de igualdad de género y el contexto de las políticas pueden interactuar, con el efecto potencial de fortalecer o debilitar las políticas, según la prevalencia de los valores de igualdad de género en la población.

Aunque nuestros análisis no suponen una prueba de causalidad, los resultados obtenidos sugieren que las políticas que apoyan un modelo favorable a la igualdad de género tienen un efecto positivo sobre la fecundidad. Por ejemplo, nuestros resultados indican que una jornada laboral más corta en los hombres tiene un efecto positivo en la fecundidad, y una

mayor disponibilidad de escuelas infantiles también tiene un efecto favorable en la tasa de fecundidad. Pero es evidente que, de acuerdo con nuestros resultados, los efectos de las políticas difieren bastante según los niveles educativos. Existen interacciones estadísticamente significativas entre el nivel educativo de las mujeres y todas las variables de políticas y normas de género analizadas. Por último, nuestros resultados indican que las políticas dirigidas a mantener el rol tradicional de la mujer, como los subsidios familiares, pueden tener un efecto positivo sobre la fecundidad solo en los países donde aún no se han generalizado los valores de la igualdad de género.

Conclusiones

Gøsta Esping-Andersen

En el último medio siglo, todos los países avanzados han experimentado una importante caída de su tasa de fecundidad. Este descenso se ha producido tras un período –el que siguió a la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial– caracterizado por niveles de natalidad excepcionalmente elevados.

Existen, no obstante, importantes diferencias en el modo en que se ha desarrollado esta transición de la fecundidad. En un grupo de países, la caída ha sido relativamente modesta, recuperándose en seguida de forma clara y sostenida: Estados Unidos, Canadá y algunos países europeos (Reino Unido, Francia, Holanda y los países escandinavos) parecen haber alcanzado un equilibrio de fecundidad estable en torno a los dos hijos por mujer.

En otro grupo, en cambio, la caída ha sido mucho más pronunciada y la recuperación está todavía por llegar. Este síndrome de fecundidad muy baja (*lowest-low fertility*) es evidente en los países mediterráneos, entre los que se encuentra España. Después del año 2000 hubo indicios de una cierta recuperación pero, como vimos en el capítulo 2, esta fue débil y pasajera. Otros muchos países parecen encallados en un equilibrio de baja fecundidad, aparentemente inamovible y que se va autorreproduciendo. El índice sintético de fecundidad (ISF) de Alemania, por ejemplo, se sitúa en torno al 1,4 desde hace más de tres décadas.

Ante esta realidad, la pregunta principal que guía este estudio es: ¿cuáles son las condiciones que deben darse para que un país emprenda una sólida recuperación de su tasa de fecundidad? Esta pregunta, a su vez, re-

mite a una cuestión previa: ¿por qué debemos preocuparnos tanto por la natalidad?

En los encendidos debates de la última década sobre la caída de la natalidad, la principal preocupación ha girado en torno a los efectos de una fecundidad persistentemente baja en el envejecimiento de la población. Esta preocupación está muy justificada a la luz de las previsiones futuras de la ratio de dependencia de las personas mayores y sus consecuencias sobre el crecimiento económico a largo plazo. Se calcula que el envejecimiento de la población tendrá un efecto negativo en el crecimiento del PIB de la UE –alrededor del 0,7% anual–. España constituye un caso extremo: las previsiones dicen que la ratio de dependencia de la población mayor se incrementará aproximadamente en un 140% en 2050.

La preocupación que guía este estudio, sin embargo, es de naturaleza distinta, ya que consideramos la problemática asociada a la baja fecundidad como una cuestión de bienestar. ¿Cuáles son las implicaciones de este enfoque? Como hemos documentado, es evidente que las preferencias de los ciudadanos de los países avanzados convergen en torno a la norma de los dos hijos o más. De hecho, este ideal se ha mantenido muy estable desde las décadas de la posguerra y apenas varía de un país a otro. La proporción de mujeres (y hombres) que prefieren no tener hijos es marginal en todas las sociedades. A pesar de ello, la diferencia que observamos entre el número de hijos que se desearían tener y los que se tienen realmente es a menudo considerable. En Italia, por ejemplo, el 20% de las mujeres finalizan su etapa reproductiva sin hijos, y en España esta cifra es del 12%. Asimismo, el 30% de las mujeres españolas deben conformarse con tener un hijo. En países como los escandinavos, este déficit de bienestar, en cambio, es muy reducido. ¿Por qué?

Como hemos visto en el capítulo 1, las dos teorías dominantes que guían la investigación pronostican un escenario similar de descenso de la fecundidad. Según la influyente teoría económica de Gary Becker, esto se explicaría porque los costes de oportunidad de la maternidad aumentan a medida que las mujeres alcanzan un nivel educativo y una implicación laboral cada vez mayores. De modo parecido, las tesis posmodernas explican la caída del interés en tener hijos no por motivos económicos sino

más bien por el surgimiento de nuevos valores que priorizan el individualismo y la realización personal.

Sin embargo, la evidencia empírica contradice frontalmente ambas teorías. Los datos sobre preferencias (e intenciones) reproductivas no solo muestran una estabilidad y constancia notables, sino que la recuperación más destacada de los niveles de fecundidad se ha observado precisamente en aquellos países (como América del Norte o los países escandinavos) donde casi todas las mujeres tienen una actividad laboral y donde podríamos esperar que los valores posmodernos estuvieran más extendidos. La fecundidad muy baja se concentra hoy en día sobre todo en sociedades más tradicionales, con tasas de empleo femenino relativamente bajas. Parafraseando una vez más a Livi-Bacci, «donde hay demasiada familia hay muy pocos bebés».

Otra aportación empírica, igualmente reveladora, es la posibilidad de que el impacto de la educación en la fecundidad se esté invirtiendo. Hay indicios de que esto está ocurriendo en los países escandinavos y también en los Estados Unidos. De ser así, la credibilidad de las tesis posmodernas y del coste de oportunidad económico se vería aún más cuestionada. Las mujeres con un mayor nivel educativo afrontan, naturalmente, costes de oportunidad mayores, y se supone que los valores posmodernos están más arraigados en este grupo. De hecho, hemos asistido a un aumento realmente espectacular del nivel educativo de la mujer en las últimas décadas, particularmente en España. ¿Significa esto que habrá aún menos nacimientos? ¿O quizá la educación ya no influye tanto en las decisiones reproductivas? No cabe duda de que esta cuestión es crucial, y por este motivo hemos dedicado un capítulo entero a analizarla.

La amplia variación en los niveles de fecundidad dentro del grupo de países ricos y avanzados sugiere que algunas sociedades presentan condiciones favorables para una recuperación de la tasa de fecundidad, mientras que en otros casos –como en España– esto no ocurre así. Nuestro propósito es comprender los factores explicativos del síndrome de fecundidad muy baja y cuáles son las condiciones que podrían permitir que una sociedad retornara a una situación en la que este déficit de bienestar disminuyera o desapareciera por completo. El diseño de la investigación, por consiguiente, es necesariamente comparativo. Con este propósito, en

todos los análisis del presente estudio –a excepción del capítulo 6– hemos incluido al menos un país que represente un caso claro de inversión de tendencia en materia de fecundidad.

Las lecciones aprendidas

¿Cuáles son los principales hallazgos de esta investigación? Los lectores que hayan tenido la paciencia de leer el libro completo casi seguro que coincidirán en que no estamos en condiciones de concluir con un «jeureka!». Nuestras conclusiones, en general, refuerzan algunos de los argumentos clave de los estudios demográficos más recientes. Sin entrar todavía en las conclusiones concretas, cabe destacar que los resultados apuntan a dos cuestiones básicas: en primer lugar, son fundamentales los cambios en las relaciones de género a fin de garantizar una mayor igualdad –no solo en las parejas y las familias, sino también en la esfera pública– y, en segundo lugar, las condiciones que regulan las relaciones laborales y el mercado de trabajo parecen ser mucho más importantes de lo que se había pensado hasta ahora.

Antes de entrar en el detalle, vale la pena subrayar algunos hallazgos nuevos y destacables que se derivan de nuestra investigación. La noción de un modelo mediterráneo común, tan ampliamente aceptada entre los científicos sociales contemporáneos, resulta ser problemática. En primer lugar, un examen pormenorizado revela que el *patrón* de fecundidad muy baja de España difiere notablemente del de Italia. En España, como hemos documentado, la incidencia de la infecundidad o falta de hijos es comparativamente reducida –la tasa es casi la mitad de la que se observa en Italia o Alemania–. De hecho, los datos que se examinan en el capítulo 2 indican que la principal dificultad a la que se enfrentan las mujeres españolas no es la maternidad en sí, sino la progresión más allá del primer hijo.

La segunda gran sorpresa está en la evolución de la cohabitación española, descrita en el capítulo 4. A pesar de que la cohabitación era casi inexistente en España, se ha extendido notablemente durante las dos últimas décadas, produciéndose, una vez más, un marcado contraste con Italia. No solo está generalizándose, sino que converge cada vez más con la naturaleza de la cohabitación de los países escandinavos, donde esta es

un equivalente funcional del matrimonio. En comparación con la mayoría de los países europeos, las parejas de hecho españolas son relativamente estables en el tiempo y presentan un patrón de fecundidad similar al de Noruega, nuestro grupo de comparación, al menos en lo que al primer hijo se refiere. Como ocurre con las parejas españolas casadas, las parejas que cohabitan también tienen dificultades para tener más de un hijo. En cualquier caso, estos resultados demuestran que la disminución de matrimonios no conlleva una disminución de la fecundidad.

Las condiciones de empleo

Los resultados de tres de los capítulos de este libro concluyen, con bastante claridad, que el contexto laboral desempeña un papel de primer orden para promover o frenar la natalidad. Las tasas de desempleo persistentemente elevadas de España, junto con una inseguridad laboral generalizada –sobre todo entre los trabajadores jóvenes–, constituyen importantes barreras para la formación de familias. Además, los resultados del capítulo 4 indican que dicho efecto es especialmente negativo para las mujeres con mayor nivel educativo. La lógica es bastante simple: tanto el paro como la inseguridad laboral retrasan la transición del sistema educativo a un empleo estable, lo que a su vez retrasa la independencia económica y la decisión de tener hijos. En este sentido, nuestras conclusiones son muy similares a las de las investigaciones realizadas por la OCDE. Como vimos en el capítulo 1, la simulación realizada por la OCDE mostraba que si el modelo de transición del sistema educativo al mercado laboral en España fuera parecido al de Dinamarca, el índice sintético de fecundidad español pasaría del 1,4 actual a 1,7 hijos por mujer.

La decisión de tener hijos siempre ha estado estrechamente relacionada con la seguridad económica. En el pasado, esta seguridad dependía sobre todo de la situación laboral del varón sustentador, pero hoy en día están implicados ambos progenitores. Los efectos relacionados con el mercado laboral también se extienden a cuestiones como la flexibilidad laboral, un asunto de especial relevancia para las mujeres que intentan conciliar la vida laboral con la maternidad.

El libro presta especial atención a dos facetas de este fenómeno: el papel de las opciones laborales a tiempo parcial y los efectos potencialmente

positivos de un amplio sector público. En los países escandinavos, el empleo a tiempo parcial ha cambiado de función y ya no es tanto la situación habitual de la mujer sino más bien un puente entre el permiso de maternidad y el regreso al trabajo a tiempo completo; aun así, sigue siendo un importante recurso para proporcionar flexibilidad y facilitar la conciliación. Asimismo, y como se muestra en el capítulo 1, las investigaciones realizadas en los países escandinavos evidencian que las mujeres con claras intenciones de tener hijos tienden a optar deliberadamente por empleos en el sector público, ya que ofrecen una mayor flexibilidad. Las conclusiones a las que hemos llegado apoyan la tesis de que la disponibilidad de empleos a tiempo parcial y en el sector público influye positivamente en los niveles de fecundidad.

El debate sobre la flexibilidad laboral y de horarios está a menudo demasiado sesgado hacia las circunstancias de las mujeres. En los países escandinavos, los condicionantes de género son menos aparentes debido a que las políticas recientes han empezado a centrarse en facilitar un modelo de cuidados paternales más activos. La evidencia presentada en los capítulos 6 y 7 indica que la flexibilidad es también un factor esencial para favorecer que los padres se involucren más activamente en la vida de sus hijos. Esta cuestión ha surgido una y otra vez en las entrevistas realizadas a los futuros padres españoles, recogidas en el capítulo 6.

La igualdad de género

Nuestro estudio hace hincapié en la creciente centralidad que está adquiriendo la igualdad de género en las decisiones reproductivas. En este sentido, no es de extrañar que la igualdad de género se haya convertido en el principal foco de atención del análisis demográfico de la última década. Como es bien conocido, la igualdad de género tiene dos facetas: las relaciones en el seno de la familia y la igualdad en el seno de las instituciones sociales. Solo cuando ambas se hayan adaptado adecuadamente a los nuevos roles de la mujer podremos prever efectos realmente significativos en materia de fecundidad.

El impacto de las relaciones de género en la maternidad y la paternidad ha sido un tema recurrente en todos los capítulos de este estudio. Hemos incluido un capítulo, el 6, dedicado específicamente al papel de los pa-

dres, la cara de la moneda a la que se presta menos atención. El capítulo 5 indaga directamente en cómo los valores igualitarios de género influyen sobre la fecundidad. Los resultados apuntan a una doble lógica. Por un lado, los valores de igualdad de género deben ser sólidos y estar ampliamente instalados en la sociedad para que su efecto sea sustancial. Por otro lado, su distribución es importante: donde existan diferencias considerables –tanto entre sexos como por nivel educativo–, la tasa de fecundidad será menor. Dicho de otro modo, parece que para alcanzar la fecundidad deseada –es decir, para reducir el déficit de bienestar– se requiere que la igualdad de género sea normativamente dominante en la sociedad.

Esta constatación conecta con una de las ideas más destacadas en el primer capítulo: en contraste con el escenario de «menos familia» que presentan las teorías posmodernas y las de Becker, es mucho más probable que la baja fecundidad (junto con las tasas de nupcialidad menguantes y la creciente inestabilidad en las parejas) sea un fenómeno pasajero, provocado por la incertidumbre normativa. En donde predomina un orden normativo hegemónico, como era el caso de la sociedad tradicional del varón sustentador, encontramos niveles de fecundidad elevados. Resulta tentador pensar que esto también sucederá en una sociedad en la que la igualdad de género esté en una situación de hegemonía.

Aun así, el vínculo entre igualdad de género y fecundidad no es inequívoco ni unidireccional. De hecho, del análisis comparado se deduce que existen dos vías distintas que conducen a la recuperación de la fecundidad. La primera vía, representada por el grupo de países nórdicos, parece basarse en sociedades que han transitado hacia modelos caracterizados por una mayor igualdad de género. La segunda vía, representada por gran parte de los países anglosajones –como el Reino Unido e Irlanda–, va en otra dirección, pues son sociedades con una implantación más bien limitada de la igualdad de género. Como muestra el capítulo 2, la recuperación de la fecundidad en estos países se basa en una tasa de fecundidad comparativamente elevada entre la población de bajo nivel socioeconómico (así como entre los inmigrantes).

Las relaciones de género se entrecruzan habitualmente con las desigualdades sociales (de clase). En el capítulo 5 hemos visto que en los países nórdicos los valores básicos de igualdad de género se han difundido con-

siderablemente entre todos los estratos sociales. Pero en otros países, la brecha socioeconómica en la difusión de estos valores es más evidente. Lo que parece caracterizar al modelo anglosajón es su carácter bimodal. Por un lado, las mujeres con menor nivel educativo son madres a una edad temprana y tienden a tener muchos hijos; abundan los embarazos adolescentes y las madres solas. Las percepciones sobre los roles de género de estas mujeres tienden a ajustarse a los ideales de maternidad tradicionales. Por ejemplo, la tasa de empleo de las madres solas en el Reino Unido es alrededor del 50%, mientras que en Dinamarca y Suecia supera el 80%. Por otro lado, en el mismo modelo anglosajón, las mujeres con mayor nivel educativo aplazan la maternidad y tienen menos hijos. En general, los patrones de formación de familias en este grupo de países se ajustan mucho a la noción de «destinos divergentes» descrita por Sarah McLanahan (2004) y Kiernan *et al.* (2011).

¿Qué influencia pueden tener las políticas públicas?

Desde la perspectiva de formulación de políticas públicas sería deseable, evidentemente, que existiera un remedio claro e inequívoco para resolver el problema de la baja fecundidad. Pero es obvio que el problema no tiene una única causa y, por lo tanto, no existe una fórmula mágica para resolverlo. Esto no significa, sin embargo, que los responsables de las políticas públicas no puedan hacer nada. Las conclusiones a las que hemos llegado en nuestro estudio coinciden, en gran medida, con un consenso emergente a nivel internacional acerca del tipo de políticas que parecen ser más eficaces para promover la natalidad.

Actualmente existe un amplio consenso entre los demógrafos en torno a la idea de que la adaptación de la sociedad a unas nuevas relaciones de género es un prerrequisito para mejorar el funcionamiento de las familias. A primera vista, no parece muy probable que las reformas legislativas influyan en las relaciones cotidianas de los miembros de las parejas, los padres y las madres. ¿O tal vez sí? Es probable que no influyan de una forma directa, pero sí de una forma indirecta.

¿Cuáles son los principales retos en materia de políticas públicas? Los resultados que presentamos –concretamente las conclusiones del capítulo 7– identifican una serie de prioridades. Como punto de partida, es

importante reconocer que el compromiso de las mujeres con la educación y con su trayectoria profesional es irreversible, por lo que la sociedad debe adaptarse a esta realidad. De no ser así, un modelo que perpetúe la vieja lógica del varón sustentador y el familismo tradicional solo conseguirá prolongar indefinidamente la crisis de fecundidad.

Una prioridad general, como se subraya en el capítulo 2, es redefinir el nexo entre las responsabilidades privadas y las colectivas o, dicho de otra manera, redistribuir los costes de los hijos. España es un claro exponente del modelo mediterráneo en lo que concierne a políticas familiares. Carece de un sistema adecuado de ayudas a las familias y a los hijos, los permisos de maternidad/paternidad son demasiado cortos, y la demanda de plazas en escuelas infantiles para menores de 3 años sobrepasa con mucho a la oferta. El cheque-bebé que introdujo el último gobierno socialista estuvo claramente mal planteado y cargado de ideología natalista. El efecto de esta medida fue, sin duda, escaso: pudo tener un efecto temporal, es decir, algunas mujeres quizá tuvieron un hijo antes de lo previsto gracias al cheque-bebé, pero es evidente que no logró estimular una recuperación de la fecundidad.

Contamos con suficientes evidencias para afirmar que las transferencias monetarias a las familias no tienen un impacto importante en los niveles de fecundidad, aunque tampoco sea este su principal objetivo. En los países nórdicos (donde las prestaciones familiares son comparativamente generosas), las transferencias constituyen el reconocimiento público de que los hijos son un bien social y, por lo tanto, los costes de tenerlos deben ser compartidos por todos. Independientemente de si se tienen hijos o no, todos salen ganando si los niños y las niñas de una determinada sociedad crecen sanos, bien alimentados y con una buena educación. No hay que olvidar que los niños de hoy pagarán las pensiones de mañana.

Existe, no obstante, un ámbito en el que compartir los costes de los hijos sí produce aumentos significativos de la fecundidad: invertir en escuelas infantiles de 0-3 años. En todas las investigaciones realizadas, incluyendo la que nos ocupa, este demuestra ser, probablemente, el instrumento político más eficaz para combatir la baja natalidad. En el caso de España, se ha observado una tendencia positiva en la provisión de escuelas infantiles en los años 2000, pero la oferta está aún lejos de satisfacer la demanda.

Algunos responsables políticos no son conscientes de la importancia que tiene la inversión en educación infantil y siguen confiando en el apoyo de miembros de la familia (los abuelos) o en soluciones en el sector privado. Ahora bien, ninguna de estas opciones es capaz de resolver el problema, puesto que el empleo femenino está convirtiéndose en la norma, la disponibilidad de abuelas cuidadoras pronto se agotará y el coste de las escuelas infantiles privadas de buena calidad no está al alcance de la mayoría de las familias.

Los responsables políticos declaran con frecuencia que las restricciones presupuestarias no permiten ampliar la red de escuelas infantiles subvencionadas. Frente a estos argumentos, la contabilidad dinámica demuestra que el gasto público inicial queda compensado a largo plazo gracias al aumento de la participación de las madres en el mercado de trabajo, los ingresos acumulados a lo largo de su vida laboral y la correspondiente recaudación de impuestos (Esping-Andersen, 2009). Existen buenos argumentos, por lo tanto, para considerar los gastos en educación infantil más como una inversión que como un gasto público corriente.

Este último punto se hace aún más evidente cuando tenemos en cuenta que la escolarización infantil de calidad tiene efectos muy positivos en el desarrollo cognitivo de los niños y, por consiguiente, en su futuro rendimiento escolar, un punto sobre el que James Heckman, premio Nobel de Economía, ha puesto mucho énfasis.

Un segundo ámbito de políticas públicas que debería priorizarse es la adaptación del mercado laboral, como ya se ha argumentado anteriormente. Las características institucionales del mercado laboral español están lejos de ser óptimas desde el punto de vista de la fecundidad. Además de una tasa de desempleo muy elevada –que afecta especialmente a los jóvenes–, existe demasiada inseguridad y demasiada rigidez para conciliar vida familiar y vida laboral. En este sentido, sería necesario reformar urgentemente la contratación a tiempo parcial, así como mejorar la protección laboral de las madres trabajadoras. Una característica del contexto español es la existencia de una jornada laboral excesivamente larga (interrumpida por una pausa para comer también excesivamente larga). Esta práctica es un claro ejemplo de cómo las instituciones siguen encalladas en la vieja filosofía del varón sustentador. Avanzar hacia una

jornada laboral similar a la del norte de Europa tendría efectos muy beneficiosos para los padres y madres que intentan conciliar sus responsabilidades laborales y familiares.

En tercer lugar, hay que replantear la política de permisos de maternidad y paternidad. Los cuatro meses de permiso de maternidad de España coinciden con la práctica de muchos otros países de la UE, pero eso no significa que esta sea una duración óptima. Los efectos directos de estos permisos sobre el nivel de fecundidad pueden no estar claros, pero su diseño sí tiene importantes efectos indirectos, ya que son un ingrediente clave en el paquete general de medidas de conciliación.

Hay dos cuestiones cruciales relacionadas con el diseño de estas medidas. En primer lugar, existen argumentos de peso a favor de redefinirlos como permisos para que *ambos* progenitores puedan cuidar a sus hijos, con incentivos intrínsecos para que los padres –y no solo las madres– puedan interrumpir también su trayectoria profesional. En este sentido, en el capítulo 6 veíamos que numerosos padres españoles echan en falta más oportunidades para hacerse cargo de sus hijos. Por otro lado, como ya se ha señalado, la investigación llevada a cabo en Suecia demuestra que los permisos de paternidad tienen un efecto muy positivo en la probabilidad de tener un segundo hijo.

La segunda cuestión tiene que ver con la duración óptima del permiso. Existe evidencia convincente que demuestra que los permisos (remunerados) demasiado largos tienen efectos negativos en el compromiso de la mujer con su empleo. Paradójicamente, los permisos demasiado cortos pueden producir un efecto similar, ya que las madres se ven obligadas a abandonar el trabajo para ocuparse de su hijo. No hay un consenso generalizado sobre la duración ideal de los permisos. Posiblemente Dinamarca (con 9 meses) represente una solución óptima, a juzgar por el hecho de que prácticamente *todas* las madres regresan a sus puestos de trabajo al finalizar el permiso. Hay que tener en cuenta, además, que el mercado laboral danés ofrece numerosas posibilidades de empleo a tiempo parcial a las madres, una opción transitoria que facilita su reincorporación.

En resumen, países como España tienen todavía un largo camino por recorrer si aspiran a que su tasa de fecundidad se ajuste a las expectati-

vas de la ciudadanía y a resolver problemas acuciantes como el rápido envejecimiento y el posible descenso de población. No obstante, las drásticas limitaciones presupuestarias que definen la situación actual dificultan concebir un programa que suponga una reforma integral. En estas condiciones, ¿qué políticas públicas deberían priorizarse? Una reforma de la jornada laboral no requeriría gasto público alguno, de modo que sería una clara estrategia en la que todos saldrían ganando; también lo sería una reforma de los contratos a tiempo parcial. Finalmente, y una vez considerados todos los factores, nuestra conclusión es que la apuesta por la educación infantil de 0-3 años debería figurar de forma destacada en la lista de prioridades.

Bibliografía

- AASSVE, A., F. BILLARI y L. PESSIN (2012): «Trust and family dynamics», Dondeña Centre for Research on Family Dynamics Working Paper, 55.
- , F. BILLARI y Z. SPEDER (2006): «Societal transition, policy changes and family formation: evidence from Hungary», *European Journal of Population*, 22(2), 127-152.
- , A. GOISIS y M. SIRONI (2012): «Happiness and childbearing across Europe», *Social Indicators Research*, 108, 65-86.
- ABRIL, P., P. AMIGOT, C. BOTÍA, M. DOMÍNGUEZ, M.J. GONZÁLEZ, T. JURADO, I. LAPUERTA, T. MARTÍN, J. MONFERRER y M. SEIZ (2012): «Decisiones de empleo y cuidado en parejas de dos ingresos en España», DemoSoc Working Paper, 49.
- ADSERA, A. (2011): «Where are the babies? Labor market conditions and fertility in Europe», *European Journal of Population*, 21(1), 1-32.
- (2006): «An economic analysis of the gap between desired and actual fertility: the case of Spain», *Review of Economics of the Household*, 4(1), 75-95.
- (2004): «Changing fertility rates in developed countries. The impact of labor market institutions», *Journal of Population Economics*, 17, 17-43.
- AHN, N., y P. MIRA (2002): «A note on the changing relationship between fertility and female employment rates in developed countries», *Journal of Population Economics*, 15(4), 667-682.
- ALLEN, S., y A. HAWKINS (1999): «Maternal gatekeeping: mothers' beliefs and behaviors that inhibit greater father involvement in family work», *Journal of Marriage and Family*, 61(1), 199-212.
- ANDERSON, A.M. (1996): «Factors influencing the father-infant relationship», *Journal of Family Nursing*, 2(3), 306-324.

- ANDERSSON, G. (2004): «Childbearing after migration: fertility patterns of foreign-born women in Sweden», *International Migration Review*, 38(3), 747-774.
- (2000): «The impact of labour-force participation on childbearing behaviour: pro-cyclical fertility in Sweden during the 1980s and the 1990s», *European Journal of Population*, 16(4), 293-333.
- , J. HOEM y A. DUVANDER (2006): «Social differentials in speed-premium effects in childbearing in Sweden», *Demographic Research*, 14, 51-70.
- , M. RØNSEN, M.L. KNUDSEN, T. LAPPEGÅRD, G. NEYER, K. SKREDE, K. TESCHNER y A. VIKAT (2009): «Cohort fertility patterns in the Nordic countries», *Demographic Research*, 20(14), 313-352.
- ANXO, D., L. FLOOD, L. MENCARINI, A. PAILHÉ, A. SOLAZ y M.L. TANTURRI (2007): «Time allocation between work and family over the life-cycle: a comparative gender analysis of Italy, France, Sweden and the United States», IZA Discussion Paper, 3193, Bonn.
- ARIZA, A., S. DE LA RICA y A. UGIDOS (2005): «The effect of flexibility in working hours on fertility: a comparative analysis of selected European countries», *Public Finance and Management*, 5(1), 110-151.
- ARPINO, B., y L. P. TAVARES (2013): «Fertility and values in Italy and Spain: a look at regional differences within the European context», *Population Review*, 52(1), 62-86.
- AZEVEDO, J. (2011): «WBOPENDATA: Stata module to access World Bank databases», Statistical Software Components S457234, Boston College Department of Economics, 1-38.
- AZMAT, G., M. GÜELL y A. MANNING (2004): «Women looking for work», *Centrepiece*, 9(2), 20-27.
- BAGAVOS, C. (2010): «Education and childlessness: the relationship between educational field, educational level, employment and childlessness among Greek women born in 1955-1959», *Vienna Yearbook of Population Research*, 8, 51-75.
- BAIZÁN, P. (2009): «Regional child care availability and fertility decisions in Spain», *Demographic Research*, 21, 803-842.
- (2005): «The impact of labour market status on second and higher-order births. A comparative study of Denmark, Italy, Spain and United Kingdom», Universitat Pompeu Fabra: DemoSoc Working Paper, 11.
- BALBO, N., F.C. BILLARI y M. MILLS (2013): «Fertility in advanced societies: a review of research», *European Journal of Population*, 29, 1-38.

- BEAUJOUAN, E., y A. SOLAZ (2008): «Childbearing after separation: do second unions make up for missing births? Evidence from France», INED Working Paper, 155.
- BECKER, G.S. (1981): *A treatise on the family*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1960): «An economic analysis of fertility», en G.S. BECKER (ed.): *Demographic and economic change in developed countries*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 209-231.
- y H. LEWIS (1973): «On the interaction between quantity and quality of children», *Journal of Political Economy*, 81, 279-288.
- BEGALL, K., y M. MILLS (2011): «The impact of subjective work control, job strain and work-family conflict on fertility intentions: a European comparison», *European Journal of Population*, 27(4), 433-456.
- BERNARDI, F., y J.I. Martínez-Pastor (2011): «Divorce risk factors and their variation over time in Spain», *Demographic Research*, 24(31), 771-800.
- BERNHARDT, E. (1993): «Fertility and employment», *European Sociological Review*, 9(1), 25-42.
- y F. GOLDSCHIEDER (2006): «Gender equality, parenthood attitudes and first births in Sweden», *Vienna Yearbook of Population Research 2006*, 19-39.
- BERNINGER, I., B. WEISS y M. WAGNER (2011): «On the links between employment, partnership quality, and the intention to have a first child: the case of West Germany», *Demographic Research*, 24(24), 579-610.
- BETTIO, F., y J. PLANTENGA (2004): «Comparing care regimes in Europe», *Feminist Economics*, 10(1), 85-113.
- BILLARI, F.C. (2005): «Partnership, childbearing and parenting: trends of the 1990s», en M. MACURA, A.L. MACDONALD y W. HAUG (eds.): *The new demographic regime: population challenges and policy responses*, Ginebra: United Nations, 63-94.
- , M. CASTIGLIONI, T. CASTRO-MARTÍN, F. MICHELIN y F. ONGARO (2002): «Household and union formation in a Mediterranean fashion: Italy and Spain», en E. KLIJZING y M. CORIJN (eds.): *Dynamics of fertility and partnership in Europe: insights and lessons from comparative research*, Ginebra: United Nations, 17-42.
- y H.P. KOHLER (2004): «Patterns of low and very low fertility in Europe», *Population Studies*, 58(2), 161-176.

- , H.P. KOHLER, G. ANDERSSON y H. LUNDSTRÖM (2007): «Approaching the limit: long-term trends in late and very late fertility», *Population and Development Review*, 33(1), 149-170.
- , A.C. LIEFBROER y D. PHILIPOV (2006): «The postponement of childbearing in Europe: driving forces and implications», *Vienna Yearbook of Population Research 2006*, 1-17.
- BLOSSFELD, H.P., E. KLIJZING, M. MILLS y K. KURZ (eds.) (2005): *Globalization, uncertainty and youth in society*, Londres: Routledge.
- y A. TIMM (2003): «Who marries whom?: educational systems as marriage markets in modern societies», *European Studies of Population*, Kluwer Academic.
- BONET, R., C. CRUZ, F. KRANZ y R. JUSTO (2013): «Temporary contracts and work-family balance in a dual labour market», *Industrial and Labor Relations Review*, 66(1), 55-75.
- BONGAARTS, J. (2002): «The end of the fertility transition in the developed world», *Population and Development Review*, 28(3), 419-443.
- (2001): «Fertility and reproductive preferences in post-transitional societies», en R.A. BULATAO y J.B. CASTERLINE (eds.): *Global fertility transition*, Nueva York: Population Council, 260-281.
- y G. FEENEY (1998): «On the quantum and tempo of fertility», *Population and Development Review*, 24(2), 271-291.
- y T. SOBOTKA (2012): «A demographic explanation for the recent rise in European fertility», *Population and Development Review*, 38(1), 83-120.
- BONOLI, G. (2008): «The impact of social policy on fertility: evidence from Switzerland», *Journal of European Social Policy*, 18(1), 64-77.
- BOWLES, S. (1998): «Endogenous preferences: the cultural consequences of markets and other economic institutions», *Journal of Economic Literature*, 36(1), 75-111.
- BREDTMANN, J., J. KLUVE y S. SCHAFFNER (2009): «Women's fertility and employment decisions under two political systems: comparing East and West Germany before reunification», *Ruhr Economic Papers*, 149.
- BREWSTER, K.L., y R.R. RINDFUSS (2000): «Fertility and women's employment in industrialized nations», *Annual Review of Sociology*, 26, 271-296.
- BRIEN, M., L. LILLARD y L. WAITE (1999): «Interrelated family-building behaviors: cohabitation, marriage, and non-marital conception», *Demography*, 36, 535-551.

- BUCHMANN, M.C., e I. KRIESI (2011): «Transition to adulthood in Europe», *Annual Review of Sociology*, 37, 481-503.
- BUJARD, M. (2011): «Family policy and demographic effects: the case of Germany», *Demografía*, English Edition, 54(5), 56-78.
- BUMPASS, L.L. (1990): «What is happening to the family? Interactions between demographic and institutional change», *Demography*, 27(4), 483-498.
- CALDWELL, J.C. (1982): *A theory of fertility decline*, Nueva York: Academic Press.
- CAMERON, A.C., y P.K. TRIVEDI (1998): *Regression analysis of count data*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CASTLES, F.G. (2003): «The world turned upside down: below replacement fertility, changing preferences and family-friendly public policy in 21 OECD countries», *Journal of European Social Policy*, 13(3), 209-227.
- CASTRO-MARTÍN, T. (2010): «Single motherhood and low birthweight in Spain: narrowing social inequalities in health?», *Demographic Research*, 22, 863-890.
- , M. DOMÍNGUEZ-FOLGUERAS y T. MARTÍN-GARCÍA (2008): «Not truly partnerless: non-residential partnerships and retreat from marriage in Spain», *Demographic Research*, 18, 443-468.
- y L. ROSERO-BIXBY (2011): «Maternidades y fronteras. La fecundidad de las mujeres inmigrantes en España», *Revista Internacional de Sociología*, 69(1), 105-137.
- CAVALLI, L. (2012): «Fertility intentions of employed mothers in Italy: does the choice of public versus private sector matter?», Working Papers, 27, University of Verona, Department of Economics.
- CHESNAIS, J.-C. (1993): *The demographic transition*, Oxford: Oxford University Press.
- CLARKE, L., y C. ROBERTS (2002): «Policy and rhetoric: the growing interest in fathers and grandparents in Britain», en A. CARLING y S. DUNCAN (eds.): *Analysing families: morality and rationality in policy and practice*, Londres y Nueva York: Routledge, 165-182.
- COHN, D.A., D. SILVER, C.P. COWAN, P.A. COWAN y J. PEARSON (1992): «Working models of childhood attachment and couple relationships», *Journal of Family Issues*, 13(4), 432-449.
- COLLIER, R. (1999): «‘Feminising’ the workplace? Law, the ‘good parent’ and the ‘problem of men’», en A. MORRIS y T. O’DONNELL (eds.): *Feminist perspectives on employment law*, Londres: Cavendish.

- y S. SHELDON (2008): *Fragmenting fatherhood*, Oxford y Portland, OR: Hart.
- COLTRANE, S. (2000): «Research on household labor: modeling and measuring the social embeddedness of routine family work», *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1208-1233.
- CONNELL, R. (1995): *Masculinities*, Cambridge: Polity.
- COOKE, L.P. (2009): «Gender equity and fertility in Italy and Spain», *Journal of Social Policy*, 38, 123-140.
- (2004): «The gendered division of labour and family outcomes in Germany», *Journal of Marriage and the Family*, 66, 1246-1259.
- COPPOLA, L., y M. CESARE (2008): «How fertility and union stability interact in shaping new family patterns in Italy and Spain», *Demographic Research*, 18(4), 117-144.
- COWAN, C.P., y COWAN, P.A. (1992): *When partners become parents: the big life change for couples*, Nueva York: Basic Books.
- CRAIG, L. (2006): «Does father care mean fathers share? A comparison of how mothers and fathers in intact families spend time with children», *Gender & Society*, 20(2), 259-281.
- CROMPTON, R. (1999): «Discussions and conclusions», en R. CROMPTON (ed.): *Restructuring gender relations and employment: the decline of the male breadwinner*, Oxford: Oxford University Press.
- DALLA ZUANNA, G. (2000): «The banquet of Aeolus: a familistic interpretation of Italy's lowest low fertility», *Demographic Research*, 4-5, 133-162.
- y R. IMPICCIATORE (2010): «Fertility and education in contemporary Northern and Southern Italy», Departmental Working Papers, Department of Economics, Management and Quantitative Methods at Università degli Studi di Milano.
- DALY, K.J. (1996): *Families and time: keeping pace in a hurried culture*, Thousand Oaks, CA: Sage.
- DATTA GUPTA, N., y N. SMITH (2002): «Children and career interruptions. The family gap in Denmark», *Economica*, 69, 609-629.
- DAVIS, KINGSLEY (1945): «The world demographic transition», *Annals of the American Academy*, 1-11.
- DE LA RICA, S., y A. IZA (2005): «Career planning in Spain: do fixed-term contracts delay marriage and parenthood?», *Review of Economics of the Household*, 3, 49-73.

- DE MOUZON, J. *et al.* (2010): «Assisted reproductive technology in Europe, 2006: results generated from European registers by ESHRE», *Human Reproduction*, 25, 1851-1862.
- DEAVE, T., y D. JOHNSON (2008): «The transition to parenthood: what does it mean for fathers?», *Journal of Advanced Nursing*, 63(6), 626-633.
- DEL BOCA, D. (2002): «The effect of childcare and part time opportunities in participation and fertility of Italian women», *Journal of Population Economics*, 15, 549-573.
- , R. AABERGE, U. COLOMBINO, J. ERMISCH, M. FRANCESCONI, S. PASQUA y S. STRØM (2005): «Labour market participation of women and fertility: the effect of social policies», WP Fondazione Rodolfo De Benedetti.
- DELAAT, J., y A. SEVILLA SANZ (2006): «Working women, men's home time and lowest-low fertility», ISER Working Paper, 23.
- DOMÍNGUEZ-FOLGUERAS, M., y T. CASTRO-MARTÍN (2013): «Cohabitation in Spain: no longer a marginal path to family formation», *Journal of Marriage and Family*, 75, 422-437.
- DROBNÍČ, S., y A.M. GUILLÉN RODRÍGUEZ (2011): «Tensions between work and home: job quality and working conditions in the institutional contexts of Germany and Spain», *Social Politics*, 18(2), 232-268.
- DUVANDER, A., y G. ANDERSSON (2003): «Gender equality and fertility in Sweden», *Marriage and Family Review*, 39, 121-142.
- , T. LAPPEGAARD y G. ANDERSSON (2010): «Family policy and fertility», *Journal of European Social Policy*, 20, 45-57.
- EASTERLIN, R. (1966): «On the relation of economic factors to recent and projected fertility changes», *Demography*, 3(1), 131-153.
- , R. POLLAK y M. WACHTER (1980): «Toward a general economic model of fertility determination. endogenous preferences and natural fertility», en R. EASTERLIN (ed.): *Population and economic change in developing countries*, Chicago: University of Chicago Press.
- ENGELHARDT, H., y A. PRSKWETZ (2004): «On the changing correlation between fertility and female employment over space and time», *European Journal of Population*, 20(1): 35-62.
- ENGLAND, P. (2010): «The gender revolution: uneven and stalled», *Gender & Society*, 24(2), 149-166.
- y N. FOLBRE (1999): «Who should pay for the kids?», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 563(1): 194-207.

- ERIKSON, R., y J. JONSSON (1996): *Can education be equalized? The Swedish case in comparative perspective*, Boulder, CO: Westview.
- ERMISCH, J. (1988): «An econometric analysis of birth rate dynamics in Britain», *Journal of Human Resources*, 23(4), 563-576.
- ESPING-ANDERSEN, G. (2009): *The incomplete revolution. Adapting to women's new roles*, Cambridge: Polity.
- (2007): *Family formation and family dilemmas in contemporary Europe*, Madrid: Fundación BBVA.
- (1999): *Social foundations of postindustrial economies*, Oxford: Oxford University Press.
- (1990): *The three worlds of welfare capitalism*, Cambridge: Polity.
- y F.C. BILLARI (2012): «Re-theorizing family demographics», Universitat Pompeu Fabra working paper.
- , D. BOERTIEN, J. BONKE y P. GARCIA (2013): «Couple specialization in multiple equilibria», *European Sociological Review*, 29, 1-15.
- ESTEVE, A., J. GARCÍA-ROMÁN e I. PERMANYER (2012): «The gender-gap reversal in education and its effect on union formation: the end of hypergamy?», *Population and Development Review*, 38, 535-546.
- EUROPEAN COMMISSION (2005): *Confronting demographic change: a new solidarity between the generations*, Bruselas: Communication of 16 March 2005, COM(2005)94.
- (1997): *The young Europeans*. Special Eurobarometer 114/Wave 47.2, http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/ebs_114_en.pdf.
- EUROPEAN DEMOGRAPHIC DATA SHEET (2012), Wittgenstein Centre for Demography and Global Human Capital.
- EUROSTAT (2013): *Statistic Database Online*, European Commission.
- FEATHERSTONE, B. (2009): *Contemporary fathering: theory, policy and practice*, Bristol: Policy Press.
- FINN, M., y K. HENWOOD (2009): «Exploring masculinities within men's identificatory imaginings of first-time fatherhood», *British Journal of Social Psychology*, 48(3), 547-562.
- FOLBRE, N. (2008): *Valuing children: rethinking the economics of the family*, Cambridge, MA: Harvard University Press.

- FORTIN, N. (2005): «Gender role attitudes and women's labour market outcomes across OECD countries», *Oxford Review of Economic Policy*, 21(3), 416-438.
- FREJKA, T. (2008): «Parity distribution and completed family size in Europe: incipient decline of the two-child family model?», *Demographic Research*, 19(4): 47-72.
- FRIEDMAN, D., M. HECHTER y S. KANAZAWA (1994): «A theory of the value of children», *Demography*, 31(3), 375-401.
- GAUTHIER, A.H. (2011): *Comparative family policy database, version 3*, Netherlands Interdisciplinary Demographic Institute y Max Planck Institute for Demographic Research (distribuidores), www.demogr.mpg.de.
- (2007): «The impact of family policies on fertility in industrialized countries: a review of the literature», *Population Research and Policy Review*, 26, 323-346.
- y J. HATZIUS (1997): «Family benefits and fertility: an econometric analysis», *Population Studies*, 51, 295-306.
- GEISLER, T., y M. KREYENFELD (2011): «Against all odds: fathers' use of parental leave in Germany», *Journal of European Social Policy*, 21, 88-99.
- GERSHUNY, J. (2000): *Changing times: work and leisure in postindustrial society*, Oxford: Oxford University Press.
- Gillis, J. (2000): «Marginalization of fatherhood in Western countries», *Childhood*, 7(2), 225-238.
- GIMENEZ-NADAL, J.I., J. MOLINA y A. SEVILLA-SANZ (2011): «Social norms, partnerships and children», *Review of the Economics of the Household*, 10, 215-236.
- GOLDSCHIEDER, F.K. (2000): «Men, children and the future of the family in the third millennium», *Futures*, 32, 525-538.
- GOLDSTEIN, J.R., T. SOBOTKA y A. JASILIONIENE (2009): «The end of lowest-low fertility?», *Population and Development Review*, 35(4), 663-700.
- GONZÁLEZ, M.J., y T. JURADO-GUERRERO (2006): «Remaining childless in affluent economies: a comparison of France, West Germany, Italy and Spain, 1994-2001», *European Journal of Population*, 22(4), 317-352.
- GORNICK, J.C., y M. MEYERS (2003): *Families that work: policies for reconciling parenthood and employment*, Nueva York: Russell Sage Foundation.
- GREGG, P., y E. WASHBROOK (2003): «The effects of early maternal employment on child development in the UK», University of Bristol: CMPO Working Paper Series.

- GREGORY, A., y S. MILNER (2011): «What is 'new' about fatherhood? The social construction of fatherhood in France and the UK», *Men and Masculinities*, 14(5), 588-606.
- (2005): «Fatherhood: comparative Western perspectives», en *Sloan Work and Family Research Network Encyclopedia*, USA: Sloan Foundation.
- (2004): «La masculinité en mutation, la paternité en (re)construction: une comparaison franco-britannique», *Recherches et Prévisions*, 76, 63-78.
- GUINNANE, T. (2010): «The historical fertility transitions», Yale University Economics Department Working Papers, 84.
- GUTIÉRREZ-DOMÈNECH, M. (2008): «The impact of the labour market on the timing of marriage and births in Spain», *Journal of Population Economics*, 21, 83-110.
- GUSTAVSSON, S., y F. STAFFORD (1994): «Three regimes of childcare: the United States, the Netherlands, and Sweden», en R. BLANK (ed.): *Social protection versus economic flexibility*, Chicago: University of Chicago Press, 333-362.
- HABBEMA, J.D., M.J. EIJKEMANS, G. NARGUND, G. BEETS, H. LERIDON y E.R. TE VELDE (2009): «The effect of in vitro fertilization on birth rates in Western countries», *Human Reproduction*, 24(6), 1414-1419.
- HAKIM, C. (2000): *Work-lifestyle choices in the 21st century: preference theory*, Oxford: Oxford University Press.
- HALL, W.A. (1994): «New fatherhood: myths and realities», *Public Health Nursing*, 11, 219-228.
- HANK, K., y M. KREYENFELD (2002): «A multi-level analysis of childcare and the transition to motherhood in Germany», Max Planck Institute for Demographic Research Working Paper, 290.
- HANTRAIS, L. (1994): «Comparing family policies in Britain, France and Germany», *Journal of Social Policy*, 23(2), 135-160.
- HÄUSERMANN, S., y H. SCHWANDER (2011): «Varieties of dualization. Labor market segmentation and insider-outsider divides across regimes», en P. EMMENEGGER *et al.* (eds.): *The age of dualization. Structures, policies, politics*, Nueva York: Oxford University Press.
- HAZAN, M., y Z. HOSNY (2011): «Do highly educated women choose smaller families?», CEPR Discussion Paper 8590, Londres: Centre for Economic Policy Research.
- HEATON, T., C. JACOBSEON y K. HOLLAND (1999): «Persistence and change in decisions to remain childless», *Journal of Marriage and Family*, 61, 531-539.

- HECKMAN, J., y J. WALKER (1990): «The relationship between wages and the timing and spacing of births: evidence from Swedish longitudinal data», *Econometrica*, 58, 1411-1441.
- HENWOOD, K., y J. PROCTER (2003): «The ‘good father’: reading men’s accounts of paternal involvement during the transition to first-time fatherhood», *British Journal of Social Psychology*, 42, 337-355.
- , F. SHIRANI y J. KELLETT (2011): «On delayed fatherhood: the social and subjective ‘logics’ at work in men’s lives», en G. BEETS, J. SCHIPPERS y E.R. TE VELDE (eds.): *The future of motherhood in Western societies. Late fertility and its consequences*, Dordrecht: Springer.
- HOBSON, B. (2002): *Making men into fathers: men, masculinities and the social politics of fatherhood*, Cambridge: Cambridge University Press.
- y D. MORGAN (2002): «Introduction», en B. HOBSON (ed.): *Making men into fathers: men masculinities and the social politics of fatherhood*, Cambridge: Cambridge University Press, 1-24.
- HOEM, J.M. (2008): «The impact of public policies on European fertility», *Demographic Research*, 19(10), 249-260.
- (2005): «Why does Sweden have such high fertility?», *Demographic Research*, 13(22), 559-572.
- , G. NEYER y G. ANDERSSON (2006): «The relationship between educational field, educational level and childlessness among Swedish women born in 1955-59», *Demographic Research*, 14(15), 331-380.
- , A. PRSKAWETZ y G. NEYER (2001): «Autonomy or conservative adjustment? The effect of public policies on third births in Austria», *Population Studies*, 55, 249-261.
- HOLDSWORTH, C., y M. IRAZOQUI SOLDA (2002): «First housing moves in Spain: an analysis of leaving home and first housing acquisition», *European Journal of Population*, 18(1), 1-19.
- HOOK, J.L. (2010): «Gender inequality in the welfare state: sex segregation in housework, 1965-2003», *American Journal of Sociology*, 115(5), 1480-1523.
- HOTZ, J., J. KLERMAN y R. WILLIS (1997): «The economics of fertility in developed countries», en M. ROSENZWEIG y O. STARK (eds.): *Handbook of population and family economics*, vol. 1A, Amsterdam: Elsevier, 276-347.
- y R. MILLER (1988): «An empirical analysis of life cycle fertility and female labour supply», *Econometrica*, 56, 91-118.

- HUMAN FERTILITY DATABASE, Max Planck Institute for Demographic Research (Alemania) y Vienna Institute of Demography (Austria), www.humanfertility.org [July 3rd, 2012].
- IACOVOU, M., y L.P. TAVARES (2011): «Yearning, learning, and conceding: reasons men and women change their childbearing intentions», *Population and Development Review*, 37(1), 89-123.
- IBAÑEZ, Z. (2011): «Part-time employment in Spain: a victim of the ‘temporality culture’ and a lagging implementation», en A.M. GUILLÉN y M. LEÓN (eds.): *The Spanish welfare state in European context*, Farnham: Ashgate, 165-186.
- JAKEE, K., y SUN G.-Z. (2001): «Adaptive preferences and welfare state dynamics: a simple model», Max-Planck-Institute for Research into Economic Systems (Jena, Alemania), *Papers on Economics and Evolution*, 2.
- JONES, G.W. (2011): «Recent fertility trends, policy responses and fertility prospects in low fertility countries of East and Southeast Asia», United Nations, Population Division, Expert Paper, 5.
- JONES, L., y M. TERTILT (2008): «An economic history of fertility in the United States, 1826-1960», en P. RUPERT (ed.): *Frontiers of family economics*, Bingley: Emerald, 165-230.
- KALMUSS, D., A. DAVIDSON y L. CUSHMAN (1992): «Parenting expectations, experiences, and adjustment to parenthood: a test of the violated expectations framework», *Journal of Marriage and Family*, 54(3), 516-526.
- KALWIJ, A. (2010): «The impact of family policy expenditure on fertility in Western Europe», *Demography*, 47(2), 503-519.
- KAN, M.Y., O. SULLIVAN y J. GERSHUNY (2011): «Gender convergence in domestic work: discerning the effects of interactional and institutional barriers from large-scale data», *Sociology*, 45(2), 234-251.
- KECK, W., y C. SARACENO (2011): «Comparative childcare statistics in Europe. Conceptual and methodological fallacies», *Multilinks Insights*, 1, Berlín: Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung.
- KERTZER, D.I., M.J. WHITE, L. BERNARDI y G. GABRIELLI (2009): «Italy’s path to very low fertility: the adequacy of economic and second demographic transition theories», *European Journal of Population/Revue Européenne de Démographie*, 25(1), 89-115.
- KIERNAN, K.E. (2002): «Cohabitation in Western Europe: trends, issues and implications», en A. BOOTH y A.C. CROUTER (eds.): *Just living together. Implications of cohabitation on families, children, and social policy*, Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum, 3-31.

- (2001): «The rise of cohabitation and childbearing outside of marriage in Western Europe», *International Journal of Law, Policy and the Family*, 15, 1-21.
- , S. McLANAHAN, J. HOLMES y M. WRIGHT (2011): «Fragile families in the US and UK», Princeton University WP11-04FF.
- KNEALE, D., y H. JOSHI (2008): «Postponement and childlessness: evidence from two British cohorts», *Demographic Research*, 19, 1935-1968.
- KNEIP, T., y G. BAUER (2007): «Effects of different divorce probabilities on female labor force participation and fertility», Mannheimer Zentrum für Europäische Sozialforschung (MZES) Working Paper, 102, 1-24.
- KODZ, J. (2003): «Working long hours: a review of the evidence», *Employment Relations Research Series*, 16, Brighton: The Institute for Employment Studies.
- KÖGEL, T. (2004): «Did the association between fertility and female employment within OECD countries really change its sign?», *Journal of Population Economics*, 17, 45-65.
- KOHLER, H.P., y J.A. ORTEGA (2002): «Tempo-adjusted period parity progression measures, fertility postponement and completed cohort fertility», *Demographic Research*, 6(6), 91-144.
- , J. BEHRMAN y A. SKYTTE (2005): «Partner + children = happiness? The effects of partnership and fertility on well-being», *Population and Development Review*, 31, 407-445.
- , F.C. BILLARI y J.A. ORTEGA (2002): «The emergence of lowest-low fertility in Europe during the 1990s», *Population and Development Review*, 28(4), 641-680.
- KRAVDAL, Ø. (2008): «Effects of current education on second- and third-birth rates among Norwegian women and men born in 1964: substantive interpretations and methodological issues», *Demographic Research*, 17(17), 211.
- (2001): «The high fertility of college educated women in Norway: an artefact of the separate modelling of each parity transition», *Demographic Research*, 5(6), 187-216.
- (1996): «How the local supply of daycare influences fertility in Norway», *Population Research and Policy Review*, 15(3).
- y R.R. RINDFUSS (2008): «Changing relationships between education and fertility: a study of women and men born 1940 to 1964», *American Sociological Review*, 73, 854.

- KREYENFELD, M. (2010): «Uncertainties in female employment careers and the postponement of parenthood in Germany», *European Sociological Review*, 26, 351-366.
- (2004): «Fertility decisions in the FRG and GDR: an analysis with data from the German Fertility and Family Survey», *Demographic Research*, 3(11), 276-318.
- (2002): «Time-squeeze, partner effect or self-selection? An investigation into the positive effect of women's education on second birth risks in West Germany», *Demographic Research*, 7(2), 15-48.
- LAPPEGÅRD, T. (2000): «New fertility trends in Norway». *Demographic Research*, 2(3).
- y M. RONSEN (2005): «The multifaceted impact of education on entry into motherhood», *European Journal of Population*, 21, 31-49.
- LAPUERTA, I. (2012): *Employment, motherhood and parental leaves in Spain*, tesis doctoral, Barcelona: Universitat Pompeu Fabra [consulta septiembre 2012].
- LAPUERTA, I., P. BAIZÁN y M.J. GONZÁLEZ (2011): «Individual and institutional constraints: an analysis of parental leave use and duration in Spain», *Population Research and Policy Review*, 30(2), 185-210.
- LEÓN, M., y M. MIGLIAVACCA (2013): «Italy and Spain: still the case of familistic welfare models?», *Population Review*, 52(1), 25-42.
- LERIDON, H. (2008): «A new estimate of permanent sterility by age: sterility defined as the inability to conceive», *Population Studies*, 62(1), 15-24.
- LESTHAEGHE, R. (1998): «On theory development: applications to the study of family formation», *Population and Development Review*, 24, 1-14.
- (1995): «The second demographic transition in Western countries: an interpretation», en K. OPPENHEIM MASON y A.-M. JENSEN (eds.): *Gender and family change in industrialized countries*, Oxford: Clarendon, 17-62.
- LEWIS, J. (2002): «Gender and welfare state change», *European Societies*, 4(4), 331-357.
- (1998): *Gender, social care and welfare state restructuring in Europe*, Aldershot: Ashgate.
- (1992): «Gender and the development of welfare regimes», *Journal of European Social Policy*, 2, 159-173.
- LIEFBROER, A. (2005): «The impact of perceived costs and rewards of childbearing on entry into parenthood», *European Journal of Population*, 21, 367-391.

- y F.C. BILLARI (2010): «Bringing norms back in: a theoretical and empirical discussion of their importance for understanding demographic behaviour», *Population, Space and Place*, 16(4), 287-305.
- LILLARD, L.A., y L.J. WAITE (1993): «A joint model of marital childbearing and marital disruption», *Demography*, 30(4), 653-681.
- LIVI-BACCI, M. (2001): «Too few children and too much family», *Daedalus*, 130(3), 139-156.
- LUCI, A., y O. THÉVENON (2012): «The impact of family policy packages on fertility trends in developed countries», París: INED, Documents de travail 174, www.ined.fr/fichier/t_publication/1572/publi_pdf2_174.pdf.
- (2010): «Does economic development drive the fertility rebound in OECD countries?», Working Papers HAL-00520948, HAL.
- LUKE, B., y M.B. BROWN (2007): «Elevated risks of pregnancy complications and adverse outcomes with increasing maternal age», *Human Reproduction*, 22(5), 1264-1272.
- LUPTON, D., y L. BARCLAY (1999): «The experiences of new fatherhood: a socio-cultural analysis», *Journal of Advanced Nursing*, 29(4), 1013-1020.
- (1997): *Constructing fatherhood: discourses and experiences*. Londres: Sage.
- LUTZ, W., y S. SCHERBOV (2002): «Can immigration compensate for Europe's low fertility?», Interim report, IR-02-052, Vienna Institute of Demography of the Austrian Academy of Sciences, European Demographic Research Papers, 1.
- LYNGSTAD, T.H., y M. JALOVAARA (2010): «A review of the antecedents of union dissolution», *Demographic Research*, 23(10), 257-292.
- MALPAS, N., y P.V. LAMBERT (1993): «Les Européens et la famille [Europeans and the family]», *Special Eurobarometer 77/Wave 39. European Commission*, http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/ebs_77_fr.pdf.
- MANDEL, H., y M. SEMYONOV (2006): «A welfare state paradox: state interventions and women's employment opportunities in 22 countries», *American Journal of Sociology*, 111(6), 1910-1949.
- MANLOVE, J., S. RYAN, E. WILDSMITH y K. FRANZETTA (2010): «The relationship context of nonmarital childbearing in the U.S.», *Demographic Research*, 23(22), 615-654.
- MARSIGLIO, W., P. AMATO, R.D. DAY y M.E. LAMB (2000): «Scholarship on fatherhood in the 1990s and beyond», *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1173-1191.

- MARTIN, S. (2000): «Diverging fertility among U.S. women who delay childbearing past age 30», *Demography*, 37, 523-533.
- MARTÍN-GARCÍA, T. (2010): «The impact of occupational sex-composition on women's fertility in Spain», *European Societies*, 12(1), 113-133.
- (2009): «The effect of education on women's propensity to be childless in Spain: does the field of education matter?», Carlo Alberto Working Papers, 114.
- y P. BAIZÁN (2006): «The impact of the type of education and of educational enrolment on first births», *European Sociological Review*, 22(3), 259-276.
- y T. CASTRO-MARTÍN (2013): «Do women working in the public sector have it easier to become mothers in Spain?», *Population Review*, 52(1), 149-171.
- (2008): «The ideal and de facto timetable for transition to adulthood in Europe: a comparative view from the ESS», presentado en la Conferencia Europea de Población, Barcelona, 9-12 de julio.
- MATYSIAK, A., y D. VIGNOLI (2008): «Fertility and women's employment. A meta-analysis», *European Journal of Population*, 24, 363-384.
- MCDONALD, P. (2002): «Low fertility: unifying the theory and the demography», presentado en las sesiones de la Population Association of America, Atlanta, 9-11 de mayo.
- (2000): «Gender equity in theories of fertility transition», *Population and Development Review*, 26(3), 427-439.
- y H. MOYLE (2010): «Why do English-speaking countries have relatively high fertility?», *Journal of Population Research*, 27, 247-273.
- MCDOWELL, L. (1997): *Capital culture: gender at work in the city*, Oxford: Blackwell.
- MCLANAHAN, S. (2004): «Diverging destinies: how children are faring under the second demographic transition», *Demography*, 41(4), 607-627.
- MELO-MARTÍN, I.D. (2009): «Assisted reproductive technology in Spain: considering women's interests», *Cambridge Quarterly of Healthcare Ethics*, 18(3), 228-235.
- MENCARINI, L., y M. TANTURRI (2006): «High fertility or childlessness. Micro-level determinants of reproductive behaviour in Italy», *Population*, 61, 389-416.
- MILKIE, M.A., S.M. BIANCHI, M. MATTINGLY y J. ROBINSON (2002): «Gendered division of childrearing: ideals, realities, and the relationship to parental well-being», *Sex Roles*, 47, 21-38.

- MILLER, A.R. (2010): «The effect of motherhood timing on career path», *Journal of Population Economics*, 24(3), 1071-1100.
- MILLER, W.B., L.J. SEVERY y D.J. PASTA (2004): «A framework for modelling fertility motivation in couples», *Population Studies*, 58(2), 193-205.
- MILLER TORR, B., y S. SHORT (2004): «Second births and the second shift: a research note on gender equity and fertility», *Population and Development Review*, 30, 109-130.
- MILLS, M. (2010): «Gender roles, gender (in)equality and fertility: an empirical test of five gender equity indices», *Canadian Studies in Population*, 37(3-4), 445-474.
- y K. BEGALL (2010): «Preferences for the sex-composition of children in Europe: a multilevel level examination of its effect on progression to a third child», *Population Studies*, 64(1), 77-95.
- , R.R. RINDFUSS, P. MCDONALD y E. TE VELDE (2011): «Why do people postpone parenthood? Reasons and social policy incentives», *Human Reproduction Update*, 17(6), 848-860.
- , M. TANTURRI y K. BEGALL (2008): «Gender equity and fertility intentions in Italy and the Netherlands», *Demographic Research*, 18, 1-26.
- MINCER, J. (1963): «Market prices, opportunity costs and income effects», en C.F. CHRIST (ed.): *Measurement in economics*, Stanford: Stanford University Press, 67-82.
- MODENA, F., C. RONDINELLI y F. SABATINI (2011): «Economic insecurity and fertility intentions: the case of Italy», MPRA Paper 36353, University Library of Munich.
- MOFFIT, ROBERT (1984): «Profiles of fertility, labour supply and wages of married women. A complete life-cycle model», *The Review of Economic Studies*, 51, 263-278.
- MORGAN, K. (2003): «The politics of mothers' employment: France in comparative perspective», *World Politics*, 55(2), 259-289.
- MORGAN, S.P. (1985) «Individual and couple intentions for more children: a research note», *Demography*, 22(1), 125-132.
- y R. BERKOWITZ KING (2001): «Why have children in the 21st century? Biological predispositions, social coercion, rational choice», *European Journal of Population*, 17(1), 3-20.
- MYERS, S. (1997): «Marital uncertainty and childbearing», *Social Forces*, 75, 1271-1289.

- MYRDAL, G., y A. MYRDAL (1934): *Kris i Befolkningsfraagan*, Estocolmo: Tiden.
- MYRSKYLÄ, M., F.C. BILLARI y H.P. KOHLER (2011): «High development and fertility: fertility at older reproductive ages and gender equality explain the positive link», MPIDR Working Papers WP-2011-017, Max Planck Institute for Demographic Research, Rostock, Alemania.
- , J.R. GOLDSTEIN e Y.A. CHENG (2013): «New cohort fertility forecasts for the developed world: rises, falls, and reversals», *Population and Development Review*, 39(1), 31-56.
- , H.P. KOHLER y F.C. BILLARI (2009): «Advances in development reverse fertility declines», *Nature*, 460(7256), 741-743.
- NALDINI, M., y T. JURADO (2013): «Family and welfare state reorientation in Spain and Italy from a European perspective», *Population Review*, 52(1), 43-61.
- NASH, M. (1991): «Pronatalism and motherhood in Franco's Spain», en G. BOCK and P. THANE (eds.): *Maternity and gender policies: women and the rise of the European welfare state*, Londres: Routledge, 160-177.
- NENTWICH, J.C. (2008): «New fathers and mothers as gender troublemakers? Exploring discursive constructions of heterosexual parenthood and their subversive potential», *Feminism Psychology*, 18(2), 207-230.
- NERMO, M. (2010): «Models of cross-national variation in occupational sex segregation», *European Societies*, 2(3), 295-333.
- NEYER, G., y G. ANDERSSON (2008): «Consequences of family policies on childbearing behavior: effects or artifacts?», *Population and Development Review*, 34(4), 699-724.
- , T. LAPPEGÅRD y D. VIGNOLI (2011): «Gender equality and fertility: which equality matters?», *Stockholm Research Report on Demography*, 9.
- NÍ BHROLCHÁIN, M., y E. BEAUJOUAN (2012): «How real are reproductive goals? Uncertainty and the construction of fertility preferences», presentado en la reunión anual de la Population Association of America.
- NOGUERA, C.S., K. GOLSCH y N. STEINHAGE (2002): «Increasing uncertainty in the Spanish labor market and entry into parenthood», *Genus*, 58, 77-119.
- O'BRIEN, M. (2005): «Studying individual and family development: linking theory and research», *Journal of Marriage and Family*, 67(4), 880-890.
- OAKLEY, A. (1974): *The sociology of housework*, Nueva York: Pantheon/Random House.

- OECD (2011): *Doing better for families*, Paris: OECD Publishing.
- (2007): *Babies and bosses. Reconciling work and family life*, Paris: OECD Publishing.
- OLÁH, L.S. (2003): «Gendering fertility: second births in Sweden and Hungary», *Population Research and Policy Review*, 22, 171-200.
- y E.M. BERNHARDT (2008): «Sweden: combining childbearing and gender equality», *Demographic Research*, Special Collection 7, 1105-1144.
- OPPENHEIMER, V.K. (1988): «A theory of marriage timing», *American Journal of Sociology*, 94(3), 563-591.
- ORLOFF, A.S. (2002): «Women's employment and welfare regimes globalization, export orientation and social policy in Europe and North America», Social Policy and Development Programme Paper, 12, Ginebra: United Nations Research Institute for Social Development.
- (1996): «Gender in the welfare state», *Annual Review of Sociology*, 22, 51-78.
- ÖRSAL, D.D.K., y J.R. GOLDSTEIN (2010): «The increasing importance of economic conditions on fertility», MPIDR Working Papers WP-2010-014, Max Planck Institute for Demographic Research, Rostock, Alemania.
- PFAU-EFFINGER, B. (2004): *Development of culture, welfare states and women's employment in Europe*, Aldershot: Ashgate.
- PHILIPOV, D. (2009): «Fertility intentions and outcomes: the role of policies to close the gap», *European Journal of Population*, 25, 355-361.
- PLECK, J.H. (1997): «Paternal involvement. Revised conceptualization and theoretical linkages with child outcomes», en M.E. LAMB (ed.): *The role of father in child development*, Nueva York: Wiley, 58-93.
- POLAVIEJA, J.G. (2006): «The incidence of temporary employment in advanced economies: why is Spain different?», *European Sociological Review*, 22(1), 61-78.
- PRESTON, S., y C. STEN (2008): «The future of American fertility», NBER Working Paper, 14498.
- QUESNEL-VALLEE, A., y MORGAN, S.P. (2003): «Missing the target: correspondence of fertility intentions and behavior in the U.S.», *Population Research and Policy Review*, 22(5-6), 497-525.
- RALEY, R.K. (2001): «Increasing fertility in cohabiting unions: evidence for the second demographic transition in the United States?», *Demography*, 38, 59-66.

- RAY, R., J.C. GORNICK y J. SCHMITT (2010): «Who cares? Assessing generosity and gender equality in parental leave policy designs in 21 countries», *Journal of European Social Policy*, 20(3), 196-216.
- REHER, D.S. (1998): «Family ties in Western Europe: persistent contrasts», *Population and Development Review*, 24(2), 203-234.
- RENDALL, M. *et al.* (2010): «Increasingly heterogeneous ages at first birth by education in Southern European and Anglo-American family-policy regimes: a seven-country comparison by birth cohort», *Population Studies*, 64(3), 209-227.
- RIJKEN, A., y A. LIEFBROER (2009): «The effects of relationship quality on fertility», *European Journal of Population*, 25, 27-44.
- y E. THOMSON (2011): «Partners' relationship quality and childbearing», *Social Science Research*, 40, 485-497.
- RINDFUSS, R.R., D. GUILKEY, P. MORGAN, Ø. KRAVDAL y K.B. GUZZO (2007): «Child care availability and first-birth timing in Norway», *Demography*, 44(2), 345-372.
- , D. GUILKEY, P. MORGAN y Ø. KRAVDAL (2010): «Child-care availability and fertility in Norway», *Population and Development Review*, 36(4), 725-748.
- , S. MORGAN y K. OFFUT (1996): «Education and the changing age pattern of American fertility, 1963-1989», *Demography*, 33, 277-290.
- , S.P. MORGAN y G. SWICEGOOD (1988): *First birth in America: changes in the timing of parenthood*, Berkeley: University of California Press.
- ROIG VILA, M., y T. CASTRO-MARTÍN (2007): «Childbearing patterns of foreign women in a new immigration country: the case of Spain», *Population-E*, 62(3), 351-380.
- RØNSEN, M. (2004): «Fertility and public policies – Evidence from Norway and Finland», *Demographic Research*, 10, 143-170.
- y K. SKREDE (2010): «Can public policies sustain fertility in the Nordic countries? Lessons from the past and questions for the future», *Demographic Research*, 22(13), 321-346.
- ROSINA, A., y M.R. TESTA (2009): «Couples' first child intentions and disagreement: an analysis of the Italian case», *European Journal of Population*, 25(4), 487-502.
- RYDER, N.B. (1964): «The process of demographic translation», *Demography*, 1(1), 74-82.

- SÁNCHEZ-BARRICARTE, J.J., y R. FERNÁNDEZ-CARRO (2007): «Patterns in the delay and recovery of fertility in Europe», *European Journal of Population*, 23, 145-170.
- SARACENO, C. (2010): «Social inequalities in facing old-age dependency: a bi-generational perspective», *Journal of European Social Policy*, 20(1), 32-44.
- y W. KECK (2011): «Towards an integrated approach for the analysis of gender equity in policies supporting paid work and care responsibilities», *Demographic Research*, 25(11), 471-306.
- (2009): «The institutional framework of intergenerational family obligations in Europe: a conceptual and methodological overview», *Report of the Multilinks Project*.
- SAYER, L.C., S.M. BIANCHI y J.P. ROBINSON (2004): «Are parents investing less in children? Trends in mothers' and fathers' time with children», *American Journal of Sociology*, 110(1), 1-43.
- SCHMITT, C. (2012): «Labour market integration, occupational uncertainties, and fertility choices in Germany and the UK», *Demographic Research*, 26(12), 253-292.
- SCHULTZ, T. (1986): «The value and allocation of time in high-income countries: implications for fertility», *Population and Development Review*, 12, 87-108.
- SCHWARTZ, C., y R. MARE (2005): «Trends in educational assortative marriage from 1940 to 2003», *Demography*, 42(4), 621-646.
- SCOTT, J., y M. BRAUN (2006): «Individualization of family values?», en P. ESTER, M. BRAUN y P. MOHLER (eds.): *Globalization, value changes and generations*, Leiden: Brill.
- SELMAN, P. (2012): «The rise and fall of intercountry adoption in the 21st century: global trends from 2001 to 2010», en J. GIBBONS y K. ROTABI (eds.): *Intercountry adoption: policies, practices, and outcomes*, Farnham: Ashgate.
- SELTZER, J.A. (2000): «Families formed outside of marriage», *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1247-1268.
- SEVILLA-SANZ, A. (2010): «Household division of labor and cross-country differences in household formation rates», *Journal of Population Economics*, 23(1), 225-249.
- SHANG Q. y B.A. WEINBERG (2013): «Opting for families: recent trends in the fertility of highly educated women», *Journal of Population Economics*, 26(1), 5-32.

- SHORTER, E. (1973): «Female emancipation, birth control and fertility in Europe», *The American Historical Review*, 78, 605-640.
- SIGLE-RUSHTON, W. (2008): «England and Wales: stable fertility and pronounced social status differences», *Demographic Research*, 19(15), 455-502.
- SKIRBEKK, V. (2008): «Fertility trends by social status», *Demographic Research*, 18(5), 145-180.
- SLEEBOS, J. (2003): «Low fertility rates in OECD countries: facts and policy responses», OECD Labour Market and Social Policy Occasional Papers, 15, París: OECD.
- SMART, C., y B. NEALE (1999): «‘I hadn’t really thought about it’: new identities/new fatherhoods», *Explorations in Sociology*, 57, 118-141.
- SOBOTKA, T. (2010): «Shifting parenthood to advanced reproductive ages: trends, causes and consequences», en J.C. TREMMEL (ed.): *A young generation under pressure?*, Berlín: Springer, 129-154.
- (2004a): «Is lowest-low fertility explained by the postponement of childbearing?», *Population and Development Review*, 30(2), 195-220.
- (2004b): *Postponement of childbearing and low fertility in Europe*, Amsterdam: Netherlands University Press.
- , M.A. HANSEN, T.K. JENSEN, A.T. PEDERSEN, W. LUTZ y N.E. SKAKKEBÆK (2008): «The contribution of assisted reproduction to completed fertility: an analysis of Danish data», *Population and Development Review*, 34(1), 79-101.
- , V. SKIRBEKK y D. PHILIPOV (2011): «Economic recession and fertility in the developed countries», *Population and Development Review*, 37, 267-306.
- , K. ZEMAN, R. LESTHAEGHE y T. FREJKA (2011): «Postponement and recuperation in cohort fertility: new analytical and projection methods and their application», Vienna Institute of Demography of the Austrian Academy of Sciences, European Demographic Research Papers, 2.
- SOLERA, C., y F. BETTIO (2013): «Women’s continuous careers in Italy: the education and public sector divide», *Population Review*, 52(1), 129-148.
- STIER, H., y N. LEWIN-EPSTEIN (2003): «Time to work: a comparative analysis of preferences for working hours», *Work and Occupations*, 30(3), 302-326.
- , N. LEWIN-EPSTEIN y M. BRAUN (2001): «Welfare regimes, family supportive policies, and women’s employment along the life course», *American Journal of Sociology*, 106(6), 1731-1760.

- SULLIVAN, O. (2011): «An end to gender display through the performance of housework? A review and reassessment of the quantitative literature using insights from the qualitative literature», *Journal of Family Theory & Review*, 3(1), 1-13.
- SUNDSTRÖM, M., y A.-Z.E. DUVANDER (2001): «Gender division of childcare and the sharing of parental leave among new parents in Sweden», *European Sociological Review*, 18(4), 433-447.
- TANAKA, S., y J. WALDFOGEL (2007): «Effects of parental leave and work hours on fathers' involvement with their babies», *Community, Work and Family*, 10(4), 409-426.
- TANFER, K., y F. MOTT (1997): «The meaning of fatherhood for men», *NICHD Workshop: Improving data on male fertility and family formation*, Urban Institute, Washington D.C., January 16-17.
- TANTURRI, M.L., y L. MENCARINI (2008): «Childless or childfree? Paths to voluntary childlessness in Italy», *Population and Development Review*, 34(1), 51-77.
- TEITELBAUM, M.S., y J.M. WINTER (1985): *The fear of population decline*, Londres: Academic Press.
- TESTA, M.R. (2012a): «Family sizes in Europe: evidence from the 2011 Eurobarometer Survey», *European Demographic Research Papers*, 2, Vienna Institute of Demography.
- (2012b): «Women's fertility intentions and level of education: why are they positively correlated in Europe?», *European Demographic Research Papers*, 3, Vienna Institute of Demography.
- (2006): «Childbearing preferences and family issues in Europe», Vienna Institute of Demography.
- THÉVENON, O. (2011): «Family policies in OECD countries: a comparative analysis», *Population and Development Review*, 37(1), 57-87.
- y A. LUCI (2012): «Reconciling work, family and child outcomes: what implications for family support policies?», *Population Research and Policy Review*, 31, 855-882.
- THOMSON, E., y J. HOEM (1998): «Couple childbearing plans and births in Sweden», *Demography*, 35(3), 315-322.
- , E. McDONALD y L.L. BUMPASS (1990): «Fertility desires and fertility: hers, his, and theirs», *Demography*, 27(4), 579-588.

- , M. WINKLER-DWORAK, M. SPIELAUER y A. PRSKAWETZ (2012): «Union instability as an engine of fertility? A microsimulation model for France», *Demography*, 49(1), 175-195.
- THORNTON, A. (1978): «Marital dissolution, remarriage, and childbearing», *Demography*, 15(3), 361-380.
- TOBÍO, C. (2001): «Working and mothering. Women's strategies in Spain», *European Societies*, 3(3), 339-371.
- TOULEMON, L., A. PAILHÉ y C. ROSSIER (2008): «France: high and stable fertility», *Demographic Research*, 19(16): 503-556.
- y M. TESTA (2005): «Fertility intentions and actual fertility», *Population and Societies*, 415, 4.
- TOWNSEND, N.W. (2002): *The package deal: marriage, work and fatherhood in men's lives*, Filadelfia: Temple University Press.
- UNESCO (2010): *Global Education Digest*. UNESCO.
- UNITED NATIONS (2011): *World population prospects: the 2010 revision*, Nueva York: United Nations Population Division.
- (2010): *World population policies (2009)*, Nueva York: United Nations Population Division.
- (2009): *Child adoption: trends and policies*, Nueva York: United Nations Population Division.
- VAN BAVEL, J. (2012): «The reversal of gender inequality in education, union formation and fertility in Europe», *Vienna Yearbook of Population Research*, 10, 127-154.
- (2010a): «Subreplacement fertility in the West before the baby boom: past and current perspectives», *Population Studies*, 64(1), 1-18.
- (2010b): «Choice of study discipline and the postponement of motherhood in Europe: the impact of expected earnings, gender composition, and family attitudes», *Demography*, 47(2), 439-458.
- VAN DE KAA, D.J. (2001): «Postmodern fertility preferences: from changing value orientation to new behavior», *Population and Development Review*, 27 (Supplement: Global Fertility Transition), 290-331.
- (1988): «The second demographic transition revisited: theories and expectations», presentado en la Population and European Society, Commission of the European Economic Community – European University Institute, Florencia, 7-9 de diciembre.

- (1987): «Europe's second demographic transition», *Population Bulletin*, 42(1).
- VIGNOLI, D. (2011): «Human capital and the entry to motherhood in Italy», WP 2011/06, www.ds.unifi.it.
- , S. DREFAHL y G. DE SANTIS (2012): «Whose job instability affects the likelihood of becoming a parent in Italy? A tale of two partners», *Demographic Research*, 26(2), 41-62.
- WAITE, L.J., y L.A. LILLARD (1991): «Children and marital disruption», *American Journal of Sociology*, 96(4), 930-953.
- WALDFOGEL J., W.-J. HAN y J. BROOKS-GUNN (2002): «The effects of early maternal employment on child development», *Demography*, 39(2), 39-392.
- WALL, K. (2007): «Leave policy models and the articulation of work and family in Europe», en P. MOSS y K. WALL (eds.): *International review of leave policies and related research*, Employment Relations Research Series, 80, Londres: BERR, 25-43.
- WHITE, L.K. (1990): «Determinants of divorce: a review of research in the eighties», *Journal of Marriage and Family*, 52(4), 904-912.
- WILLIS, R. (1973): «A new approach to the theory of fertility behavior», *Journal of Political Economy*, 81, 14-64.
- WILSON, W.J. (1987): *The truly disadvantaged*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- WINKLER-DWORAK, M., y L. TOULEMON (2007): «Gender differences in the transition to adulthood in France: is there convergence over the recent period?», *European Journal of Population*, 23, 273-314.
- WU, Z., y C.M. SCHIMMELE (2005): «Repartnering after first union disruption», *Journal of Marriage and Family*, 67, 27-36.
- YAMAMURA, E., y A. ANDRES (2011): «Trust and fertility: evidence from the OECD countries», MPRA paper 29978, Múnich.

Índice de tablas y gráficos

Tablas

1.	Niveles de enseñanza superior y ocupación femenina en la OCDE, 1970-2008	17
2.1	Índice sintético de fecundidad (ISF) en el año de fecundidad más baja, 2008 y 2011. Selección de países con baja fecundidad	52
3.1	Composición del metaanálisis: número de coeficientes recogidos	95
3.2	Empleo público, empleo a tiempo parcial y empleo temporal (en porcentaje) (2005)	102
3.3	Resultados del análisis multinivel	108
4.1	Probabilidad de tener el primer hijo. Análisis de eventos en tiempo discreto	128
4.2	Probabilidad de tener el segundo hijo según modelos de eventos en tiempo discreto	131
5.1	Valores del índice de igualdad de género, índice de disparidad por sexo, índice de disparidad educativa e ISF	137
6.1	Características principales de la muestra: individuos (hombres y mujeres) en parejas de doble sueldo que esperan el primer hijo	157
6.2	Descripción de la muestra: miembros de parejas con doble sueldo que esperan el primer hijo, según quien ha tomado la iniciativa en la decisión	158
7.1	ISF e indicadores macro por país	189
7.2	Resultados de los modelos de regresión que estiman el número final de hijos (efectos principales de las variables)	191

7.3	Resultados de los modelos de regresión que estiman el número final de hijos y muestran los efectos de interacción de la educación con las variables contextuales	192
7.4	Resultados de los modelos de regresión que estiman el número final de hijos y muestran los efectos de interacción de los valores de género con las variables contextuales	194

Gráficos

1	Tendencias en la Tasa de Fecundidad General (TFG), 1900-2011	16
2.1	Índices sintéticos de fecundidad (ISF) pasados y estimaciones de los futuros en las principales regiones del mundo (1950-2110)	50
2.2	Tasas específicas de fecundidad por edad en España (1980-2010)	56
2.3	Edad ideal media para las primeras transiciones familiares de la mujer. Encuesta Social Europea (2006-2007)	57
2.4	Adopciones nacionales e internacionales en España (1998-2010)	59
2.5	Número final de hijos, según generación de nacimiento de la madre (1900-1965)	62
2.6	Proporción de mujeres sin hijos a los 45 años, según generación de nacimiento (1930-1965)	63
2.7	Distribución por número final de hijos de las generaciones de mujeres que han completado su ciclo reproductivo	65
2.8	Probabilidad de crecimiento de la familia para las generaciones de 1940 a 1965	66
2.9	Índice sintético de fecundidad de las mujeres autóctonas y extranjeras en España (2002-2011) y Tasas de fecundidad específicas por edad y nacionalidad en España, 2002 y 2011	68
2.10	Número ideal, número previsto y número efectivo de hijos (medias)	70
2.11	Número ideal, número previsto y número efectivo de hijos (medias) según nivel educativo, mujeres y hombres entre 20 y 49 años, España y Suecia (2011)	72
2.12	Distribución de la población de 15-64 años y 25-34 años por nivel educativo. España y UE-25 (2011)	74
2.13	Edad de las mujeres para tener el primer hijo por nivel educativo, España (2010)	75

2.14 Evolución de la correlación entre el ISF y algunos indicadores laborales (1970-2010)	78
2.15 Correlación entre el porcentaje de hijos nacidos fuera del matrimonio y el índice sintético de fecundidad, países de la OCDE, 2009	83
2.16 Porcentaje de nacimientos de madres casadas, cohabitantes y solas según el nivel educativo de la madre, España (2010)	85
3.1 Porcentaje del total de alumnos matriculados en estudios superiores (CINE 5-6) correspondiente a mujeres, 1971, 1992 y 2010	91
3.2 Probabilidad de no tener hijos, todos los países, cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974	97
3.3 Probabilidad de no tener hijos, países nórdicos (a) y otros países europeos (b), cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974	98
3.4 Probabilidad de tener un segundo hijo, todos los países, cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974	98
3.5 Probabilidad de tener un segundo hijo, países nórdicos (a) y otros países europeos (b), cohortes de nacimiento correspondientes al período 1935-1974	99
3.6 El efecto de la educación varía según los países	106
4.1 Evolución de la tasa bruta de divorcios (TBD) (1990-2010)	116
4.2 Evolución del índice sintético de fecundidad (ISF) (1990-2010)	117
4.3 Comparación de las tendencias en cohabitación (como porcentaje del total de las uniones) (1980-2005)	121
4.4 Curvas de supervivencia Kaplan-Meier para las parejas casadas y cohabitantes (divorcio/separación)	123
4.5 Transición al primer hijo. Curvas de supervivencia Kaplan-Meier para las parejas sin hijos	124
4.6 Transición al segundo hijo. Curvas de supervivencia Kaplan-Meier para las parejas con un hijo	126
4.7 Probabilidades de tener el primer y el segundo hijo en función de la edad en España	129
5.1 Fecundidad e igualdad de género	135
5.2 Nivel medio del índice de la igualdad de género por país	141

5.3	Índice sintético de la fecundidad e índice de la igualdad de género en tres olas de la encuesta	144
5.4	Índice sintético de fecundidad y disparidades en los valores de género por sexo y nivel educativo en la ola 1990-1993	146
5.5	Índice sintético de fecundidad y disparidades en los valores de género por sexo y nivel educativo en la ola 1999-2000	147
5.6	Índice sintético de fecundidad y disparidades en los valores de género por sexo y nivel educativo en la ola 2006-2009	147

Colección Estudios Sociales

Disponible en internet: www.laCaixa.es/ObraSocial

Títulos publicados

1. LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA EN ESPAÑA (*agotado*)
Eliseo Aja, Francesc Carbonell, Colectivo Ioé (C. Pereda, W. Actis y M. A. de Prada), Jaume Funes e Ignasi Vila
2. LOS VALORES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA Y SU RELACIÓN CON LAS DROGAS (*agotado*)
Eusebio Megías (director)
3. LAS POLÍTICAS FAMILIARES EN UNA PERSPECTIVA COMPARADA (*agotado*)
Lluís Flaquer
4. LAS MUJERES JÓVENES EN ESPAÑA (*agotado*)
Inés Alberdi, Pilar Escario y Natalia Matas
5. LA FAMILIA ESPAÑOLA ANTE LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS (*agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer
6. VEJEZ, DEPENDENCIA Y CUIDADOS DE LARGA DURACIÓN (*agotado*)
David Casado Marín y Guillem López i Casanovas
7. LOS JÓVENES ANTE EL RETO EUROPEO (*agotado*)
Joaquim Prats Cuevas (director)
8. ESPAÑA ANTE LA INMIGRACIÓN (*agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Carmen González-Enríquez
9. LA POLÍTICA DE VIVIENDA EN UNA PERSPECTIVA EUROPEA COMPARADA (*agotado*)
Carme Trilla
10. LA VIOLENCIA DOMÉSTICA (*agotado*)
Inés Alberdi y Natalia Matas
11. INMIGRACIÓN, ESCUELA Y MERCADO DE TRABAJO
Colectivo Ioé (Walter Actis, Carlos Pereda y Miguel A. de Prada)
12. LA CONTAMINACIÓN ACÚSTICA EN NUESTRAS CIUDADES
Benjamín García Sanz y Francisco Javier Garrido
13. FAMILIAS CANGURO
Pere Amorós, Jesús Palacios, Núria Fuentes, Esperanza León y Alicia Mesas
14. LA INSERCIÓN LABORAL DE LAS PERSONAS CON DISCAPACIDADES (*agotado*)
Colectivo Ioé (Carlos Pereda, Miguel A. de Prada y Walter Actis)
15. LA INMIGRACIÓN MUSULMANA EN EUROPA (*agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá
16. POBREZA Y EXCLUSIÓN SOCIAL (*agotado*)
Joan Subirats (director)
17. LA REGULACIÓN DE LA INMIGRACIÓN EN EUROPA
Eliseo Aja, Laura Díez (coordinadores)
18. LOS SISTEMAS EDUCATIVOS EUROPEOS ¿CRISIS O TRANSFORMACIÓN?
Joaquim Prats y Francesc Raventós (directores), Edgar Gasòliba (coordinador)
19. PADRES E HIJOS EN LA ESPAÑA ACTUAL
Gerardo Meil Landwerlin

También disponibles en inglés a partir del n.º 23

20. MONOPARENTALIDAD E INFANCIA
Lluís Flaquer, Elisabet Almeda y Lara Navarro
21. EL EMPRESARIADO INMIGRANTE EN ESPAÑA
Carlota Solé, Sònia Parella y Leonardo Cavalcanti
22. ADOLESCENTES ANTE EL ALCOHOL. LA MIRADA DE PADRES Y MADRES
Eusebio Megías Valenzuela (director)
23. PROGRAMAS INTERGENERACIONALES. HACIA UNA SOCIEDAD PARA TODAS LAS EDADES
Mariano Sánchez (director)
24. ALIMENTACIÓN, CONSUMO Y SALUD
Cecilia Díaz Méndez y Cristóbal Gómez Benito (coordinadores)
25. LA FORMACIÓN PROFESIONAL EN ESPAÑA. HACIA LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO
Oriol Homs
26. DEPORTE, SALUD Y CALIDAD DE VIDA
David Moscoso Sánchez y Eduardo Moyano Estrada (coordinadores)
27. LA POBLACIÓN RURAL DE ESPAÑA. DE LOS DESEQUILIBRIOS A LA SOSTENIBILIDAD SOCIAL
Luis Camarero (coordinador)
28. EL CUIDADO DE LAS PERSONAS. UN RETO PARA EL SIGLO XXI
Constanza Tobío, M.^a Silveria Agulló Tomás, M.^a Victoria Gómez y M.^a Teresa Martín Palomo
29. FRACASO Y ABANDONO ESCOLAR EN ESPAÑA
Mariano Fernández Enguita, Luis Mena Martínez y Jaime Riviere Gómez
30. INFANCIA Y FUTURO. NUEVAS REALIDADES, NUEVOS RETOS
Pau Mari-Klose, Marga Mari-Klose, Elizabeth Vaquera y Solveig Argeseanu Cunningham
31. INMIGRACIÓN Y ESTADO DE BIENESTAR EN ESPAÑA
Francisco Javier Moreno Fuentes y María Bruquetas Callejo
32. INDIVIDUALIZACIÓN Y SOLIDARIDAD FAMILIAR
Gerardo Meil
33. DISCAPACIDADES E INCLUSIÓN SOCIAL
Colectivo Ioé (Carlos Pereda, Miguel Ángel de Prada y Walter Actis)
34. LA TRANSICIÓN DE LOS JÓVENES A LA VIDA ADULTA. CRISIS ECONÓMICA Y EMANCIPACIÓN TARDÍA
Almudena Moreno Mínguez (coordinadora)
35. CRISIS Y FRACTURA SOCIAL EN EUROPA. CAUSAS Y EFECTOS EN ESPAÑA
Miguel Laparra y Begoña Pérez Eránsus (coordinadores)
36. EL DÉFICIT DE NATALIDAD EN EUROPA. LA SINGULARIDAD DEL CASO ESPAÑOL
Gøsta Esping-Andersen (coordinador), Bruno Arpino, Pau Baizán, Daniela Bellani, Teresa Castro-Martín, Mathew J. Creighton, Maïke van Damme, Carlos Eric Delclòs, Marta Domínguez, María José González, Francesca Luppi, Teresa Martín-García, Léa Pessin, Roberta Rutigliano

El papel utilizado en esta publicación es Coral Book Ivory de 80 g para el interior e Incada Silk de 240 gramos para la cubierta. Ambos papeles, distribuidos por Torraspapel, ostentan la certificación FSC, marca de manejo forestal responsable, que garantiza la sostenibilidad del proceso de fabricación.

ELEMENTAL
CHLORINE
FREE
GUARANTEED



Desde la segunda mitad del siglo xx, la caída de la natalidad es una constante en prácticamente todas las sociedades avanzadas. Este estudio pretende avanzar en la comprensión del carácter multidimensional del fenómeno atendiendo a las variables educativas, las características del mercado laboral, el impacto de las políticas públicas, las transformaciones de los roles de género y las nuevas configuraciones familiares.

España es objeto de un análisis profundo porque exhibe un comportamiento que se desvía de otros casos de natalidad muy baja. Las mujeres aplazan la maternidad; se enfrentan a dificultades para conciliar su vida familiar con la profesional; las ayudas del Estado de bienestar a las familias son insuficientes y las parejas dudan si tener hijos debido a la incertidumbre económica y social. Presenta, asimismo, unas tasas de paro elevadas, en particular entre los jóvenes, junto con un espectacular aumento de las tasas de divorcio y cohabitación.

Los autores analizan los distintos factores que explican la singularidad del caso español, comparándolo no solo con las realidades de los países nórdicos y anglosajones, sino también con nuestros vecinos mediterráneos.



Obra Social "la Caixa"